PEDRO ARTURO AGUIRRE

PROTOCOLO MALATESTA



PEDRO ARTURO AGUIRRE

PROTOCOLO MALATESTA

Protocolo Malatesta
© 2020, 2026 Pedro Arturo Aguirre

Primera edición: Madrid, diciembre de 2020.
Edición digital del autor: 2026.

Esta obra se distribuye con una licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Puede copiarse y compartirse libremente por cualquier medio, siempre que se cite al autor, no se utilice con fines comerciales y no se modifique.
creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es

pedroarturoaguirre.com

A mi amiga Andrea

CONTENIDO

Prólogo 1

Dramatis Personae 6

Buffalo, Nueva York
Septiembre de 1901 11

Rivoli, Piamonte
Octubre de 1906 19

Cleveland, Ohio
Junio de 1876 29

Roma, Italia
Julio de 1887 38

Friedrichsruh, Schleswig-Holstein
Octubre de 1887 42

Washington, D. C.
Julio de 1888 46

Minneapolis, Minnesota
Junio de 1892 52

Columbus, Ohio
Mayo de 1893 59

Fanatismo
Francia, 1894 64

Le Phare de l'Occident 69

Informe Della Giovanna
El asesinato del presidente Marie François Sadi Carnot 78

Nota de Bruno Arpinati
Sobre el asesinato de Sadi Carnot 92

La Gran Conspiración 94

Informe Della Giovanna
Entrevista con Édouard Drumont 97

Roma, Italia
Mayo de 1895 101

Estados Unidos
La campaña presidencial de 1896 108

Inmundicia
París, Francia, 1895-1896 125

La batalla de Adua
Marzo de 1896 135

Roma, Italia
Marzo de 1896 142

Estados Unidos
La campaña presidencial de 1896 146

La venganza de Angiolillo
España, agosto de 1897 158

Washington, D. C.
Marzo de 1897 173

Los traviesos
París, Francia, 1897-1898 182

Washington, D. C.
Marzo de 1898 199

Luigi Lucheni salta a la fama
Ginebra, Suiza, 10 de septiembre de 1898 203

Washington, D. C.
18 de octubre de 1898 220

Aix-en-Provence
20 de agosto de 1899 224

Informe Della Giovanna
La debacle 229

Washington, D. C.
Noviembre de 1899 241

Bethesda, Maryland
Noviembre de 1899 247

Paterson, Nueva Jersey
1899-1900 256

El Ángel Negro de Paterson
Monza, Italia, 29 de julio de 1900 266

Washington, D. C.
Otoño de 1900 278

Nihilistas
Nueva York, octubre de 1900 291

Chicago, Illinois
Junio de 1901 303

Cleveland, Ohio
5 de mayo de 1901 306

Nápoles, Italia
11 de agosto de 1901 317

Informe Della Giovanna
La Perfide Albion 326

Rivoli, Piamonte
Octubre de 1906 336

Nueva York
Agosto de 1901 355

Día del atentado contra William McKinley
6 de septiembre de 1901 360

El protocolo Malatesta 361

Creer en conspiraciones no es necesariamente insensato.
Algunas son reales.
En Occidente, las conspiraciones, por alguna razón,
tendieron al fracaso, y así se desvanecieron de la imaginación popular.
¿Quién se preocupa ahora por los anarquistas europeos que
asesinaron, en vano, a cinco jefes de Estado en la década de 1890?

The Economist, diciembre de 2002

El único anarquismo posible es lograr
la afirmación de nuestra propia individualidad.

Herbert Read

Todo anarquista es, en cierta medida, un individualista.

Errico Malatesta

PRÓLOGO

El *protocolo Malatesta* es una trama irónica sobre las urdimbres y farsas que vivió el mundo occidental a finales del siglo XIX en medio de una ola de terrorismo anarquista que, entre otras cosas, costó la vida a un rey, una emperatriz, dos presidentes y un primer ministro. Cuenta la historia de Bruno Arpinati, anarquista "a su manera" y travieso embustero que va a enredarse de singular forma en los entresijos y las locuras de esta época fascinante.

El terrorismo anarquista se convirtió en la principal preocupación de políticos, jefes de policía y periodistas. Los líderes europeos más conservadores hablaron de la existencia de una "gran conspiración judeo-masónica" que utilizaba a los anarquistas como instrumento para lograr oscuros propósitos de dominación mundial.

Abundaron todo tipo de especulaciones divulgadas con fruición por la prensa más derechista en torno a los grupos que podrían estar atrás de todo esto. Una tesis apuntaba a la esotérica y tenebrosa orden Illuminati, cuya existencia era comentada en Francia desde tiempos anteriores a la Revolución, e incluso no faltaban quienes veían en la Corona británica, (la siempre pérfida Albión) al verdadero origen de la Gran Conspiración. Pero, por mucho, la teoría favorita de los sectores nacionalistas y monárquicos fue la "existencia indudable" de un complot judeo-masónico para subyugar al planeta. A la sazón, el antisemitismo era rampante en toda Europa. Ello, aunado al tradicional secretismo con el que actuaban los grupos masones, contribuyó a la popularización de esta conjetura.

En Francia estallaron 21 bombas de junio de 1891 a junio de 1894. Algunos de los terroristas conocieron al final el filo de la guillotina. Relataban los verdugos que rumbo al cadalso los anarquistas cantaban diatribas contra el poder y la Iglesia. Ése fue el caso de Émile Henry, quien una tarde invernal arrojó una bomba a los burgueses que esperaban la salida de su tren en el Café Terminus de la estación St. Lazare. Sucedió lo mismo con August Vaillant, quien se había escabullido al recinto de la Asamblea Nacional para lanzar un explosivo a los escaños de los diputados. Antes de perder la cabeza, el terrorista auguró que sería vengado. No se equivocó. El 24 de junio de 1894 el anarquista italiano Sante Caserio asesinó a Sadi Carnot, presidente de la República, apuñalándole el hígado.

La verdad es que los anarcoterroristas habían actuado de manera individual. Se trataba de muchachos exaltados, idealistas, la mayor parte de ellos pobres, asesinos solitarios que actuaban en nombre "de la causa". Fueron iluminados con alma vengadora que aspiraban a que el poderoso pagara con sangre por los males del mundo.

Pero la idea de la conspiración crecía con cada atentado, y el supuesto involucramiento del judaísmo internacional se vio reforzado cuando en octubre de 1894 fue arrestado el capitán Alfred Dreyfus, militar francés de origen judío, acusado de vender secretos de guerra a los alemanes. Comenzaba así el infame *affaire Dreyfus*, que dividió profundamente a la opinión pública francesa y disparó una paranoia colectiva con pocos parangones en la historia del mundo.

En Francia se vivía la inestable era de la III República. El ejército rumiaba un profundo rencor por la humillación recibida ante los prusianos en la guerra de 1870. A la derecha proliferaban partidos y asociaciones ultranacionalistas y monárquicas que soñaban con la revancha, la restauración monárquica o la aparición de un "hombre fuerte" que pusiera "orden" en la patria. En el seno de la izquierda se hacían cada vez más presentes los movimientos socialistas. El anarquismo florecía gracias a grandes teóricos que divulgaron trascendentes pensamientos libertarios, la mayor parte de ellos ajenos a la violencia. En el plano religioso, la Iglesia católica libraba

una enconada lucha con los partidarios de instituir, de manera definitiva, un Estado laico.

También en España se verificaron actos de terror anarquista particularmente sanguinarios. La represión fue cruel. Muchos anarquistas, o sospechosos de serlo, fueron encarcelados y torturados. Algunos enfrentaron el horror de morir en el garrote vil. En el verano de 1897 otro anarquista italiano, Michelle Angliolillo, asesinó a tiros de pistola a don Antonio Cánovas del Castillo, presidente de gobierno del reino de España, quien se encontraba en el balneario de Santa Agueda, cerca de San Sebastián, disfrutando un asueto estival. Se especuló sobre las supuestas conexiones de Angliolillo con los anarquistas franceses y con el movimiento independentista cubano, pero nada en firme pudo comprobarse. Lo único que asentó el asesino antes de su ejecución fue que había actuado en venganza por sus compañeros anarquistas ajusticiados bajo el puño de hierro de Cánovas del Castillo.

Tiempo más tarde, una fatídica mañana septembrina, la melancólica esposa del emperador austrohúngaro Francisco José murió en Ginebra atravesada por el hierro de un afilado estilete. La tragedia de Sissi reafirmó el mal fado que estigmatizaba desde hacía tiempo a la Casa Habsburgo. El criminal había sido un anarquista italiano: Luigi Lucheni.

Italia había sido también escenario de una gran actividad anarquista, pero con tintes mucho menos violentos que los conocidos en España y Francia. Varios de los más grandes exponentes de la anarquía mundial eran italianos, pero, como sus correligionarios franceses, la mayoría era contraria al terrorismo aunque, en su momento, habían sido promotores, por lo menos en el discurso, de la doctrina de la "propaganda por la vía de los hechos" (*propaganda dei fatti*) que en teoría aceptaba la violencia como forma de promoción y defensa de los valores anarquistas. Errico Malatesta es el mejor ejemplo de esto. Aunque al principio justificaba ciertos actos de violencia, terminó su vida rechazándolos con ahínco. Pese a ello, nunca se quitó la fama ante ciertos policías europeos de ser un anarcoterrorista involucrado en conspiraciones y crímenes.

La teoría conspiracionista fue asimismo muy bien recibida por el gobierno italiano el cual, como el francés, enfrentaba grandes dilemas. El país no había sido capaz de asentar su presencia ante el resto del mundo como una potencia "emergente y pujante". Un nacionalismo chato e indeciso había sido humillado durante estos años por las grandes potencias tradicionales. El primer ministro del rey Humberto I, Francesco Crispi, sin duda el político más singular de la época del *posrisorgimento,* pretendió desarrollar una política exterior demasiado asertiva. Fue Crispi el primero en hablar de la "restauración de un Imperio Latino, digno sucesor del Romano". Fracasó, y al poco tiempo de su renuncia Italia se vio precisada de recuperar, de alguna manera, iniciativa en el exterior para no perder "respetabilidad".

También al Vaticano le preocupaba la diseminación del terrorismo, la supuesta fuerza global de la masonería y la posibilidad de que algún terrorista se cobrase la vida del papa. La diplomacia vaticana y su servicio de espionaje procuraron estar atentos e informados de todos los acontecimientos que pudieran involucrar una gran conspiración judeo-masónica que "atentara contra los valores cristianos" y de las actividades que representasen un peligro para la vida del Sumo Pontífice.

Ya hacia 1900 los tiempos duros arreciaron en casi toda Europa. En Francia no tardaría en descubrirse que todo el *affaire* Dreyfus se había basado en una fabricación de la cúpula militar. España sería humillada por Estados Unidos en la guerra del 98. Italia no atinaba a darse a respetar como la nueva potencia que pretendía ser. Aires revolucionarios se hacían sentir en Rusia. Fue entonces que se perpetró en París una de las más célebres falsificaciones de la historia. La Okhrana (policía secreta rusa) en combinación con algunos oscuros personajes, redactó los célebres *Protocolos de los sabios de Sión,* texto que supuestamente detallaba los planes del Gran Sanedrín judío para lograr la dominación mundial.

Y mientras tanto, los atentados terroristas continuaron. En 1900 otro anarquista italiano, Gaetano Bresci, asesinó en Monza al rey Humberto I. Este magnicida vivía en Paterson, Nueva Jersey, y des-

de ahí viajó a Italia para cumplir su fatal cometido. Un año más tarde tocó el turno de morir a manos de un anarco al presidente de Estados Unidos, William McKinley, con la diferencia de que esta vez el criminal, León Czolgosz, era de origen polaco. Se trataba de un muchacho impresionable que se conmovió en extremo al escuchar las arengas de la famosa anarquista norteamericana Emma Goldman.

Estados Unidos vivía la época de los *robber barons,* los grandes millonarios que forjaban fortunas con métodos poco escrupulosos y eran capaces de comprar políticos, aceitar maquinarias electorales y ejercer una influencia inaudita. Uno de los representantes más conspicuos de esta época de corrupción y abusos del poder fue el senador Mark Hanna, quien coordinó la campaña electoral de William McKinley en 1896.

Como reacción a los excesos de los *robber barons* y del excesivo poder del dinero en la política surgió en Estados Unidos el llamado "movimiento populista", el cual tuvo como uno de sus principales dirigentes a un líder de perfil mesiánico que surgió intempestivamente y le dio a los grandes capitales un enorme susto: William Jennings Bryan.

Fue, asimismo, la época del surgimiento de la prensa como protagonista destacado en el juego del poder. En Francia, los periódicos desempeñaron un papel preponderante en la movilización de la opinión pública y en el desarrollo del escándalo Dreyfus. En Estados Unidos, la influencia de la prensa amarillista y amañada del magnate William Randolph Hearst fue clave para forzar la guerra de ese país contra el declinante Imperio español.

Anarquismo, terrorismo, grandes magnicidios, conspiraciones y contraconspiraciones, escándalos políticos, falsificaciones, prensa manipuladora, líderes populistas y corrupción política son los ingredientes del fascinante escenario donde Bruno Arpinati va a embrollarse para montar un sainete genial.

DRAMATIS PERSONAE

Boulanger, Georges (1837-1891). General de división y ministro de la Guerra de Francia, aglutinó a su alrededor a todos los elementos descontentos con la democracia parlamentaria de la Tercera República con un discurso demagógico de tipo populista. sus partidarios, agrupados en la Liga de los Patriotas, le hicieron elegir diputado con un programa que a la creación de una República autoritaria (1889). La contraofensiva de los liberales le llevó a exiliarse en Bruselas. Tras morir su amante, decidió suicidarse.

Bierce, Ambrose (1842-1914). Extraordinario periodista y escritor norteamericano, colaborador en varios periódicos del "imperio" Hearst, dueño de un estilo deliciosamente cáustico y satírico. En 1913, con 71 años, viajó a México para ejercer de observador en la Revolución Mexicana. Su rastro se perdió en Ciudad Juárez. Misántropo, expresó en sus escritos su desconfianza hacia el género humano, lo que le valió el sobrenombre de Bitter Bierce (El amargo Bierce).

Bryan, William Jennings (1860-1925). Dirigente político norteamericano, natural de Salem (Illinois). Ejerció la abogacía en Jacksonville y más adelante fue miembro del Congreso de los Estados Unidos inició una campaña en pro de la libre circulación de la plata. En 1896 la Convención Nacional Demócrata lo elige sorpresivamente candidato presidencial tras pronunciar un vehemente discurso. Fue la personificación del movimiento populista en Estados Unidos. A pesar de la extraordinaria actividad desplegada en

la campaña electoral fue derrotado por William McKinley, quien lo volvió a vencer en 1900.

Carnot, Marie Francois Sadi (1837-94). Político francés, nacido en Limoges, en el seno de una muy distinguida familia de científicos y pensadores. Elevado a la presidencia en 1887 después de una brillante carrera, su mandato se caracterizó por la polarización política y los escándalos de corrupción, aunque él fue siempre personalmente honesto. Murió asesinado en Lyon por el joven anarquista italiano Sante Geronimo Caserio.

Cánovas Del Castillo, Antonio (1828-97). Político y escritor español, nacido en Málaga. Tras estudiar en Madrid Filosofía y Derecho, inició su meteórica carrera política. Indujo a la abdicación de la reina Isabel II (1870) en favor de su hijo, Alfonso XII. Jefe del Partido Conservador, gobernó el país casi ininterrumpidamente hasta la muerte del monarca y alternó luego el poder con el liberal Sagasta. Murió asesinado por el anarquista Angiolillo en el balneario de Santa Águeda.

Crispi, Francesco (1819-1901). Político italiano nacido en Sicilia. Fue uno de los principales líderes del proceso de unificación italiana. En 1859 se unió a Garibaldi en la campaña de Sicilia de los Mil y tras la unificación comenzó un periodo de gran actividad política, primero como diputado del Parlamento italiano, más tarde como ministro del Interior y finalmente como primer ministro. Su ideología evolucionó desde el izquierdismo republicano del Risorgimento al monarquismo. Finalmente hubo de abandonar su cargo como consecuencia del fracaso de su política colonial en Etiopía.

Emma Goldman (1869-1940). Distinguida pensadora anarquista y feminista de origen lituano, dio conferencias por toda Europa y en Estados Unidos editó, en Nueva York a partir de 1906, la revista libertaria Mother Earth. Estuvo involucrada sentimentalmente con el escritor anarquista lituano Alexander Berkman. Fue implicada en el asesinato del presidente William McKinley.

Hanna, Mark (1837-1904). Originario de un pequeño pueblo de Ohio, su familia se trasladó a la boyante creciente ciudad de Cleve-

land, donde asistió a la escuela secundaria con John D. Rockefeller. Fue expulsado de la universidad y entró en el negocio mercantil de la familia. Sirvió brevemente durante la guerra civil americana y tras la contienda se dedicó a los negocios. Llegó a tener intereses en muchas áreas, especialmente el carbón y el hierro. Era ya un hombre rico al cumplir los cuarenta años y entonces volvió su atención a la política. Fue jefe de la campaña presidencial de William McKinley (1896), donde levantó un impresionante fondo gracias a las aportaciones de los individuos y las corporaciones más ricas del país. A Hanna muchos le atribuyen la invención de la campaña presidencial moderna.

William Randolph Hearst (1863 - 1951). Magnate de la prensa estadounidense. Inició estudios en Harvard, pero fue expulsado a los dos años; en 1887 asumió la dirección del San Francisco Examiner, diario que su padre había adquirido en 1880, del cual consiguió aumentar espectacularmente la tirada mediante el aprovechamiento de recursos visuales como la fotografía y las estrategias "amarillistas", un estilo informativo se caracteriza por su acusado sensacionalismo en el tratamiento de los temas. En su momento de máximo apogeo llegó a ser propietario de 28 diarios y 18 revistas.

Humberto I de Saboya Rey de Italia (1844-1901) Rey de Italia. Durante su reinado Italia se unió al Imperio alemán y al Imperio austrohúngaro formando parte de la Triple Alianza. Su período en el trono también se caracterizó por una orientación política fuertemente conservadora, muy hostil a los sindicatos obreros que surgían al norte de Italia y a todo tipo de disidencia política de izquierda. Fue asesinado en Monza por el anarquista Gaetano Bresci

Malatesta, Errico (1853-1932). Fue uno de los principales exponentes del pensamiento anarquista italiano. Hijo de una familia acomodada, tras conocer a Giuseppe Fanelli y a Mijaíl Bakunin se adhirió a la ideología anarquista y pasó a ser uno de los dirigentes de la I Internacional. Intervino en la revuelta de 1874 en Bolonia y en la de Benevento en 1877, por la que fue encarcelado. En 1878 fue liberado y partió al exilio. A su regreso a Italia fundó la revista Questione Soziale. Obligado, nuevamente, a escapar de Italia, resi-

dió en distintas partes del mundo (Buenos Aires, Londres, España y Estados Unidos), donde colaboró en la propagación del anarquismo como una ideología libertadora.

McKinley, William (1843-1901). Vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos de América (1897-1901). Tras una destacada carrera como abogado se ligó al Partido Republicano y fue elegido para la Cámara de Representantes en 1876, donde impulsó la tarifa aduanera proteccionista conocida como "arancel McKinley" (1890). Fue electo gobernador de Ohio en 1892 y cuatro años después ganó las elecciones presidenciales con el apoyo del millonario Mark Hanna al derrotar al candidato demócrata-populista William Jennings Bryan. McKinley reforzó el proteccionismo aduanero como respuesta a la crisis económica. Tras la explosión en La Habana del navío norteamericano Maine decidió declarara la guerra a España. También envío de un cuerpo expedicionario a Pekín en 1900, mismo año en el que obtuvo su reelección. Murió asesinado por el anarquista Leon Czolgosz, sucediéndole como presidente Theodore Roosevelt.

Rachkosky, Piotr Ivánovich (1853-1910). Misterioso y venal policía ruso, fue el jefe del servicio secreto de la Rusia Imperial (conocido como la Ojrana). Tuvo su base en París de marzo de 1885 a noviembre de 1902. Se le responsabiliza por la redacción y posterior divulgación de los infames Protocolos de los Sabios de Sion.

Rocca, Massimo (1884-1973). Fue uno de los principales exponentes del anarquismo individualista en Italia. Firmaba sus artículos con el pseudónimo de Libero Tancredi en la revista libertaria Pagine Libere. Al conocer al director del diario socialista Avanti!, un tal Benito Mussolini, decidió convertirse en un ferviente partidario de él. Fue uno de los casos más conspicuos de transfuguismo de anarco-individualistas italianos convertidos al fascismo.

Rochefort, Henry Victor (1830-1913). Fue un periodista, político y autor teatral francés, nacido en París. Su padre, Edmond Rochefort, fue un noble empobrecido. Se incorporó como periodista de Le Figaro en 1863, pero su oposición al gobierno de Napoleon III

hizo que lo echaran del periódico. Fundó su propia publicación, La Lanterne, la cual fue constanyemente perseguido. En 1869, después de dos candidaturas sin éxito, fue elegido miembro de la Cámara de Diputados. Participó activamente en la Comuna de París de 1871, condenado por sedicioso y trasladado a la colonia penitenciaria de Nueva Caledonia. En 1874 escapó espectacularmente. Vivió en Londres y Ginebra, hasta que la amnistía general de 1880 permitió su regreso a París, donde fundó L'Intransigeant. Fue partidario del General Boulanger y famoso anti-Dreyfusista.

de Wittelsbach, Isabel o "Sissi" (1837-1898). Emperatriz de Austria, conocida popularmente como "Sissi". Hija del duque Maximiliano José, contrajo matrimonio a los quince años con el emperador Francisco José I de Austria, al que dio cinco hijos. La emperatriz tuvo una vida difícil, pese a ser una mujer de deslumbrante belleza. Padeció de anorexia y bulimia. No soportaba el protocolo de la severa corte austríaca. Trató de refugiarse en la poesía, los paseos a caballo y los viajes. Precisamente en uno de ellos encontró la muerte a manos del anarquista italiano Luigi Luccheni en el lago de Ginebra (1898).

BUFFALO, NUEVA YORK

Septiembre de 1901

El 6 de septiembre de 1901 un gran entusiasmo inundaba la Exposición Panamericana de Buffalo. Un día antes, el presidente de Estados Unidos, William McKinley, dio un estupendo discurso a un auditorio de aproximadamente cincuenta mil personas. Era raro que se entregara a las delicias de la oratoria. Como lo habían sido casi todos los presidentes estadounuidenses del último cuarto del siglo XIX, era un político parco y poco carismático. Pero en esa ocasión estuvo inspirado. La arenga irradió un gozoso optimismo. Habló fuerte y claro sobre el advenimiento de la Unión Americana como la gran potencia líder del siglo que comenzaba. "Sólo con el ejercicio de una política firme y una visión despejada ampliaremos aún más lo que ya hemos logrado", había dicho. Cierto que al presidente le sobraban razones para tanta confianza. Reelecto hacía menos de un año de manera contundente, encabezaba un país en plena pujanza económica que reclamaba un lugar entre las grandes potencias mundiales tras vencer decisivamente a la alicaída España en el Caribe y el Pacífico. McKinley soñaba con la posibilidad de garantizar en su segundo mandato su pase a la historia como uno de los titanes de América comparable a Washington, Jefferson o Lincoln. Nadie podría imaginarse, entonces, que ese destino estaba reservado a su vicepresidente y sucesor, Theodor Roosevelt.

Esa calurosa tarde decidió dedicarla a disfrutar su reforzada popularidad. Quería hablar y saludar a los asistentes, a "los americanos promedio". Se escogió el Templo de la Música, un enorme

edificio neorrococó bastante pretencioso, para la ceremonia de salutación, cuyo inicio fue programado para las cuatro de la tarde. Una multitud se apiñaba en su intento por ingresar al palacete, agudizando así el agobiante calor. En un fastuoso órgano se tocaban canciones patrióticas. Desde luego, la seguridad presidencial era motivo de preocupación. Cincuenta soldados y agentes del servicio secreto vigilaban al mandatario.

—¿Por qué alguien querría hacerme daño, George? —le preguntó el presidente a su secretario cuando éste le expuso su zozobra.

—Después de todo, señor, dos presidentes ya han sido asesinados —respondió George, sintiéndose algo culpable por ser portador de un mal vaticinio.

Justo a las cuatro se abrieron las puertas. McKinley llegó puntual y sonriente, a pesar de sentirse exhausto por la ceñida agenda de los días previos, agobiado por el excesivo calor y hambriento por no haber comido casi nada desde la mañana. El servicio secreto quería limitar la ceremonia a diez minutos, pero el presidente se negó, rotundo. Eran muchos los ciudadanos que querían pasar a verlo y él no iba a defraudarlos. De hecho, estaba ansioso por saludar gente. Mientras más, mejor. Tenía la intención de quedarse hasta atender al último de la larga fila.

El área de recepción se hallaba dispuesta de manera que el presidente estuviese flanqueado por agentes de seguridad. Los organizadores colocaron un grupo de palmeras tras el sitio en el que se ubicaba el mandatario y sus guardias y, al lado de aquéllas, colocadas en línea, unas cuantas sillas. Directamente sobre McKinley colgaba una enorme bandera que lucía barras y estrellas. El hombre se había preparado para la ocasión. Se le veía fresco a pesar del sopor. Alegre, sacudía las manos de sus admiradores, una tras otra, sin descanso. Con algunos intercambiaba algunas palabras. Una pequeña niña que iba en brazos de su padre le preguntó por el clavel rojo que tenía inserto en el primer ojal del saco. McKinley acostumbraba llevar la flor como artilugio de buena suerte. Sin dudarlo, desprendió el clavel de su ojal y lo puso en la camisetita de la nena.

De repente, en la fila de quienes esperaban para saludar al presidente llamó la atención la presencia de un hombre de aspecto estrambótico. Tenía ojos saltones, iba desaliñado y llevaba la barba mal rasurada. Además, tenía pinta de italiano. Se acomodaba al estereotipo de un peligroso inmigrante anarquista. Los agentes del servicio secreto se alarmaron. A pesar de que todos los integrantes de la fila habían sido previamente cacheados para garantizar que ninguno portara armas, temían que un hombre de tan lamentable cariz pudiera hacerle algo al jefe. El tipo estrafalario inquietó aún más a la guardia cuando, al saludar a McKinley, comenzó a farfullar una perorata sin sentido. Mientras discurría disparates no dejaba de agitar la mano del presidente. Los agentes decidieron no esperar más y retiraron al sujeto, quien se fue sin más bulla. Todos respiraron con alivio.

Justo el hombre que seguía del sujeto trastornado también había llamado la atención de los agentes, pero no por una traza inconveniente. Su pelo bien cortado, su cara recién rasurada y el traje dominical que vestía contrastaban con la facha de quien le precedía. Destacaba por el vendaje que le cubría por completo la mano derecha. Este joven guapo, de aproximadamente veintiocho años y estatura media, fue cuestionado al respecto por el agente que lo había revisado:

—¿Se ha lastimado la mano? —el herido respondió asintiendo con la cabeza—. Mejor debería ir a la estación de primeros auxilios.

—De ninguna manera —finalmente habló el interrogado—. He estado aquí parado toda la mañana, y no me voy sin saludar al presidente.

Llegado su turno, se acercó al mandatario:

—Disculpe que lo salude con la mano izquierda, señor presidente, pero ya ve, el vendaje.

McKinley sonrió y le extendió la zurda. En ese momento, dos tiros salieron de la pistola calibre 32 que el magnicida ocultaba dentro del cabestrillo. Ambas balas dieron en el torso presidencial, pero no fueron, de momento, mortales. Estados Unidos y el mundo debieron esperar ocho días para saber que uno de esos tiros tendría

consecuencias fatales. En el momento, varios guardias se abalanzaron sobre el terrorista para desarmarlo y golpearlo.

—No lo lastimen, muchachos —tuvo la fuerza de decir McKinley al ver lo salvaje que comenzaba a ser la paliza.

A rastras llevaron al hombre entre soldados y agentes a la estación de policía de Buffalo, donde hubo que protegerlo durante varias horas de la furia linchadora de la turba.

Un involuntario detalle de humor negro atildó esta trágica jornada. A William McKinley le gustaba presumir ser el presidente de Estados Unidos que había establecido más "primeras veces" durante su mandato. Entre otras cosas, fue el primer presidente que viajó en automóvil y el primero en usar teléfono para hacer campaña electoral. El día del atentado McKinley se convirtió en el primer presidente en viajar en un vehículo impulsado por energía eléctrica. Se trató de un pintoresco carromato adornado con aliños infantiles, el cual, ante la emergencia, fue improvisado como ambulancia. De esta manera, el simpático carrito que se usaba en la exposición para delicia de los niños llevó al presidente de Estados Unidos a su lecho de muerte ante la consternación de miles de testigos.

* * *

León Czolgosz, conocido como Fred Nieman en los círculos anarquistas que frecuentó previo al magnicidio, había llegado a Buffalo el 31 de agosto con una sola idea en la cabeza: matar a William McKinley. Tenía que hacer algo épico para la causa que amaba. Deseaba emular a Gaetano Bresci, quien apenas hacía un año había "ajusticiado" en Monza al rey Humberto I de Italia. El 31 de agosto, después de buscar casi todo el día, logró rentar un cuartucho por dos dólares semanales. La habitación abundaba en inconvenientes. Estaba sobre el Novaks Saloon, un bar ruidoso y maloliente. Pero esos contratiempos nada importaron a este joven anarquista. Se registró con el nombre de Al Gaetano, en homenaje a su héroe. Czolgosz llevaba encima los cuarenta dólares que le quedaban de su participación en la granja familiar, cuyo pago había exigido a su padre meses antes. La mañana del día siguiente, un domingo, lo

dedicó a visitar la feria y en la tarde se encerró en su cuartucho para releer periódicos anarquistas y dormir a pierna suelta. Era conocido como un gran dormilón. Estaba en la cama entre diez y doce horas diarias. Tenía un sueño pesado, ni siquiera el bullicio cotidiano del Novaks le impedía cumplir con sus interminables siestas. Fiel a su costumbre, el lunes se levantó tarde. Fue directo a comprar un traje color gris, una camisa blanca y un corbatín negro. Era importante que su aspecto no despertara sospechas. Empezó a ir diario al barbero para afeitarse y cortarse el pelo. Su cara, proporcionada y agradable; sus ojos azules, su mirada profunda, su pelo castaño ondulado y sus labios carnosos eran buenos aliados para este propósito. Durante semanas había estado cavilando en cómo matar al presidente. Le atraía la gesta del camarada Sante Caserio, quien había "ajusticiado" años atrás en Lyon al presidente Sadi Carnot encajándole en el pecho un puñal que escondía dentro de un *bouquet* de flores. Esta memorable y, a juicio de Czolgosz, "muy estética" hazaña era asaz difícil de repetir en el caso del presidente de Estados Unidos, quien, de seguro, se hallaría vigilado en exceso. La forma más práctica era intentarlo con la pistola, pero, aun así, habría que estar lo suficientemente cerca de la víctima para garantizar el éxito y no perder una oportunidad que sería única. Así lo llevó a cabo Gaetano en Monza. No en balde había aprendido de memoria cada paso, cada movimiento, cada gesto de aquella proeza. En la bolsa del pantalón tenía siempre los recortes de los periódicos que dieron la noticia del magnicidio italiano una mañana del verano de 1900.

Czolgosz compró una pistola calibre 32 la tarde del lunes en un comercio del centro de la ciudad. Sabía que el jueves llegaría el presidente para dar su discurso y el viernes ofrecería una salutación pública en el Templo de la Música. Tenía que decidirse por una estratagema. Durante el discurso sería demasiado difícil acercársele a una distancia lo suficientemente corta como para estar seguro de no errar el tiro, y temía que en la salutación los guardias del servicio secreto le descubrieran el arma a la entrada. Si quería ejecutar a McKinley en esa ocasión de alguna manera tendría que esconder

muy bien la pistola, como lo hizo Caserio con su puñal. Pero, ¿cómo? El truco del bouquet usado por el asesino de Carnot fracasaría sin duda y ocultarla, digamos, con un periódico o libro no pasaría el tamiz de una revisión. Tenía que decidir. El tiempo se agotaba.

El jueves por la tarde estuvo entre la multitud que escuchó y vitoreó el discurso de McKinley. Había sido prudente no llevar la pistola: el lugar estuvo en suma vigilado por guardias y soldados. Al terminar la perorata se enteró de que el presidente haría una visita al día siguiente a las cataratas del Niágara. ¡Qué estupenda oportunidad! Ahí podría acercarse a su víctima simulando ser un turista. ¡Un lugar sublime para cumplir con una bella acción justiciera! Esa noche decidió gastarse los pocos dólares que le quedaban en una opípara cena. ¡Mañana sería su gran día! Sin embargo, no consiguió transporte para Niágara sino hasta el tren de las 10:30. Todo el recorrido se mostró ansioso por llegar a tiempo. No pudo. Apenas salía de la estación cuando se enteró que el presidente estaba a punto de partir de regreso a la exposición. Tenía que darse prisa si deseaba llegar a la salutación, donde tendría su última oportunidad. Volvió sus pasos hacia los andenes. Tuvo suerte de encontrar pasaje en el primer tren de regreso. De repente, lo alimentó una súbita inspiración al ver a un anciano con el brazo vendado. Al llegar a Buffalo, de inmediato corrió a la exposición, pero antes de ir al Templo de la Música pasó por el hospital de emergencias, donde convenció a una enfermera de regalarle una venda. Czolgosz se encerró en un sanitario, sacó el arma calibre 32 del bolsillo de su traje recién comprado, la colocó en su mano derecha y procedió a vendar al mismo tiempo brazo y pistola. Buscaría entrar armado fingiendo estar herido. Calculaba que nadie se atrevería a desvendar a un pobre ciudadano lastimado y con apariencia tan decente. A la entrada del palacete rococó se apiñaba la multitud. Ahora sólo temía que la salutación fuera demasiado breve y no alcanzara a encarar a su víctima. Pronto se disipó el temor. Se corría el rumor de que McKinley se encontraba de estupendo humor y de que aplazaría su regreso a Washington para poder saludar al mayor número de gente posible. León Czolgosz esbozó una gran sonrisa.

* * *

Bruno Arpinati estaba parado en una esquina en el sur de Manhattan a punto de abordar un tranvía cuando escuchó una voz infantil gritar "¡Extra! ¡Extra! ¡Disparan sobre el presidente McKinley!" Apenas pudo comprar un ejemplar de la edición vespertina del New York Times antes de subir al transporte. Estaba tan abarrotado que no había suficiente espacio para leer. Sin embargo, todos los consternados pasajeros comentaban la noticia. Bruno, por su parte, sonreía y cavilaba. En Europa había estado más o menos cerca de varios magnicidios. De hecho, su vida ahora se encontraba a la deriva justo por culpa de ellos. Irónico: había llegado a América huyendo de esas cosas y ahora ¡zas! ¡Un atentado contra el presidente! Después de Carnot, Cánovas, la pobre Sissi y el rey Humberto, ¿se sumará ahora el nombre de McKinley como la nueva víctima de esta aberración tan intrincada y delirante? ¿Cuántos millones de incautos empezarán a elucubrar teorías sobre los "verdaderos" autores de este atentado? Algunos culparán a los judíos, otros al Vaticano, o a la pérfida Albión, o al káiser, o a alguna fuerza indisputable y oscura. ¿Quién será ahora el inocente "chivo expiatorio"? ¿Y quién será el impostor? ¿Sucederá siempre así? ¿Habrá pasado igual con Lincoln y con el zar Alejandro? ¿Con Wallenstein o Julio César? ¿Por qué no? Desde siempre, lo mismo. Bruno se hallaba absorto en estos febriles pensamientos cuando, de repente, se estremeció hasta los huesos al escuchar en boca de uno de los pasajeros, un pobre vejete, la palabra anarquista. "Un anarquista ha sido el culpable, lo leí en el periódico", aseveraba este pequeño gruñón, al que le faltaba, por lo menos, la mitad de la dentadura.

Bruno saltó a la banqueta en la siguiente estación. Ahora sí que no podría esperar más para leer el periódico. Su desconcierto se volvió supremo cuando leyó el encabezado "McKinley, herido por un anarquista en la Expo". "El hombre que disparó sobre el presidente no ha revelado aún su nombre, pero confiesa ser un anarquista y haber sido incitado por Emma Goldman, famosa activista, quien ya es buscada por la policía. Otros anarquistas relevantes podrían ser investigados como miembros del complot." Bruno sintió que

le caían encima todos los rascacielos de la ciudad al terminar de leer el artículo frontal. ¡Emma Goldman! Pero aún peor sorpresa le esperaba en las páginas interiores, las que mostraban una foto del malhechor. "¡Es el tal Nieman, no puede ser!", exclamó en voz alta al verlo. Quedó varios minutos pasmado. ¡Ahora sí estaba en el centro de la hecatombe! Sentía terror. Caminó sin sentido alrededor de cuarenta y cinco minutos hirviendo en especulaciones. ¿Qué haría ahora? "¡Estarán, otra vez, tras de mí! ¡Me querrán culpar de todo! Podría acabar en la silla eléctrica, la demoniaca y espantosa cosa que usan aquí para ajusticiar a los asesinos, sobre todo si son asesinos de presidentes ¡y a sus presuntos cómplices! Porque eso van a pensar, ¡que soy cómplice! ¿De verdad, tendría que ver Emma en todo esto? ¿Y Mark Hanna?" "¡Mark Hanna!", volvió a exclamar Bruno al recordar al corrompido político que actuaba como su protector desde su llegada a Estados Unidos y por quien se conectó con los círculos anarquistas italianos de Nueva Jersey. ¡Vaya con Bruno Arpinati, ese supuesto hábil doble agente de los anarquistas! ¡El gran impostor! "Definitivamente no debo volver a casa. Ya me estará buscando la policía, o los propios anarquistas, o los sicarios de Hanna", especulaba en su deambular. Decidió meterse a un bar. Mientras apuraba cervezas, lo atacaban nuevos pensamientos y temores. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? De pronto, se levantó bruscamente, dejó un billete en el mostrador y salió de prisa. Sí, tenía que volver a su casa cuanto antes. ¡Urgía! No importaba la dimensión de los riegos. Tenía que leer ese documento que Nieman le había entregado en persona hacía cosa de un mes, el cual acababa de recordar y que había relegado de manera despectiva al fondo del cajón de su buró. Unas cuantas páginas donde se describían, según las palabras de quien había disparado sobre McKinley, "los verdaderos secretos de la gran revolución anarquista".

RIVOLI, PIAMONTE

Octubre de 1906

Ésta es la crónica de una travesura, de una broma que empezó como un juego y que acabó casi costándome la vida o la libertad. Finalmente, gracias a la imprevisible y providencial intervención del influyente senador estadounidense Mark Hanna, ¡todo un prohombre, qué duda cabe!, logré zafarme de líos y ahora soy capaz de escribir esta historia de peripecias, deslealtades, coincidencias, ocurrencias, mentiras y complots que ha llevado a buena parte del mundo a una absurda paranoia antiterrorista. Estamos en el año de 1906. Doce años han pasado desde que me empecé a enredar en graves riesgos por andar de juguetón. La verdad no me arrepiento. He demostrado, a mi manera, que la historia de la humanidad es una farsa totalmente irrisoria, un circo en el que muchos quieren ver mecanismos complejos de "dialécticas" y "contradialécticas", y que no es sino la autobiografía de un loco. Un rey, una emperatriz, dos presidentes y un jefe de gobierno perecieron asesinados y algunos jefes de gobierno más tuvieron la suerte de sobrevivir a sendos atentados en estos tiempos que me propongo resumir. Todos los magnicidas, tanto los exitosos como los malogrados, tenían en común la virtud de ser jóvenes anarquistas. Fue así que el terrorismo se convirtió en la principal preocupación de políticos, jefes de policía y periodistas. Los dirigentes europeos más conservadores hablaron insistentemente de la existencia de una "gran conspiración judeo-masónica" que utilizaba a los anarquistas como instrumento para lograr oscuros propósitos de dominación mundial. Quizás,

en alguna medida, mi anarquía lúdica contribuyó a desatar este delirio.

Hoy escribo de manera confortable desde la villa familiar de los Arpinati, en el corazón del bello Piamonte, mientras cuido a mi madre enferma. Ella me confesó hace algunos meses la identidad de mi verdadero padre, último acicate que yo necesitaba para animarme a contar esta descabellada historia.

* * *

Me llamo Bruno Arpinati. Nací en 1863 en Turín, capital del sublime Piamonte y del joven reino de Italia en el momento de mi alumbramiento. Soy hijo natural de Francesco Crispi, uno de los Padres de la Patria italiana, quizás el político más interesante de cuantos estuvieron involucrados en la unificación de este farandulero país. Como acabo de comentar, apenas me he enterado del verdadero nombre de mi padre. Mi madre es Cecilia Arpinati, distinguida viuda del exitoso ingeniero Luigi Arpinati, miembro destacado de una eminente familia de empresarios turineses que murió víctima de un duelo a los cincuenta y tres años. Era algo atrabiliario, don Luigi, según me han contado. Poco después del lance que costó la vida a su marido, doña Cecilia —viuda joven, culta, elegante, bella y muy rica— conoció al avasallador político en ascenso, que la cautivo y —por lo visto— ella a él. Cabe decir que en los tiempos de mi nacimiento, Crispi no estaba como para cuidar de nimiedades como ocuparse de un bebe ilegítimo. Tenía varios flancos personales abiertos, amagos para su futuro, además de que la situación nacional e internacional mantenía en vilo a prácticamente toda la clase política europea. Rogó a mi madre para que no contribuyera con un escándalo a su ruina. De por sí, el estadista tendría más tarde muchas dificultades a causa de una acusación sobre bigamia. Poco después, en 1865, al mudarse la capital del reino a Florencia, mi padre abandonó Turín y cinco años más tarde volvió a cambiar residencia ya que, en 1870, una vez unificada de manera definitiva la patria, mi padre marchó a Roma para continuar su fecunda carrera política, mientras mi madre permanecía, impertérrita, en la

señorial residencia de los Arpinati en el Piamonte dedicada a pintar acuarelas (era una artista de mérito), montar potros magníficos con garbosa maestría y criar con empeño, cariño y sobrada discreción al muchachito que había concebido con tan grande personaje. Polémico fue don Francesco Crispi como pocos protagonistas del fin de siglo italiano. Ya tendré tiempo de contar en esta historia algunos de sus avatares políticos y personales.

Gocé de una infancia sumamente feliz, amado por mi madre (fui su único hijo), lleno de buena salud e instruido por los mejores maestros particulares, sobre todo en idiomas. Durante los años de mi odisea lúdico-anarquista añoré muchísimo esta espléndida hacienda familiar en Rivoli, la Villa Arpinati, a unos catorce kilómetros al oeste de Turín y a donde ahora, venturosamente, he podido regresar. Mientras mis días transcurrían en medio de esta Arcadia, mi madre tenía en mente que su hijo siguiera los pasos del, para mí, desconocido padre. Por eso a los dieciocho años y (ahora lo sé) a instancias de mi germanófilo progenitor viajé a Heidelberg a iniciar estudios de derecho en su célebre universidad. Fue entonces cuando descubrí mi vocación de autodidacta y mi propensión a la anarquía. Más interesado en la historia y en la filosofía, detestaba el derecho y despreciaba al autoritario Estado prusiano que había logrado la unificación del Imperio alemán "a sangre y fuego". Me aficioné a la literatura y a la filosofía alemana. Abandoné mis estudios y me uní a clubes liberales. El *Frankfurter Zeitung* (*FZ*), el periódico más liberal de Alemania, me contrató como reportero, gracias a mi manejo de idiomas y a una cierto talento literario que, supongo, poseo. En tal carácter viajé durante varios años a una buena cantidad de ciudades europeas: Madrid, Londres, Copenhague, Belgrado, Estocolmo y un largo etcétera. Escribí una gran cantidad de buenos reportajes y, como pasatiempo privado, textos de carácter histórico y filosófico que jamás serán publicados. En 1889 el *FZ* me propuso ir como corresponsal a Creta en calidad de enviado secreto para cubrir la actividad de las guerrillas independentistas, los heroicos *kleftes,* contra de la opresión turca. La idea me fascinó. Grecia y su centenaria lucha contra la dominación otomana habían

inspirado a cientos de almas libertarias y románticas durante todo el siglo XIX. Simplemente piénsese en Lord Byron. Aún conservaba cierta vena romántica y, encantado, acepté. Ya estando en Creta, tanto me indignó la cruel represión de la que fui testigo que decidí mandar al diablo al *Zeitung* y enlistarme para pelear al lado de los *kleftes,* junto a unos simpáticos, aunque algo solemnes, anarquistas italianos. *Elefthería i thánatos!,* "¡Libertad o muerte!" era el grito de guerra de los luchadores por la independencia. Pero mi vocación libertaria e individualista chocó con el nacionalismo de los rebeldes y, peor, con su religiosidad. La construcción del mito identitario de la "nación griega" se encuadraba en el marco de los ideales nacionalistas excluyentes que surgían en Europa a lo largo del siglo XIX y que yo tanto despreciaba. Además, esta guerra mucho tenía de fundamentalismo religioso, algo que, sencillamente, yo no podría soportar.

Por eso a las pocas semanas decidí volver a Italia a disfrutar nuestra hacienda de Rivoli. Durante los siguientes tres años entré en contacto con los círculos anarquistas italianos de Turín y el resto del Piamonte. Irradiaba toda una pléyade de pensadores libertarios: Malatesta, Cafiero, Merlino y Costa, entre otros. Pronto empecé a tener diferencias con ellos. En definitiva pensaba distinto al tipo de anarquismo comunal y organizacional que proclamaban dichos caballeros. Durante mis horas perdidas en Alemania había leído la obra de Nietzsche y la de un oscuro, pero importante, filósofo anarquista llamado Max Stirner, partidario de un tipo de anarquía individualista. Aborrezco el tonillo de superioridad moral de los idealistas. Para mí la anarquía es otra cosa. Tiene que ver con la realización personal. Mi anarquía reniega todo tipo de convencionalismos sociales o morales y es totalmente ajena a los grandes andamiajes ideológicos. Trasciende todo esfuerzo totalizador. Cuando cae en el caso contrario, como sucede con los comunitaristas y ahora con los anarcosindicalistas (¡pavorosa contradicción!), deja de ser anarquismo para convertirse en una nueva forma de esclavitud. Me fastidia el maniqueísmo fundamentalista y cursi de los comunitaristas y el "espíritu de cruzada" de los que se sienten

buenos, sean anarquistas, conservadores, seminaristas, socialistas o socialdemócratas.

Colaboré en algunos periódicos anarquistas y soñaba con tener mi propia revista. Hasta había pensado un nombre para la misma: *Iconoclasta,* que sería una publicación satírica y anarcoindividualista, pero jamás me animé a iniciar la aventura de sufragar los gastos de una publicación. No era para tanto.

También en esa época el gobierno italiano intensificó la persecución del anarquismo, y no hacía diferencias entre anarquistas bakunianos, kropotkinianos, proudonianos o individualistas. Irónicamente, el primer ministro era, a la sazón, Francesco Crispi. Promovió el *premier* una enconada lucha para tratar de desterrar "el mal de la anarquía" del país y, en mi caso particular, le asistían motivos personales (desconocidos para mí, desde luego) para que yo abandonara el reino lo más pronto posible. Y así fue, marché una vez más al extranjero y renuncié a mi querida villa piamontesa ante la obsesiva presión de mi madre, temerosa, seguramente, de que un hijo ilegítimo del primer ministro anduviera de anarquista. "Anda, vete a París o a Berlín, concluye tus estudios. *Andiamo presto! Súbito!"* Ante tan amables invitaciones decidí ir a la capital francesa. Corría el año de 1891.

* * *

En París viví en el apartamento que poseía la familia Arpinati en el boulevard Saint Marel. Amaba la ciudad. Pretendía ser un observador outsider y procuraba no meterme en demasiados problemas, pero sí mantuve contacto con los principales círculos anarquistas en París y Londres, urbe que siempre me ha gustado mucho y que visitaba con cierta frecuencia. La capital británica, a la sazón, era la auténtica Meca del anarquismo. También, y aunque no padecía mayores penurias, para entretenerme conseguí un empleo como maestro de historia en un liceo privado y colaboraba en el diario satírico anarquista *Marabout,* bautizado así en honor de los médicos brujos del Alto Volta: "Personajes a un mismo tiempo sabios, santones y curanderos", rezaba el cintillo del periódico. Casi todo

el resto de los colaboradores de la revista eran anarquistas comunitaristas y, por lo tanto, marqué con claridad desde el principio mis distancias con ellos. En mi primera colaboración escribí:

El anarquista genuino vive, antes que nada, como un ente individual sin profesar en absoluto fe alguna que lo ate a la sociedad, la cual le disgusta, pero este desprecio no le despierta profundas convicciones de tipo religioso o político. Pelea sólo por el gusto a la batalla. Lucha simplemente por acatar sus impulsos vitales sin abrigar ningún tipo de esperanza en el futuro.

Lógicamente, el tono sarcástico y cínico de mis escritos desconcertaba, cuando no irritaba, a mis colegas anarquistas, tan idealistas y cándidos ellos. No entendían que mi devoción a la sátira fuera más fuerte que mi "sentido de justicia", como me decían. Me veían elitista y aristocrático y, sí, lo era, pero no sólo en el sentido tradicional de riqueza, familia o abolengo, sino en el impulso de autosuperación y en el desdén a todo tipo de convencionalismos, tanto los burgueses como los proletarios. Consideraba irrelevantes todos los sistemas filosóficos comparados con el gozo de una existencia plena. Creía que la lucha libertaria era un asunto individual y tratar de liberar a las sociedades era perder el tiempo o, peor aún, conducir a los individuos a nuevas formas de opresión. Lo mismo me reía de los trabajadores burdos, ignorantes y llenos de supercherías que de la rancia, aburrida y reaccionaria alta aristocracia y, obviamente, de la banal clase media. Sin embargo, a pesar de las grandes diferencias que mantenía con la mayoría de ellos, los anarquistas de *Marabout* tuvieron la amabilidad de tolerarme casi tres años en las páginas de su periódico.

* * *

¡Y vaya que si la III República francesa daba material para un burlón ávido de hacer escarnio de la mediocridad! Después de dos décadas de convulsiones, el régimen republicano navegaba en aguas tranquilas, pese a los muchos escándalos de corrupción y al renovado aventurerismo colonial en África e Indochina. Habían fracasado todos los intentos de las tres casas dinásticas (borbones, orleanis-

tas y bonapartistas) para restaurar alguna forma de monarquía. En la Asamblea Nacional había una clara mayoría republicana, la influencia de los monárquicos menguaba gradualmente y cada vez más la derecha se tenía que resignar a trabajar con el nuevo régimen. En 1891 se verificaba la normalización de la República. La oposición de los monárquicos cesaba de ser un obstáculo al parlamentarismo y ni la derecha (disgregada) ni la izquierda más radical (aislada) podían encontrase en las coaliciones de gobierno. La vía estaba libre para una república moderada y sin doctrina, meramente "administrativa", como lo habían sido la Monarquía de Orleans (1830-48) y el Segundo Imperio (1852-70). Tras llegar a puerto seguro, la burocracia se preparaba para relajarse en el poder por mucho tiempo.

En 1889 estalló el escándalo de Panamá: cuantiosos sobornos a más de cien diputados para conseguir un empréstito especial y lograr la construcción de un canal interoceánico en el istmo centroamericano de acuerdo con el proyecto del ingeniero Ferdinand de Lesseps. La quiebra de la Compañía del Canal pone al descubierto todos los cohechos. Pese a todo, la República resiste, e incluso el escándalo le produce un efecto sedante. Cierto es que en la coyuntura una figura populista ganó millones de adeptos. El general Georges Boulanger encabezaba un movimiento personalista y demagógico desde 1886 y con el asunto Panamá vio aumentar su protagonismo. El centro de su propuesta residía en el rechazo a la desprestigiada clase política, el revanchismo frente a Alemania para vengar la derrota en la guerra de 1870 y un liderazgo autoritario basado en consensos plebiscitarios. También planteaba difusas demandas de carácter social. La derecha antirrepublicana, monárquica y católica veía en el general una esperanza, un hombre fuerte, una especie de "nuevo Napoleón". Boulanger triunfó de manera escandalosa en una elección especial en París en enero de 1889. Parecía que estaba a punto de conseguir el poder. Los sectores más reaccionarios lo animan a dar un golpe de Estado, pero este frívolazo no se decide. Es entonces que el gobierno republicano reacciona con vigor y, de forma súbita, la amenaza populista se desvanece. Boulanger se

marcha a Bruselas y se suicida en 1891 frente a la tumba de su amada, ¡todo un monumento a la cursilería protagonizado por un pusilánime arquetípico! A partir de ese momento se instala en Francia un general sosiego. Los partidos quedaban decapitados. La mayoría de los antiguos jefes, tan de suyo oportunistas pero manchados por el tema de Panamá, ya no alzaban la voz con la misma fuerza de antaño y la inmensa mayoría de la nueva generación estaba compuesta por medianías. Ninguno de los líderes más carismáticos era presentable. No tenían más remedio que rehacer en silencio su "virginidad", recuperar credibilidad a base no de méritos propios sino de los desmerecimientos de los políticos de nuevo cuño. Hasta el Partido Radical, que había sido clave en la construcción de la República, privado de sus cabezas principales y ahora compuesto de oscuros provincianos, había pedido la audacia de otros tiempos. La oposición de extrema izquierda pasaba a los socialistas, todavía escasos como para ejercer, en verdad, una influencia que resultase peligrosa para el centro. Era una República de "gentes bien", como la llamó algún periodista. Los gobiernos llevaban a cabo, invariablemente, programas de una moderación exquisita: desautorizaban la revisión constitucional que pretendía reinstaurar la monarquía, eludían el espinoso tema de la separación de la Iglesia y el Estado, revisaban casi siempre a la baja el impuesto sobre la renta y el resto eran lugares comunes y divagaciones. "Lo único que pretenden ustedes es detener la marcha de la historia", apostrofó a uno de estos inocuos gabinetes el furioso diputado Jean Jaurès, recién convertido al socialismo. Falso. Los programas de gobierno, lejos de detener nada, eran continuadores de un método que iba acompasando con treguas y modorras la marcha de la democracia. La bauticé irónicamente en las páginas de *Marabout* como "La República del justo medio".

Todo marchaba según los deseos de una sociedad para quien la República era un régimen como otro cualquiera, que no pasaba de ser la etiqueta de un gobierno eternamente semejante a sí mismo. Por eso, cuando de repente empezaron los atentados dinamiteros anarquistas en 1892 se me antojó saludarlos como la expresión exis-

tencial de jóvenes hartos de la mediocridad. La aparición de estos locos era prueba de que aún estábamos vivos. Durante dos años una ola de atentados anarquistas sacudió París. Se contaron once explosiones calificadas como "graves". No lo fueron tanto comparadas con las de España, acaecidas más o menos durante la misma época. La peor mató a diez policías, y eso por la torpeza de las autoridades. Hubo atentados en las casas de políticos y jueces, en restaurantes y cafeterías e incluso en el recinto parlamentario, además de decenas de pequeñas explosiones y ataques fallidos. Los tres anarcos más famosos ejecutados por estos hechos fueron Ravachol, que puso en marcha la campaña de terror en marzo de 1892 al hacer estallar bombas en la casa de un juez y de un fiscal; Auguste Vaillant, quien lanzó una bomba durante una sesión de la Asamblea Nacional; y Émile Henry, autor de una explosión en un elegante bar. Esta tercia se convirtió en el símbolo del martirio de la causa anarquista. Eran adeptos de la "propaganda por la vía de los hechos", doctrina adoptada por la internacional anarquista en 1881 y que consistía en perpetrar actos de terrorismo como medida presuntamente "concientizadora" para las masas, "ya sea con la daga, la pistola o la dinamita", de acuerdo con la definición de Piotr Kropotkin. Desde luego, casi todas las tribus anarquistas festejaron los hechos, pero se equivocaban. Los interpretaban como augurios de cambios sociales, pero en realidad sólo eran actos individuales de suprema manifestación de la voluntad. Se afirmaba el deseo de subvertir, no de reinventar el futuro. El día que el Vaillant lanzó una bomba en medio de la Asamblea Nacional reunida en pleno, el presidente de la Cámara no perdió el aplomo y solicitó que continuara la sesión. Con el tiempo, todo seguiría igual en Francia desde que Thiers reprimió a la Comuna de París en 1871. Vaillant, Ravachol y Henry fueron a la guillotina alegres y campantes, mientras el Estado redactaba leyes de represión contra el "enemigo identificado", el terrorismo, que servirían para consolidar aún más al sistema. ¿Qué diablos importaba a la República, después de todo, si unos terroristas delirantes habían logrado su redención personal?

La República conservadora se expandía mientras los anarquistas se dedicaban a "la propaganda por la vía de los hechos". Con ello, según las buenas conciencias, se abría un abismo de perdición. Los integristas católicos se preguntaban, piadosos, si no era todo esto consecuencia de descuidar la cooperación con las "fuerzas espirituales" y así culpaban al Estado laico de todas las desgracias nacionales.

Yo festejaba. Por lo menos algunos franceses estaban cansados de la honda mediocridad de su República, de aquella existencia vegetativa de virtudes completamente pedestres. El tráfico de granos y de ganado era próspero pero, ¿qué alimento era aquél para las sensibilidades y las inteligencias elevadas? Inclusive la *raison d'etre* de la derecha más nacionalista, el revanchismo antialemán, había menguado. Se recurría sin pudor a un patriotismo de pacotilla que ni siquiera apelaba al heroísmo del campo de batalla y del desquite. En nombre de la República se relegaba la democracia. Las jornadas nacionales transcurrían insípidas. Únicamente algunas minorías selectas hablaban de actuar y de entregarse a la acción como la comezón de luchar por cualquier causa, por extravagante que fuera, a la derecha o a la izquierda.

Dos años duró la moda de los dinamiteros sin que menguara, en el fondo, la marcha ordinaria y confortable de las cosas. Yo me divertía burlándome de los dinamiteros, de la policía y de las víctimas, sobre todo cuando, ¡oh ironía!, el mediocre poeta Laurent Tailhade perdió un ojo en uno de los atentados. "¿Qué importan las víctimas si el gesto es bello?", se preguntó este farsante cuando se enteró de alguna de las explosiones y, de repente, ¡zas!, le toca una bomba y el tipo se queda tuerto. ¡Vaya justicia ahora sí que "poética"!

Y así vagaba por la vida hasta que un día conocí a Maurice Alexandre Vignancour, y entonces iniciaría la aventura que me propongo reseñar y que involucra, entre otros personajes, a mi padre, Francesco Crispi, y a mi postrer protector, el inefable Mark Hanna.

CLEVELAND, OHIO

Junio de 1876

A primera vista no era posible distinguirle bien la cara tras los portentosos nubarrones de humo que emanaban del enorme habano que fumaba. Parecía una especie de hombre-chimenea, como alguna de las que humean en cualquiera de las muchas fábricas que poseía y lo hacían dueño de una de las fortunas más prominentes del estado de Ohio y, quizá, de Estados Unidos. ¡Todo un espíritu feroz, un tiburón en esta época de *robber barons,* de los grandes multimillonarios que hicieron su fortuna con métodos inescrupulosos y hasta sanguinarios! De repente, aparece una mano con unos dedos gruesos, aunque no tanto como el puro que sostienen. Las nubes se despejan por un momento y es entonces cuando pueden verse las grandes mejillas rosadas, los estrechos ojos somnolientos y las apretadas esquinas de unos delgados labios esbozando una sonrisa sardónica. Sus brazos se desparraman a lo largo de la mesa acusadora del juzgado. Sus piernas están explayadas hacia afuera para permitir que su rubicunda panzota se extienda sin obstáculo alguno. Una panza que es, en verdad, el punto focal de su personalidad. Está cubierta por una camisa blanca de vestir y un chaleco negro del que destaca la dorada cadena de su reloj de bolsillo. Pero lo que atrae la mirada de quien lo observa es su imponente gordura, no la cadena o la camisa. Antes de asistir al juicio comió un espléndido *lunch:* ganso bañado en salsa de Madeira acompañado de tomates asados y una botella de Borgoña. Asiste a esta sala esperando a que el sistema al que él cree servir como el admirable

industrial que es le haga justicia. El fiscal (un sujeto a quien él apoyó para que llegara al puesto) acaba de exponer sus argumentos tras interrogar al jefe de policía encargado del arresto de los acusados. El caso parece claro. Un grupo de huelguistas alborotadores y malagradecidos que han cometido graves atropellos en propiedad ajena. ¡El colmo!

El abogado defensor, el adusto y bien erguido William McKinley, se levanta de su asiento mientras el fiscal retoma su lugar.

—Sargento Davis —comienza su interrogatorio—, discutamos una vez más el asunto del arresto de mis clientes, si usted no tiene inconveniente.

No es un abogado que se caracterice por ser agresivo, ni por la teatralidad con la que se conducen muchos de sus colegas al desempeñar su oficio en la sala de justicia como estrategia para impresionar o conmover a los jurados. No es el estilo de este hombre serio y parco, elegante en el vestir y de modales impecables que siempre se dirige a todos con suma cortesía y consideración.

—Sargento, estos hombres, mis clientes, siempre han sido trabajadores y honrados, estará de acuerdo conmigo.

—No sé nada que justifique pensar lo contrario, señor McKinley.

—Trabajan en las minas.

—Eso tengo entendido.

—Todos los días.

El sargento asiente con la cabeza.

—Son padres de familia.

—Eso tengo entendido.

—Nunca se ha sabido que hayan sido parte de grupos alborotadores o anarquistas. Han seguido el camino correcto.

—Señor McKinley, tenga la bondad de ir al punto —interviene el juez, con su imprescindible tono severo y con sus bifocales resbalándole por las mejillas. Se trata de *Little Garret,* famoso por ser el magistrado de menor estatura en el estado y, por lo mismo, quizás el más malhumorado. Su señoría ya conoce bien las interminables intervenciones del joven abogado. Mientras tanto, se multiplican los tosidos que provienen de los estrados donde están los especta-

dores, los cuales quedan ahogados por un repentino ruido que se origina detrás de los nubarrones de humo de tabaco. Un exabrupto que estalla entre una carcajada y un grito.

—¿Alguna vez antes de que empezara la huelga estos hombres, mis clientes, habían transgredido la ley? —siguió divagando el defensor, pese a la advertencia del juez.

—No hasta donde yo sé.

—Cuando los sueldos de estos buenos hombres fueron reducidos, cosa que los obligó a irse a la huelga, casi de inmediato fueron remplazados por otros hombres, también hombres buenos, sin duda, pero que sustituían a mis clientes en el trabajo que habían hecho por años y que les permitía sostener a sus familias. ¿No es así?

—Sí, creo que ése es el caso.

—Y si no fuera por el recorte de sus salarios y por la consecuente huelga, y por haber sido remplazados…

—¡Objeción, señoría, eso es especulación! —exclamó el fiscal.

—Continúe, señor McKinley, y por favor llegue de una vez donde quiere llegar —intervino el juez.

—Entonces, decíamos, antes de la huelga jamás cometieron violencia alguna contra nadie, ¿verdad?

El sargento levantó la mirada hacia el pedestal del juez como preguntándole con la mirada hasta cuándo permitiría al defensor continuar con esa retahíla de preguntas irrelevantes que parecía no conducir a ninguna parte. Pero justo en eso aparece la famosa impaciencia de Marcus Alonzo Hanna, *Mark the Shark,* caballero de la industria, hombre de poder, capitalista prototípico de su época. Hurga ostensiblemente en sus bolsillos buscando una hoja de papel y algún lápiz. Quiere escribirle una nota perentoria al "fiscalillo" para que objete con toda vehemencia. ¿O acaso olvida la obvia justica de su causa? ¿Olvida que estos señores huelguistas destruyeron propiedad privada, delito por lo que fueron arrestados? ¡Son culpables! Pero no encontró con qué escribir, así que se levantó de su asiento pretendiendo avanzar hacia el lugar donde se hallaba el fiscal.

—Siéntese en su lugar, por favor, señor Hanna. Conteste la pregunta el testigo —exhortó de inmediato el juez al notar los pesados movimientos de Hanna al levantarse.

—Ya la olvidé —respondió displicente el sargento.

—¡Ah, pero qué bien! ¡Ése es el interés que le merece la justicia! —exclamó con sorprendente vigor McKinley, una enjundia que utilizaba por primera vez desde que empezó el juicio. De repente al defensor se le siente enérgico; tanto, que el jurado salió del sopor en que se hallaba hundido desde hacía un buen rato y comenzó a poner algo de atención a lo que sucedía en la sala de justicia.

A Mark Hanna no le gustó el súbito giro que tomaban las cosas. De hecho, se sintió muy incómodo desde que se enteró que McKinley había asumido la defensa de los mineros. Pocos en la sala se lo explican. Menos aún los propios acusados. William McKinley nunca ha sido un abogado de los trabajadores, como lo es, por ejemplo, el célebre político socialista Eugene Debs. Al contrario, McKinley es un distinguido miembro del Partido Republicano que venera la propiedad privada y la fuerza del capital. Su esposa, Ida, es de los Saxtons, tan respetables ellos, del Saxton Bank de Canton, Ohio, de donde también es originario el propio McKinley, quien es miembro del club de veteranos de la Guerra Civil, presidente del YMCA local y superintendente de la escuela dominical metodista de aquella ciudad. William McKinley, en suma, parece un hombre limitado en ambiciones y gustos modestos. Esta defensa de alborotadores es una extravagancia en alguien que no está acostumbrado a las extravagancias. Algunos periodistas especulan que lo hace sólo por vengarse del fiscal, quien lo había derrotado hacía poco por un puñado de votos en la lid por hacerse del puesto, pero no. Hombre ante todo religioso, McKinley no es del tipo de gente que se deje llevar por el rencor o por cualquier otra pasión.

Pero aunque muchos puedan confundirse con las motivaciones profundas de McKinley para darse este singular "baño de pueblo", el zorro de Mark Hanna —que conoce al dedillo la política de su estado y, sobre todo, las motivaciones de la psique humana– sabe

que este decente abogado, improvisado ahora como un inopinado defensor de huelguistas, tiene la mira puesta en Washington.

—Déjeme, pues, repetirle, sargento: usted hizo los arrestos, los hombres, estos hombres, mis clientes, estaban afuera de la mina el día de los hechos. En la calle había policías, muchos policías. Mis clientes estaban tratando de entrar a su trabajo y fueron insultados con epítetos como "basura" y otros adjetivos peores que no repetiré aquí en la presencia de damas. Estos hombres son trabajadores honestos. Algunos incluso llevaban a sus hijos a la mina para que aprendieran y heredaran el duro oficio de sus padres. Usted los vio, sargento, no hicieron un solo acto contra sus semejantes. ¡Dios es testigo de que no agredieron a sus semejantes!

El oficial observa al fiscal moviéndose incómodamente en su sillón, después voltea a ver al juez, quien había transitado del tedio al desconcierto.

Hanna empieza a indignarse. "Maldito juez", piensa; "debería detener esto o aclarar, como se debe, el asunto a los jurados". O mejor aún él, Mark Hanna, propietario de estas minas cuyas operaciones fueron alteradas, casi detenidas por completo a causa de esta ilegal y arbitraria huelga, él que es el Emprendedor, el Empresario, debería tener el derecho a hablar en este momento. Se quita el puro de la boca. De nuevo se levanta pesadamente.

—¡Señoría! —irrumpe.

Quiere decirle al jurado que el señor McKinley está equivocado. Que puede ser que el defensor parezca ser un hombre decente, pulcro, incluso bien parecido. Sin duda lo es. Pero como abogado es un tramposo. Quiere advertir que estos hombres no están acusados de hacer daño a ninguna persona en particular, sino que el delito por el que deben ser castigados es el de daños en propiedad privada, ¡su propiedad privada! Ése es el *quid* del asunto. Quiere enfatizar que esta absurda huelga le representó pérdidas financieras. El hecho es que destruyeron cercas y portones. ¡Acto ilegal! Quiere aclarar a los jurados que quizá los inanimados pedazos de metal que se extraen de una mina no tengan los derechos de una persona, ¡pero sí que los tiene su dueño, Marcus Alonzo Hanna! Ha sido

privado de sus justas ganancias y es un delito que cometieron estos huelguistas. Quiere clamar que esto ha sido un robo, tanto como si lo hubiese despojado de su cartera algún ladronzuelo en alguna de las calles de esta ciudad de Cleveland. Pero no pudo decir nada de eso. Reconvenido por el juez volvió a sentarse, resignándose a bufar nuevos nubarrones de humo.

—En efecto, señor McKinley, los señores no hicieron daño a nadie —finalmente se animó a contestar el sargento.

* * *

Una vez terminadas todas las exposiciones de los testigos y las recapitulaciones de las partes, el jurado se retiró a deliberar. Mark Hanna sabía ya en ese momento que dejarían libres a los huelguistas. Y así fue. El flacucho bigotón con cara de asustado que fungía como presidente del jurado ("vaya muerto de hambre", pensó Hanna cuando lo convocó el juez a entregarle el fallo) extendió un papel al ujier de la sala, quien a su vez lo entregó al juez. ¡Inocentes de todos los cargos!

El tiburón había perdido una "batallita".

Mientras McKinley metía sus papeles en su portafolios, Hanna súbitamente se asió de su hombro mientras le extendía la mano. El abogado defensor voltea. Lo mira sorprendido, casi asustado. Ha sido tan súbita la aparición de Hanna en esa parte de la sala, que se creería que el industrial acusador hubiese aparecido ahí junto a él como por arte de magia.

—Perdí un juicio justo porque el fiscal fue este pobre diablo y no usted, señor abogado McKinley. Lo felicito sinceramente. Así es con estos demócratas, luchan con dientes y uñas para hacerse de los puestos y del poder, y ya que lo logran no tienen la más remota idea de qué hacer. ¿No es así?

McKinley asiente con discreción. Alrededor de él, los acusados, sus clientes, son felicitados de manera efusiva por sus familiares. Un reportero se acerca hacia ellos en el momento justo cuando uno de los defendidos le pregunta al abogado sobre sus honorarios.

—Oh, no, no, nada de eso. Haber tenido el honor de representarlos ha sido para mí la mejor paga —responde mientras el reportero apuntaba en su libreta todo lo que decía el abogado defensor.

Al oír esto, Hanna suelta una carcajada y musita en el oído de McKinley: "¡Buena jugada!"

McKinley comienza a caminar hacia la salida. Felicita a sus clientes, atiende a otro reportero, saluda a algunos espectadores, cuando de repente se escucha un golpe seco que hace que el abogado defensor vuelva la mirada hacia donde Mark Hanna acababa de impactar con fuerza el piso de madera con su bastón.

—Éstas son mis minas, señor McKinley —gritó el magnate, aunque sin furia, sino más bien con cierta parsimonia—. Estos bastardos huelguistas, sus clientes, trataron de cerrarlas. Mis ganancias han sido mermadas. Parte de mi propiedad fue destruida: puertas, cercas. Hoy no se hizo justicia, pero quiero decirle, amigo mío, que yo siempre acabo ganando.

—No fue mi intención afectar sus negocios, señor Hanna, sólo he cumplido mi obligación de defender a mis clientes lo mejor que pude. No hay nada personal.

—Sí, sí, por supuesto, claro. Ahórreme sus discursos. Por cierto, me enteré que le interesa postularse para el Congreso —le decía mientras se le acercaba.

—Sí, y voy a ganar —respondió McKinley con estudiada seguridad.

—Oh, no tengo ninguna duda de que así será, señor McKinley. Pero, ¿sabe?, justo hace rato me preguntaba por qué un republicano de tan buena cepa podía defender a anarquistas como éstos. Pero si tomamos en cuenta que la elección es en otoño, y estamos en verano… bueno… ¡el *timing* lo explica todo! ¿No es así? ¡Hay que ampliar el horizonte de posibles electores! Evitar que todos estos asnos se vayan con los demócratas. Lo entiendo, de veras, lo entiendo. ¿Aceptaría fumarse un habano conmigo? ¡Es un madurado extraordinario! —y sacó de su traje un puro, mismo que puso debajo de la nariz de McKinley—. ¡Es usted un ganador, y un ganador merece una buena fumada!

—Lo siento, señor Hanna, pero no fumo.

—¡Es que nunca lo ha probado, amigo mío, de lo contrario le encantaría! ¡Lástima! ¡Se pierde usted de un placer de dioses! Pero como guste. Entonces, acépteme un *bourbon.*

—No, no tomo y no pienso empezar a hacerlo ahora. Como siempre le digo a mi esposa: si no es el gusto del Señor, tampoco es mi gusto.

—¡Válgame... pero de veras... ¡Válgame! Oh no, no, señor McKinley, no crea que me voy a poner a discutir cuestiones teológicas con usted justo ahora en este momento —y tomándolo del brazo mientras se carcajeaba, Hanna empezó a caminar con el abogado defensor rumbo a la salida—. Y por cierto, para nada me interesan gran cosa sus asuntos maritales —añadió en voz baja—, pero déjeme decirle, eso sí, que desde mi punto de vista si el Señooor —pronunció esto último alargando irónicamente la *o*— puso en la tierra las hojas del tabaco, y si el mismo Señooor puso en este mundo los granos con el que se elabora el whiskey, tal como puso también, digamos, las rosas y las lechugas, no veo lo malo en que disfrutemos sus creaciones —Hanna sonríe mientras inhala profundamente—. De hecho, pienso que es una burla al Señor, así como un sacrilegio, que nosotros reneguemos de estas creaciones divinas y nos rehusemos a gozar dichos placeres. ¿Sabe?, el humo del puro tiene un efecto estimulante de-li-cio-so, una especie de somnolencia indescifrable. ¿De verdad no quiere probar? Iría bien con su personalidad.

McKinley huele el habano, pero niega con la cabeza.—Gracias, señor Hanna, muy amable, pero no.

Hanna aspira una vez más su puro de manera profunda y exhala una larga nube hacia la cara de su interlocutor, que detiene su marcha y estornuda.

—Bueno, amigo McKinley, tampoco se trata de que se ahogue. Ya nos veremos luego y seguiremos tratando el tema del tabaco... ¡Ah!, y el de la política, desde luego; cuenta con mi voto de fiel y convencido republicano.

McKinley sólo acierta a afirmar con la cabeza, mientras que reanuda su marcha con los ojos a punto de comenzar a lagrimear.

Ya en su carruaje, en el que su secretario lo espera, Hanna se relaja y sin permitir que el empleado abra la boca, comenta:

—Perdimos, Johnny, como te dije que pasaría. Pero creo que algo se ganó. ¿Quién sabe? A lo mejor pronto me hago de uno de esos tontos útiles que siempre es bueno tener a la mano.

ROMA, ITALIA

Julio de 1887

Cuando en 1887 llegó al poder en Italia, Franceso Crispi tenía sesenta y ocho años. Este regio siciliano había sido uno de los Padres de la Patria junto con Mazzini, Garibaldi y Cavour, y tras décadas de azarosos altibajos políticos y personales fue nombrado primer ministro por el rey Humberto I. Al tomar protesta del cargo su cabello se mostraba casi blanco en su totalidad y hacía tiempo que una difundida calvicie exponía su amplísima frente y la coronilla de la cabeza. La corta y negra barba que el nuevo primer ministro portaba hasta hace pocos meses había sido perfectamente afeitada y contrastaba con su enorme, recio y poblado bigote blanco, el cual se asemejaba al de una morsa. El parecido con Bismarck, el canciller de hierro alemán a quien Crispi tanto admiraba, era evidente, y con ello los caricaturistas de la prensa europea contaban con un buen motivo para solazarse.

El principal contraste entre ambos gobernantes se hallaba en las cejas. Un reportero de *Le Figaro* lo describió de la siguiente manera:

> La boca de Crispi es grande y llena de dientes; la cara larga, las mejillas anchas, llenas de color y perfectamente rasuradas. Una nariz amplia y fuerte domina el rostro sobre un nutrido bigote blanco. Las sienes son calvas, como la parte superior de la cabeza. Los ojos son cautivadores, inteligentes, expresivos y retadores. Son los ojos de un hombre fuerte, ambicioso y astuto. Pero falta algo en esas facciones. Las cejas de Crispi son demasiado delgadas. Cuando uno se da cuenta de dicha carencia percibe el gran parecido que tiene con Bismarck, quien posee unas cejas

> portentosas. Y esa diferencia influye en el carácter, ya que las ralas cejas del italiano van bien con sus buenos modales, su refinamiento y su inteligencia, mientras que las cejotas del alemán ayudan a reforzar su voluntariosa y bélica personalidad.

Y así era, en efecto: Crispi procuraba encantar a sus interlocutores; Bismarck gozaba intimidándolos.

Francesco Crispi siempre estuvo orgulloso de su espléndida apariencia. Dedicaba dos horas todas las mañanas (de seis a ocho) a su aseo personal y a perfeccionar sus atuendos. Cuidaba su vestir "hasta el fastidio", como comentara alguna vez el *Corriere della Sera.* Su casi septuagenaria edad se ajustaba bien con su fastuosa personalidad. Se le veía más digno y señorial que nunca. El temperamento atractivo y fuerte de alguien que poseía como principal virtud saber controlar con rigor sus emociones, de utilizarlas como armas y no sólo controlando las propias, sino influyendo en las ajenas. Lo mismo hacía Bismarck. Crispi, como Bismarck, era un estupendo psicólogo que sabía conocer y reconocer con agilidad el fondo de las personas con las que alternaba. ¡Y vaya que manipular emociones resultaba útil en una época en la que la opinión pública era tan importante! El miedo, el orgullo, la animosidad contra el enemigo, toda emoción influía en el arte de gobernar. La maleabilidad de las emociones públicas era fundamental cuando se quería justificar decisiones de Estado de cierta trascendencia, como las guerras, por ejemplo. Por esa razón era tan importante conocer el estado emocional del pueblo y saber "conducirlo" con propiedad.

A Crispi le encantaba actuar bajo secreto. Siempre había estado rodeado de enemigos. Además, era un masón de primer orden acostumbrado a actuar con perfecto disimulo. Tenía verdadero pánico a los escándalos, que ya en el pasado estuvieron a punto de estropear su carrera política. Manejaba todos sus asuntos públicos y privados con puntilloso secretismo, sobre todo los personales. Había aprendido a ocultar sus enigmas íntimos. En alguna ocasión en el pasado una cuestión de bigamia le había acarreado inconvenientes mayúsculos. Y es que don Francesco, con ese aspecto de gran

señor tan culto y distinguido, era irresistible a las mujeres. Los *affaires* amorosos sobraban en su vida. Reconocía solamente la paternidad de un hijo ilegítimo: Luigi, mientras que del resto había tenido la prudencia de alejarse llegando a muy buenos términos con las madres. Únicamente le preocupaba, y mucho, Bruno, el hijo que procreó con doña Cecilia Arpinati, turinesa de muy buena posición, mujer con la que mantenía una especie de *entente cordialle.* Pero uno nunca sabe...

* * *

¡Y vaya que la paternidad de Bruno podría acarrearle problemas a don Francesco si llegaba a ser conocida! Nació en Turín en 1863. Si el mundo se enterase de que el nuevo primer ministro, esperanza señera de la patria, había corrido una aventura con una viuda rica en un año políticamente decisivo, el efecto podría ser desastroso, sobre todo si se considera que justo en aquellos años Francesco y su esposa, Rosalia, vivieron una temporada muy feliz. De saber ella que su felicidad conyugal era "coronada" por su marido viéndose con otra mujer a escondidas sería el acabose. Pero Francesco sabía que doña Cecilia era, además de inteligente y discreta, toda una patriota.

Crispi había transitado en política de ser un republicano de izquierda a convertirse en un pragmático de tiempo completo. Al momento de asumir el poder su posición era cercana a los sectores monárquicos y nacionalistas. Tenía la viva convicción de que Italia debía consolidarse como nación mediante una guerra contra Francia y sustituir a este país como principal potencia europea en el Mediterráneo. Asimismo, se había convertido en todo un gran burgués adinerado tras años de ejercer con eficacia su profesión de abogado. Su arribo al poder fue saludada por todo el espectro político, de izquierda a derecha.

La vida del reino italiano había sido muy azarosa desde la reunificación. Las diferencias sociales y regionales se acrecentaban, los gobiernos se sucedieron, impotentes, unos a otros, y el nuevo rey, Humberto I, era muy impopular. Parecía que el nuevo país,

que tantos sacrificios costó unificar, se desharía en las manos de sus incompetentes gobernantes en cualquier momento. Pero con la llegada de Crispi, líder enérgico y talentoso, el declive podía llegar a su fin. Todos estaban de acuerdo en que se requería la mano firme de un político con prestigio para sacar adelante a la patria, y el único capaz de conseguirlo era Francesco Crispi, el unificador, el transformista, el político, *Il Signore.*

La política exterior desde el principio de su administración se convirtió en la principal prioridad. Quería reforzar la Triple Alianza que Italia había firmado con Alemania y Austria-Hungría en 1882. Devoto del Canciller de Hierro que forjó el Imperio alemán a base de ganar guerras por toda Europa, pensaba que Italia debía consolidarse como nación "a sangre y fuego", como ocurrió con Alemania. Tenía fe en que al momento de invadir Francia la patria toda se uniría detrás del Parlamento y del rey. Era el "bautismo de fuego" que a Italia le era imprescindible tener si es que anhelaba trascender como una joven y enérgica potencia. Por ello, a pocas semanas de haber asumido el cargo, Crispi sorprendió a Europa al realizar una significativa visita a Bismarck.

FRIEDRICHSRUH, SCHLESWIG-HOLSTEIN

Octubre de 1887

Bismarck recibió al impetuoso nuevo jefe de gobierno italiano no en la sede de la cancillería en Berlín, sino en su célebre coto de caza personal en Friedrichsruh, Schleswig-Holstein, que había sido un regalo personal adjudicado al Canciller de Hierro por un muy agradecido káiser Guillermo I. Que se haya escogido dicho paraje tan alejado del mundo oficial de la capital le dio al encuentro un ambiente cálido y familiar. Además, ese gesto simbólico enviaba el mensaje a Europa de que prevalecía una relación especial, casi fraternal, ente los dos gobernantes. Bismarck recibía no sólo al gobernante de una potencia, sino a un amigo. Y el efecto fue el deseado. Toda la prensa europea, principalmente la francesa, arremetió en un paroxismo de especulaciones.

Crispi, aprensivo y a la vez extasiado por ver a su héroe, llegó a Fridrichsruh el 1 de octubre de 1887. Fue recibido con toda pompa y circunstancia. La estación de ferrocarril del lugar estaba adornada con innumerables banderas italianas y del Imperio alemán, y lucía iluminada por incontables antorchas. Una multitud se hallaba reunida para vitorear al recién llegado estadista. El hijo del canciller, Herbert Bismarck, que había subido al tren en la estación de Büchen y saludado efusivamente a Crispi en cuanto lo vio, abrió la ventanilla y gritó para que todos dentro del convoy lo oyeran: "Aquí está mi padre, sabía que vendría si su salud lo permitía". Y ahí estaba Bismarck, en efecto, parado en una plataforma a pesar de

la lluvia, vistiendo un largo y negro capote, corbata blanca y bruno sombrero. Era una pose granítica, justo como aparecía el canciller en los célebres retratos que le había hecho el famoso dibujante Lembach.

Ya en la señorial casona procedieron a cenar y a entablar una amable plática. Nada de asuntos serios, sólo informalidades. Recordaron las ocasiones en que se habían reunido antes, hablaron sobre las virtudes del coto de casa de Friedrichsruh y las cuatro mil acres de bosque que el káiser le regaló como recompensa por sus invaluables aportaciones al Reich. Disertaron sobre del puerto de Hamburgo y su prosperidad comercial, comentaron la salud del káiser, etcétera. Finalmente se retiraron a dormir. Por supuesto, a Crispi se le destinó la alcoba de honor de la casa, donde apenas unos días antes había pernoctado el príncipe heredero del Reich, el desfalleciente Federico. Bismarck quería halagar y sabía que con el italiano eso no era demasiado difícil.

A la mañana siguiente abordaron la situación en Europa. Crispi describió a Italia como una apremiante y necesaria potencia emergente, y comenzó con su mantra:

—Sólo a sangre y fuego las naciones maduran y se consolidan, *herr kanzler*, y usted mismo y Alemania son la categórica prueba de ello. Estoy seguro de que una guerra de Italia con Francia es ineludible, y qué bueno, porque así el reino de los Saboya superará el marasmo en el que se encuentra desde la reunificación y surgirá como la nación dueña del mediterráneo.

Pero, para su desilusión y sorpresa, Bismarck lo desalentó:

—Admiro su espíritu, señor Crispi, pero yo busco que el equilibrio de poder que hemos logrado en Europa se perpetúe lo más posible. Alemania necesita paz… Europa necesita paz. He tratado de acercarme a Rusia, como usted lo sabe, pero he fracasado. Créame que lo seguiré intentando. Me importa un bledo que los rusos se queden con Constantinopla, ¡ése es problema de los británicos! Y tampoco me preocupa en absoluto lo que pase en los Balcanes si ése es el precio a pagar para que Rusia establezca una alianza con nosotros.

—¡Pero *herr kanzler!* —se apresuró a replicar Crispi con patente nerviosismo—. Eso haría del Mediterráneo un lago ruso!

—Entonces hay que acercarse a Londres, mi querido amigo. Los ingleses son los primeros interesados en contener a Rusia, y a la Triple Alianza le conviene que Gran Bretaña se mantenga neutral para no romper el equilibrio europeo.

Crispi se quedó estupefacto al encontrar, de repente, un palomo de paz en el Canciller de Hierro. Bismarck lo notó y por eso explicó:

—Claro, eso no quiere decir que Alemania tema o no sea capaz de enfrentar una guerra. Podemos movilizar a más de tres millones de hombres en semanas, contamos con los comandantes más eficaces y diestros del mundo, y en armamento nadie nos gana. Rusia es mucho más débil y Francia, atorada la República como está en interminables controversias domésticas, no es rival para nosotros.

Por fin se entraba al terreno que a Crispi le interesaba tocar y por el que había ido a Friedrichsruh: el militar.

—Bueno, confieso que Italia no está en condiciones de movilizar ni a un millón de hombres, pero posee la fuerza para cumplir con las obligaciones de la Triple Alianza. Sin embargo, *herr Reichskanzler,* me preocupa que no hayamos establecido aún una estrategia de acción militar común bien definida. Necesitamos una convención para afinar éste y otros asuntos neurálgicos.

—¡Ah, claro! —exclamó Bismarck como si de súbito hubiese recordado algo—. Yo no tengo ninguna objeción en que como alianza establezcamos una estrategia común definida en una convención militar, aunque, obvio, antes debo consultar al káiser, comandante supremo de nuestras fuerzas armadas.

Así transcurrió un par de horas. Al final de las negociaciones los dos gobernantes emprendieron una caminata por el magnífico coto de caza. Al día siguiente, Crispi emprendió el regreso. Cuando arribó a la estación de Frankfurt recibió un telegrama de felicitación del káiser y otro del canciller: era su cumpleaños número sesenta y nueve.

Días más tarde, en Friedrichsruh, tras enterarse de que su padre había cedido en lo de la convención, Herbert comentó:

—Pero no crees que te ha arrastrado a su juego, una convención te comprometería a apoyar a Italia si este soñador de Crispi decide declararle la guerra a Francia.

Tras dar unas fumadas a su pipa, el canciller respondió:

—Eso no pasará nunca. Dale algo de crédito a tu padre, que de política sabe algo. Italia no posee ni poseerá nunca la fuerza suficiente para retar a nadie en el terreno militar —y tras una pausa añadió—: Ni siquiera a Francia… y, ¿sabes?, dudo que a la misma Abisinia. Si los italianos empiezan a creerse su juego, bastará con llamarles la atención de manera enérgica. Por otro lado, me conviene que *herr* Crispi se consolide en el poder.

* * *

Crispi tuvo un regreso triunfal a Italia. Informó personalmente al rey sobre lo exitosa que había sido su entrevista con Bismarck. Humberto estaba extasiado. El prospecto de una convención militar con Alemania lo embriagaba. Creía que embarcarse en una aventura militar era la oportunidad de terminar lo que su padre había comenzado al patrocinar la reunificación y de borrar para siempre la mala imagen que padecía ante la opinión pública del país. Cuando el káiser accedió de manera formal a celebrar la convención, Humberto escribió a su primer ministro llenándolo de elogios: "Es usted un estadista de gran inteligencia, práctico, mesurado, sensible y determinante. El reino tiene a su servicio en la jefatura del actual gobierno a un patriota devoto de la monarquía". Obviamente, la cumbre con Bismarck había representado para Crispi un rotundo éxito político que lo consolidaba en definitiva en el cargo. Había tardado, pero Francesco, por fin, alcanzó su cénit, o al menos eso creía.

WASHINGTON, D. C.

Julio de 1888

William McKinley es, desde hace doce años, miembro de la Cámara de Representantes de Estados Unidos. Hace gala de una enorme y muy bien cultivada panza, y de una ostensible calvicie. Es un día del verano de 1888. Sale temprano a dar un breve paseo por los alrededores de su casa. Doce años en la capital federal y aún espera ver su terruño, Canton, cuando abre la puerta. Pero no, está en Washington, hace un calor insoportable y el clima político es todavía más tórrido. Apenas diez minutos más tarde vuelve al hogar para sentarse en el comedor. Suena una campanilla y aparece un sirviente negro con el desayuno: tres huevos, dos rebanadas de tocino, pan y té. Lee los periódicos mientras come. Es él quien está en el centro del debate, ya que es el principal promotor de una ley arancelaria sumamente proteccionista que ha desatado la ira de los demócratas, quienes lo acusan de pretender salvaguardar a ultranza los grandes capitales. ¡Vaya que el debate ha sido enconado! Unos días antes, mientras los demócratas le reprochaban por enésima vez su supuesto apego excesivo por sus amigos capitalistas, se le ocurrió como mejor réplica exhibir la etiqueta de compra del traje que recién había adquirido y que aún permanecía en uno de los bolsillos, y mientras la mostraba a sus colegas legisladores proclamaba orgulloso: "Miren, compré este traje en la tierra del honorable representante Laurence, uno de mis distinguidos rivales demócratas". Algo pueril el recurso, sin duda, pero a fin de cuentas un efecto teatral, de esos a los que odia recurrir el

representante McKinley. Y es que este tipo de cosas son las que, a veces, dificultan su trabajo en la Cámara. Él ama de la política la administración, el desarrollo de las estrategias de gobierno, el *big picture* y la camaradería fraternal que encuentra en casi todos sus correligionarios republicanos. Sobre todo, ama el arte de la negociación a puertas cerradas, el "toma y daca". Desde hace tiempo muchos de sus colegas congresistas demócratas, incluso algunos republicanos, reprueban con vigor la labor de los cabilderos profesionales que pululan en Washington trabajando por los intereses de sus patrones. Describen con desprecio esta labor como "un vulgar mercadeo político" que denigra la política. McKinley no está de acuerdo con este punto de vista. Entiende y aprueba la labor de los cabilderos. De hecho, no sólo la acepta, sino que la considera consustancial a la democracia. Para él es falso eso de que el cabildero sea una especie de vendedor que va de puerta en puerta en el Congreso tratando de vender las iniciativas que convienen a sus contratantes. O, bueno, quizás haya algo de cierto en ese símil, pero no sólo es eso, ¡qué va! Cabildear es la esencia del ejercicio de derechos democráticos de libertad de expresión y de la garantía que tienen los gobernados de ser escuchados por los gobernantes. Lo anterior se halla claramente consagrado en la Constitución. ¿Qué tiene de malo, entonces, que existan profesionales dedicados al tema? ¡Eso es democracia! La maquinaria legislativa es una cosa viva y actuante. Los Carnegie, los Frick, los Morgan, los Gould y los Rockefeller tienen el derecho a ser escuchados. ¿No son, después de todo, los motores de la nación? McKinley siempre pone atención a todos los argumentos que le presentan los cabilderos y toma en cuenta sus puntos de vista, como también considera las opiniones de sus representados de Canton que se toman la molestia en escribirle. Y William McKinley, siempre atento a las opiniones de los grandes caballeros de la industria y el comercio, patrocina esta ley aduanera proteccionista sin duda controversial, pero a su juicio muy importante, de hecho vital para la nación.

Él sabe que no es el tipo de persona con la que se esté a gusto tomando un trago tras una larga sesión parlamentaria. Es sobrio

y aburrido. Y, además, está su enfermiza mujer, Ida, tan posesiva ella, quien apenas ve en la puerta de su casa que algún senador o congresista trata de sonsacar a su marido para llevárselo a algún bar, de inmediato aparece por la ventana agitando un pañuelo en señal de inoportuna despedida. "Buenas noches, señor representante; que duerma bien y me saluda a su esposa." La actitud de Ida ha provocado que su marido haya hecho pocos amigos en el Congreso. Sin embargo, la mayoría de sus colegas de ambos bandos lo respetan. Todos saben que ella enfermó gravemente de los nervios tras la dolorosa pérdida de dos hijas. Además, durante esos doce años este sobrio representante del estado de Ohio se ha hecho un lugar. Es un hombre trabajador y serio que sabe escuchar. No es de los que agitan de más el oleaje, ni su estilo es el del demagogo estridente. Su apariencia es la de un experimentado administrador y su método es el de un negociador paciente y respetuoso.

Termina su desayuno y de leer los periódicos, y comienza a despachar el correo. Cartas desde Canton de su madre, de los clubes republicanos locales y una selección de la prensa nacional y local preparada por su secretario. La mayor parte de los editoriales alaba su propuesta arancelaria y los beneficios que acarreará a los negocios. También hay algunas notas sobre política monetaria, el debate entre el patrón oro, la plata. Y, desde luego, comentarios sobre el proceso electoral venidero y las menguantes posibilidades de que el presidente demócrata, Grover Cleveland, logre conseguir su reelección.

* * *

Siempre el mismo ritual cotidiano. El baño, el afeitado, el paseo, el desayuno acompañado de la lectura de la prensa, la revisión del correo, después ir al Capitolio para trabajar hasta la tarde y, de ahí, a casa a atender a la demandante Ida. En Washington los temas van y vienen, pero McKinley se mantiene constante en su forma de vida y en la orientación de su trabajo legislativo. La ley tarifaria es su *piece de resistance.* Sus argumentos fundamentales para defenderla son los mismos que él y otros proteccionistas repiten una y otra vez

cada que dan una explicación pública o privada: "Las tarifas deben ser altas porque debemos proteger los negocios que dan trabajo a los americanos", "Aranceles altos es lo que nuestros hombres de negocios piden para que los protejamos", "No es una cuestión de política, es para mí es un asunto de principios". Y, desde luego, la más socorrida y fácil de entender por todos: "América para los americanos".

Esa mañana, su secretario ha incluido un editorial del *Chicago Tribune* titulado: "Alrededor de dos mil millonarios controlan el Partido Republicano". McKinley ya ha leído antes ese tipo de cosas. Pero, como el hombre de buena fe que es, le gustaría reunirse con todos y cada uno de los opositores de su ley, aun con los populistas, y explicarles que sí, los aranceles altos protegen a los Rockefeller, los Carnegie y los Vanderbilt. Y sí, ellos son millonarios, y sí, ellos apoyan a William McKinley y al resto del Partido Republicano. De hecho, estos hombres emprendedores y exitosos son los principales sostenedores del Partido Republicano. Pero lo que ustedes no entienden es que las tarifas al mismo tiempo que protegen a los empresarios, protegen a los trabajadores. Negocios más grandes representan más trabajos, más ganancias y mejores sueldos. Los beneficios tocan a todos. "Americano el obrero, americano el patrón", "Todos en el mismo barco", "Hay que crear riqueza arriba y pronto empezará a filtrase hacia abajo", etcétera.

De repente, una voz interrumpe sus meditaciones:

—William, mi amor, ¿estás ahí?

—Sí, todavía, amor.

McKinley camina al baño de visitas. Se mira en el espejo. Aún es guapo. Con la edad ha ganado personalidad y fuerza. Su carrera va al alza. Aspira a ser presidente de la Cámara de Representantes si los republicanos ganan la mayoría en las elecciones de otoño, cosa casi segura. De nuevo, la voz de Ida lo interrumpe de sus soliloquios:

—William, no tardes, no me dejes sola mucho tiempo.

Las mismas quejas, las mismas peticiones de siempre como parte del ritual cotidiano.

* * *

Apenas llega a su oficina en el capitolio y un ujier toca la puerta con una carta y un regalo. Es de Mark Hanna, su amigo. Amigo y principal sostén político, debe decirse. Este 1888 es año electoral y está por definirse la candidatura del Partido Republicano a la presidencia en la Convención Nacional del partido a celebrarse en Chicago, y hay dos fuertes precandidatos presidenciales originarios de Ohio, un estado clave en términos electorales. Hanna desea que un nativo de dicha demarcación sea el próximo presidente y apoya a John Sherman, senador y hermano del celebérrimo general William Tecumseh Sherman, uno de los artífices del triunfo de la Unión en la Guerra Civil, pero el gobernador de Ohio secunda a James G. Blaine, candidato perdedor hace cuatro años. Ambos presionan a McKinley para que se una a sus respectivas causas, pero no quiere comprometerse. No le conviene. No es el momento. Tiene más que perder, que ganar. Por eso siempre da largas a los dos bandos.

—Buenos días, representante McKinley. El señor Hanna requiere el placer de su compañía y le manda un habano —dice el ujier mientras alarga la mano con el puro. Ciertamente, piensa mientras lo huele, hay algo excitante en su olor, algo fuerte y poderoso, pero se contiene y lo rechaza.

¡Y cómo le va a convenir comprometerse, si sabe que la administración del presidente demócrata Grover Cleveland se tambalea! El mandatario es un devoto de los aranceles bajos. Ya en su discurso sobre el estado de la Unión había dejado claro que haría campaña contra los aranceles altos de los republicanos, estableciendo así, por primera vez, una diferencia de política clara entre los dos partidos desde el final de la Guerra Civil. "Las tarifas elevadas son perversas, inequitativas e ilógicas", sentenció el presidente ante el Congreso. Se jugaba su carrera política al enfrentarse de manera tan abierta a los caballeros de la industria, pero, como dijo el propio Cleveland: "¿De qué sirve ser electo a un puesto si no se está a favor de ideas?" McKinley sabe que será una elección reñida, contra lo que piensa la mayoría de sus correligionarios, quienes esperan un día de campo en las urnas. Embriagados por la cercana

posibilidad de recuperar la Casa Blanca, los republicanos están a punto de escenificar un aquelarre en su convención de Chicago, en la que cualquier cosa podría pasar, sin descartar la elección como candidato de un "caballo negro", un hombre de última hora al que se consagraría como compromiso ante un estancamiento entre los principales aspirantes, como ya había sucedido en el pasado. Y ese caballo negro, ¿por qué no?, ¡podría ser el mismísimo Wiliam McKinley, de Canton, Ohio, el campeón de los aranceles altos! Por eso convenía fingir demencia, esperar sin adquirir compromisos mayores y ver cómo evolucionan las cosas en Chicago.

—Discúlpeme por favor con el señor Hanna, pero dígale que hoy me es imposible irlo a ver. ¡Tengo tanto trabajo que hacer! Tal vez otro día… Ah, y que le agradezco el puro, pero que me permito recordarle, otra vez, que no fumo.

El representante McKinley sabía darse su lugar.

MINNEAPOLIS, MINNESOTA

Junio de 1892

Es año electoral en Estados Unidos y el presidente en funciones, Benjamin Harrison, no las trae todas consigo. Puede perder a causa de la irrupción en la escena de un tercer partido, el Populista, liderado por James B. Weaver, que ganaba adeptos a costa de los republicanos, sobre todo en el medio oeste y las planicies, regiones particularmente afectadas por las políticas proteccionistas del gobierno. En Minneapolis está a punto de celebrarse la convención republicana. Mark Hanna se dirige con su eterno puro humeante en la mano a un selecto auditorio conformado por una decena de caballeros muy bien vestidos y de refinados rasgos. Hacía muchos gestos, y el calor que privaba en el recinto donde se encontraban le provocaba una copiosa sudoración en la frente:

—Miren, señores, en política hay que saber elegir a los candidatos tal como en el hipódromo se escogen los caballos a los que uno habrá de apostarles. Hay que fijarse en sus antecedentes en las pistas, en su vida, en su pedigrí, en las carreras que ha ganado y perdido. Debemos estar seguros de que tiene agallas para vencer en la competencia y que no le falta amor por la refriega. Hay que saber si es un potro veterano que ha enfrentado riesgos grandes, incluso la muerte, y que ha sabido ganar pese a las adversidades. Yo cuando elijo a un candidato estudio su cara, trato de ver qué oculta en la profundidad de sus ojos, qué secretos hay en una sonrisa hipócrita, maliciosa o sardónica. Trato de detectar las fortalezas y los flancos de su carácter, de descubrir sus cualidades mentales: si

es inteligente, intuitivo, sereno. No queremos ni podríamos permitir que cualquier caballo mostrenco ocupe la cuadra presidencial, ¿Verdad, señores? Las ideas y las convicciones, bueno, ésas pueden venir después. No quiero decir que no sean importantes; no, de ninguna manera, no se me malinterprete. Lo que sí les digo que no sirven de nada si el aspirante no tiene el carácter y la disposición mental de pelear a muerte por el poder. Y en el caso concreto de nuestro querido Partido Republicano, es indispensable que el candidato sea capaz de convencer a los hombres de dinero que él es uno de ellos y de que hará todo lo que sea necesario por ellos. Eso es lo importante en este partido. Claro, hay excepciones, los Lincolns, los Grants, pero de quien les estoy hablando ahora es de William McKinley.

Después de dar una fumada y saludar a lo lejos a un senador, Hanna volvió a la carga con su perorata:

—Sí, Bill McKinley. ¡Ese hombre es una auténtica garantía, se los aseguro! Él entiende la mentalidad de los hombres de negocio, de los dueños, de los administradores. Lo sé porque justo yo soy uno de ellos. Por casi quince años McKinley ha luchado por mantener los aranceles altos, ha protegido a la industria y el comercio, y ha impulsado al capitalismo con un solo grito, un apotegma que es oro líquido: "América para los americanos".

Su reducido pero, sin duda, importante auditorio, no se atrevía a interrumpirlo, apenas se escuchaban algunas expresiones aprobatorias. Seguía con interés la argumentación del político de Ohio.

—McKinley es confiable y humilde. Ante todo, es muy confiable. Recuerden la última Convención Republicana de Chicago hace cuatro años, y si no estuvieron ahí permítanme contárselos. Los dos apoyábamos al senador Sherman, McKinley y su servidor…

—Yo estaba con Sherman —se atrevió a decir un señorón obeso, calvo y muy alto que desde hacía rato mostraba ganas de opinar algo.

—Permíteme, ¡que tú hayas sido gente del ahora presidente Benjamin Harrison no es el punto, amigo, allá tu conciencia —respondió Hanna casi gritando—. Pero nosotros, Mac y yo, bueno, uste-

des saben que ambos somos de Ohio y conocíamos bien al senador Sherman por ser nuestro paisano, lo mismo que a Blaine, quien declinó toda posibilidad de ser candidato apenas empezada la convención, como todos saben. Bueno, pues justo tras la séptima votación, cuando la disputa entre Harrison y Sherman estaba en el punto más álgido, muchos delegados empezaron a hablar de McKinley como el posible "caballo negro", un candidato de compromiso que rompiera el empate. Muchos delegados estaban muy nerviosos y temían que cualquier candidato que sufriese demasiado desgaste en la convención llegaría debilitado a enfrentar a los demócratas en noviembre. Por eso se empezó a hablar de una cara fresca. ¿Y quién mejor que el campeón de los altos aranceles?

Pero en lo que Hanna aleccionaba a este grupo de delegados, McKinley subió al podio para dirigirse a la convención y desechar toda posibilidad en su favor.

—Soy de Sherman y me quedaré como partidario de Sherman. ¡Primero me corto un brazo antes que desertar su causa en beneficio propio! —exclamó, vigoroso, McKinley.

—Bueno —prosiguió Hanna tras escuchar la declinación de su candidato—, pues queda claro que se trata de un hombre de disciplina, un hombre conocedor de los tiempos políticos y, si me permiten decirlo de pasada, un hombre de principios firmes, respetado por esa razón en el Capitolio por ambos partidos. Sí, perdió la presidencia de la Cámara de Representantes por un solo voto, pero ganó la presidencia del importante Comité de Medios y Procedimientos desde donde materializó la ley de tarifas altas. Millonarios como Rockefeller y Carnegie deberían llamar a sus dólares los *McKinleys,* que es el apellido del prócer que los está haciendo aún más ricos. Sí, William ha hecho mucho por el partido, y el partido le ha pagado con el olvido, sobre todo en los dos primeros desastrosos años de la administración del presidente Harrison, que llevaron a nuestra pavorosa derrota en las elecciones intermedias de 1890 en las que McKinley perdió su escaño en la Cámara de Representantes por menos de trescientos votos. ¡Menos de trescientos votos! Pero, como los buenos corceles campeones, mi *caballo* no se arredró y un

año más tarde salió electo gobernador de Ohio. Ahora es el hombre más amado y respetado de cuantos han tenido el privilegio de mandar en mi estado. En resumen, hablar de William McKinley es hablar de un líder con L mayúscula. ¿Conocen su brillante carrera militar? ¿Saben de sus hazañas en la batalla de Antietam y de su valioso servicio bajo el mando del general Sherman? Bueno, pues es todo un héroe americano, un valiente, un patriota. Y, por si fuera poco, es amigo de los trabajadores; déjenme decirles cómo conocí a este hombre hace ya muchos años...

* * *

Ha iniciado ya la Convención Republicana en Minneapolis y Mark Hanna trabaja incansablemente para lanzar al gobernador de Ohio, William McKinley, como candidato a presidente. Lleva meses planeando la estrategia para dar una gran sorpresa y desbancar al presidente Harrison, quien buscará la reelección a pesar de su impopularidad tanto entre los electores como dentro de su propio partido.

—El presidente Harrison es un buen hombre, pero llegó a la presidencia sin estar suficientemente preparado, ésa es la verdad. Vamos, el hombre es un maniquí inexpresivo y hueco. ¿No le dice la prensa "El Iceberg Humano"? ¡No es posible tener un iceberg al frente del país, señores! Necesitamos a un hombre sensible que entienda las aspiraciones de la gente común. Obviamente tampoco pido un payaso, pero América es cada día más compleja. Por todos lados hay socialistas, populistas, sindicalistas y anarquistas. Ya no basta con un hombre decente "cara de palo" para sacar adelante la administración, quizás antes nos podríamos dar el lujo de tener nulidades en la Casa Blanca. Después de todo, aguantamos sin demasiados problemas a petardos como Chester A. Arthur, Rutherford Hayes y hasta al borrachín del general Grant. Pero esos tiempos ya se acabaron. ¡Estamos en los albores del siglo xx! ¡Necesitamos a un político experimentado, profesional, inteligente, de buenos reflejos. Insisto: confiable, que sepa ser despiadado si la ocasión lo demanda. Los años entrantes se vienen difíciles. El debate central es ahora el de la convertibilidad del dólar, si el dinero debe ser respaldado

por un patrón oro o por la plata. Y, claro, sigue vivo el tema arancelario y la necesidad de proteger a los negocios para beneficiar al trabajador... —y así seguía Hanna con su retahíla infinita.

* * *

En Minneapolis, Hanna fue un torbellino de actividad que lo mismo hablaba con los delegados negros del sur que con empresarios del noreste. Pero su objetivo de desbancar al presidente se vislumbró quimérico desde el primer momento. Hubo una sensación de que, pese a todo, Harrison conseguirá la nominación como candidato para buscar su reelección, y eso McKinley lo supo siempre. De hecho, el gobernador de Ohio fungió como presidente de la convención, lo cual hizo aún más azaroso concretar la posibilidad de su eventual candidatura. Pero McKinley dejó a Hanna hacer y deshacer. A final de cuentas, Harrison salió nominado en la primera votación, cortésmente apoyado por McKinley en el último momento. Para el gobernador de Ohio aún no había llegado la hora.

Esa noche, tras la clausura de la Convención Nacional Republicana que postuló al debilitado presidente Benjamín Harrison para tratar de obtener su reelección frente al ex presidente demócrata Grover Cleveland, pudo verse en el *lobby* del hotel donde se hospedaban los principales gallones republicanos a Mark Hanna tratando de introducir, una vez más, al gobernador McKinley en el arte del bien fumar.

—Caramba, William, jamás prosperarás de verdad en política si no aprendes a fumar esta cosa —decía Hanna mientras encendía un enorme habano maduro.

Sorpresivamente, McKinley pidió a Hanna su puro y, después de voltear para todos lados, como temiendo que en cualquier momento se apareciera su esposa, le dio una buena fumada. Expulsó el humo con lentitud, y se quedó pensando unos segundos mientras observaba las volutas elevarse hacia el techo.

—¡Muy bien, William! ¿Qué te pareció? —expresó Hanna.

—¿Crees que gane Harrison? —pregunto súbitamente el gobernador de Ohio.

—La verdad es que, en términos de *Realpolitik*, como asegura Bismarck, ya resulta intrascendente quién gane la Casas Blanca. La presidencia se ha debilitado mucho. Ninguno de los presidentes que hemos tenido desde que acabó la Guerra Civil ha servido para gran cosa, quizá con excepción del general Grant. No ha habido quién le compita al poder del Congreso y de sus líderes. Nos acercamos hacia una especie de régimen parlamentario, te lo aseguro, William. Ve, por ejemplo lo que pasó con Harrison. Actuó siempre con completa docilidad a los que ustedes los del Congreso le mandaban. Ya vez con qué presteza firmó tu ley arancelaria. A veces pienso que tú tenías más poder desde el Comité de Medios y Procedimientos que él como jefe del Ejecutivo.

Y tras pedir otro *bourbon* al mesero, Hanna añadió:

—Quizá yo debería pensar en ir al Senado. Haríamos una mancuerna sensacional: tú en la Casa Blanca y yo en el Capitolio, ¿no crees?"Ida odia el olor. Sencillamente no puede aguantarlo", meditó McKinley en voz alta mientras veía las cenizas del puro de Hanna caer en el cenicero.

—En política hay que ser cuidadosos y testarudos —continuó Hanna—. Pierdes una pelea y se olvidan de todas tus victorias. Ingratos. Por eso debes saber levantarte y volver a pelear. A fin de cuentas lo que sobra en este país son elecciones. ¡Hay tantas! A un año de perder la elección para el Congreso, ya estabas ganando la de gobernador de Ohio. Hay más elecciones en esta nación que juegos de beisbol.

Hanna se estiró a todo lo largo mientras señalaba:

—Ahora bien, reconozco, fue una movida astuta de tu parte cederle los votos de Ohio a Harrison. ¡Es usted de cuidado, señor gobernador!

—Sólo peleo las batallas que puedo ganar. Son las únicas que valen la pena. Además, cualquiera con tres dedos de frente hubiese hecho lo mismo, no seas tan adulador, Mark —McKinley parecía cada vez más taciturno.

—Claro, estás en lo cierto. Pero el verdadero político sabe que hay derrotas con sabor a victoria, o que son susceptibles de transfor-

marse en victorias tarde o temprano. Y esas peleas también son dignas de darse como "riesgos calculados". Hubieras perdido, pero tu nombre empezaría a oírse con mayor insistencia, para que dentro de cuatro años no sea una sorpresa para nadie que el gobernador de Ohio es el candidato favorito. ¡Ah, por cierto!, respondiendo a tu pregunta, creo que Harrison perderá y tendremos al chanchito de Grover Cleveland otra vez en la Casa Blanca haciendo desmanes. El chivo otra vez a la cristalería, bueno, o a lo que queda de ella. Por eso es tan importante pensar en el 96, ir diseñando bien las cosas.

Dicho esto, Hanna expulsó un aro perfecto de humo de su boca y, tras una pausa, concluyó:

—No importa, de todas maneras, tú serás el candidato republicano en el 96, y sólo perderías la presidencia por un milagro, o un gran descuido.

—¿Un milagro? —preguntó McKinley.

—Sí. Es innegable que los demócratas no tienen absolutamente a nadie de altura como para poder competir una vez que se retire de la escena Cleveland. Todos son la crema y nata de la mediocridad. Gris claro sobre gris oscuro. Tendría que surgir algo así como un mesías de no-sé-dónde para que ellos tuvieran alguna oportunidad, y esas cosas pasan sólo cada mil años, querido amigo.

COLUMBUS, OHIO

Mayo de 1893

Cuando Mark Hanna llegó a la residencia oficial del gobernador de Ohio, en la ciudad de Columbus, encontró a su amigo, William McKinley, derrumbado en una silla y con la cabeza entre las manos.

—William, William, ¿qué tontería hiciste? —inquirió Hanna mientras buscaba un imprescindible puro en el chaleco de su traje.

—Se fue a la bancarrota. ¿Cómo era posible saber que iba a quebrar?

—Todo el mundo está en bancarrota, William —señaló su interlocutor mientras encendía su puro—. Estalló una depresión, la peor crisis económica en la historia de este condenado país. Todos los días hay fábricas que cierran, granjas que se vienen abajo, comercios desahuciados, miles pierden su empleo. ¿Sabes?, yo estaba seguro de que esto se nos vendría encima. Me parece que te lo comenté, pero no me escuchaste. ¡Menos mal que no fuiste nominado el año pasado en la Convención de Minneapolis y te quedaste en esta bonita mansión en Columbus! Chico suertudo, así la culpa no será tuya, sino del reelecto presidente Cleveland y sus bobalicones demócratas. ¡Mal rayo los parta, dicho sea de paso! Creo que, después de esto, no habrá un demócrata en la Casa Blanca en siglos, por más que el presidente insista en que el problema ya venía arrastrándose desde hace años. Algo tiene de razón, pero lo que importa aquí es a quién le truena el cohete en las manos. Aquí entre nos, ¡quién sabe qué tanto habrá contribuido tu ley de altos aran-

celes a engordar el problema! No, no me mires así, Will, es broma. Chismes y pseudoanálisis del *Chicago Tribune* que pocos leen. ¿Cómo crees que el patriotismo del noble eslogan "América para los americanos" iba a tener la culpa de algo? Peeero, insisto, en todo caso, los electores tienen mala memoria y su capacidad de análisis es algo limitada. Si los demócratas están en el poder, los demócratas tienen la culpa. Así "razonan" los benditos electores.

El marcado tono irónico de Hanna empezó a molestar a McKinley, por lo que el cinicazo reculó un poco y concluyó su argumento, muy serio:

—Bueno, desde luego, la culpa es de la plata y de la obcecación de quienes se niegan a adoptar el patrón oro.

Hanna posa su brazo alrededor del cuello de su amigo y mientras le exhala humo en los ojos le pregunta:

—Ahora dígame, señor gobernador, ¿quién es ese pobre idiota quebrado que lo tiene en ascuas?

—Su nombre era Parker —suspira, McKinley—. Brent Parker. Abogado, hombre decente, estudió conmigo derecho y se dedicaba a diversos negocios. Hace algún tiempo solicitó un préstamo a un banco, una cantidad no demasiado grande, según recuerdo. Me pidió que firmara como aval y lo hice. Quería hacer una inversión. Era mi amigo. Ya sé, fui demasiado descuidado, ahora lo veo, pero ¿quién iba a prever esta crisis? El hecho es que los intereses se fueron al cielo, Parker se suicidó y ahora debo ciento cincuenta mil dólares. Yo no tengo tanto dinero. Estoy arruinado.

Hanna se levanta y se hace de un cenicero que estaba olvidado en una esquina.

—¡Dios mío, William! —exclama, reprimiendo una risotada—. Los americanos pueden perdonarle a uno muchas cosas; de hecho casi todo. Pero lo que no pueden olvidar jamás es a alguien que no entienda la santidad del dinero. ¡No juegues con el dólar, amiguito, porque es sagrado! —y mientras se rascaba la barbilla comenzó a trazar un plan—. Necesitamos matar este asunto en la cuna. Ciento cincuenta mil... ¡La semana pasada gané más o menos eso en especulaciones bursátiles! Claro, están en títulos financieros. Na-

da de efectivo. Pero te lo comento para que veas que el problema tiene remedio. Mira, la política se parece mucho a la bolsa de valores: los inversionistas ponen su dinero en aquellos valores que, a la larga, les puedan redituar más. Lo que se debe hacer ahora es conseguir inversionistas que compren bonos "William McKinley". No lo harán por caridad, eso debes tenerlo muy claro. Nadie invierte su dinero en la bolsa por caridad. Mucho menos en esta bolsa de valores que se llama política, en la que los inversionistas esperan conseguir mucho mejores ganancias y más rápido que en la de Wall Street. Ellos sólo pondrán dinero a algo que sepan que les redituará ganancias. Por cada dólar que te den esperan recuperar muchos más, ¿Entiendes? Es como comprar mineral de hierro en cinco dólares para vender el acero procesado en setenta. Cada dólar que gastan en sueldos esperan recuperarlo, al final del proceso, multiplicado por cuarenta, por lo menos. ¡Eso es invertir! Y gente como Frick o Carnegie son los genios, los artistas, los Miguel Ángel, los Leonardo, los Rafael del arte de invertir.

Hanna no ocultaba su entusiasmo cada vez que mencionaba los nombres de los grandes *Tycoons*.

—Ahora bien —prosiguió—, esos hombres conocen de sobra a McKinley. Saben que eres confiable. Lo saben porque defendiste bien sus intereses todo ese tiempo que estuviste en Washington. Los protegiste con tus tarifas altas. Pero no esperes que sólo por eso estarán agradecidos contigo eternamente y que sólo aguardan la hora en que puedan devolverte el favor. No, no, por favor, ni lo pienses, porque si eso crees entonces no entiendes nada de nada de este puerco mundo. Ellos no funcionan así. No lo esperes. Debes convencerlos de que puedes serles aún más útil como presidente del país. ¡Ah, pero de ninguna manera debes ir como limosnero a pedir efectivo porque cometiste la estupidez de hacer un mal negocio! No, peor aún que haber realizado un mal negocio, ¡le prestaste dinero a un idiota! ¡Te das cuenta, por Dios, que esto ni siquiera fue un mal negocio, sino que te compadeciste de un tonto! ¡Mucho peor! ¡Pecado mortal! Te despreciarían, Will, y entonces sí acabarías como limosnero.

Tras dejar el puro en el cenicero y presionarse la cabeza con ambas manos, continuó al ataque:

—No, hay que ir con la dignidad de quien tiene aspiraciones "legítimas" de ser presidente y explicarles que su contribución no es como ese dolarcillo que invierten en sus trabajadores para obtener cuarenta o cincuenta de ganancia. Aquí hablamos de quinientos mil dólares... digamos... diez mil cada uno de los industriales más importantes del país, mismos que yo mismo iré a pedir aunque... con todo el respeto que me merecen tú y mi amadísimo estado de Ohio... y en honor a la verdad... no hay gobernador en el país que valga esa cantidad.

—Entonces, ¿cómo puedo sobrevivir si no los valgo? —cuestionó McKinley con una expresión de asombrosa candidez; tanta, que Hanna se quedó pasmado por unos segundos.

—William, ¡caramba!, pareces principiante. ¡El oficio del político reside en hacer creer que los vales! En inducirlos a pensar que contigo harán la mejor inversión de su vida, centavo sobre centavo. Vamos, William, estás en la lona, debes levantarte, debes ser fuerte. Para poder venderte a todos estos caballeros, necesitas creer en ti. Ésa es la ley de oro de los vendedores. Nadie vende si no está convencido de verdad de que su producto es el mejor. Yo, Marcus Alonzo Hanna, creo en ti —y se dejó caer de rodillas teatralmente para clamar con ambos brazos extendidos—: Señor, nosotros somos hombres ricos; bueno, la mayoría —señaló con malicia, viendo de reojo al gobernador—, aunque no tanto como quisiéramos, debo decirlo de paso. No importa. No somos los peores. Señor, William ha servido bien a su país. En la guerra, en la batalla de Antietam. Claro, no combatió, su labor siempre fue tras las líneas, pero lo que hizo, lo hizo bien, faltaba más. Después de eso ha servido bien a su partido y al gran estado de Ohio, como congresista y ahora como gobernador. No se ha hecho rico, grave pecado, es cierto, pero no, Señor, no lo castigues. En el fondo sabe que el dólar es sagrado. Cometió una estupidez, se condolió de un perdedor. Nada más... y nada menos.

Enseguida, bajó la voz para externar:

—Dale confianza, como yo la tengo. Dale fuerza. Protégelo. Señor, ilumina a nuestro líder. Entre nosotros acá abajo hay herejes, aquellos que enseñan falsas ideologías y utopías inalcanzables. Son esos profetas insensatos que reniegan de la realidad y, sobre todo, desconocen la naturaleza humana. Ellos, los socialistas, los populistas, los anarquistas, quieren ir en contra de las implacables verdades de la economía y sobrepasar los límites que Tú mismo impusiste a los hombres. Tu servidor McKinley es todo lo contario. Y por eso te ruego que ilumines a nuestros grandes capitalistas, a nuestros elegidos, y les hagas ver que William es el indicado para llegar a la Casa Blanca. Propicia que hagan lo que Tú no puedes hacer, pese a toda tu sabiduría y omnipresencia: ¡darnos dinero, mucho dinero! ¿Ves, William?, ya puedo ver la lluvia de dólares. Andrew Carnegie abre su cartera para darnos diez mil, Frick invierte en McKinley otros diez mil, el tacaño de John D. Rockefeller colaborara con cinco mil, por allá serán otros diez mil, y allá y acullá iremos juntando poco a poco los uno, dos, tres, cinco millones. Una llamada telefónica allá, un telegrama acá, una cena en Delmonicos, un par de reuniones en algún club exclusivo de la Quinta Avenida, una invitación al Joanna's, el mejor burdel de la ciudad. Y así, doscientos, trescientos. ¡Es McKinley o el caos populista! ¡McKinley o la anarquía importada de Europa! El país se hunde: huelgas por todas partes, miles sin trabajo, los demócratas incompetentes no pueden gobernar más. Y así la lluvia de dólares nos baña y nos lava para siempre el recuerdo de esa estúpida deuda, y ya ni quién se acuerde del desafortunado Parker o Walker amigo tuyo, otra víctima anónima más del Gran Pánico de 1893. Nuestro caballito pura sangre estará listo en el arrancadero con una buen racimo de apostadores dispuestos a cobrar sus ganancias. ¡Bello cuadro! ¡Bellísimo! No soy dado a la poesía ni a las visiones poéticas, pero creo que ésta se hará realidad.

FANATISMO

Francia, 1894

Se aplica en política aquella newtoniana ley de que a toda acción corresponde una reacción con la misma magnitud pero en sentido contrario. Acción y reacción. ¡Y vaya que en la Francia del *fin* de *siècle* había acción... y reacción! ¡Mucha reacción! Nació con el delirio contrarrevolucionario y anti Ilustración de finales del siglo XVIII y tuvo a sus primeros ideólogos en los de Maistre, los Bonald y los Bossuet para desembocar hacia 1900 en los Maurras, Barres, Drumont y la infame *Action Francais.* Eran vesánicos que reivindicaban el ilusorio retorno a un mítico pasado, calificaban a la Revolución francesa y al pensamiento ilustrado como "satánicos" y condenaban vehementemente a la democracia y hasta a los adelantos científicos. Exigían restaurar una monarquía de carácter divino y el señorío de lo que ellos llamaban "esencias de la tradición francesa". En su condena a la República laica y modernizadora recurrían con frecuencia a teorías conspirativas, a la intolerancia frente a las nuevas ideas y a la exaltación de la religión católica, porque —según decían— su estructura jerárquica es la imagen perfecta de la sociedad ideal.

A partir de la caída del último rey borbón, Carlos X, en la revolución de 1830, los ultras serían representados sobre todo por los "legitimistas", quienes abogaban por la restauración de esta casa real en la persona del conde de Chambord, nieto de Carlos X, que reclamba el trono francés para él como "Enrique V". Pero el conde era obtuso. Fue su rotunda negativa a renunciar a la bandera

blanca con la flor de lis de los Borbón y aceptar el pendón tricolor republicano la principal razón que frustró las posibilidades de una expedita restauración de la monarquía. Ello, a pesar de que el escenario político le era sumamente propicio. La derrota ante Prusia, los trágicos sucesos de la Comuna de París y los sensacionales y constantes escándalos de la III República francesa nutrieron no sólo un fuerte deseo revanchista contra los *boches*, sino también un malestar contra el "traidor", "ilegítimo" y anticlerical régimen republicano.

Enterradas las esperanzas de una restauración rápida, los ultras canalizaron sus pasiones en la formación de un sinfín de partidos, asociaciones y movimientos que detentaban como *leitmotiv* la venganza contra el Imperio alemán y urdieron una doctrina autoritaria, reaccionaria, antiparlamentaria, antidemocrática, antimasónica, antisemita y anti muchas cosas más para defender las "viejas esencias" encarnadas en las ínclitas figuras de Clodoveo, Juana de Arco y Luis XIV. Charles Maurras, uno de los más destacados ejemplares de esta fauna, no tardaría en crear el término anti Francia para estigmatizar a los "extranjeros internos", y advertía de la existencia de cuatro estados confederados para socavar la patria: protestantes, judíos, masones y *metecos* (como le gustaba a este señor llamar a los extranjeros).

Muchos de estos sectarios se expresaban en decenas de publicaciones extremistas surgidas en aquellos años y dedicadas a propalar discurso de odio, verdades a medias, grotescas calumnias y francas falsedades. Los periódicos de esa clase más exitosos y virulentos fueron *La Libre Parole*, del fanático antisemita Édouard Drumont, y el semanario *L'Antijuif,* de otro "enfermito", Jules Guerin. Había un amplio mercado para dichos pasquines. Divulgar falsedades y generar odio son prácticas tan viejas como la humanidad, hoy potenciadas por los medios masivos de comunicación, y casi siempre son garantía de buenas ventas.

En la III República los extremistas promovían sin escrúpulo alguno la deshumanización de judíos, masones, anarquistas y todos aquellos "enemigos de las esencias patrias". El radicalismo político

siempre se ha nutrido de las retóricas intransigentes y el simplismo conceptual. "Hay una conspiración contra la civilización cristiana", proclamaban, y con quienes más se ensañaban era con los judíos: "Quieren adueñarse del mundo; es un pueblo siniestro, deicida, mercader, cuyo verdadero y único dios es el dinero", "Todos los intelectuales, financieros, empresarios y políticos que pretenden acabar con Europa son judíos". Por esa razón veían la lucha antisemita como una guerra a muerte por la "civilización". "Cuando los judíos actúan como pensadores sediciosos, amenazan a la nación, a la familia cristiana y a la moral... Cuando actúan como capitalistas rapaces, destruyen a los pequeños empresarios y explotan a los obreros... Maquiavélicos avaros y desleales... Ambiciosos sin límite que aspiran al dominio mundial... Inventores del liberalismo, se asocian para obtener sus inconfesables fines protestantes y masones." Hacia 1900, menos del 0.2 por ciento de la población en Francia era judía, pero los antisemitas hablaban de una "invasión". El prejuicio secular se transformó en ideología. Todo lo perverso de este mundo podía explicarse con las razones de la irracionalidad. Los maniqueísmos pueriles desahogaban los miedos, las ansiedades y los clamores que produjo en muchos la modernidad del siglo XIX.

* * *

En 1894 estalló en Francia el ominoso *affaire* Dreyfus. De repente, todo ese odio se concretó en una persona, la del primer oficial judío en el Estado mayor del ejército francés, quien fue acusado de espiar en favor de Alemania y condenado por un infame consejo de guerra sin contar con delito flagrante, confesiones o acusaciones categóricas y sólo basados en una sola prueba fabricada, como se demostró años más tarde. ¡Ah, pero involucraba a un judío! ¡Y no cualquier judío! Era uno rico, integrado a la sociedad francesa y con un promisorio futuro en el ejército. La verdad no importaba. Un judío traidor en las fuerzas armadas que vendía información secreta a los odiados *boches* en estas épocas de revanchismo era un regalo para los antisemitas, los adalides de la patria. Reforzaba las teorías de la

conspiración judeo-masónico-anarquista-comunista-internacional. ¡Una joya!

El juicio fue una dolorosa farsa. Arrestado de inmediato, sin posibilidad de defenderse, Dreyfus en todo momento juró su inocencia. El escándalo fue amplificado mediáticamente. La *Libre Parole* se refocilaba con él. Proclamaba sobre el acusado: "Judío de raza, alemán de formación, cáncer, vampiro sin honor ni patriotismo". Vino entonces la ominosa ceremonia de degradación de Dreyfus en el patio de la Escuela Militar. No se sabía aún, pero ese día Francia se degradaba a sí misma, no era la primera vez ni sería la última. Y de ahí, la cruel condena de cadena perpetua en la Isla del Diablo. Pero el *affaire* apenas comenzaba.

Nada agita tanto la conciencia de la opinión pública "bienpensante" como un error judicial. El sistema de justicia delega en hombres supuestamente fiables el poder de juzgar a otros hombres y de poner en la balanza lo justo y lo injusto. Por eso el error judicial perturba más que un terremoto. Nada es más atractivo en términos mediáticos como un "gran proceso". Lo hay en los orígenes del cristianismo, y también en los orígenes de la filosofía: el de Sócrates.

El caso Dreyfus hubiera podido quedar sólo como una *cause célèbre* o como uno de esos enigmas jamás resueltos de la historia, pero creció, convirtiéndose en un colosal conflicto político que partió en dos a Francia. Al día siguiente de la condena, los familiares del capitán Dreyfus, empezando con su hermano Mateo, trabajaron con gran tenacidad para limpiar el honor del degradado militar y demostrar la gran injusticia. Pronto lograron sembrar la duda y comenzó la gran batalla. Las fuerzas intelectuales, los campeones ideológicos, los nombres más eximios del país, tomaron parte en ella. El combate adquirió un cariz verdaderamente confesional. Fue un enfrentamiento con las proporciones de una guerra de religión.

Al final, como diría muchos años después Anatole France en el sepelio de Émile Zola, quizás el caso "brindó a Francia un inestimable servicio por presentar y descubrir poco a poco las fuerzas del pasado y las del porvenir: de un lado el autoritarismo burgués y

la teocracia católica, de otro la democracia y el libre pensamiento". Pero lo cierto es que dio la oportunidad a una ingente cantidad de demagogos y personajes estrafalarios de aparecer en escena a río revuelto, promovió la paranoia conspirativa e hizo evidente la ambigüedad que lleva implícita la autoridad de la prensa, por un lado como instrumento destructivo y promotor de nuestras pulsiones más nefandas, y por el otro herramienta vital de la crítica como equilibrio frente los abusos del poder.

LE PHARE DE L'OCCIDENT

Maurice Alexandre Vignancour nació en París en 1858, hijo de un importante capitalista que hizo su ingente fortuna en los boyantes negocios de los ferrocarriles y el comercio. Su educación temprana fue la tradicional de un aristócrata. Institutrices y mentores privados le enseñaron francés, inglés, italiano y alemán, los clásicos griegos y latinos, así como el funcionamiento cotidiano y práctico del mundo. Desde niño demostró una inclinación a la autocomplacencia, la molicie y la arrogancia. Se convirtió en un joven vano y frívolo, ciertamente sagaz e imaginativo, pero demasiado inclinado al coñac y la cocaína.

Era lector desordenado y trivial. Se empachaba con todos los textos de Sorel, Nietzsche, Fichte, Hegel, Novalis, Taine y Renan que caían en sus manos. Por un lado amaba a los simbolistas e impresionistas, pero por otro era fanático nacionalista y antisemita. Quiso ser masón, pero fue rechazado por una logia y desde entonces le profesó un intenso odio a todo lo que oliera a masonería. Después de eso se convirtió en ferviente católico durante una temporada, y de ahí aterrizó en los terrenos del agnosticismo. Maurice se recibió como abogado y concibió planes efímeros para entrar al ejército, pero su libertina forma de vida se vio reflejada en los exámenes de ingreso y resultó rechazado. Viajó por Europa y protagonizó algunos escándalos y zipizapes por aquí y por allá. Después fue a la India y por un tiempo pasó a ser un místico. Más tarde fundó una efímera Asociación de Buscadores de la Plenitud, pero se aburrió luego de una estancia contemplativa demasiado larga en las portentosas planicies de Dakota del Norte.

Con treinta años cumplidos se casó con Mónica d'Mondovi, joven noble piamontesa emparentada con la Casa Saboya. Pelirroja, ojos claros, elegante y sensual, de tan delgada y blanca se le percibía etérea. No hacía del todo mala pareja con Maurice, hombre de estatura media y rasgos faciales algo femeninos que contrastaban con una mirada turbia. Se conocieron en una velada en París, donde ella residía con el propósito de aprender a tocar piano y, según decía, llegar a ser una gran concertista. Talento y perspicacia tenía, pero era perezosa y drogadicta, como el marido. En su caso la preferencia recaía en el láudano. Los dos encajaban bien en su vocación por la frivolidad, pero la relación no tardó en desgastarse. Él era hiperactivo e incontrolable; ella, languideciente y melancólica. Jamás tuvieron hijos.

Vivía la joven y rica pareja en un bonito palacete en el boulevard Malesherbes. Ahí, Maurice reunía en veladas que celebraba por lo menos dos veces a la semana a círculos de discusión artísticos, culturales y políticos. Recibía de todo: artistas vanguardistas y tradicionalistas; políticos de derecha e izquierda, republicanos y monárquicos; grandes hombres de negocio y embaucadores de toda laya; sacerdotes y astrólogos; científicos y quiromantes; periodistas y militares, etcétera. Desde sus tiempos de estudiante de derecho había decidido emprender una carrera política, pero deseaba hacerlo como representante, según afirmaba, de una tendencia que fuese "poco convencional". Amaba pasar por excéntrico. Concebía una ideología nacionalista, antisemita y antimasónica, todo muy a tono con la derecha de la época, pero también despreciaba a los monárquicos, principalmente a los legitimistas, y tenía cierta vocación por la justicia social. Su catolicismo era frágil, por decir lo menos. Fundó entonces una variopinta organización: Maurice y sus Amigos, la cual combinaba nacionalismo extremo con socialismo económico, antisemitismo y la necesidad de lo que él llamaba "acción directa", lo cual no era sino un militante antiparlamentarismo. Cercano a este grupo fue, por un tiempo, Jules Guérin, otro fanático antisemita y antimasón de la época, quien fundó tiempo después la llamada Liga del Gran Oeste de Francia, para contra-

rrestarla con el Gran Oriente de los masones. A Maurice le gustaba también eso de defender a la civilización occidental del contubernio judeo-masónico. En 1889 coqueteó con el boulangerismo, y tras el ridículo final de ese cretino general estuvo cerca de afiliarse a la Liga Antisemita de Édouard Drumont, pero no simpatizó con él. Eran dos egos demasiado grandes.

* * *

Así divagó Maurice sin saber a ciencia cierta qué hacer con su vocación política y su dinero cuando, en el otoño de 1893, sus delirantes afanes dieron un insólito viraje al incluir en su grupo a una nueva fauna: anarquistas, pero no de los *ponebombas* que a la sazón tenían aterrorizado a París, sino de los llamados "individualistas", a quienes Maurice gustaba denomionar "anarquistas de derecha". El principal de ellos era Bruno Arpinati, turinés, como Mónica, y también como ella de origen aristocrático. Era un aventurero intelectual de pluma irónica y estilo desenfadado. Gran cínico y polemista eficaz, llevaba un par de años viviendo en la capital francesa en un bonito apartamento en el boulevard Saint Marel. Era un personaje misterioso y carismático. Alto, desgarbado, delgado, siempre distraído, tenía unos expresivos ojos grises de mirada profunda. Un vividor sibarita formado en filosofía e historia, de quien pocos conocían origen e intenciones, si es que algunas tenía. De él se sabía que era hijo de una distinguida piamontesa, y nada más, aunque existía el rumor de que su padre verdadero era, ni más ni menos, que Francesco Crispi. Nada se sabía con certeza. Lo primero que hizo al conocer a Maurice fue incluir en la lista de sus desordenadas lecturas a Max Stirner, a Schopenhauer y a los anarquistas estadounidenses Lysander Spooner y Benjamin Tucker. Maurice empezó a soñar, influido por Arpinati, con una especie de "anarquismo aristocrático", aunque conservaba su furibundo nacionalismo, sus absurdos prejuicios antisemitas y su rencor contra los masones.

Bruno despreciaba todos los "simplismos conceptuales" de Maurice, pero en gran medida se los toleraba; de hecho, los impulsaba. "El punto es divertirse a costa del mundo y sus idioteces",

pensaba el turinés, quien llevaba tiempo alegremente entregado a un vigoroso nihilismo. Le dio a leer a su amigo millonario un folleto escrito por él durante su estancia en Alemania donde, entre otras cosas, hablaba de una "ideología moralmente amorfa", proclamaba "la legitimidad de cualquier cosa que fuera útil al bienestar de la individualidad", se mofaba "del mito de la evolución social y de la ingenua fe en el progreso" y pregonaba el advenimiento de una "aristocracia de rebeldes" resultado de la una "unión de egos".

Decía Arpinati en su folleto:

> El anarquismo no es un partido ni una ideología, de hecho es enemigo de ambos... Es el destructor de todas las escuelas, es una continua rebelión hasta el triunfo de la libertad y del ego... Los viejos y decadentes preceptos del cristianismo son despreciados por el genuino anarquismo, porque toda abstracción metafísica sólo sirve para mantener a los hombres esclavos de prejuicios inútiles y dañinos... Por eso el anarquismo, en el genuino sentido de la palabra, es una rebelión del ego contra el altruismo.

Y este "elitismo anarquista" bordaba en la imaginación de Maurice una megalomanía que enfatizaba las más violentas y autoritarias posibilidades del individualismo.

Bruno conoció a Maurice en Londres. Los presentó otro personaje maravillosamente excéntrico de la *Belle Époque:* Henry Rochefort. Le alardeó a Maurice el día que se conocieron que mantenía contactos cercanos con varios de los grupos anarquistas más tradicionales (comunitaristas y partidarios de la propaganda por la vía de los hechos) de París y Londres, al grado de poder desentrañar, con algo de suerte y astucia, la verdadera naturaleza de la Gran Conspiración judeo-masónico-anarquista en cuya existencia Maurice creía a pie juntillas. "Pronto vendrán atentados, amigo, y ya no serán sólo las inocuas bombas de los Ravachol y los Valliant, sino magnicidios a gran escala, huelgas generales y guerras provocadas subrepticiamente por el Imperio británico y financiadas por Estados Unidos", le decía Bruno a Maurice, quien se sublimaba con la idea de poder desvelar ante el mundo, de alguna manera, tan tre-

mendo complot. Pero el turinés lo expresaba sólo para pasar el rato con su nuevo y singular amigo. Por supuesto, no creía en la existencia de tal complot. De hecho, su único objetivo en ese momento era desarrollar lo que él llamaba una teoría del tedio, que se basaba en la idea de que el concepto de divertirse de manera constante atrae a las multitudes y a los espíritus mediocres, pero el fenómeno del tedio interesa en exclusiva a las élites, y por esa razón es un estado superior del alma, un "manjar exclusivo". En eso contrastaba poderosamente con Maurice, que no toleraba la idea de aburrirse. Sus inclinaciones contemplativas habían sido efímeras y quedaron enterradas en Dakota.

Tenía sus contradicciones Bruno. Disfrutaba (es la palabra) una relación amor-odio con la política. Por un lado decía despreciar a los políticos y los consideraba seres inferiores, pero por otro dedicaba buena parte de su tiempo y sus reflexiones a los temas de la lucha por el poder. Era un obseso de las biografías de los "grandes líderes" del presente y del pasado. También afirmaba odiar la banalidad y la superficialidad de pensamiento, pero mucho le llamaba la atención Maurice en su frivolidad y sus desvaríos, y le encantaba la posibilidad de tener un "discípulo" rico y, eventualmente, poderoso.

* * *

De ese modo Arpinati terminó de convencer a su nuevo admirador de fundar un periódico. Maurice ya había jugado con la idea de crear un diario "para la defensa de Occidente", pero sentía demasiado numerosa y fuerte a la competencia ¿Serviría de algo añadir un periódico o una revista más a la ola de publicaciones antisemitas y nacionalistas que ya existía? Pero las pretensiones de Arpinati y la ensalada que Maurice formó en su megalomaniaca imaginación le dieron nuevas ideas. Podrían aportarse elementos nuevos con eso de los elitistas rebeldes, la unión de egos, la acción directa y, sobre todo, con la tarea de desenmascarar a la Gran Conspiración, así que el lunes 3 de abril de 1894 salió a la luz el primer número de *Le Phare de l'Occident*. Se explicaba en su curiosa primera editorial: "Nace

para la defensa de la civilización occidental y todos sus valores... Inspirado en un nacionalismo virulentamente antigermano, se suma a la necesidad de impulsar un gran movimiento de defensa del hombre común y de la nación francesa contra los abusos del parlamentarismo, las élites y los financieros". También pretendía "exponer la corrupción del gobierno y coadyuvar a mejorar la situación de las clases desfavorecidas". Maurice insistió en hablar en este texto inaugural de cosas como "la idea de la decadencia republicana" y "la grandeza de las esencias patrias, herencia de sus raíces romanas y galas". Denunciaba también la expansión colonial impulsada por los gobiernos republicanos, a la que se acusaba de desviar los esfuerzos "por concretar la venganza contra Alemania al dispersar nuestras fuerzas en territorios remotos y exóticos". Más afín a las ideas de Bruno era hablar del "ridículo parlamentarismo y el predominio de políticos de pacotilla que conspiran contra el hombre superior y el individualismo", y explotar al máximo los temores apocalípticos de la ultraderecha con la teoría de "esa Gran Conspiración que pronto provocará magnicidios, huelgas y guerras".

En fin, que habría de todo: antisemitismo, nacionalismo, antimasonería, revanchismo, conspiracionismo, la ridícula estulticia de "las esencias" y algo del muy particular nihilismo de Arpinati. El sexo salvaje, el amor libre y el erotismo en sus más escabrosas e interesantes versiones eran otros temas que también se incluían, así como las bondades de las drogas psicotrópicas y las posibilidades de la expansión sensorial y espiritual mediante el consumo del hachís y la cocaína. Irene Mylonakis, una ácrata que había sido rescatada por Bruno de las guerras de independencia en Grecia, escribía sobre filosofía e historia del periodo helenístico, además de ser la principal amanuense del director. Y, como era de esperarse, muchos colaboradores eran los típicos fanatiquillos antisemitas y antimasones, aunque algún utopista de izquierda también había, de los que se creen el cuento rousseauniano del "buen salvaje". Toda una locura, pero Maurice tenía recursos de sobra para concretar la travesura y pagar bien a buenos colaboradores (y a malos tam-

bién, obvio), a los escribanos que le redactaban sus artículos y a los reporteros de historias sensacionalistas.

Le Phare de l'Occident llegó a alcanzar un tiraje de tres mil ejemplares, nada mal, pero Maurice, en su megalomanía, quería arrebatarle a Drumont el liderazgo de los periódicos de la derecha e incluso competir con los "cinco grandes" de la prensa popular francesa: *Le Petit Parisien, Le Petit Journal, Le Matin, Le Journal* y *L'Écho de Paris.* Por eso, de manera intempestiva, a los pocos días de ver la luz el nuevo diario viajó a Estados Unidos para entrevistarse con el gran magnate de la prensa amarillista estadounidense, William Randolf Hearst, quien le instruyó: "El secreto son los grandes titulares, los reportajes escandalosos y las historias hiperbólicas... Me acusan a mí de basar mis noticas, la mayor parte del tiempo, en meras especulaciones, verdades a medias o, de plano, en plenas mentiras, pero ¿no fue Voltaire quien afirmó que más valía ser entretenido que fidedigno?"

Maurice se dio cuenta de la importancia que en la prensa de Hearst tenían las más atroces y sanguinarias historias de crímenes, pero pese a su arraigada frivolidad se decidió por no hacer que su publicación siguiera esa senda. Mucho más le llamó la atención los reportajes de investigación sobre la corrupción gubernamental y la negligencia de las instituciones públicas. Gozó al conocer la forma en que se ensañaban los periódicos de Hearst con rivales políticos utilizando un lenguaje despiadado y retorcido. "Discurso de odio, como le llama Arpinati", pensó Maurice mientras leía algunos de los más feroces editoriales. Los artículos mordaces y sarcásticos de uno de los más famosos colaboradores de la prensa heartsiana, Ambrose Bierce, también le recordaron a su amigo anarquista turinés.

En su gira a Estados Unidos Maurice conoció a varias personalidades más o menos relevantes, pero el encuentro más importante fue con el célebre Mark Hanna, uno de los políticos más influyentes, ricos y cínicos de Washington, cercano a John D. Rockefeller y varios de los famosos *robber barons* de la época, quien —como le comentó al dueño de *Le Phare de l'Occident*— preparaba la campa-

ña del entonces gobernador de Ohio, William McKinley, para la presidencia del país en las elecciones de 1896.

—Ya verá usted, *monsieur* Vignancour, que la vamos a hacer en grande, pero hábleme más de su periódico y de la conspiración anarquista que tanto le preocupa. Aquí también tenemos anarquistas y ha habido atentados. ¿Ha oído hablar de los anarquistas de Haymarket? Hace poco un anarquista judío, un tal Berkman, me parece, quiso matar a mi buen amigo el industrial Henry Clay Frick. ¡Le disparó dos tiros a mansalva en sus propias oficinas! Por fortuna salvó la vida, pero probablemente haya sido una señal de esa ola de magnicidios de la que me habla —le contó Hanna.

El visitante respondió:

—¡Sí, sí! En París han estallado algunas bombas, pero tenemos fundadas sospechas de que viene lo peor. Créame, ningún gobernante ni persona decente del mundo está a salvo de esta conspiración.

Maurice quedó encantado con su nuevo amigo, al grado de que, voluble como era, estuvo a punto de dejarlo todo para quedarse en Estados Unidos a hacer negocios con Hanna. "Te voy a presentar a unos peces gordos", le decía Hanna ya más entrados en confianza y varios whiskies encima, pero en eso andaba cuando un día se enteró del asesinato, en Lyon, del presidente Marie François Sadi Carnot.

* * *

El presidente de la III República francesa murió a manos de un jovencito anarquista italiano el 25 de junio de 1894. Se empezaba a hacer realidad lo profetizado por Bruno acerca de la ola de magnicidios que incluía la Gran Conspiración. "Te dije, Mark, que la cosa no tardaría en empezar", proclamó Maurice a su muy impresionado amigo. De ese modo quedaron en el olvido los negocios en Norteamérica y se apresuró a regresar a París. Calculaba durante su retorno que toda Francia estaría comentando el vaticinio de su periódico respecto a los inminentes magnicidios, pero grande fue

su desilusión cuando se percató, ya en las oficinas sede de *Le Phare de l'Occident*, que tal augurio no tuvo revuelo.

Pero a quien sí le interesó, y mucho, fue al presbítero Giacinto della Giovanna, un circunspecto y solemne religioso, petizo, calvo, gordito y cachetón que trabajaba, según decía él, para el Vaticano con la tarea de descubrir todo lo posible sobre la conspiración judeo-masónica-anarquista, en la que muchos dentro de las altas esferas de la Iglesia católica creían. Della Giovanna se presentó en las oficinas del periódico en el boulevard Haussmann. Maurice no estaba, pero conoció al dicharachero Bruno, quien se divirtió de lo lindo asegurando que él estaba ocupado en el asunto.

—Sí, podemos establecer un esquema de colaboración con ustedes, siempre y cuando haya buena voluntad, desde luego.

—Piamonte, región impía, llena de masones, comecuras, anticlericales y satanistas —dijo el presbítero cuando se enteró de que Bruno era de Turín.

Eso sí, mucho gusto le dio a Maurice enterarse del interés suscitado por su periódico en el Vaticano y del propuesto "esquema de colaboración". Pidió conocer de inmediato a Della Giovanna, quien, como a Arpinati, le pareció ser un lechuguino insoportable. Eso sí, estentóreo, le prometió:

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos para desentrañar el monstruoso complot. ¡Manos a la obra! —le decía al presbítero mientras Bruno reprimía una sonrisita sarcástica.

INFORME DELLA GIOVANNA

El asesinato del presidente Marie François Sadi Carnot

Era un muchachito delgado, de estatura mediana, rubio, mejillas rosadas y ojos azules. Se hubiera podido decir que parecía un ángel de no ser por un incipiente bigote que sombreaba justo debajo de su delicada nariz. Tenía veintiún años, pero sin duda representaba una edad menor. San Jerónimo Caserio, italiano, nacido en Lombardía, concretamente en el villorrio de Motta Visconti, a orillas del Lago di Como. Su padre, barquero de profesión, era un hombre virtuoso que sufría muchos pesares para mantener a su numerosa familia. Desde niño a San Jerónimo todos lo empezaron a llamar *Sante*. Como toda su familia, el chico era sumamente devoto, pero su fervor rebasaba el de sus hermanos y sus padres. Conmovía verlo rezar con ardorosa devoción diariamente en la iglesia y cantar con tanto entusiasmo en el coro, según cuenta el párroco del pueblo. Parecía decidido a seguir la carrera eclesiástica, pero cuando cumplió dieciséis años, con su familia agobiada por la situación económica, se vio obligado a buscar trabajo en Milán. Empezó como aprendiz en una panadería. Es entonces cuando el bueno y piadoso jovencito entra en contacto con círculos anarquistas invitado por su politizado patrón, un panadero robusto y pendenciero famoso por sus ruidosas francachelas. Iluso y crédulo, *Sante* fue desviado por estos individuos, quienes le hicieron caer en el engaño de que la execración anarquista era en realidad una idea libertaria. Con el mismo fervor con el que rogaba en su no lejana infancia a Dios y a los santos se entregó ahora, y por completo, a su nueva y demoniaca causa, y se dispuso a servirla hasta el último sacrificio.

La policía francesa especula que fue entonces cuando el recién converso conoció al abogado Pietro Gori, uno de los cabecillas del anarquismo italiano, quien le ayudó a profundizar en el estudio de Bakunin, Kropotkin y Malatesta. Fue en esta época en la que *Sante* se convence asimismo de estar llamado a ser un instrumento de la "gran revolución social" que, según sus nuevos mentores, se avecina irremediablemente. Antimilitarista convencido y enemigo acérrimo del nacionalismo, *Sante* huye a Suiza apenas cumple dieciocho años para escabullirse del servicio militar. De ahí pasa a Francia. Después de meses de deambular de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, por fin se instala en Montpellier, donde consigue trabajo, otra vez, como aprendiz en una panadería. De sus actividades en esta urbe se sabe poco. Caserio no ha confesado aún cuáles fueron sus nexos con los círculos anarquistas locales, pero asegura que por los periódicos se enteraba de las "grandes hazañas que lograban los compañeros anarquistas en París". Se refería, claro está, a la ola de atentados terroristas perpetrados a nombre del anarquismo que ha asolado a la capital francesa desde hace dos años. Uno a uno los terroristas eran enjuiciados y enviados a la guillotina. Por la prensa, *Sante* se enteraba con indignación de las decapitaciones de sus "estimados camaradas", con quienes, según dijo, nunca había hablado y a los que jamás había visto, pero juró vengarlos, algún día, a su manera.

Sólo se sabe que la mañana del 23 de junio de 1894 el imberbe avisó a su patrón que ya no trabajaría más en la panadería. Como "sueldo de marcha" cobró veinte francos. Hacia el medio día caminó rumbo a las tiendas del centro. En una florería compró un *bouquet* de rosas y un puñal a un "cierto conocido" cuyo nombre se ha negado a revelar. En la oficina de correo compró un sobre, dentro del cual colocó una fotografía. En el reverso escribió una breve frase. La dirección que apuntó era la del Palacio del Eliseo, residencia oficial del presidente de la República. El sobre iba remitido a "la viuda Carnot". De ahí, caminó a la estación para tomar un tren rumbo a Tarascon, ciudad a la que llegó sólo para viajar de inmediato a Avignon y de ahí a Vienne, donde arribó el 24 en la madrugada. Habían transcurrido diez horas desde su salida de Montpellier. De Vienne caminó todo el trayecto hasta Lyon. *Sante* explicó a la policía que lo tortuoso del trayecto se debía a una táctica "para despistar al enemigo".

Lyon se engalanaba con la inauguración de su gran Exposición de la Ciencia y la Tecnología. El banquete de apertura se celebraba en el histórico Hotel Dieu con la presencia del presidente de la República, el algo anodino pero popular Sadi Carnot. Cuando *Sante* llegó por fin a la ciudad después de su larga caminata, la gente ya se agolpaba a lo largo de la Rue de la Barre con el propósito de saludar al jefe de Estado cuando saliera del ágape. Todos los postes de la calle estaban adornados con flores y con las banderas y los escudos tricolores de la República. El joven anarquista de inmediato se dirigió hacia allá para mezclarse entre la muchedumbre. Iba vestido con sus ropas del domingo: un raído traje café oscuro, una camisa blanca sucia y maltratada, corbata roja y gorra. En la mano derecha llevaba el *bouquet*, dentro del cual iba escondido su puñal. Pasadas las nueve de la noche, el presidente salió por la puerta principal del edificio, saludó con condescendiente gesto a la muchedumbre y enfiló hacia el elegante carruaje descapotado que le esperaba. Tenía una señorial figura, dueña de toda la dignidad que se espera de un presidente. Carnot ordenó a su guardia permitir que la gente se acercara para poder saludarla. Apenas el presidente había tomado su asiento en la parte trasera del carruaje, cuando *Sante* se acercó con el obsequio fatal. Era difícil sospechar algo de un chico con rostro tan encantador. Un segundo le bastó para encajar el arma directo en el corazón del presidente. Supuso seis pulgadas de profundidad la herida. El muchachuelo trató de escapar, pero fue capturado de inmediato por los guardias, sorprendidos por la oprobiosa acción del rubio angelito que gritaba extasiado: "¡Viva la revolución! ¡Viva la anarquía!", mientras lo aprehendían. El presidente fue llevado al hospital, donde falleció poco después de la media noche ante los inútiles esfuerzos de los médicos y tras tres horas de agonía. Al día siguiente, la viuda Carnot recibió el sobre. La fotografía que estaba en el interior era la del famoso anarquista Ravachol, ejecutado no hacía mucho. En la frase manuscrita del reverso se leía: "¡Ha sido vengado!"

* * *

Monseñor:

Éstas son, en resumen, las descripciones del atentado, así como los datos biográficos del joven magnicida, publicados por la prensa los días siguientes al crimen. Nunca imaginé que arribaría a París para iniciar mi misión precisamente pocas horas después de que asesinaran al presidente más conservador y cuerdo que ha tenido esta endemoniada República francesa. Desde luego, no me cabe la menor duda de que este acto forma parte de la infame conspiración mundial que incluye pretender atentar contra la vida de Su Santidad, debilitar y contaminar de manera terminal a nuestra Santa Iglesia y aniquilar la civilización occidental, complot cuyas características generales usted, monseñor, me describiera de manera tan elocuente en nuestra entrevista y que es la causa de mi presencia en esta decadente ciudad. Aunque aún es muy pronto sacar conclusiones, y si se me permite la digresión, déjeme decirle a manera de análisis a botepronto que dicho asesinato está encaminado a devolverle a la masonería el control de esta República que usurpa el trono de la legítima y católica Casa Borbón, y que tanto ha vejado a los católicos. República de depravación que sólo ha sido una larga cadena de escándalos, vicios, cohechos y trapisondas. Gobierno caracterizado por la decadencia moral y la venalidad pública y, sobre todo, marcado por la mediocridad de sus hombres y sus instituciones. Es cierto, y me adelanto a su objeción, monseñor, que dentro de la clase política francesa existe, para bien, un sector conservador y católico bastante activo y aliado nuestro, el cual se halla integrado por hombres probos y fieles, pero créame que incluso dentro de este grupo los elementos genuinamente excelsos son contados. ¿Democracia, le llaman? ¡Oclocracia será, no otra cosa! Francia está llena de politicastros de la misma caterva que los pillos ignorantes y oportunistas que padecemos en el calamitoso reino italiano de los ambiciosos y anticristianos Saboya. Porque desorden y corrupción reinan en nuestra malograda patria, monseñor. El reino unificado, nido de víboras, pisoteó los derechos de Su Santidad sólo para ir de traspié en traspié.

Como el vicario del Señor lo ha dicho, son las instituciones llamadas "democráticas" (a la italiana o a la francesa), corruptoras

y generadoras del mal y el desgobierno. ¿Y quién puede dudar ya de que éstas son controladas de cabo a rabo por las logias y sus inescrutables designios? Hay en la política "democrática" una misteriosa continuidad de programas, planes y consignas que no se explicarían si todo se dejara al azar, y menos a la libre inspiración del pueblo. El propio Jules Ferry, ese enemigo jurado de la Iglesia, lo comentó en sus memorias: "Hasta que no se hayan publicado las referencias de los congresos masónicos, nos seguirá faltando la clave de muchas cosas". Es la masonería una sociedad secreta casi todopoderosa, aunque no sé qué tan homogénea, monseñor. Me parece que se libran dentro de ellas intrínsecas luchas por el poder, virulentas y descarnadas, como de alguna manera lo atestigua, quizá, toda esta sospechosa ola de atentados. ¡A averiguarlo me dedicaré! A demostrar que estos crímenes son parte de un temible y amplio complot patrocinado por la judería y, tal vez, en ocasiones, consecuencia de las pugnas entre facciones masónicas.

Lo cierto es que el terrorismo anarquista ha servido para afianzar a los masones liberales en el poder, y le suplico a monseñor mantener la paciencia a mis digresiones, quizá demasiado precoces, pero ¿no forma parte de mi labor tratar de desentrañar la verdadera naturaleza de estos infames acontecimientos? Si no, ¿al criterio de quien se confía tan delicada misión? Le ruego me reprenda si considera que me excedo en el ejercicio de mi deber con todas estas especulaciones. Sospecho que tales fechorías son parte del plan de quienes dirigen el régimen democrático. Porque ¿no le resulta a usted claro que si esta llamada "democracia" respetase, de verdad, la prístina voluntad de quienes son sus siervos, lo que de natural se tendría serían monarquías al servicio de Dios? Nada hay más natural que el reconocimiento del pueblo del derecho de sus amos elegidos por el Señor a cumplir con el sacrificio que impone la dirección social. Pero los masones y sus aliados, los judíos, se las arreglan para mantenerse en el poder a todo trance y la III República francesa buena prueba es de ello, y también lo es el reino de los Saboya, manejado por el pérfido Francesco Crispi.

Ya entrando en materia, no me explicaría entonces por qué estos anarquistas, instrumentos de judíos y masones de acuerdo con la teoría de la Santa Sede tan bien expuesta por usted a este su humilde servidor, en apariencia se han ensañado con quienes han sido rivales de la Santa Madre Iglesia. En Francia llevan años atentando contra la República, y lo mismo en Italia contra los Saboya y sus palafreneros. ¿No será, monseñor, y créame que me siento en la obligación de plantearle mis sospechas, que los masones fingen o perpetran atentados para justificar medidas de rigor que los afianzan aún más en el control del gobierno? ¿O quizá, reitero, son también reflejo de las luchas que mantienen entre ellos por el poder? Hagamos un repaso de lo que sucede en la III República. Derrotado Napoleón III de manera tan contundente en Sedan en 1870, lo natural hubiese sido la restauración de la Casa Borbón y el retorno de Francia al buen redil. Pero entonces, aprovechando el irreconciliable enfrentamiento entre las facciones orleanistas y borbónicas, las logias maniobraron para lograr la creación de su República atea. ¡Y, qué casualidad, en buena medida gracias a una campaña antiterrorista! Porque con ese pretexto llevan años amenazando a la opinión pública ¡Somos nosotros, o la anarquía; es el mensaje que dan, constantemente, los líderes republicanos! Le digo, monseñor, que todo esto es demasiado turbio. Ya desde Italia me había dedicado a elaborar una cartografía del terrorismo anarquista, tanto en territorio italiano como en Francia, que me permito exponerle a continuación.

* * *

Aquí, en Francia, todo comenzó en octubre de 1881, cuando llegó a París el obrero textil desocupado Emile Florion. Había recorrido a pie la distancia que media entre Reims y la capital con el propósito de, según confesión propia, asesinar al líder republicano León Gambetta. Durante cuatro días enteros deambuló en vano por la Avenue de Neuilly esperando cazar a su víctima a la salida de su domicilio. Desesperado, hambriento y aburrido, Florion decidió disparar al azar sobre la primera persona que se le atravesara, con el

propósito de "por lo menos matar a un burgués", como declaró más tarde a la policía. Un tal doctor Meymar fue la víctima aleatoria. Pese a los tintes absurdos y tragicómicos que presentaba el frustrado magnicidio (o más bien a causa de), la historia fue recogida por la prensa republicana y comentada profusamente por la opinión pública. Es entonces cuando aparece en escena el prefecto de la policía, el fanático republicano Louis Andrieux, que había observado de cerca la actividad subversiva. Hombre de carácter implacable, había infiltrado al agente secreto Egide Spilleux, alias *Serraux*, en los círculos anarquistas. Jamás pudo comprobarse de manera convincente que Florion actuara como parte de un complot, pero el iracundo Andrieux, furioso por la publicidad que había recibido la absurda aventura de este obrero desempleado, aseguró que sus investigaciones perfilaban la existencia de una "gran conspiración anarquista internacional para acabar con los principales dirigentes políticos del mundo, incluido Su Santidad el papa", la cual estaba inspirada y financiada por "oscuros intereses internacionales", y que el "grupo ejecutor" era conocido en los medios clandestinos como los Ángeles Negros.

La teoría de una conspiración mundial para acabar con los grandes estadistas del orbe parecía avalada por el hecho de que, como monseñor recordará, en marzo de 1881 un grupo de nihilistas había dinamitado en San Petersburgo el carruaje donde viajaba el zar Alejandro II. Ese mismo año, el 14 de julio, el Congreso Internacional Anarquista, celebrado en Londres, adoptó la doctrina de la "propaganda por la vía de los hechos" que elevaba a la violencia como forma de promoción y defensa de los valores anarquistas. Me permito recordarle que todos esos elementos azuzaron la sospecha de que existía un complot anarquista mundial. La represión se intensificó en toda Europa, pero particularmente en la República francesa. En enero de 1883 se celebró en Lyon un gran juicio contra "la internacional anarquista", en el cual se acusó a sesenta y seis anarquistas de promover huelgas, atentar contra la paz pública y tratar de abolir la propiedad, la familia y la religión. Entre los acusados se encontraban anarquistas franceses como Emile Gautier, Joseph Bernard

y Toussaint Bordat, así como el célebre ideólogo anarquista ruso, el príncipe Piotr Kropotkin. Meses antes de comenzar el proceso estalló una bomba en el restaurante del Teatro Bellecour, explosión que tensó aún más el ambiente. Durante el procedimiento penal los acusados redactaron un documento llamado "Manifiesto de los anarquistas", en el cual describían qué es la anarquía y cuáles eran sus demandas: "Pan para todos, conocimiento para todos, trabajo para todos, independencia y justicia para todos". A pesar de que muy poco pudo comprobárseles a los inculpados respecto a conspiraciones internacionales o la comisión de actos violentos, todos fueron declarados culpables por pretender atentar contra el orden establecido y condenados a purgar penas en la cárcel. Al príncipe Kropotkin, el más célebre de todos ellos, se le sentenció a pasar un lustro tras las rejas. ¿Se debilitó la República como causa de esta actividad terrorista? ¡Por el contrario, monseñor! En dicho periodo quedó deshecha cualquier posibilidad de restauración monárquica, y también la esperanza del ascenso al poder del patriota general Boulanger, quien hubiese facilitado el retorno del Conde de París a su trono o... bueno... quizá.

* * *

Una vez asegurada la irreversibilidad de la República, los años que siguieron al juicio de Lyon fueron relativamente tranquilos en cuanto a la actividad de los presuntos Ángeles Negros. Inquietaron, sobre todo, algunas noticias de nota roja, como la de aquel jardinero de apellido Chaves, "anarquista convencido y de acción", que asesinó a la madre superiora del convento donde trabajaba. "Que todos los compañeros sigan mi ejemplo y empuñen cuanto antes una pistola o la daga para hacer justicia", escribió este bárbaro a una publicación anarquista. O aquella vez en que la prensa reportó el descubrimiento de una banda anarquista dedicada a cometer actos sacrílegos en iglesias de la región minera de Monceau-les-Mines. O cuando, en marzo de 1886, un tal Charles Gallo arrojó una botella con ácido en el recinto de la Bolsa de Valores y después disparó con su pistola cinco balas. Nadie murió, pero el travieso anarquista

fue condenado a veinte años de trabajos forzados. En fin, incidentes irrelevantes. Pero desde hace dos años la violencia terrorista ha resurgido con intensidad. ¿Por qué justo ahora? Pues porque da la casualidad de que en el transcurso de los últimos años los masones se han dedicado a hundir a Francia en el oprobio con la ineficiencia y la corrupción de sus dirigentes. La opinión pública se enteró de la baja estrofa de sus políticos cuando se desató el célebre Escándalo Panamá que, como recordará su excelencia, fue consecuencia de la aborrecible compra de votos parlamentarios, perpetrada con capital judío, para que se aprobara en la Asamblea Nacional el empréstito destinado a cofinanciar la construcción de un canal interoceánico (idea de un ingeniero masón de apellido Lesseps, como usted debe saber), el cual involucró a un pavoroso número de diputados. ¡Qué razón tuvo Renan al decir, poco después de destaparse la cloaca, que en la Francia republicana la política se había convertido en oficio de gente sin arraigo y de tercer orden! También es imprescindible señalar que el terrorismo reaparece justo cuando la República y la Santa Sede comenzaban una etapa de abierta reconciliación, y cuando, como nunca, resurgen los sentimientos nacionalistas y católicos de los verdaderos franceses que exigen a Marianne ser, de nuevo, la Hija Mayor de la Iglesia católica, la campeona de la fe, la nueva *Jean d'Arc* que defienda a Europa del socialismo y del liberalismo.

* * *

Éste es el escenario en el que surge la ola terrorista, monseñor. Un panorama de acelerada descomposición social. Urgía encontrar chivos expiatorios a quienes culpar de tantas desgracias y volver a fortalecer el control de los masones de la podrida República, y ahí estaban los anarquistas. En 1891, una manifestación del 1 de mayo organizada en la ciudad de Levallois fue duramente reprimida, y sus organizadores arrestados y juzgados. El juez Benoist dictó condenas inusualmente severas. Como respuesta, comenzaron los atentados. La primera bomba explotó en el boulevard Saint Germain, en el edificio donde vivía Benoist. El inmueble se derrumbó

por completo y provocó la muerte de cuatro personas. Pocos días después, ocurrió otra explosión, ahora en el boulevard Cliché, frente a la casa del procurador Bulot, quien había llevado en el juicio de marras la parte de la fiscalía. Fue otra desgracia con muertos y heridos. El autor de los desmanes fue detenido mientras comía en un *bistró;* cuando lo capturaron dijo llamarse León Leger y que su apodo era *Ravachol.* Era alto, musculoso, de unos treinta años, moreno, y vestía con afectación. En su casa tenía un arsenal de bombas y armas. Poco después la policía descubrió que su verdadero nombre no era Leger, ni *Ravachol,* sino François Claudius Koënigstein, de origen holandés. Durante su juicio, el misterioso Köenigstein, alias Ravachol, tomó el papel de justiciero anárquico con una vehemencia que inspiró terror y al mismo tiempo gran admiración. Una frialdad metódica impresionó a la corte y a la opinión pública, a pesar de que muy pronto emergió el pasado de Ravachol como delincuente común. En Saint-Étienne este "paladín" de la anarquía había asesinado a dos personas y se dedicaba al siniestro oficio de saqueador de tumbas. Aseguraba, con vehemencia, que había actuado para vengar a los anarquistas estadounidenses conocidos como los Mártires de Chicago, según él tan injustamente castigados. Cada intervención del rufián ante la corte se convertía en una arenga. Decía cosas como: "Morir de hambre es cobarde y degradante. Por eso preferí convertirme en ladrón, asesino, un transgresor valiente, idealista y digno... Mi intención era provocar terror para atraer la atención de la sociedad hacia los que sufren... He matado tantos burgueses como dedos tengo en las manos". Evidentemente, Ravachol fue a la guillotina, donde profetizó que sería vengado. Ya ve que no se equivocó. De hecho, ha sido convertido en un "mártir" (me disculpará usted el abuso de este término, tan impropio para describir a un felón) por los anarquistas y sus simpatizantes. Inclusive, su "gesta" comienza a ser inmortalizada. ¿Sabía usted que en francés ya empieza a usarse el verbo *ravacholiser* cuando se habla de hacer estallar algo? También se ha hecho popular una espantosa tonadilla cuya letra dice, más o menos así:

Pasará, pasará...

A cada burgués una bomba tocará.

En fin, no es mi intención hacer un recuento pormenorizado de eventos que usted conoce. Sólo citaré, para efectos de este resumen, que han estallado veintiún bombas anarquistas en los tres años que han corrido de junio de 1891 a junio de 1894. Como Ravachol, varios terroristas conocieron al final el filo de la guillotina. Relatan los verdugos que en el cadalso los anarquistas cantan diatribas contra el poder y la Iglesia. Fue el caso de Émile Henry, quien una tarde invernal arrojó una bomba a los burgueses que esperaban la salida de su tren en el Café Terminus de la estación St. Lazare, al grito de "¡Nadie es inocente"! Durante el juicio, la única queja de Henry consistió en que sólo pudo causar con su atentado una sola víctima mortal. Sucedió lo mismo con August Vaillant, quien se escabulló al recinto de la Asamblea Nacional para lanzar un explosivo a los escaños de los diputados. A Vaillant no le salvó la vida el hecho de que el lugar estaba vació y, por lo tanto, nadie resultó afectado. Antes de perder la cabeza, el malogrado terrorista también auguró que sería vengado. Por su parte, la decadente "intelectualidad", simbolista y pro anárquica, se halla extasiada. El infame poeta Tailhade alabó los crímenes de los anarquistas con su ya célebre frase "¿Qué importa la víctima, si el acto es bello?" ¡Qué deliciosa ironía resultó cuando este snob, palero de la maldad, perdió un ojo como resultado del bombazo anarquista que estalló en el restaurante Foyot hace apenas unas semanas!

Por supuesto, cualquier análisis serio y profesional factible de hacerse respecto a los acontecimientos recientes no puede perder de vista que entre la República francesa y el Vaticano ha iniciado un proceso de reconciliación, fruto de la hábil diplomacia emprendida por Su Santidad, ni que los partidos conservadores han salido fortalecidos con el enorme desprestigio de los liberales y los republicanos radicales. Los intereses de la Santa Iglesia demandaron el pronunciamiento del cardenal Lavigerie (Argel, noviembre de 1890) con el cual recomendó a los católicos franceses adherirse, sin reservas mentales, a la forma republicana de gobierno. Obviamente, es inconcebible que el cardenal emplease tales términos sin el

permiso de Su Santidad. Usted mismo ha sido, muy probablemente, artífice de estas negociaciones entre la Secretaría de Estado y el sector conservador y católico de la República liderado, en buena medida, por el difunto Carnot, pero también por hombres como el primer ministro Carlos Dupuy, que encabeza un gobierno de una moderación exquisita: reprueba la revisión constitucional, la separación de la Iglesia y el Estado, el impuesto sobre la renta y el colectivismo, y sólo dejó para satisfacer en algo el gusto de masones algunas cláusulas formales sobre laicismo. "Lo único que vosotros pretendéis es detener la marcha de la historia", le espetó el socialista Jaurès, desde su curul, a Dupuy el día que presentó su programa de gobierno en la Asamblea Nacional, pero en realidad lo único que el actual jefe de gobierno quiere detener, a base de treguas y dilaciones, es la aberración democrática. También como elemento rescatable de este manicomio republicano tenemos a Juan Casimiro Perier, plausible representante de la alta burguesía, católico militante, conservador de raigambre orleanista y amigo de Su Santidad. Es un caballero cuya reputación, como lo describió *Le Figaro*, "es inaccesible al cheque corruptor". Tampoco olvidemos al general Augusto Mercier, jefe del Estado Mayor, católico, nacionalista y antisemita. Pero son pocos...

* * *

Ahora repasemos de manera sucinta lo sucedido en Italia, y justo cuando salía de la entrevista que tuve con su eminencia. En esta misión parecería perseguirme un extraño fado. Como en una pesadilla, cuando me dirigía a almorzar noté un gran alboroto en la Via Gregoriana. De inmediato me trasladé al lugar. Un agitado transeúnte con pinta de empleado de gobierno me informó que hacía escasos diez minutos trataron de asesinar al primer ministro, el avieso Francesco Crispi. A plena luz del día, en los horarios más ocupados, un joven disparó un solitario tiro de pie en la intersección de la Gregoriana con y la Via Capo le Case. El carruaje no detuvo su marcha. Era evidente que la intentona había fracasado, porque una buena cantidad de testigos afirmaba haber visto la bala

errar y a Crispi ordenar al cochero, de forma muy serena, seguir la marcha. El frustrado terrorista, un tal Paolo Lega, de la Romagna (¿por qué habrá tanto terrorista en la Romagna?) fue arrestado de inmediato. Toda la gente en la Gregoriana se hallaba muy aturdida. Con todo, me metí a la *trattoria* más cercana y almorcé. Los escasos comensales comentaban el atentado; alababan la sangre fría de Crispi. La noticia corrió con rapidez por la ciudad. Esa misma tarde, cuando el político llegó a la sede de la Cámara de Diputados en el Palacio Montecitorio, todos se pusieron de pie para ovacionar al, hasta ese momento, impopular primer ministro quien, conmovido como nunca, aseguró lacrimoso en la tribuna: "Todos, para siempre, en mi corazón". Al día siguiente, el príncipe de Nápoles lo visitó en su propia casa mientras afuera se acumulaba una muchedumbre en una manifestación de apoyo. Se dice que el total de telegramas y cartas de parabienes que recibió Crispi los días posteriores al atentado se acercaron a las dieciocho mil. Ahora bien, le recuerdo que a este atentado le precedió el estallamiento de sendas bombas en los ministerios de Justicia, de Guerra y frente al propio Montecitorio. La gente empezó a clamar por un gobierno fuerte. De repente, la infinita incompetencia de los gobiernos liberales se fue a navegar al Leteo. La crisis económica, los fracasos de la política internacional, los escándalos de corrupción, en fin, todo olvidado. El atentado convirtió a un gobernante asaz torpe en el héroe del momento, en el salvador de la patria. Incluso los partidos conservadores, que siempre lo han detestado, pedían para Crispi poderes dictatoriales. Ahora tenemos que el astuto *premier* ha logrado que se aprueben todas sus iniciativas económicas, por meses detenidas en el Parlamento. No conforme con ello, también pretende hacer lo propio con legislaciones llamadas "antiterroristas", las cuales sólo afianzarán su control sobre el gobierno. Total, el resultado de la actividad "terrorista" en Italia ha sido la consolidación del masón Crispi y su deleznable grupo en el poder. ¡A mí me queda clara la naturaleza de la conspiración, monseñor! Y, volviendo a Francia y a vuelo de pájaro, me parecería que la intención de masones y ju-

díos consiste en descabezar al sector conservador y crear un caos para volver a controlar a la República a su antojo.

Siempre suyo
Giacinto della Giovanna, presbítero

NOTA DE BRUNO ARPINATI

Sobre el asesinato de Sadi Carnot

El jefe de Estado era un completo palurdo, pero decidió romper las costumbres sedentarias y la parsimonia de sus inútiles predecesores, quienes apenas salieron del Eliseo durante sus mandatos, para recorrer Francia y procurarle popularidad "a la función y a la persona", según leí alguna vez en *Le Figaro.* Pero la verdad es que la dichosa "función" de presidente estaba reducida a la de ser maestro de ceremonias, y la persona era la de un regordete burgués y bonachón bastante obtuso, que fue apuñalada por un jovencito sonrosado de beato nombre, San Jerónimo Caserio, quien vengaba así a Vaillant, a Ravachol y a todos los mártires anarquistas del mundo. Todo ese magnicidio, como los que le precedieron en Europa y, finalmente, en América los años subsiguientes, fue una comedia llena de ironías y absurdos. Caserio asesinaba al nieto de un célebre revolucionario y matemático, Lazare Carnot, que votó la muerte del rey Luis xvi en los Estados Generales de 1793 y fue miembro de aquel temible Comité de Salud Pública de donde surgió la orden de destruir Lyon, tarea tan eficazmente efectuada por José Fouché. Y el padre del ultrajado presidente, Hipólito, fue un parlamentario representante de la izquierda republicana que murió apenas tres meses antes de la elección de su ñoño vástago. Pues bien, este nieto e hijo de comecuras murió asistido con los auxilios de la Iglesia y la bendición del primado de las Galias. Un cardenal en Notre Dame pronunció la solemne oración fúnebre. Nada

exponía con mayor claridad la diferencia de los tiempos y de los cambios que con ellos había experimentado la República.

Tras el magnicidio se reforzó la aplicación de las represivas Leyes Perversas, promulgadas ex profeso para perseguir al anarquismo, y se inició un proceso judicial contra los treinta anarquistas más célebres de la nación, aunque por lo menos diez de los acusados eran delincuentes del orden común. Entre los imputados estaban Sébastien Faure, Jean Grave, Émile Pouget, Félix Fénéon y Paul Reclus. Algunos acusados eran redactores y colaboradores de publicaciones anarquistas como el *L'Endehors* de mi entrañable Zo d'Axa, auténtico anarcoindividualista al que tuve el honor de conocer y tratar. El proceso fue una mala pantomima. Los fiscales hicieron el ridículo. Tan mal se desempeñó la parte acusadora que se prohibió a los periódicos reproducir los interrogatorios hechos a Grave, Fénéon y Faure durante las diligencias. No se obtuvo en absoluto ninguna prueba concreta sobre la existencia de una supuesta "gran conspiración anarquista", pero todos los ácratas que vivíamos a la sazón en Francia empezamos a correr peligro. Sobre mi anárquica cabezota, italiana, por añadidura, se cernía la amenaza de la cárcel o la deportación, además de que yo había andado de *bocafloja* con el tema de la conspiración. No me quería ir de París, y por eso fui a ver a distinguidas y bien acomodadas personalidades amigas de la familia Arpinati, residentes en la Ciudad Luz (como no se cansan de decirle los cursis a la capital de Francia), para que me protegieran. Gracias a ello, y al impulso que recibió *Le Phare de l'Occident* como consecuencia de todos esos acontecimientos, pude dedicarme, con tiempo y tranquilidad, a entretejer el cuento de la Gran Conspiración anarcojudeomasónica.

LA GRAN CONSPIRACIÓN

Arpinati intensificó sus contactos con los anarquistas residentes en Londres y París, aunque, a decir verdad, mantenía con ellos una relación cordial, pero distante. Los anarcocomunitaristas y los partidarios de la propaganda por la vía de los hechos lo veían como sacrílego e irreverente ante las ideas de hermandad universal, colaboración altruista y emancipación de la clase obrera. Obviamente, mucho mejor era su relación con los anarcoindividualistas, sobre todo con Zo d'Axa, el editor de la revista *L'Endehors*, para quien la esencia de la naturaleza anarquista residía en su indomable rebeldía y su inconformidad con toda forma de organización y convencionalismos, incluidos los que podrían emanar de un eventual "movimiento anarquista". "Somos individuos que hemos rebasado todas las doctrinas salvadoras. La sociedad nos disgusta, no engendramos convicciones y peleamos sólo por el gusto de pelear, no por utopías o sueños de un futuro mejor", así definió d'Axa el *quid* del verdadero pensamiento anarquista. Vivir el presente y abandonar diseños de futuros por luminosos que fuesen. No vivir para procurar fines inalcanzables, no hacerse ilusiones de futuro, sólo el hoy cuenta.

Bruno lo admiraba, pero él y sus colegas no servían de mucho para reforzar la farsa de la conspiración. Para eso requería acercarse más a los otros anarquistas, a los de los comités que tanto espantaban a la policía francesa. Hablar con Malatesta, Malato, Kropotkin y el resto de los exiliados en Londres. Y la clave para ese propósito era quien le había presentado a Maurice: Henry Rochefort, loco genial y embustero emérito.

Hijo de un noble venido a menos, Rochefort había sido un burócrata en el gobierno municipal de la ciudad de París, pero pronto renunció para trabajar en su genuina vocación de periodista. Fue colaborador de *Le Figaro,* pero salió de ahí a causa de su tono demasiado crítico con el entonces emperador, Napoleón III. Fundó su propio periódico, *La Lanterne,* y no tardó en pisar la cárcel. De puntiaguda barba blanca y risa exuberante, de él se decía que era el tipo de periodista cuya capacidad e ingenio no disminuían por baja o indigna que fuera su causa. Tras el desastre de Sedán fue electo diputado a la Asamblea Nacional por el Departamento del Sena. Participó activamente a favor de la Comuna de París y tras ser aplastada ésta fue deportado a la Nueva Caledonia. Ahí conoció e inició una intensa relación con una magnífica libertaria, científica y educadora, una "mujer leyenda", Louise Michel, la Virgen Roja, imponente heroína de la comuna. Rochefort escapó de Nueva Caledonia en marzo de 1874. Una famosa pintura de Édouard Manet inmortaliza tal hazaña. Amnistiado en 1880, fundó entonces un nuevo periódico, *L'Intransigeant,* de orientación radical y socialista. Estúpidamente se unió a la baladí gesta del general Boulanger y tal pifia le valió una nueva proscripción y exilio en Londres.

Bruno se había hecho buen amigo de él, y cuando lo fue a buscar en julio de 1894 logró interesarlo en el tema de la conspiración y en "esquemas de colaboración que podrían ser productivos para todos". Rochefort conocía muy bien a los libertarios sobrevivientes de la comuna, a los anarquistas de los supuestos "comités" y reuniones clandestinas, y a todo tipo de personajes. Sería clave para ayudar a fraguar la trama falaz de Arpinati.

* * *

En septiembre de 1894 estalló el *affaire* Dreyfus y la paranoia antisemita se puso a todo lo que daba. El caso agitó aún más el tema de la Gran Conspiración, cosa que Maurice, Bruno y *Le Phare de l'Occident* no estaban dispuestos a desperdiciar. Y no sólo por la conspiración, pues Maurice empezó a fantasear con una nueva guerra contra Alemania, disturbios, inestabilidad y, por lo tanto,

nuevas oportunidades para, ahora sí, lanzar una carrera política como un outsider antisistema.

Curioso, pero el encabezado de *Le Phare de l'Occident* del día previo a descubrirse el caso Dreyfus señalaba (y había sido diablura de Arpinati): "Los fanatismos en política son inmundos y lo han sido en todos los países y todos los tiempos". Obvio, Maurice hizo a su periódico furiosamente antidreyfusano, y eventualmente haría lo mismo el propio Rochefort, quien, amnistiado, regresó a París en 1895 para retomar la dirección de *L'Intransigent* con una política editorial casi tan descabellada como la de *Le Phare de l'Occident:* republicana, pro socialista, pro anarquista y antidreyfusana. ¡Esquizofrenia pura!

INFORME DELLA GIOVANNA

Entrevista con Édouard Drumont

Monseñor:

¡Pavorosos los días que se han vivido en Francia, pavorosos y, ojalá, irrepetibles! Sin embargo, tengo la sensación de que todo este horror puede desembocar en un despertar de la buena conciencia de la sociedad francesa, durante años postrada en la más absoluta decadencia moral. El asesinato de Carnot ha redundado en un creciente pesimismo... y en furia. Vislumbro la posibilidad de un renacer. ¡Que Dios así los disponga! Por lo pronto, cada día se hace más palpable el resurgir nacionalista y no me refiero a la Francia belicosa ávida de la revancha contra Alemania, sino la consciente del peligro que representa la satánica alianza judeo-masónica. También es notable la revaloración de la religión. Mucho se comenta la forma como se ha incrementado la asistencia a las iglesias y la venta de crucifijos e imágenes de la Virgen y los santos. Los partidos conservadores se fortalecen, mientras los radicales aparecen cada día más desprestigiados. Como en la época del general Boulanger, la gente pide la presencia de un patriota de mano firme capaz de hacerse cargo del poder. La consternación es palpable en casi todos los franceses. Por doquier se escuchan, todavía, exclamaciones de "¡Cómo puede ser posible!" "¡Nos dirigimos irremediablemente al caos!" "¡A dónde iremos de parar!"... Y la gran interrogante que todo el mundo se hace es: "¿Quiénes están detrás de todo esto?" Ahora bien, el gobierno reaccionó, como era de esperarse, de una manera muy parecida a como lo hizo en los años ochenta, cuando

inició el llamado "proceso de Lyon" para enjuiciar a los terroristas más notables y dictar unas draconianas medidas antiterroristas que son conocidas por los anarquistas como las Leyes Perversas. Como pretende hacerlo Crispi en Italia, los republicanos franceses quieren, una vez más, limitar las libertades públicas y crear una paranoia colectiva para consolidarse en el poder, pero en esta ocasión todo apunta a que la estrategia se les va a revertir. Usted ya debe conocer el resultado del Proceso de los Treinta, un *show trial,* como dicen los anglosajones, que pretendió distraer a la opinión pública de sus numerosas aflicciones, pero que desembocó en un fiasco para el gobierno. Tras seis días de penoso desarrollo, el procurador Bulot fue incapaz de probar implicación de los indiciados en conspiración criminal. A pesar de ello, a algunos se les dictaron severas sentencias de hasta veinte años de prisión.

Obviamente estuve presente en el juicio, gracias a las facilidades concedidas por nuestros amigos del ministerio. Al principio pensaba que podría ser esclarecedor pero, como le digo, sólo fue un circo. Sin embargo, no todo significó para mí pérdida de tiempo. Fue ahí donde coincidí con Édouard Drumont, uno de los pensadores más brillantes de nuestra época, que lleva años denunciando en su periódico *La Libre Parole* a judíos, masones y a todo tipo de sociedades secretas anticristianas. Son hombres como Drumont los que me dan esperanza. Su eminencia debe conocer su obra, *La France Juive,* en cuyo contenido, de manera tan puntual y con un estilo brillante, describe la forma en que judíos y masones se han enquistado en la dirección de la vida pública del país desde la Revolución francesa, acontecimiento el cual, como bien lo narra el autor, ha sido el origen de la decadencia de Europa. En nuestros breves encuentros durante las audiencias del Juicio de los Treinta poco pudimos comentar acerca del carácter espurio del proceso, pero me concedió el honor de hacerme una entrevista en su oficina. Obviamente, en ningún momento descubrí mi carácter de servidor de Su Santidad, ni mucho menos la naturaleza de mi misión. Me presenté con él únicamente como un buen católico italiano preocupado por el curso de los acontecimientos y un admirador sincero de tan agudo y

preclaro filósofo y político. "Ay, Italia, la pobre va a la destrucción con ese bellaco de Crispi", me comentó cuando le dije mi procedencia. La larga, amena, agradable y muy enriquecedora entrevista que tuve con *monsieur* Drumont en la sede de *La Libre Parole* ha sido una de las experiencias más satisfactorias de mi vida. Estuvimos más de una hora conversando de todos los temas imaginables. Sencillamente es el hombre más erudito de Francia. Llenaría páginas y páginas enteras describiendo su poderosa e interesantísima personalidad y sus profundos conocimientos sobre historia clásica, la Iglesia, Francia, literatura, etcétera, pero no es el objetivo de estos reportes. Me limitaré a resumir lo dicho sobre los temas que nos incumben.

—El gobierno trata de inducir la idea de que una potencia extranjera está detrás de los atentados anarquistas —me dijo con tono severo y acariciándose la patriarcal barba entrecana—. Lo natural sería pensar en Alemania, el enemigo tradicional. Es tan grande el rencor por el robo de Alsacia y Lorena... pero la situación de la República es tan delicada y tan grande su desprestigio tras el escándalo de Panamá que, de verdad, necesitan un distractor de primera. Les urge una guerra, pero una que puedan ganar, y saben que contra el káiser perderían. Por eso buscan culpar a Italia y al aventurero Crispi. Italia es un enemigo muchísimo más débil y nada levantaría más los ánimos y la menguante fama de los líderes republicanos que una victoria sensacional contra los advenedizos italianos para arrebatarles sus ínfulas de "gran potencia". Por eso la prensa republicana se ha dedicado a explotar el hecho de que el asesino es italiano. También, sin ningún pudor, agentes republicanos han promovido ataques a comercios e intereses italianos.

Éstas fueron las palabras de Drumont. Entretanto, la prensa católica y nacionalista denuncia el carácter evidentemente conspiratorio de la actividad anarquista y apunta, en su mayoría, a la alianza internacional de judíos y masones. El magnicidio puso de nuevo en boga la teoría de los los Ángeles Negros y su avieso complot. Los sectores nacionalistas y monárquicos destacan, unánimes, la

existencia indudable de una conspiración judeo-masónica para dominar el mundo.

Siempre suyo

Giacinto della Giovanna, presbítero

ROMA, ITALIA

Mayo de 1895

Para nadie fue una sorpresa, ni en Italia ni en el resto de Europa, que las elecciones parlamentarias italianas celebradas en mayo de 1895 arrojaran resultados en suma favorables para el primer ministro Francesco Crispi. Benefició sensiblemente al jefe de gobierno el ambiente pre bélico que vivía el país, así como la demanda del electorado, sobre todo el de clase media, de restablecer de forma definitiva el orden social, un tema que el gobierno se había afanado en atender. Los partidos gubernamentales obtuvieron un total de trescientos veinte escaños, un incremento de treinta diputados a la mayoría parlamentaria que ya gozaba, mientras la oposición sufría considerables retrocesos, sobre todo la encabezada por Giovanni Giolitti, el enconado archirrival de Crispi.

Sólo dos sinsabores advirtió el primer ministro al conocer los resultados. Por un lado, la aguda división regionalista reflejada en el voto. Crispi y sus aliados habían arrasado en el sur y centro del país, así como en Liguria, pero la oposición se mantenía muy fuerte en el norte: Piamonte, Lombardía, Véneto y la Emilia Romagna. El *premier* jamás gozó de popularidad en el norte y estaba seguro de que se debía, en buena medida, a su origen siciliano. "Las enormes discrepancias y recelos prevalecientes entre el norte y el sur son uno de los principales peligros a los que se enfrentará el futuro del país", le había comentado Crispi alguna vez a Bismarck. Por otra parte, mucha desconfianza provocó en el gobierno que la *estrema* (como los periódicos de derecha denominaban a los partidos

socialistas y a los abiertamente izquierdistas) elevara de manera considerable sus votos y ganara cuarenta y cinco escaños parlamentarios.

Crispi regresó al poder en diciembre de 1893, tras una pausa de cuatro años. Su primera magistratura había sido, en general, exitosa. Logró fortalecer la Triple Alianza con la celebración de la Convención Militar, y en el terreno doméstico se distinguió con la promulgación de los códigos sanitario y comercial, y con una reforma a la administración de justicia. Gobernó con el apoyo de la derecha hasta que, el 31 de enero de 1891, dimitió de forma sorpresiva. El liberal Giolitti, quien había sido su ministro de finanzas, complotaba desde hacía tiempo para provocar su caída con el sutil aval del rey Humberto. Político de gran olfato, Crispi llegó a la conclusión de que ése era el momento de hacer una retirada estratégica. Sabía que no era santo de la devoción de Su Majestad, a quien él, como casi todos los italianos informados, consideraba un sujeto frívolo, inconstante e intelectualmente limitado. El rey se había impresionado con la forma como Crispi, el siciliano, consiguió que se llevara a cabo la Convención Militar de la Triple Alianza, pero la "guerra redentora" con Francia jamás estalló, a pesar de que las tensiones entre ambas naciones habían conocido momentos muy álgidos. Ni Alemania ni el Reino Unido veían con buenos ojos la aventura antifrancesa del reino de los Saboya, el cual, por sus propios medios, no podría vencer al ejército francés. Para colmo, el único éxito exterior de Crispi, un tratado con el emperador Menelik II de Abisinia —en el cual, supuestamente, este último aceptaba que su país se convirtiera en un protectorado italiano—, había sido denunciado por la parte etíope en virtud de que la traducción italiana del texto difería demasiado con lo asentado en el original. Esa absurda farsa dejó muy mal parada a Italia ante la opinión pública internacional. Con base en ello, Giolitti empezó a maniobrar para propiciar la caída de Crispi y sustituirlo al frente del gobierno.

Pero Giolitti tuvo mala fortuna como primer ministro. No sólo fue incapaz de restaurar el prestigio del país en el extranjero, también provocó una grave crisis financiera y no supo enfrentar con

decisión la llamada "rebelión de los *fasci* sicilianos", una revuelta reivindicativa popular de inspiración izquierdista en la que participaban campesinos, mineros y trabajadores. La rebelión de los *fasci* agravaba el de por sí tenso clima de sedición existente en la nación en virtud de la proliferación de grupos anarquistas y socialistas. Las torpezas de la administración Giolitti provocaron que la opinión pública reclamara casi a gritos el retorno de Crispi al poder, cosa que se concretó en diciembre de 1893. Crispi reprimió con fuerza las insurrecciones; arrestó no sólo a los líderes del movimiento *fasci*, sino a cientos de granjeros, estudiantes, profesionales y simpatizantes, e incluso a los sospechosos de haber favorecido, en algún momento, a los insurrectos. Progresistas, socialistas, demócratas, republicanos y, por supuesto, anarquistas, fueron detenidos, en muchos casos, sin evidencia alguna. Después de la declaración del Estado de excepción las condenas comenzaron a caer sobre inocentes ciudadanos. Aprehendían a personas sólo por haber gritado cosas como "Viva la anarquía" o "Abajo el rey Humberto, el inútil". Estaba claro que el país se dirigía hacia una dictadura, y los buenos resultados electorales de Crispi, así como su perfil de "hombre fuerte", no hicieron sino alentar esa posibilidad.

* * *

Obviamente, el frustrado intento del anarquista Paolo Lega de asesinarlo en su ruta a la Cámara de Diputados, perpetrado nueve días antes del magnicidio de Carnot en Lyon, le cayó como anillo al dedo a Crispi en su campaña de represión contra los movimientos subversivos. El aplomo exhibido tras el fallido intento homicida le granjeó un considerable aumento de popularidad. Como nunca antes el combate al terrorismo sería la prioridad. El gobierno se apuró a decretar severas leyes restrictivas para hacer más rigurosa la censura a la prensa y anular a grupos que pregonaran cualquier tipo de uso de la fuerza "en la lucha por lograr cambios sociales". Así quedaban susceptibles de sufrir coerción no sólo los anarquistas, sino incluso los socialistas y los sindicalistas.

Francesco Crispi, el antiguo revolucionario, el garibaldiano partícipe en la aventura de los Mil, se había convertido en un reaccionario nacionalista convencido de que sólo un gobierno fuerte salvaría el país. Despreciaba al parlamentarismo, al cual consideraba inadecuado para las naciones latinas tan inconstantes y tan excesivamente apasionadas. Estaba convencido de que Italia necesitaba una dictadura, o por lo menos un sistema autoritario como el alemán en el que el parlamento sólo se dedicaba a hacer las leyes y no intervenía para nada en el desempeño del Poder Ejecutivo, responsabilidad exclusiva del káiser y su gobierno. Para endurecer la dirección del Estado se valdría del pretexto de la lucha antisubversiva y antiterrorista, y para lograr la unidad nacional seguía pensando en emprender una aventura militar en el extranjero, aunque sus ojos se habían puesto ahora en un rival mucho más débil y asequible que Francia: Abisinia.

Crispi empezó a gobernar a base de decretos de ley. Al principio pensó que eso generaría una irresistible oposición, pero para su propio asombro pronto se percató de la aceptación que tenía el cariz cada vez más "iliberal" de su gobierno. Políticos y académicos pedían "mano dura". Sólo Giolitti, los liberales y, desde luego, la *estrema*, se oponían con vehemencia a la nueva tendencia. Por su parte, Humberto empezaba a entender que, después de todo, Crispi seguía siendo su mejor apuesta.

* * *

Humberto recibió a Crispi en el Palacio del Quirinal pocos días después de su triunfo en los comicios. Su majestad fue especialmente afectivo y cordial con el jefe de gobierno. Hablaron con enorme franqueza; de hecho, como nunca lo habían hecho antes, ni lo harían después.

—Me alegro mucho de que se haya impuesto de la forma en que lo hizo, Francesco. Tengo la seguridad de que el pueblo italiano está harto del desorden y usted es el hombre llamado a restaurarlo por el bien de la patria. El parlamentarismo exacerbado y demencial que hemos padecido desde la reunificación vive sus últimos días,

o por lo menos, eso espero —apuntó de entrada el paleto rey, quien estaba de excelente humor pero, pese a ello, no perdía esa eterna apariencia de asustado que le caracterizaba y lo hacía blanco de innumerables chistes y burlas.

—El parlamentarismo es una institución degenerada, particularmente nociva para los latinos, quienes somos moralmente más débiles que los anglosajones —se aventuró a decir Crispi, pagando, a su vez, con ruda sinceridad la franqueza con la que el rey había decidido hablarle—. Francia es la prueba. La III República no es sino una cloaca llena de inmundicia, con toda esa caterva de políticos corruptos y esa legión de diputadillos inútiles. Italia no se queda atrás. Francamente, majestad, sostengo la teoría de que poseemos la peor clase política del mundo civilizado.

Humberto no se sorprendía con la meridiana claridad con la que se expresaba su primer ministro. Incluso hizo un descompuesto ademán de entusiasmo, y añadió:

Tiene usted toda la razón, toda. En definitiva, los italianos no están hechos para la democracia. No. Demasiado desorden. Demasiada tendencia a exaltarse y muy escasa disciplina.

—Los parlamentos, como las masas, tienen un bajo nivel de comportamiento ético. Es un hecho bien estudiado: lo colectivo siempre envilece. ¡Y hay que ver la clase de "changuitos" que llegan a las cámaras, por Dios! El parlamentarismo es una grotesca charada. Nuestra Cámara de Diputados es una asamblea de tontos, ociosos y vividores. Ya lo dijo sir Walter Bagehot, el gran constitucionalista inglés: "Un parlamento es una gran reunión de personas cuya mayor parte se compone de inútiles, ignorantes o incompetentes".

—¡Qué gran erudición hay en esas palabras! Lombroso, nuestro gran criminalista, afirma que las masas se sienten bien únicamente con mediocres que les son afines y por eso los eligen —afirmó Humberto, como para no quedarse atrás en cuestión de citas.

Y tras reflexionar, Crispi agregó:

—Democracia es el nombre que los políticos dan a las masas cuando las necesitan.Humberto rio de buena gana.

—Majestad —prosiguió el primer ministro—, me han acusado de "cesarista". El filósofo Pareto señala que cuando prevalece, como sucede en Italia, una obvia desarmonía entre las masas y las instituciones políticas, ocurre el fenómeno que denomina "cesarismo". Marx bautizó esto como "bonapartismo". El fracaso de las instituciones en garantizar la gobernabilidad y el orden hacen que las medrosas clases medias se entreguen al "hombre fuerte".

—Sí, Francesco, conozco la teoría de Marx. Fue lo de Napoleón III, ¿no? ¡El golpe del Brumario! Y en Italia tenemos a nuestro Crispi. ¡El centro del poder! ¡El gran protagonista! ¡El fenomenal eje del poder y la política! —exclamó el rey con un tono levemente sarcástico mientras acariciaba sus enormes bigotes que le daban un aspecto aún más desgarbado al, de por sí, irrisorio monarca.

—¡Pero Pareto se equivoca, majestad! El cesarismo es un fenómeno exclusivamente personalista. Es el de un dictador que ve sólo por él y su supuesto lugar en la historia. No es mi caso. No puede ser mi caso. Soy un hombre viejo. Tengo setenta y seis años. Dentro de una década estaré muerto, y el rey Humberto seguirá vivo, en la plenitud de su reinado. Por esa razón usted, como rey de Italia, es quien debe manejar la situación y dirigir a un Estado fuerte convertido en potencia mundial —también podía percibirse una sutil vena sarcástica en la respuesta de Crispi a su soberano.

Humberto sonrió con satisfacción.

—Sea usted dictador, Crispi, yo lo apoyaré. El parlamentarismo agoniza, no me cabe la menor duda. Estos resultados en las urnas me lo confirman. Avanzaremos, como usted lo desea, a un sistema autoritario al estilo alemán. Le doy mi palabra de que ya no seré un rey... ¿cómo dicen?... Ah, "omiso". Sí, consciente estoy de no ser demasiado popular e incluso mis aliados y amigos me llaman "frívolo" en los salones. ¿No es así, amigo mío? ¡Pues nada! ¡Se equivocan! Es hora de darle vigor al reino, de reinventarlo. Para cimentarlo, Crispi, lo sabemos, urge un éxito en el exterior. Abisinia debe ser el punto de inflexión. Quiero una campaña de conquista breve y victoriosa que nos abra horizontes de gloria.

—Sí, majestad. En el horizonte se prefigura la instauración de un imperio italiano en el este de África con el dominio de Abisinia, Eritrea y Somalia. El siguiente capítulo será cobrar nuestra parte en el inminente desmembramiento del moribundo Imperio otomano.

—¿Piensa usted en Albania, señor jefe de gobierno?

—Y en Tripolitania, y en Cirenaica, sin olvidarse de Rodas y el resto del Dodecaneso, los Balcanes… Habría que ponderar las cosas llegado el momento, claro está. Pero eso ya no lo veré yo. ¡Será tarea de la Gran Italia humbertiana!

El rey estaba de plácemes, y para cerrar con broche de oro preguntó:

—¿Y nos olvidamos de Francia, *monsieur* Crispi?

—Desde luego que no, pero con Francia al tiempo. Tarde o temprano estallará una gran guerra europea. Usted lo sabe, yo lo sé; París, Berlín, Londres y hasta San Petersburgo lo saben. Pero para entonces nos habremos consolidado como una potencia joven, dinámica y ordenada, inspirada por una monarquía fuerte y decidida. La Triple Alianza se impondrá al decadente parlamentarismo francés.

—Bueno, Crispi, dirijamos al país hacia el camino correcto. Por lo pronto, ¡que los leones italianos devoren Abisinia!

ESTADOS UNIDOS

La campaña presidencial de 1896

La presencia de banderas era unánime. Un océano de blancos, rojos y azules inundaba hasta la última esquina de Canton y así sería durante todos los días del verano y del otoño temprano del año electoral 1896. Pendones, lábaros y estandartes colgaban de cada balcón, adornaban cada pared, ondeaban de cada ventana. Un inusual ambiente festivo se apoderaba de los residentes de esta pequeña ciudad, habitualmente tan anodina. Y el motivo, además, era inaudito: ¡la ciudad se engalanaba porque habría elecciones en noviembre! Canton, como la mayor parte de las ciudades medias e incluso grandes del país, nunca se caracterizó por tomar demasiado en serio las campañas electorales, muchas de las cuales sencillamente pasaban desapercibidas. Pero ahora nadie hablaba de otra cosa. En la ferretería, en la peluquería, en la carpintería, en bares y restaurantes, en todos los rincones el tema no era otro que las elecciones. ¡Y cómo no iba a ser de ese modo, si el hijo predilecto del lugar, el orgullo de Canton, era el candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos! Y William McKinley había decidido hacer lo que se conoce en el argot electoral como "Campaña en el garaje de la casa", la cual consistía en que el candidato se abstenía de realizar una gira nacional para visitar a sus potenciales votantes y tratar de convencerlos de sufragar por él. Al contrario, aquí los electores acuden a ver al postulante hasta su casa. Se decidió así porque, primero, los dirigentes republicanos siempre habían considerado que este sistema ceñía bien con la dignidad del candidato,

y segundo, porque la salud de Ida McKinley declinaba con fuerza (los "nervios") y su marido, tan devoto a ella, se rehusaba a alejarse de su lado. Claro, trasladar a miles y miles de electores desde todos los estados del país era mucho más oneroso que llevar al aspirante a visitarlos a sus lugares de origen, pero para eso estaba Mark Hanna, el mago Mark Hanna, como coordinador general de la campaña y principal recaudador de contribuciones.

Esa mañana irradiaba un sol espléndido. La gente se encontraba de estupendo humor. Se entonaban canciones e himnos por todas partes. Pero William McKinley no las escuchaba, pese a estar pegado a la ventana abierta de su casa. Fumaba un grueso puro, uno de la caja que le regaló Mark Hanna durante la Convención Nacional Republicana de San Luis, celebrada en junio justo cuando estaba a punto de oficializase su nominación como candidato a la presidencia de Estados Unidos.

—Hoy es el primer día de la próxima etapa de tu vida —le dijo el rollizo y campechanote Hanna—. Ten estos habanos. Disfrútalos uno a uno, fumada tras fumada. Sentirás que, en efecto, eres un "hombre de poder". Empieza tu día con unas buenas fumadas, termínalo con otras. Consume dos o tres de estos puros a diario, sobre todo en esos momentos cuando debas pensar para tomar decisiones porque, chico, te hacen más inteligente. Para cuando termines la caja, serás presidente y entonces te compraré más.

En ese momento, mientras saboreaba el habano, McKinley no pensaba en otra cosa que no fueran las elecciones. Ni siquiera le mortificaba demasiado, por lo menos en ese instante, la declinante salud física y, sobre todo, mental de Ida. Trataba de pensar en ella, pero no podía concentrase. Seguía inhalando el humo negro mientras le ensombrecía el rostro un rictus que revelaba un hondo desasosiego. Los demócratas, que habían llegado a su convención (celebrada en Chicago en julio) derrotados de antemano, completamente desmoralizados y con la certeza de que perderían la Casa Blanca por varias generaciones después de los aciagos acontecimientos económicos del espeluznante año 93, encontraron, de sú-

bito, a un campeón, a su candidato más carismático y articulado desde Andrew Jackson.

William Jennings Bryan, de apenas treinta y ocho años, llegó a la Convención Demócrata siendo un desconocido y sin que ningún delegado lo considerara en absoluto como posible candidato. De hecho, se hallaba ahí no como aspirante a la nominación presidencial, sino únicamente en su condición de ex congresista por el rural estado de Nebraska para hablar en contra del patrón oro y en defensa de la plata. Los demócratas estaban profunda y, al parecer, irremediablemente divididos entre los partidarios del oro y de la plata. Los delegados del este y el norte industrial, así como los leales al presidente Cleveland, favorecían el patrón oro, pero los de los estados rurales del oeste y medio oeste, así como los del viejo y expoliado sur defendían la permanencia de la libre convertibilidad de la plata. Bryan provenía de un estado rural del medio oeste muy castigado por la recesión del 93. Al llegar su turno de hablar ante la convención, el ex congresista dio un discurso apasionado e incendiario que fue capaz de unir a todos los demócratas "de la plata". ¡Y vaya una pieza oratoria la de este Bryan!:

> El ciudadano más humilde en toda la Tierra, si está cubierto sólo con la armadura de una causa justa, es más fuerte que todos los ejércitos del error. Yo vengo a hablar en defensa de una causa tan santa como la de la libertad: la causa de la humanidad.
>
> No venimos como agresores. Nuestra guerra no es una guerra de conquista, estamos luchando en la defensa de nuestros hogares, nuestras familias y la posteridad... Hemos solicitado, y nuestras peticiones han sido despreciadas. Hemos suplicado, y nuestras súplicas han sido ignoradas. Hemos advertido y de nuestras advertencias se han burlado incluso después de que arribaran las calamidades. Ya no pedimos, ya no rogamos, ya no advertimos. ¡Desafiamos!

Asimismo Bryan dijo ese día:

> Hay dos ideas de gobierno. Una, la elitista, postula que si sólo se procura la prosperidad de unos cuantos arriba, esa prosperi-

> dad, tarde o temprano, llegará a los de abajo. La otra es la idea democrática, la cual tiene la convicción de que si se legisla directamente para procurar el bienestar del pueblo, la prosperidad encontrará su camino para beneficiar a todas las clases sociales por igual y sin esperar a que la riqueza se distribuya "en algún momento"... Vienen a nosotros y nos dicen que las grandes ciudades están a favor del patrón oro; respondemos que las ciudades grandes existen gracias a nuestras praderas amplias y fértiles. Quemen sus ciudades y dejen intactas nuestras granjas, y sus ciudades resurgirán tarde o temprano como por arte de magia. En cambio, destruyan nuestras granjas y la hierba no tardará en devorar las calles de todas las ciudades del país.

Finalmente concluyó con una de esas frases que hacen historia: "No permitiremos que recarguen en las sienes del trabajador una corona de espinas. No permitiremos que martiricen a la humanidad en una cruz de oro".

Entonces la convención estalló en una ovación delirante. Más que un candidato, ¡parecía un mesías! Antes de que terminara su discurso ya se multiplicaban los gritos de "¡Bryan para presidente!" De manera por demás inesperada la convención se decide a su favor. Parecía ser una de esas raras ocasiones en las que un solo discurso cambiaba el destino de un pueblo. Y lo que sería un paseo triunfal para McKinley y los republicanos de repente se convirtió en la que podría ser la elección más reñida de la historia de Estados Unidos. Y Bryan no se iba a conformar con los pocos electores que podrían irlo a ver a su hogar en la inhóspita Nebraska. ¡De ninguna manera! De inmediato inició una intensa campaña por todo el país, estado por estado, donde el demagogo recorrería miles y miles de kilómetros y pronunciaría más de seiscientos discursos. De hecho, una de las razones ocultas de la reticencia de McKinley a hacer campaña por toda la nación era la obvia inferioridad que como orador tenía frente a su seductor contrincante. Las comparaciones le irían muy mal al republicano.

—¡William, por amor de Dios! ¡Tú sabes que no puedo tolerar ese maldito olor! ¡Tú sabes que para mí es el infierno! —Ida bajaba con esfuerzo las escaleras cuando vio a su marido dedicado a

exhalar humos brunos—. ¿Por qué me torturas? Nunca, nunca en mi casa. ¡Ay, me da ansiedad! ¡Ay, me da ansiedad!

Afuera, en las calles, el bullicio seguía. Cada vez había más niños jugando con banderas. Canton parece exudar barras y estrellas, mientras trovadores cantaban en la plaza a favor de su paisano, el héroe local, William McKinley.

* * *

El gobernador llevó a la desmayada Ida a su habitación, auxiliado por varios criados. No tiene mucho tiempo para atender a su desfalleciente esposa. Hoy le toca recibir a un grupo de veteranos de la Guerra Civil procedentes de Missouri. Mark Hanna, en su carácter de jefe de campaña, acababa de explicar a uno de los ayudantes del candidato, vía telefónica, desde su casa en Cleveland, en qué consistiría el acto, y le dio instrucciones precisas de qué hacer:

—Recuérdenle al candidato que es vital proyectar su personalidad como si ya fuera jefe de Estado. Debe ser, verse, sentirse "presidencial" en todo momento. "Presidencial" en todo lo que hace, en todo lo que dice. Hasta dormido debe ser presidencial. Vamos, pedorrearse presidencial. En el discurso debe relatar, por enésima vez, su hazaña de Antietam, sus servicios al lado del glorioso general Sherman. Deben incluir una evocación muy sentimental de recuerdo de los soldados caídos en combate y del presidente Lincoln. Es fundamental contar alguna anécdota de guerra, algo que llegué hondo al corazón; sí, de ser necesario invéntenla, siempre y cuando sea verdaderamente conmovedora. Y si involucra a un niño o una niña, ¡mucho mejor! Que se vea a un hombre atento a las carencias de los veteranos. Que les haga preguntas sobre sus vidas y sus familias. Que se memorice los nombres. Ya se los he dicho, eso es básico. Hablarles siempre por su nombre de pila. Debe lucir siempre espontaneo, ¿me oíste?, exhibir conocimiento y preocupación por el hombre común, por el bueno de "Juan Pueblo". Por su parte, adoctrinen bien al representante o jefe de los visitantes. Es muy importante que le recuerde al público que William Jennings Bryan apenas tenía cinco años cuando McKinley defendía la

Unión como general de brigada y que agradezca al candidato su estupenda labor como congresista y gobernador. Debe hablar de la Ley Arancelaria y los muchos beneficios que ha traído a todos en América, tanto a ricos como a pobres. Es necesario también acusar a los incompetentes demócratas de haber echado todo a perder. ¡Ah! ¡Muy importante! Denunciar con toda la vehemencia que sea capaz y con todas sus letras a ese demagogo de Bryan, quien pretende debilitar al dólar con su rechazo al patrón oro. ¡Pero con toda vehemencia! El candidato es demasiado caballeroso y cortés, y en campaña eso, a veces, es contraproducente, máxime cuando se va perdiendo.

En fin, todos los días Hanna hablaba a Canton y repetía más o menos las mismas recetas e instrucciones; eso cuando no estaba tratando de recaudar dinero y favores para su candidato. La lucha parecía a muerte.

* * *

—¿Cuántos viajes gratuitos más van a pedirnos, señor Hanna, ¿Cuántos? Usted ha sido siempre un hombre muy realista, pero si por casualidad está sufriendo alguna especie de alucinación, déjeme despejársela: no somos una institución de beneficencia. La Compañía Ferroviaria de Chesapeake y Ohio es una empresa dedicada a hacer negocios, señor Hanna, y pocos mejor que usted entienden con claridad el significado de esto: ne-go-cio —al oír esta palabra, cuyas silabas parecían, cada una, un ladrido, Mark Hanna alejó de su oreja el auricular del teléfono—. Sólo la semana pasada tuvimos a las mujeres pro sufragio femenil de Nueva York, ochenta y seis *tickets* desde Manhattan hasta Canton, ida y vuelta, luego a ese grupo de veteranos de guerra de Boston, ciento catorce viajes redondos; después fueron los gerentes de las empresas del carbón y del acero de Pittsburg, un gremio de panaderos de San Luis, bueno, llegó gente incluso desde California, ¡California! ¡El otro maldito extremo del país!, señor Hanna. Y vaya gente la que hay que llevar gratis: trabajadores, albañiles, granjeros, ¡incluso negros! Miles de viajes, cantidades ingentes de ganancias

dilapidadas a diario. ¿Y usted conoce, de verdad, a estas extrañas organizaciones de operarios, tranviarios, electricistas, peleteros, mineros, etcétera? ¡Nunca imaginé que hubiese tantos grupos y tantas clases de oficios! ¡Y todos viajando gratis! ¡Y en verano! ¡Vamos a la quiebra, señor Hanna! ¡Ya no podemos, entienda!

El administrador de la empresa ferroviaria hizo una pausa para tomar aire, cosa que aprovechó Hanna para contraatacar:

—Buenos argumentos —dijo con parsimonia—. Usted tiene razón, nadie como yo respeta los conceptos *negocio* y *ganancia*, pero déjeme externarle lo agradecido que está nuestro candidato con su empresa. Es un agradecimiento infinito. Oiga, usted debe entender que su apuesta es segura. Este hombre es un ganador nato. ¿Vio cómo mi muchacho barrió a todos sus contrincantes en la Convención Republicana? Y sabe una cosa, William McKinley no se olvidará de sus amigos cuando llegue a la cumbre, porque es un hombre inteligente que sabe que todas las contribuciones y los apoyos de campaña son favores condicionados que deben retribuirse ¡y con creces! ¡Nadie da apoyo a un candidato a cambio de nada, por Dios! Si acaso algunos ilusos e idealistas y esos, por lo general, tienen muy poco dinero.

—No necesito que me venda a su hombre, señor Hanna —bufó con nuevos bríos el administrador—, estamos con él desde el principio, ya lo sabe…

—¡Permítame un momento, amigo! —ahora Hanna era quien alzaba la voz—. Quizá no entienda bien lo que está en juego en esta elección. No es cualquier cosa, mi querido señor, los demócratas y los populistas han postulado a un demente, a un radical que en cuanto se haga del poder empezará a hostigar a todos los hombres de empresa de este país. ¿Lo sabe usted? ¿Sabe de verdad quién es William J. Bryan y qué pretende hacer si llega a ser presidente? ¿No? Pues guarde silencio un momento y permítame explicarle de quién estamos hablando…

* * *

A todas luces estos comicios serían los más importante en la historia del país desde 1860, cuando la elección de Lincoln escindió a la nación y dio origen a la Guerra Civil. Las pasiones se habían despertado por todos lados. Por primera vez en décadas las diferencias entre las plataformas de los dos principales candidatos eran obvias y de fondo, no la calca uno del otro, como solía suceder casi siempre. Los electores sabían que al ir a las urnas optarían por dos senderos completamente distintos. Algunos periodistas inteligentes y los políticos más sagaces comentaban que ésta sería la primera elección "a la europea" a verificarse en Estados Unidos. Eso, porque por primera vez aparecía de manera abierta, como pieza central en el mensaje político de uno de los dos principales candidatos, el tema de la lucha de clases. Los partidos estadounidenses parecían estarse "ideologizando".

Para principios de otoño resultaba claro que quien llevaba la ventaja era Bryan. Se trataba de una delantera palpabable por los comentarios de la gente, en las masas que acudían a los mítines del carismático e impetuoso candidato demócrata, en el ostensible entusiasmo de sus seguidores, que contrastaba con la relativa apatía de los republicanos. ¡Y vaya que el discurso de Bryan se acercaba mucho al de los políticos socialistas europeos! Hablaba explícitamente de defender a los trabajadores y granjeros frente a la voracidad de los capitalistas. Denunciaba por nombre los "imperios" de los Rockefeller, los Carnegie y los Morgan; describía a su contrincante como el títere del tiburón Hanna (*Mark the Shark*). A su lado aparecían los populistas cuyo partido, que dio una sorpresa cuatro años atrás al ganar en cinco de los estados más rurales del país, había decidido unirse a su postulación. La mayoría de los sindicatos lo secundaba. Los socialistas no ocultaban las simpatías que sentían por él, lo mismo los librepensadores e incluso algunos anarquistas. Asimismo, Bryan gozaba del apoyo de un capitalista no menor: William Randoloph Hearst, zar de la prensa escrita, dueño de decenas de periódicos amarillistas y populacheros que se editaban por todo el país. Hearst se había entregado por entero a la

causa de Bryan. A diario los encabezados de su enorme cadena de publicaciones alababan los esfuerzos del candidato demócrata y denostaban la aparente inercia del republicano y su evidente entreguismo a los grandes capitales. Rezaban los titulares del Grupo Hearst: "Bryan es el cambio", "Bryan sería el primer presidente desde Washington que de verdad siente el dolor de los trabajadores", "Bryan sabrá poner un alto a la fuerza de los monopolios", "Bryan cobrará impuestos justos a los ricos".

Y, mientras tanto, Bryan estaba un día en Chicago, al día siguiente en Milwaukee, de ahí a Des Moines, Springfield, St. Louis, Kansas City, Bloomington, Indianápolis, Cleveland, Toledo, Detroit, Cincinnati, Memphis, Atlanta, Nueva Orleans, Dallas, Oklahoma City, para de nuevo desembocar en Chicago e iniciar otro periplo al oeste o al sur.

Viaja siempre en el último vagón de un tren en cuya parte posterior ha sido colocado un balcón. Cuando el ferrocarril se detiene en las estaciones de las ciudades por donde pasa ya está reunida una multitud de simpatizantes. Bryan se asoma por el balcón y da un discurso, después baja con la gente, saluda de mano a todos los que puede y se va. Así transcurrió casi toda la campaña, sin que el incombustible candidato se detuviese a tomar un descanso. Era Bryan un huracán que, según algunos partidarios exaltados, "puede barrer con el incontenible poder de los millones", "representar la primera revolución social pacífica en América". Y al verlo y oírlo la gente se ve tentada a pensar que sí, que tienen enfrente a un revolucionario. Su figura juvenil se agita al ritmo de una pujante oratoria. La nutrida melena se menea alegre mientras sus puños simulan dar precisos golpes al aire en una especie de ficticio boxeo. La frente sudorosa parece símbolo de poderosa convicción. Sus ademanes cautivan. Sus palabras se proyectan ardorosas. Y sentido del humor no es lo que le falta.

Hacia mediados de octubre, cuando la tensión llega al máximo, la prensa pro republicana no escatima adjetivos para desprestigiar al demócrata. Le llaman "socialista", "provocador", "agitador", "peligroso para el país", "anarquista". Por eso decide mode-

rar un tanto el lenguaje. Una de esas tardes otoñales, en un mitin en la estación de Denver camino a California, Bryan advierte:

—No hay nada peligroso aquí, amigos, vamos, acérquense; soy feo pero no muerdo. No soy un radical, ni nada de eso que dice la prensa adicta a los Morgan, los Vandervilt y los Rockefeller. Sólo soy un hombre con una idea de justica. Y también soy un americano. Un americano patriota. Los republicanos dicen que no soy un patriota e incluso quieren apoderarse de nuestra bandera. Pero escuchen: ellos mienten, mienten porque están desesperados. Yo no soy antipatriota, ni socialista. Y déjenme decirles algo: la bandera, esta bandera —levanta una banderita de barras y estrellas— no es propiedad de McKinley, ni del señor Mark Hanna —enseña los dientes imitando a un tiburón—, ni de los republicanos. Esta bandera representa a todos los que vivimos en este gran país. ¡Esta bandera somos todos! Soy orgulloso americano. Mis discursos no son "estridencias de un demagogo" como dicen los republicanos y sus aliados, mis discursos son música, no incendio. Mis palabras son como las notas de una marcha patriótica de Sousa. Y déjenme decirles también que los padres fundadores eran revolucionarios. Pero Jefferson no era anarquista, ni Washington socialista, ¿o sí, amigos?

Y la gente se reunía cada vez en mayores cantidades: mujeres con sus hijos, campesinos desempleados, jóvenes obreros que pierden la paga de un día por oír a su candidato.

—¿Saben? —continúa el demócrata—, recorrer nuestra amada nación, ir en busca del voto de ustedes los ciudadanos, ir a todos los estados es una experiencia enriquecedora. ¡Lástima que el candidato republicano sea tan perezoso o tenga tan poco interés por conocer al país que pretende gobernar! ¡Se pierde de mucho! Permítanme decirles que en mis trayectos he recibido lecciones hasta de los animales. Sí, hablo en serio. Miren, les platico: el otro día, pasando por las hermosas y productivas granjas de Iowa, vi sueltos a seis cerdos traviesos que estaban jugando y revoloteando en el patio de una granja haciendo estropicios por todos lados. Era obvio que se habían escapado de su pocilga y hacían de las suyas sin que el

granjero se diera cuenta. ¡Y vaya que estaban haciendo estropicios en el patio de la granja! ¡Todo estaba patas arriba! —Bryan actuaba, gesticulaba, se emocionaba, reía, parecía haber nacido sólo para estar en campaña electoral—. Estos cochinitos me trajeron recuerdos, recuerdos de las enseñanzas que tuve en la granja donde me crié en Nebraska. Los granjeros insertan unos aros en las narices de los cerdos. Claro que no es para impedirles que sigan engordando. A todos nos interesa que los cerdos estén gordos, más que a ellos mismos, ¿no es así? —la gente ríe de buena gana. Bryan aprovecha para limpiarse la frente—. Se ensartan con aros las narices de los cerdos para que mientras sigan engordando, los granjeros tengan cómo controlarlos y no causen estropicios en la propiedad que no les corresponde.

Bryan hace una pausa, la gente empieza a celebrar lo que anticipa será el clímax del discurso:

—Se me ocurre que una de las labores más importantes del gobierno es insertar aros en las narices de ciertos cerdos...

* * *

—¿Cuántos botones publicitarios tenemos en total de reserva? —preguntó Mark Hanna a Molly Stevenson, una de las jóvenes edecanes que lo auxiliaban en sus labores como coordinador de campaña, mientras sostenía el auricular del teléfono en la mano izquierda y el indispensable puro en la derecha.

—Cincuenta mil —espondió Molly, alzando su cara pecosa y agitando sus largas trenzas rubias.

—¿Y panfletos?

—Cerca de trescientos mil

—Trescientos mil, Harry —dice al teléfono Hanna—, todos especiales para inmigrantes. Hay en italiano, polaco, hebreo, ruso, alemán y todos esos horrorosos idiomas que hablan en las grandes ciudades. Son traducciones de los que están en inglés. Mensajes simples, nada complicado. Eslóganes. Buenos deseos. Frasecitas cortas. Nada complicado, nada que les exija un esfuerzo de más a nuestros ínclitos electores. "Balazos" que cualquiera entiende. Cosas como

"¡McKinley, el Napoleón de la protección!", "¡McKinley, bueno como el oro!", "¡McKinley para presidente!", "¡McKinley, agente del progreso!" y, por supuesto, la frase de campaña: "¡McKinley es platos llenos para la cena!" Por cierto, tenemos cien mil carteles con la vigorosa y varonil imagen del candidato mostrando sonriente un plato lleno de oro. La voy a pegar por todo el país, de Maine a California. Pero lo más importante aún son los "utilitarios", los objetos o las porquerías que la gente no rechaza porque les sirven de algo (o creen que les sirven de algo). Sobre todo a los pobres, muchos de los cuales votarán por Bryan. Irónico, ¿no? Ya empezamos a repartir platos para la cena con una leyenda al costado que dice: "Para ser llenado cuando McKinley sea presidente". Y hay pipas, tarros, cucharas, tazas y, desde luego, todo lo que las amas de casa puedan necesitar. Incluso el hijo de puta de *Teddy* Roosevelt me dio el otro día, con ganas de fastidiar, una idea: "Vendes McKinley como si fuera jabón"; lo dijo en plan crítico. Bueno, pues ya tenemos jabones con la efigie de McKinley.

Decenas de niños entran y salen de la oficina de campaña para recoger la propaganda que habrá de repartirse. Hay por lo menos una veintena de voluntarios, secretarias y telegrafistas en febril actividad permanente, mientras que Hanna vive pegado al teléfono en constante comunicación con todo el país.

—Necesito más propaganda para explicar qué pasaría si el loco Bryan llega a la presidencia. La "campaña negra" será decisiva. Para eso hará falta más dinero. No hay problema, J. P. Morgan se comprometió a darme diez mil más. Mañana salgo a Nueva York. ¡Con decirte que hasta el roñoso de Rockefeller está sacudiendo la cartera! Y es que ese charlatán de Bryan los tiene asustados. También daré una pasadita por Wall Street.

* * *

—Les digo, Creelman, Bierce, ¡podemos ganar!

Habla William Randolf Hearst, el *enfant terrible,* el expulsado de Harvard, el heredero de fortunas, el periodista improvisado, el problemático, el millonario afiliado al Partido Demócrata, el descarado

promotor de sí mismo, el excéntrico, el hombre al que la buena sociedad de Nueva York de buena gana le daría unos boletos de tren para que regresara a su California natal para siempre, y no volviera nunca más.

—Bierce, ¿qué opinas?

El magnate de la prensa fuma un habano, está en su oficina de Nueva York acompañado por Ambrose Bierce y Jim Creelman, sus dos reporteros estrella. Son las tres de la mañana. Hearst andaba de parranda cuando decidió que quería oír la opinión de sus dos principales colaboradores justo en ese momento. Los mandó buscar y ¡listo!, aquí están tratando de desentrañar con su extravagante jefe las oportunidades reales que tiene Bryan de vencer a McKinley. Toman *bourbon* y comen sándwiches de jamón y queso.

—A ver, quiero escuchar algunas ideas.

—Bryan era un "mamaleche" mientras Big Mac combatía a los malvados rebeldes, ¿no es así, jefe? —afirma Bierce, el gran maestro de la sátira política.

—Sí, eso dicen —confirma Creelman por su parte.

—Norteamérica sería un lugar más interesante si los rebeldes sureños hubieran ganado en la Guerra Civil. ¿Se imaginan tener que usar pasaportes para poder atravesar el Mississipi? —reflexiona repentinamente Bierce, hundido en el sillón de Hearst. Había llegado primero y no hizo el más mínimo esfuerzo por desocupar el lugar del jefe cuando este último entró en su propia oficina.

—Pero el *bourbon* sería un artículo de importación —observó Creelman mientras brindaba con su vaso.

—Bueno, bueno... al punto y sin divagar; y tú, Bierce, ya estás borracho.

—Para eso me paga, jefe —aclara Bierce mientras se estira—. Me paga para ser chistoso y cuando estoy ebrio soy aún más chistoso. Acuérdense que soy el mordaz satírico urbano de América. Mi deber es burlarme de todo, con clase, desde luego. Un humor que sea la pesadilla de los solemnes y ridículos políticos e intelectuales que padecemos en este país. Uno capaz de ubicarse en el centro

de nuestras pesadillas y lograr que podamos reírnos de nuestras desgracias.

—Creelman, dime tu opinión de Bryan —cuestionó Hearst con aire resignado.

—Yo también estoy ebrio —se apresuró Creelman en aclarar.

—Cuando Bierce está sobrio es como si estuviera más borracho que tú en tus peores guarapetas —espeta Hearst mientras devora un sándwich.

—Pues jefe, verá, Bryan no tiene dinero. Se ha enemistado con los hombres ricos, y quien representa y es amigo del dinero, pues obviamente es quien recibe el dinero. Ese hombre es McKinley. Por otra parte, y como observó el gobernador Roosevelt, Hanna vende a McKinley como si fuera jabón. ¿Saben que hizo el cínico de Hanna cuando se enteró de este comentario de Roosevelt? ¡Empezó a regalar jabones con la efigie de McKinley en la cubierta! Hanna ha exprimido a Morgan, a Carnegie y a muchos más asustándolos con el fantasma de Bryan, el populista radical. Dicen que la campaña republicana costará cerca de siete millones de dólares. Hanna ha llenado cubetas y cubetas, vamos, barriles enteros de oro para su candidato.

—Cubetas no, Jim, platos para la cena; lo que llenan los republicanos según su propaganda son platos para la cena —corrigió Bierce mientras se despabilaba—, ¡apréndetelo! Y de todo ese dinero habría que ver con cuánto se quedó el honesto Mark Hanna. Conociendo al *Tiburón*, no creo que haya sido poco. ¡Vaya negocio! Deberíamos nombrar a Hanna empresario del año. Recibe millones sin tener que dar un bien o servicio tangible a cambio; vamos, ni siquiera da recibos, y los utiliza sin más criterios que los dictados por su fino arbitrio. Un negocio sin absolutamente ningún riesgo, sin auditorías, sin controles, sin tener que buscar la aprobación de socios o el escrutinio exigente de una mesa directiva, sin pagar un centavo de impuestos y sin prácticamente ninguno de los inconvenientes que deben afrontar empresarios comunes y corrientes. ¡Vaya industria redonda y exquisita ésta de las campañas!

—Ése es bueno, Bierce; tienes razón: borracho eres más chistoso. Ponte a hacer un reportaje sobre el asunto; podría llamarse "El negocio redondo del rubicundo Mark Hanna" —exclamó Hearst entusiasmado.

—Mejor titulémoslo así: "La elección presidencial de 1896 ya tiene un ganador: Mark Hanna". Empezaría diciendo: "A pocos días de celebrarse, la que podría ser la elección más peleada de nuestra historia ya tiene un claro ganador: Mark Hanna" —añadió Bierce.

—Pero sigue Jim. ¿Cómo ves las cosas?

—McKinley tiene seguro el noreste: Nueva York, Pennsylvania, Nueva Inglaterra. El único estado de la región en donde los demócratas pueden ganar es Nueva Jersey, que les ha votado ya en varias elecciones presidenciales consecutivas. Por eso los republicanos están concentrando sus recursos ahí. Por otra parte, los republicanos están unidos como nunca. Hanna manejó la convención de manera brillante y ha desarrollado una astuta campaña que yo llamaría "de miedo", aprovechando a su favor, paradójicamente, la gran arma de Bryan: su encendida retórica.

—Y así la gente más que votar por Mac el bueno, vota contra el demonio Bryan —concluyó Bierce mientras trataba de encender con torpeza un puro de su patrón.

—Otro buen punto, ¿ya ves cómo sólo es cosa de calentarte los sesos, amiguito? —dijo Hearst, a la vez que observaba con alarma la impericia de Bierce con el puro.

—Por último, están los inmigrantes, tradicionalmente electores que se inclinan por los demócratas. El discurso de Bryan es demasiado "nativista"; de hecho, tiene tintes xenófobos, cosa que ha resultado un arma de dos filos: reafirma a los sureños y a los granjeros su, digamos, "voto duro", pero asusta a los inmigrantes, quienes sufragarán en masa por los republicanos. Eso será decisivo. Bryan ha cometido el error de seguir cortejando el voto ya ganado en vez de moderarse y tratar de arrebatar votos a los republicanos en el este.

—Es un error recurrente de los líderes mesiánicos: olvidan cortejar al centro —comentó Bierce mientras Jim Creelman pausaba

su explicación para dar un buen trago al *bourbon* que estaba en una garrafa frente al escritorio de Hearst; siguió—: Porque Bryan, por su lado, sólo tiene seguros los estados agrícolas del medio oeste, las praderas y el sólido sur. ¡Con eso no se ganan las elecciones! Ha descuidado el este, incluso la vital Nueva Jersey. Es cierto que también tiene en la bolsa a los partidarios de la plata, que por cierto son cada vez menos; a los populistas, a los radicales y a toda esa extraña fauna. En contra adolece de una grave escases de recursos que ya lo tiene ahogado.

—Se calcula que no ha gastado más de trescientos mil dólares en total —rumió Hearst.

—Y también tiene como herencia maldita la imagen de incompetencia y mal manejo de la economía que deja la actual administración demócrata del presidente Cleveland. Por eso, jefe, como conclusión digo: buen esfuerzo, Bryan, pero McKinley será el próximo presidente de Estados Unidos.

—El demócrata tiene algo más, Jim, lo más importante, su principal capital: se tiene a sí mismo, tiene a William Jennings Bryan, el candidato que más interés y pasiones ha despertado desde Lincoln —dice Hearst mientras señala al techo con el dedo índice.

—Bueno, eso es un voto seguro —externa Brice, soñoliento.

—No, Bierce, me refiero a que tiene su carisma, su oratoria, su pasión, su incansable actividad, su compromiso…

—Su cursilería… ¿De verdad es necesaria tanta cursilería? Supongo que funciona. Bueno, jefe, sí, está bien, no se enoje, coincido con que tenerse a sí mismo es la principal fortaleza de William Jennings Bryan —reconocía Bierce mientras aprovechaba para servirse el poco *bourbon* que quedaba en la garrafa—. A ver, digámoslo claro y directo: la mente popular es incapaz de mostrar escepticismo y esa incapacidad la entrega inerme a los engaños de los estafadores, al fraude de las religiones y al frenesí de los jefes inspirados por visiones de un destino supremo. Y esta necesidad de creer en un mesías hace que la gente muchas veces perdone la falta de solidez en las ideas y las propuestas. Haga lo que haga, diga lo que diga, al líder mesiánico sus seguidores nada le cuestionan porque

lo consideran infalible. Toda aberración se justifica, toda ocurrencia es racionalizada, porque lo importante es la prédica amorosa de salvación del mundo, no las políticas públicas.

Y tras levantarse de su asiento, el gran satírico remató:

—¿A quién le interesa cómo hacer crecer la economía o enfrentar con realismo los retos del mundo actual? Lo importante es personificar la esperanza y señalar al mal con una narrativa de denuncia a los grandes capitalistas ladrones. Así, la prédica se convierte en una fábrica de ocurrencias. El líder promete y promete, pontifica, denuncia al mal con dedo flamígero. No importa que sus invocaciones mesiánicas nos conduzcan a ninguna parte, él hará de América, a base de fuerza de voluntad y buen ejemplo, una "arcadia feliz" donde no exista más la desigualdad ni las carestías.

Finalmente, alzando el dedo índice concluyó con tono dramático:

—El perpetuo sermón es esencia y norte de la política de Bryan, signo de la superioridad moral del pueblo indefinido e indefinible al cual, a un tiempo, adula y dice representar. Al final, me temo que en algún momento del siglo xx estos personajes redentores terminarán convirtiéndose en los peores dictadores.

—Sin embargo, se cometería un error si, simplemente, nos limitáramos a enumerar defectos de Bryan como líder mesiánico sin entender las causas de su ascenso. De los populistas es menester entender que no vienen de la nada. Son la respuesta, quizá desesperada, de los millones marginados y olvidados, y la voz de protesta de buena parte de eso que algunos llaman la "América profunda". Lo que a él le importa es resarcir a las mayorías, y no podemos negar que tiene razón. Por eso es tan importante entender a estos "tribunos del pueblo" como lo que en realidad son. La tarea demanda comprender las causas económicas, sociales y culturales que hacen que la gente vote por estos "iluminados" y procurar un nuevo lenguaje que atraiga al elector en contenido y emociones para contrarrestarlos —entenció Creelman como su respuesta a las reflexiones de Bierce, en tanto que al jefe Hearst le empezaba a ganar el sueño.

INMUNDICIA

París, Francia, 1895-1896

Decidido a descubrir para *Le Phare de l'Occident* y para el mundo los entresijos de la supuesta Gran Conspiración judeo-masónico-anarquista, procedí a empaparme de la pedestre literatura dedicada a tan absurdo tema. Abundaban, desde luego, pasquines, folletos, ensayos, libelos, libros y novelas antisemitas y antimasónicas que advertían sobre tan horrendo complot en las más variadas, pintorescas y perniciosas versiones. No sólo era la prensa fanatizada de la época, por mis manos pasaron las "obras maestras" del género, la mayoría de las cuales me las hizo llegar Maurice, quien poseía de tales bodrios una considerable colección.

En Francia el mito de la conspiración judeo-masónica se fortaleció con la Revolución, el fin del antiguo régimen y los avances de la odiada modernidad. El primer texto significativo empeñado en desvelar tan tremenda maquinación fue escrito por el abate Barruel en 1797. Interpretaba el buen religioso a la Revolución francesa como fruto de las maniobras de una misteriosa sociedad secreta cuyos orígenes se remontaban a la Orden de los Templarios y se entretejía, a lo largo de los siglos, con los masones, los *illuminati* y los enciclopedistas. Años más tarde, el abate afinaría la trama con los judíos como los verdaderos directores del complot universal. Y de ahí, una catarata de tonterías. Más alucinante, si cabe, es el trabajo de Henri Roger Gougenot des Mousseaux, *El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos.* El autor era un caballero de la corte de Carlos X, católico muy tradicionalista y perfecto antili-

beral, acérrimo partidario de la rama más antigua de los Borbón, que se dedicó a viajar para, según él, aprender y estudiar "a fondo" las prácticas sobrenaturales y diabólicas de la francmasonería y a las sociedades secretas, así como la historia de la magia y el esoterismo, y su relación con el judaísmo, "ese enemigo secular de los pueblos cristianos". Su libro es un compendio de disparates sobre el fariseísmo, los rabinos, el Talmud, "el asesinato talmúdico", las sectas, la estrategia y los medios de dominación mundial, el Anticristo y la cábala. No es fácil de conseguir, pero el bellaco Édouard Drumont en mucho se inspiró en él para escribir su propio panfleto antisemita: *La Francia judía.*

Otras sandeces increíbles, pero populares, son el libelo *La conquista del mundo por los judíos*, de un charlatán apodado Osman Bey, y el *Catecismo antisemita,* del alemán Theodor Fritsch. La del abate Chabauty, un alucine titulado *Masones y judíos: la sexta edad de la Iglesia después del apocalipsis*, dice que Satanás, a través de la conspiración judeo-masónica, estaba preparando la llegada del Anticristo judío y el dominio del mundo por los hebreos.

También me embutí *Biarritz,* novela del prusiano Hermann Goedsche, a quien se le ocurriría una versión aún más truculenta de la conspiración. Goedsche era un furibundo antisemita, oscuro periodista y mediocre escritor, quien bajo el pseudónimo de John Retcliffe perpetró algunas novelillas en las que criticaba acremente al Imperio británico. Curioso, su apodo era muy inglés, pero despotricaba como pocos contra la "pérfida Albión". En su novela *Biarritz,* este loco se imagina un cenáculo en el cementerio judío de Praga entre los supuestos doce jefes de las tribus de Israel —más un representante de "los desgraciados y los exiliados"— y el Anticristo. Sí, ni más ni menos, ¡el Anticristo! En la junta los partícipes hacen un recuento de la decadencia del mundo moderno y su inminente caída en las garras de los judíos. Al final, uno de los jefes pronuncia un siniestro discurso en el que perfila los planes de dominio mundial.

> Al cabo de siglos de opresión y de combates, Israel vuelve a surgir gracias al oro que ha caído en sus manos. Ahora los ju-

> díos pueden contemplar un futuro, no muy distante, en que toda la Tierra les pertenecerá... Por medio del control las bolsas de valores, los judíos han logrado que todos los príncipes y los gobiernos de Europa estén endeudados con ellos, de modo que pueden controlarlos... Por medio de la división de los latifundios y las tierras más feraces caerán irremediablemente en manos judías y los campesinos serán sus esclavos...

¡Increíble estupidez! Pero aún más insólito es que esta pieza oratoria ha sido difundida por separado por Rusia y el centro y este de Europa como si fuese un documento real bajo el título *El discurso del rabino,* y se han incitado algunos pogromos con él.

El infumable presbítero Della Giovanna también colaboró con "valiosas" aportaciones a esta especie de "biblioteca del absurdo" de Maurice al entregarnos varios ejemplares de la publicación jesuita *La Civiltá Cattolica,* la cual despotricaba un ejemplar sí y otro también contra la francmasonería y la describía como instrumento de una conspiración mundial judía. Y es que Su Santidad el papa León XIII era apasionado antimasón, quizás el más radical de todos, y además estaba convencido de que pronto sería objeto de un atentado anarquista maquinado por judíos y masones. Por eso tenía a Della Giovanna como uno de sus "agentes especiales" para seguir las pistas del caso. Claro, la Iglesia católica ha condenado de manera constante a los masones desde que el papa Clemente XII lanzó, en 1738, la primera encíclica en contra de la masonería. Pío IX la responsabilizó de la unidad italiana y destacó que todos sus grandes dirigentes eran masones: Mazzini, Garibaldi (que desempeñó por breve tiempo el cargo de Gran Maestre), Depretis, Zenardelli y Crispi. Por su parte, las legislaciones aprobadas en el reino de Italia sobre limitaciones a los bienes eclesiásticos, a la *Propaganda Fide,* a la abolición de la enseñanza religiosa y al fin de las facultades teológicas en las universidades del Estado abonaron mucho al incremento en la animadversión del Vaticano ante el Estado laico italiano.

Pero ha sido León XIII quien más ha denunciado a la masonería como la peor cosa que hay en el mundo. La encíclica *Humanum*

genus de 1884 califica a esta secta secreta como "infernal" y advierte a los príncipes y a los pueblos para que no se dejen engañar por sus astucias y tramas insidiosas.

> La masonería es funesta, no sólo para la Iglesia, sino también para el Estado, en cuanto que es una secta secreta que intenta apoderarse de los Estados para reunirlos todos en un poder supranacional y mundial, que esté sometido a los principios del infierno. Por tanto, los Estados deben luchar contra ella, si no quieren convertirse en esclavos suyos y, con ella, esclavos de Satanás.

También se culpaba a la masonería de ser un "reflejo de la reforma protestante, pilar del naturalismo y del panteísmo, impulsora de una vuelta al paganismo y la impiedad, inspirada en el satanismo y en connivencia con las corrientes comunistas y socialistas". En suma, el Mal, con mayúscula.

El papa León odia en particular al masón Francesco Crispi, quien hizo erigir una estatua de Giordano Bruno en el Campo dei Fiori, en Roma. Su Santidad tomó el asunto como un insulto personal e incluso pensó, seriamente, abandonar la ciudad. Al final el papa se quedó, pero impulsó la celebración del Congreso Antimasónico de Trento en 1896. El encuentro arrojó como conclusiones que la masonería es una secta satánica cuyo objetivo es lograr:

> La destrucción universal en el orden físico, intelectual y moral, y en lo político apoderarse de todos los gobiernos para hacer de ellos ciegos instrumentos de su acción perversa... Trata también de sembrar por doquiera la rebelión... Es la conspiración habilidosamente organizada y disciplinada contra Jesucristo y la Iglesia, y consiguientemente contra el mismo Dios y contra todo lo que significa orden y respeto a alguna autoridad y reconocimiento de algún deber que cumplir y de un freno a nuestras pasiones.

Sin embargo, durante ese congreso poco se habló de la supuesta conexión hebrea, algo raro si se considera la obsesión que al respecto existía entre los ultramontanos. Eso sí, no faltó quiénes recordaran, entre ellos nuestro amigo Della Giovanna, que varios de los pro-

motores del anarquismo fueron o son masones, como es el caso de Bakunin, Kropotkin y Proudhon; que en la Primera Internacional y la Comuna de París también abundaron los masones y, por "lógica deducción", el comunismo y el movimiento anarquista son construcciones masónicas.

La sal y pimienta del Congreso de Trento fue el famoso charlatán y estafador Leo Taxil, un sujeto expulsado de la masonería en 1885 por ser un embaucador recurrente. Este tipo decidió entonces iniciar un lucrativo negocio con la publicación de libros antimasónicos. En tales "obras" afirmaba disparates como que en las logias se practicaban misas negras donde se profanaban hostias. Taxil sostenía que la masonería "es la escoria de la raza humana, una cloaca de inmundicia, una vergonzosa plaga, tenebrosa, reptante y escondida por los más infames vicios". Le atribuía a la masonería crímenes y hechos deleznables, afirmaba que todos los viernes, a las tres de la tarde, el jefe de la masonería conversaba y planeaba la acción diabólica con el propio Belcebú. Escribió Taxil:

> Lucifer posee en el templo de Charleston (Estados Unidos) un santuario con un verdadero altar, en el cual figura en forma humana. Este altar es de una riqueza inaudita. Lucifer, con las alas desplegadas, está representado de pie y completamente desnudo. Parece descender del cielo y en la mano derecha levanta una antorcha, mientras con la izquierda derrama frutas que salen de un cuerno de la abundancia. La estatua es de oro macizo y descansa únicamente en el pie derecho, hollando un monstruo de tres cabezas; una con diadema real, otra con una tiara pontificia y la tercera tiene en la boca una espada y simboliza el ejército y el poder militar... Se manifiesta Lucifer en figura humana una vez a la semana en Charleston. Aparece en forma de un hermoso joven de treinta años, sin vestido alguno. Esto va precedido de un fenómeno, desde luego, satánico. Los muros del *sanctus regnum* despiden llamas y se oyen siete golpes sordos, parece que el suelo se abre profundamente. Un soplo cálido e impetuoso quema el rostro de los adoradores del demonio durante un segundo apenas; se produce un calor intenso y Lucifer aparece entonces de pie.

León XIII le tomó gran cariñó al felón Taxil y lo alentaba en su combate contra el Mal, hasta que en 1897 este personaje reconoció que todas sus afirmaciones eran mentira. Muchos ya ponían en duda las osadas afirmaciones del charlatán y antes de descubrirse la verdad Taxil decidió reconocerla públicamente en una bulliciosa conferencia celebrada en la Sociedad Geográfica de París frente a un nutrido público, donde puso punto final a sus ficciones explicando, con descaro, los detalles de la "broma". Confesó que sus revelaciones sobre los masones eran ficticias, pero con sublime cinismo agradeció al clero por su contribución en el éxito de la farsa al otorgarle propaganda y fondos para sus publicaciones. Ese día la policía debió intervenir para impedir un linchamiento.

Total, mucha literatura fantástica sobre la supuesta relación entre el judaísmo y la masonería, pero en realidad no existen hechos objetivos convincentes que expliquen o aporten pruebas reales de una conexión genuina entre ambas doctrinas. Sólo hay especulaciones, demonología, rumores y tonterías. De hecho, por lo que sé de mis relaciones con los masones, éstos son, en su mayoría, hostiles a los judíos y son muchas las logias renuentes a aceptarlos. "En la historia de la masonería no ha habido ni hay judíos que hayan tenido un papel preponderante", me dijo alguna vez, indignado, un muy distinguido masón. ¡Ah! Pero la ausencia de pruebas objetivas nada importa a la fanaticada. Quizá nunca se había extendido tanto la credulidad humana que con tan grotesca mixtificación, y el que recibiera tanto crédito es, sin duda, una triste medida del grado de denigración al que pueden someterse el alma y el intelecto de los hombres.

* * *

"Literatura barata, mendaz, irrisoria". Se lo dije, de plano, a Maurice.

—¡Viejo, todo esto es basura! Patrañas dedicadas a fomentar la credulidad, el prejuicio y la superstición del pueblo ignaro. Obvio, tiene su intencionalidad política. Se entiende que toda propaganda debe ser popular, adaptar su nivel al menos inteligente de los

individuos a los que va dirigida. Cuanto más grande sea la masa a convencer, más pequeño ha de ser el esfuerzo mental a realizar. La capacidad receptiva de las masas es limitada y su comprensión escasa. Además, tiene gran facilidad para olvidar. Pero nosotros, además de divulgar estas cosas, debemos ser más inteligentes, más interesantes. Fijar la atención en los verdaderos protagonistas del poder judeo-masónico, sus estrategias globales de largo plazo, sus alianzas. ¿Has leído *Coningsby?*

Se trata de una novela del gran estadista británico Benjamin Disraeli, primer gobernante de una potencia occidental de origen judío y, por lo tanto, sospechosísimo a los ojos de los divulgadores del mito conspirativo. En realidad, *Coningsby* es una sátira en la que el autor se burlaba del mundo político de su país. Describía a "conservadores que no quieren conservar nada y liberales que odian la libertad"; en fin, el libro posee un tono de sarcasmo punzante. Pero los propagandistas del odio leyeron todo literalmente y encontraron en él una valiosa fuente de justificación de sus paranoias, cosa que yo buscaba ahora aprovechar con el buen Maurice. En general no me gustan los políticos, pero confieso que siempre he admirado la figura de Disraeli por su solidez intelectual, carácter cosmopolita y sentido del humor. Era cortés, ingenioso, mortalmente irónico y mundano con una pizca de cinismo. Escribió varias novelas en clave satírica para recaudar dinero y aplacar a sus acreedores. Fueron muy exitosas en su momento, aunque difícilmente llegarán a ser consideradas como cumbres de la literatura universal. Tampoco bastaron para pagar las deudas, así que *Dizzy* (como lo apodaron los británicos) terminó por casarse con una viuda rica para aliviar su situación financiera.

—Sí, hombre, ¡ por supuesto! —farfulló Maurice como si le hubiese preguntado si sabía las letras del abecedario —. Todo el mundo sabe aquella famosa frase de la novela… aquella… tú sabes… la que asegura que el mundo está gobernado por personajes muy distintos a los que se imaginan aquellos que no están detrás del telón. ¡Es multicitada, Bruno, por favor, no me creas tan bruto!

—Cierto, Maurice, ésa es la cita conocida, pero tanto de la novela *Coningsby* como de varios textos de Disraeli hay que saber leer entre líneas. Para el lector inteligente ahí hay algunas claves sobre cómo los judíos y las sectas secretas manipulan el poder con planes globales, sin entrar en demonismos y supercherías —le aclaré a mi mecenas—. En *Coningsby,* Benjamin Disraeli esboza la aparición de una nueva clase dominante con formación en la industrialización a gran escala y comienza a crear su propia imagen de los judíos como un grupo puro y excepcional. El punto de mayor relevancia en el libro, en relación con los israelitas y a propósito de develar la "secreta dominación judía del mundo", se da cuando el autor describe a los hebreos como, posiblemente, la única raza "no mixta", dentro de las "clases dominantes urbanas", capaz de haber sobrevivido por siglos a persecuciones, exilios y masacres. Y esta teoría, de corte racista al pregonar una suerte de "superioridad" de un grupo humano sobre otros, permite dar el siguiente paso y desarrollar una teorización acerca de cómo el judaísmo es capaz de controlar gran parte de los asuntos políticos en Europa.

—Sí, habrá que escribir de eso, supongo —expresó Maurice con displicencia. Su recientemente adquirida afición al láudano era cada vez más notoria.

—Disraeli afirma que en la actualidad, a pesar de siglos de persecuciones y degradación, la mente judía ejerce una vasta influencia en los asuntos de Europa, por eso no existe movimiento intelectual en el continente donde los judíos no participen.

Maurice no abandonaba su actitud apática. Yo continué con mi argumento:

—El intelecto hebreo es para Disraeli el gran árbitro de Europa.

—Pues sí, algo parecido dicen Drumont y tantos más por ahí. ¿Sabes?, ¡ya me dio hambre! Vamos al *bistró* de la esquina —y se levantó de súbito para ponerse una chaqueta y prepararse a salir.

—Pero los antisemitas de pasquín siempre terminan por contaminarlo todo con su demonismo y supercherías metafísicas. Nosotros debemos desentrañar la geopolítica que está detrás de todo es-

to. Ésa será nuestra aportación… Está bien, vayamos a comer, pero tú pagas porque ando seco.

—¿Geopolítica?

—¡Sí, Maurice! De eso se habla mucho en la Universidad de Frankfurt! —yo ya no sabía qué inventar—. Es claro que la conspiración pasa por la Gran Bretaña. Aquí está en juego el dominio mundial. Inglaterra es una potencia en lento declive y sus competidores, Alemania y Rusia, cada vez lo retan con mayor osadía. Si un mérito tiene ese mediocrillo de Goedsche es que en sus escritos prefiguran el interés de Londres, capital de la masonería, por alentar esta gran conspiración para debilitar a sus contrincantes europeos. Quiere frenar a Alemania, aniquilar lo que queda de Francia, vencer el reto que el Imperio ruso le representa en Asia. ¡Hay que hurgar por ahí!

—¡Geopolítica!, ¡guau! —alcanzó a rumiar Maurice mientras se empujaba un generoso trago de cognac antes de salir conmigo a la calle.

* * *

¡A echar a andar la imaginación! Éstos son algunos textos que aparecieron en *Le Phare de l'Occident* con la firma de Maurice Vignancour durante 1895 (escritos por su amanuense griega, Irene Mylonakis):

> Ha habido un esfuerzo concertado en secreto contra el proyecto de la República que incluye los atentados dinamiteros anarquistas y el asesinato del presidente Sadi Carnot. La policía sospecha de una organización estructurada y jerárquica, pero hasta la fecha no ha logrado obtener nada porque los anarquistas, aparentemente, no trabajan bajo una pauta bien organizada. Se trata de una nebulosa de pequeños grupos efímeros con un número limitado de militantes dispuestos a todo. Son células que, mediante una estructura muy bien elaborada y secreta, obedecen a un mando superior internacional capaz de planificar y coordinar, a largo plazo, una serie de acciones desestabilizadoras. Es una especie de pulpo grande y poderoso.

Evidentemente, la lógica del pensamiento anarquista no tendría nada que ver con el tipo de organización centralizada, la esencia misma de la filosofía anarquista es la antítesis de ello. Por esa razón, vale la pena preguntarse cómo puede, entonces, haber un complot. La respuesta sería: ¡Imposible!, en la medida en que un movimiento tan aparentemente difuso no lo permite, pero los anarquistas están más estructurados de lo que se ha dicho hasta ahora. Se trata de una técnica de organización mínima donde los militantes se coordinan de manera que sólo conocen a su líder inmediato superior y así se va formando una compleja pero muy eficaz red. De no existir esta organización secreta compleja pero bien constituida, ¿cómo hubiese sido posible que Caserio, un anarquista italiano que casi no podía hablar francés, asesinara a puñaladas, él solo, al presidente de la República? Detrás el magnicidio sólo puede haber un plan perfectamente planificado y ejecutado.

Sería ingenuo ignorar el interés británico en provocar, a como dé lugar, una nueva guerra entre Francia y Alemania que debilite a ambas naciones. Tampoco es posible cegarse al deseo británico de echar a Rusia del centro de Asia.

Disraeli, el judío imperialista, inspiró toda su política en la idea de que Inglaterra debería ser la potencia dominante en el mundo, una especie de "nuevo Imperio romano" que ampliara constantemente sus colonias, se apoderase de los continentes bárbaros y los "britanizara", reinase en todos los mercados, decidiera con el peso de su espada los temas de la paz y la guerra, impusiera por doquier sus instituciones, su lengua y sus costumbres.

Hoy se produce una insurrección contra la tradición y la aristocracia, contra la religión y la propiedad. Estos principios destructores son proclamados por las sociedades secretas, y los hombres de raza judía se encuentran a la cabeza de cada una de ellas.

Somos testigos de grandes paradojas. El llamado "pueblo elegido de Dios" coopera con los ateos; los acumuladores de propiedad más hábiles se alían con los comunistas; la raza peculiar y elegida toca la mano de todas las escorias y castas bajas de Europa. Y todo esto porque desean destruir a la "ingrata" cristiandad que, según presumen, les debe incluso su nombre, y cuya tiranía ya no pueden soportar.

LA BATALLA DE ADUA

Marzo de 1896

De Etiopía se tienen noticias desde las épocas bíblicas. Los antiguos griegos les dieron el nombre de *caras quemadas* a los habitantes de las regiones al sur de Egipto, y es precisamente del griego que se deriva el nombre de Etiopía...

El cristianismo arribó a Etiopía en la cuarta centuria de nuestra era y fue adoptado con singular fervor. Una exquisita, sofisticada e interesante cultura se desarrolló en Etiopía, misma que produjo tesoros invaluables como las célebres Biblias espléndidamente ilustradas y escritas en la antigua lengua de *ge'ez*, el único idioma escrito del África nativa. Con el tiempo, la agresiva irrupción del islam obligó a los etíopes a encerarse en sus aisladas tierras montañosas del centro, donde han preservado su cultura por mil doscientos años...

En 1868 el mundo moderno ingresó a este reino indómito y enclaustrado en la forma de cinco mil tropas inglesas e indias que atacaron el reino con el propósito de castigar al emperador (negus) Teodoro II por haber detenido, castrado y esclavizado o asesinado a un buen número de misioneros y enviados europeos. El *Loco Rey Teodoro*, como lo empezó a llamar la prensa de nuestro país se suicidó tras haber sido traicionado por su propia corte luego de una derrota militar que su ejército sufrió frente a la abrumadora superioridad técnica del Imperio británico. Sin embargo, las tropas de su majestad se retiraron al poco tiempo, dejando un vacío de poder que dio lugar a una sangrienta guerra civil entre miembros de la nobleza terrateniente de este reino semifeudal...

Tras cuatro años de lucha, la victoria fue para el Rais de la región de Tigre, quien se convirtió en el negus Juan IV. Pero el imperio ya no era el mismo. Las presiones externas eran vehementes e inflexibles. Durante la década de 1870, los etíopes repelieron numerosos ataques procedentes de Egipto y patrocinados por Ismael Pasha. Etiopía logó mantener su libertad, pero perdió el control del puerto de Massawa, prácticamente el único acceso con el país al resto del mundo. El clímax de la campaña egipcia se alcanzó en marzo de 1876, cuando un ejército de veinte mil soldados egipcios bien equipados y apoyados por mercenarios europeos fue derrotado por las fuerzas del negus...

En 1885, Massawa fue ocupada por Italia. El reino de los Saboya añoraba iniciar un imperio colonial que rivalizara con el británico y el francés. Muy pronto toda la zona costera de Eritrea fue ocupada por los italianos, cuyas aspiraciones coloniales se dilataron bajo el gobierno de Francesco Crispi, un ex garibaldiano obsesionado en consolidar la unidad italiana mediante la política de emprender aventuras militares. Los etíopes consideraron las ambiciones italianas insoportables y el negus mandó iniciar una guerra de resistencia para impedir el sometimiento de su reino...

Los italianos iniciaron una guerra de desgaste que duró toda una década. En ocasiones, la lucha tuvo facetas tragicómicas, como cuando durante el curso de una batalla los etíopes huyeron despavoridos ante la súbita aparición de unos globos aerostáticos que habían sido soltados por los italianos. Parecida reacción tuvieron los africanos en el transcurso de una lucha nocturna ante la novedad de ver repentinamente encendidos unos enormes faros de luz eléctrica. Mucho más trágica fue la matanza —en 1887— de una columna completa de soldados italianos que fue emboscada por los etíopes en un paso estrecho de las montañas. Este incidente fue bautizado como la "masacre de Dogali" en Italia y fue utilizada por los sectores más belicosos para incitar una gran venganza nacional, algo así como un Álamo africano...

El emperador Juan murió en una batalla con las fuerzas sudanesas del autoproclamado *mahdi*, Mohammed Ahmed (el asesino de Charles Gordon en Jartum), que pre-

> tendía iniciar un gran imperio musulmán. La lid entre etíopes y los ejércitos del *mahdi* tuvo más de batalla medieval que de guerra moderna. Para suceder al malogrado Juan fue designado negus el rais Menelik. Coronado como Menelik II (el primero había sido el mítico hijo del rey Salomón y la reina de Saba), el nuevo negus es inteligente, cruel y ambicioso, características indispensables para quien quiera sobrevivir, ya no digamos destacar, en el rudo ambiente político-feudal etíope. Menelik, en contraste con su demasiado tradicionalista antecesor, mucho se interesó por la tecnología occidental. Entendía que sólo la unidad nacional y la fuerza militar podrían mantener la independencia del imperio. Decidió adquirir armas y las buscó en Francia, que a la sazón rivalizaba con Italia. Los franceses abastecieron a Etiopía con armas y municiones que desembarcaban en el puerto de Djibouti y eran transportadas en portentosas caravanas a la nueva capital de Etiopía, Addis Abeba.

Más tarde, incluso los italianos proporcionaron parte del arsenal con el que se armó Menelik. Con el gobierno menos camorrista del liberal Giolitti, Roma cambió por un tiempo de estrategia. Ahora pretendía ganarse a Menelik por las vías diplomáticas. Los italianos pensaban que, halagándolo, el negus rendiría su soberanía. En mayo de 1889, Menelik firmó el tratado de Wichale (o Uccialli, según la versión italiana), en virtud de la cual Etiopía cedía a Italia parte de la provincia de Tigre. Pero el tratado llevaba una trampa, una argucia, por cierto, típica de las naciones europeas en su trato con naciones "poco civilizadas": se firmó en dos transcripciones, una escrita en *amharic* (la ancestral lengua etíope) y la otra en italiano. En el texto africano decía que el negus "podría optar" por presentar una solicitud al gobierno italiano para que se encargara de sus relaciones internacionales, pero en la traducción italiana se leía claramente que las relaciones internacionales del reino eran responsabilidad del gobierno italiano, sin necesidad de mediar solicitud alguna...

Ofuscado al enterarse del ardid, Menelik desconoció el tratado, aceleró su política de unificar a todas las regiones del país bajo su mando y se sintió en posición de retar a Italia. Por su parte, los italianos no se arredraron. Con Crispi de nuevo en el poder tenían la intención de concretar, ahora sí, sus sueños imperiales. El gobernador de Eritrea, el también ex garibaldiano general Oreste Baratieri (militar pomposo y fatuo como pocos) invadió la región de Tigre y se apoderó de las plazas de Adigrat, Adua y Makalle. Volvió a Italia convertido en un héroe. El parlamento le dedicó una larga ovación de pie. Se sentía como un emperador romano en triunfo, engalanado en su vistoso uniforme. "Regresaré a Roma con Menelik encerrado en una jaula, como hizo César con Vercingetorix", declaró con jactancia antes de volver a Eritrea…

Pero el negus se había preparado bien. Mientras los políticos en Roma alababan a Baratieri, Menelik reunió un ejército de casi doscientos mil hombres de los cuales más de la mitad estaban armados con rifles modernos. Baratieri tenía a su mando sólo veinticinco mil hombres, contando, además de las tropas élite, a los conscriptos y a las tropas nativas de askari eritreos.

Baratieri entendía que la fuerza enemiga era muy superior en número, pero subestimó seriamente la capacidad militar del enemigo mientras sobrevaluaba la genialidad de su plan militar. El gran problema de los italianos era su pésima inteligencia militar. Jamás tuvieron información confiable del tamaño del enemigo, su fuerza y su armamento. Para colmo, ni siquiera contaban con mapas bien elaborados, lo que los llevó a cometer errores trágicos. Apenas en diciembre de 1895 se dieron cuenta de la verdadera dimensión del ejército etíope, cuando mil trescientos askaris, bajo el comando del mayor Pietro Toselli, fueron aniquilados por treinta mil etíopes en un paso estrecho de las montañas. Días después de esta debacle, el negus comenzó un sitio a la guarnición militar italiana de Makalle…

Furioso por lo que consideraba un insulto al honor militar del reino y, sobre todo, preocupado por su futuro político, puesto en tela de juicio por la oposición tras estos traspiés en Etiopía, Crispi se negó a entablar negociaciones con el negus. Por el contrario, mandó refuerzos a Massawa y añadió veinte millones de liras al presupuesto del ejército. Mientras tanto, Bartieri esperaba confiado. Seguía considerando a los etíopes co-

mo "una horda indisciplinada y salvaje" que no era reto para la tecnología superior de su ejército. Suponía a los etíopes mal mandados y mal armados, y su plan era incitarlos a que atacaran frontalmente a las poderosas posiciones defensivas que había preparado en el terreno, concretamente en Adigrat. Pero el enemigo no cayó en la trampa. Al contrario, en vez del ataque frontal que esperaba Bartieri, el negus empezó a urdir un rodeo de las posiciones italianas con el propósito de cortarles sus vías de suministros. Con ese objetivo atacó y tomó Adua de manera sorpresiva. Los italianos se vieron forzados a enviar veinte mil soldados y cincuenta y seis piezas de artillería para bloquear el avance desde Adua a nuevas posiciones italianas. Los dos ejércitos mantuvieron sus nuevas posiciones y se dio un impasse que duró todo el mes de febrero de 1896.

Los abastecimientos empezaron a escasear en ambos campos. El negus reconocía que debería atacar o retirarse ante la preocupante falta de alimentos para sus tropas, pero en el campo italiano las cosas no eran mejores. Baratieri calculaba que no podría estar más allá del 2 de marzo soportando sus posiciones defensivas sin reaprovisionarse. Pero aquí entró el factor político. Crispi estaba desesperado. La presión en Roma tanto del ansioso rey Humberto como de la oposición era ya intolerable. Urgía una victoria con qué saciar la sed de gloria del rey y de la opinión pública. Telegrafió a Bartieri demandándole acción inmediata, so pena de destituirlo bajo la acusación de incompetencia y cobardía. En consejo de guerra, los comandantes de la fuerza expedicionaria italiana decidieron atacar Adua. Era la tarde del 29 de febrero de 1896.

Baratieri planeó avanzar en la noche al grueso de su ejército y ocupar posiciones en las montañas que circundaban las fuerzas etíopes en Adua y esperar el ataque enemigo desde una invulnerable situación defensiva. Pero todo salió mal desde el principio. El ejército italiano estaba compuesto de cuatro brigadas. La primera se hallaba conformada por los askaris, bajo el mando del general Matteo Albertone. Las tres brigadas restantes eran unidades italianas a las órdenes de los generales Dabormida, Ellena y el propio Baratieri. Las cuatro brigadas italianas avanzaron por separado hacia ciudad de Adua por diversos pasos de montaña, pero los trayectos eran mucho más escarpados y difíciles de lo que permitían suponer los deficientes mapas de

> terreno que tenían los italianos. Hubo graves trastornos y confusiones que se tradujeron en retraso. Así, al amanecer del 1 de marzo las columnas se encontraban separadas entre sí por varios kilómetros de terreno difícil...

El negus, vestido con las tradicionales ropas blancas de los guerreros etíopes, se había levantado temprano con el propósito de iniciar sus rezos diarios. Había llegado a la conclusión de que su ejército se retiraría a las montañas ese mismo día. Antes de concluir la ceremonia, un agotado jinete apareció en lontananza acometiendo un frenético galope. Era un mensajero que anunciaba que el desordenado ataque italiano había empezado. El negus ordenó ir al ataque de inmediato. La brigada de askaris del general Albertone fue la primera en sufrir el embate abisinio, cerca de una colina llamada Enda Chidane Meret. Los askaris resistieron bien la embestida, en parte gracias al apoyo de la artillería italiana, pero se enfrentaban a un ejército mucho mayor. El combate se decidió tras tres horas de lucha y una vez que Menelik II decidió enviar todas sus reservas, lo que aplastó a la brigada de Albertone...

> La brigada italiana de Dabormida se había trasladado en ayuda de Albertone, pero por culpa de los retrasos y las confusiones logísticas no lo alcanzó a tiempo. Lejos del resto del grueso ejército italiano, se vio obligado a combatir a los abisinios. El factor numérico sumado al valor y la ferocidad de los guerreros etíopes condujeron a la muerte del general italiano y la destrucción de gran parte de su brigada. Tras este nuevo triunfo, las tropas de Menelik II atacaron llenas de vigor y con la moral muy alta a las dos brigadas italianas restantes. Al mediodía, los supervivientes del ejército italiano se retiraban de una batalla ya perdida...

> Los italianos contabilizaron la muerte de doscientos ochenta y nueve oficiales, dos mil novecientos dieciocho soldados rasos y alrededor de dos mil askaris. Se calcula que los etíopes perdieron a más de cien mil hombres. Alrededor de novecientos soldados desaparecieron y setecientos fueron capturados, lo mismo que mil ochocientos askaris. Dueños de una mentalidad medie-

val, los etíopes dieron muerte mediante crueles torturas a setenta italianos y doscientos treinta askaris antes de que Meneleki se diera cuenta y ordenara parar la matanza. Eso sí, los askaris capturados que lograron sobrevivir fueron considerados traidores y su castigo fue la amputación de sus manos derechas y sus pies izquierdos. Los italianos fueron liberados luego de que Roma pagara diez millones de liras por indemnizaciones de guerra...

La batalla de Adua puso fin a las ridículas pretensiones imperiales de Italia, que se ha visto obligada a desechar el facineroso tratado de Wichale y a reconocer la independencia de Etiopía. Alrededor del mundo la victoria de los etíopes ha sido motivo de inspiración para las naciones sojuzgadas y de orgullo racial entre los descendientes de los pueblos africanos en países tan diversos como Haití, el Caribe británico, Estados Unidos y, desde luego, el resto de África. De hecho, muchos líderes religiosos y políticos del Imperio británico y de Estados Unidos han convertido a Etiopía como un lugar de peregrinaje y han elevado al negus a un rango casi divino, pese a que bajo su férula aún se perpetra la ignominiosa práctica del comercio de esclavos...

Lo cierto es que Etiopía se mantiene, junto a Liberia, como la única nación independiente de África, y esto no se debe a la casualidad, sino a que supo afirmar su soberanía tras infligir a una pretendida potencia una humillante y decisiva derrota. Es la victoria más grande de un ejército africano sobre uno europeo desde las épocas de Aníbal. Esta lección nunca debe ser olvidada como un ejemplo de lo que esas dos pavorosas necedades gemelas que son la arrogancia y la subestimación del enemigo pueden hacer para destruir al más poderoso de los contendientes...

Selección de notas publicadas en el periódico anarquista británico Freedom, todas dedicadas a comentar la derrota italiana en la batalla de Adua (1896).

ROMA, ITALIA

Marzo de 1896

Las noticias de la derrota en Adua empezaron a llegar a Roma el 2 de marzo, primero en tono de rumores y más tarde como un torrente de información que iba corroborándose cada vez con mayor certeza. Crispi convocó a una junta urgente del Consejo de Ministros hacia la media noche. Aún no había precisión sobre las dimensiones del desastre, pero la versión oficial fue, desde un principio, que Bartieri había sido derrotado por "actuar precipitadamente". El consejo se reanudó al mediodía del día siguiente. El pasmo por la conducta temeraria e irresponsable de Baratieri —que para entonces ya había sido marcado como chivo expiatorio por el gobierno— era notorio en todos los señores ministros, así como su resolución, en apariencia irrevocable, de continuar la guerra "hasta la victoria". El ministro de Defensa habló de apelar al patriotismo de los diputados y pedir cien millones de liras extras para reforzar la campaña en Abisinia, pero el primer ministro no se engañaba y espetó: "Eso que usted plantea demandaría la resolución de un león, pero no veo cómo el gobierno pueda enfrentar al Parlamento sin poder exhibir una victoria o sin contar con la firme determinación del rey a favor de la causa de continuar la guerra". Para Crispi, la situación sólo podría salvarse si el rey Humberto exhibía en esos momentos cruciales una gallardía y un patriotismo de los que había carecido toda su vida.

A la una y media llegó el monarca al consejo. Confundido y molesto preguntó:

—¿Qué ha pasado con Baratieri, Crispi? —y tras ser informado de lo que se sabía hasta el momento se llevó la mano derecha a la frente para lamentarse—. ¡Qué gran desgracia! ¿Qué será del reino?

"Como de costumbre, este pobre hombre no tiene la más remota idea de qué se debe hacer", pensó Crispi.

Mientras tanto, por toda Italia se realizaban manifestaciones de protesta en contra de la "aventura africana de Crispi", sobre todo en el norte, región tan poco afín al primer ministro. Los trabajadores ferroviarios anunciaron un paro para evitar que nuevos conscriptos fueran enviados a la "carnicería de Abisinia". Los manifestantes gritaban consignas contra el gobierno, pero también contra el rey, ahora más impopular que nunca. En el centro y sur del país las reacciones habían sido relativamente más discretas. Ahí, como siempre, regía la apatía. Sólo en Sicilia hubo manifestaciones a favor de seguir la guerra y vengar el oprobio de Adua.

Para el 4 de marzo todo el país conocía ya la dimensión de la derrota. Adua fue un desastre consecuencia de la falta de previsión y del exceso de soberbia del ejército italiano. Fue también una inconmensurable humillación ante el mundo para Francesco Crispi, que consideraba a los etíopes como racial, física, espiritual y moralmente inferiores a los italianos. ¿Cómo había podido una nación tan primitiva, que aún practicaba la ignominiosa trata de esclavos, derrotar a la liberal e ilustrada Italia? Crispi siempre pretendió justificar la necesidad de esta guerra como un episodio más de la lucha entre civilización y barbarie: "Luchamos contra uno de los últimos atroces regímenes que comercian con seres humanos", había declarado ante el Parlamento. "Es falso que Menelik denuncie el tratado por culpa de presuntas malas traducciones, él sabe que éste tiene una cláusula que lo obliga a renunciar a la trata de esclavos y quiere seguir beneficiándose de tan indigno negocio", repetía una y otra vez a los diarios extranjeros. Italia estaba comprometida en ejecutar un "acto de civilización". Así debía ser concebido, pero sabía que la opinión pública italiana era demasiado débil, y no se diga nada del inconstante y pusilánime Humberto, cuya única reacción

memorable ante la decisión de invadir Etiopía fue ponerse feliz porque se había acuñado, por adelantado, una moneda con su efigie coronada como emperador.

* * *

Garibaldi dejó una herencia perniciosa en sus seguidores: la convicción de que las batallas se ganan más con la fuerza del espíritu que gracias a las ventajas materiales o a la pericia en el mando. Eso hacía depender demasiado de la moral el curso de una batalla o campaña. Ahora para los italianos todo estaba perdido.

> No son un pueblo capaz de levantarse de una derrota. Hay medios para ganar la guerra. Contamos aún con treinta mil soldados aún en Eritrea y diez mil más van en camino. ¿Cuántas veces Francia o el Reino Unido han tenido contratiempos durante sus conquistas coloniales y han salido, a fin de cuentas, avante gracias a la gallardía de sus ejércitos y a la solidaridad y madurez de sus opiniones públicas? ¿Por qué Italia no es igual? Porque carecemos de unidad, voluntad, patriotismo y del necesario estoicismo que hace a las naciones grandes, que logran convertir una derrota en victoria a base de solidaridad y sacrificio.

Crispi escribió tiempo más tarde esas reflexiones personales sobre el desastre de Adua.

Lo que nunca escribió, pero lo lamentó todo el tiempo que ocupó la jefatura de gobierno, fue su hondo pesar por carecer de un monarca capaz y enérgico. Humberto era un frívolo que jamás debió haber sido rey. Crispi siempre lo supo, por eso en el momento de presentar su renuncia a Humberto sabía que ésta sería aceptada de inmediato. ¡Claro, le hubiera gustado que el rey la rechazara, convocara a la unidad nacional e inspirara una venganza sumaria contra los etíopes! ¡Nada de tolerar protestas antipatrióticas azuzadas por un puñado de criminales y buenos para nada! ¡Lucharemos hasta vencer! Así exclamaría un verdadero soberano ante el desafío supremo que imponía a Italia esta guerra. ¡A demostrar de qué estamos hechos, descendientes de Escipión y Julio César! Pero esa

posibilidad no existía, tratándose de Humbertito, que no tenía el coraje ni la inteligencia ya no se diga de un Federico el Grande. Ni siquiera había heredado algo de la sagacidad de su padre, Víctor Manuel II. Tras Adua estaba completamente desconcertado, pensando sólo en cómo salvar su triste pellejo. Obviamente, aceptó de buen grado la renuncia de su primer ministro.

* * *

La tarde del 5 de marzo, Crispi dio a conocer al Parlamento reunido en pleno que el rey había aceptado la dimisión en su gobierno. La asamblea estalló en júbilo. "¡Viva el rey! ¡Italia se ha salvado!", vitoreaban los diputados de todos los sectores. La *estrema* se hallaba extasiada, pero incluso en los bancos conservadores se oían exclamaciones de satisfacción.

—¡Bellacos! ¿Y con este material pretenden hacer funcionar un sistema parlamentario? —comentó Crispi a un fiel diputado siciliano amigo suyo mientras salía del recinto.

—Es prueba de que el parlamentarismo no es adecuado para Italia —respondió el legislador con un tono más de compasión que de convencimiento.

Afuera una multitud abucheaba con ardor al malhadado *ex premier* y lanzaba epítetos contra el gobierno y contra el rey. De hecho, la mayor parte de las plazas y las calles romanas estaban llenas de gente que festejaba. Clamaban por la paz e incluso pedían la instauración de una república. Para el desencantado patricio en el que se había convertido Crispi, estas manifestaciones eran prueba de la decadencia moral en la que había caído Italia. "Apatía en la mayoría, maliciosa actividad de una minoría inicua", se desahogaría Crispi meses después de su caída en una carta a su amigo el diplomático alemán Paul von Hatzfeld. "Bien lo dijo Ralph Waldo Emerson: las masas requieren ser educadas, no deben ser halagadas ni cortejadas. Su influencia en el gobierno siempre será perniciosa."

ESTADOS UNIDOS

La campaña presidencial de 1896

—¿Sabes?, creo que es un hombre bueno. Tiene una frente amplia, una mirada limpia y las mejillas suaves.

León escucha a su madrastra expresar lo anterior mientras ella le sirve sopa en su plato.

—¿Y cómo llegó a tan sabias conclusiones? —preguntó León con tono irónico y cara de fastidio.

—Me dieron un panfleto electoral en el mercado. Un niño rubio. Alemán, creo. En el folleto hay una imagen del candidato. Está en polaco, ¿sabes?, y también los tenían en ruso, hebreo, italiano, y creo que en alemán. ¡Este hombre se preocupa por los inmigrantes! ¡Quiere trabajar por la gente, León! Y eso no cualquier presidente o gobernante o zar o lo que sea. Por lo menos no en Polonia. Incluso estaban regalando unos platos, y unos jabones... ¡Ah!, y unos bonitos paraguas. Pero ya no alcancé.

—¿Y qué "brillantes ideas" expone el señor candidato en su folleto? —León se aferraba al sarcasmo.

—Bueno, el folleto decía "McKinley para presidente".

—Un mensaje muy profundo.

—Y también que McKinley es el "Napoleón de la protección".

—Eso suena ridículo, pero en realidad es una tragedia.

—No seas tan sarcástico, León; puede que el hombre le convenga al país. También dice que él es un duro trabajador que respeta a los trabajadores que todos los días luchan por ganar el pan. ¡Tú

no sabes lo que significa el trabajo duro, León! Nadie sabe nunca dónde estás. Tu padre se preocupa.

—Mira, ese McKinley es un bribón manipulado por un sinvergüenza peor aún que se llama Mark Hanna —dijo León, justo en el momento en que entraba su padre a la modesta vivienda donde moraban.

—¿Otra vez la política, León? ¡Ya ponte a trabajar! Necesito que me ayudes con los gastos de la casa —lo reprendió el padre, un hombre de unos cincuenta años, alto, delgado y desgarbado con todo el aspecto del trabajador urbano.

—Justo le decía yo eso —afirmó su esposa.

—Hanna usa los millones de los grandes capitalistas de este país para ganar las elecciones. ¡Eso es la democracia en Estados Unidos! ¡Un objeto a la venta! ¡La prostitución en grandes proporciones!

—León, un joven de veintitrés años, se exaltaba cada vez que se hablaba de política.

—¿Dónde leíste eso? Parecen las mentiras que publica Hearst en sus periódicos.

—¡Hearst es amigo de los trabajadores!

—Hearst es uno más de esos millonarios que tanto críticas, León.

—¡Hearst posee dinero, pero el dinero no lo posee a él! —gritó León—. Claro que he visto la basura de folletos que reparten niños harapientos en las calles. Niños a los que el miserable de Mark Hanna paga un centavo por cada mil folletos repartidos. Los he leído. Sólo dicen mentiras e hipocresías. Sí, están en varios idiomas, pero son mentiras. ¡Toda la ciudad de Cleveland, todo el maldito país se está ahogando en la zafia propaganda del señor McKinley! ¡Todo! ¡Millones gastados mientras hay gente que muere de hambre! ¡Qué dispendio! ¡Qué ofensa!

Súbitamente, León Czolgosz hizo un silencio, mismo que su padre no dejó de aprovechar:

—¡Bueno, bueno!, cenemos de una vez antes de que la sopa se enfríe.

* * *

"Alrededor de setecientos cincuenta mil." Mark Hanna responde así, ufano, a la pregunta de uno de los reporteros que lo entrevistaban esa tarde de finales de octubre en una mesa redonda. Están en Chicago, en la sala de juntas contigua a la oficina del coordinador general, en el cuartel general de campaña que ha sido trasladado desde Cleveland porque es claro que la elección se decidirá en el medio oeste.

—Aproximadamente serán tres cuartos de millón los visitantes a Canton en esta campaña por la reconstrucción económica de Estados Unidos, algo sin precedente en la historia electoral del mundo.

—Señor Hanna, el candidato McKinley ha reiterado hasta el cansancio que está a favor de instalar el patrón oro, y ha dicho que está convicción la tiene "en cuerpo y alma". Sin embargo, cuando fue congresista votó a favor de la ley que permite la acuñación de moneda en plata, e incluso se opuso en lo que concierne a este importante renglón a la política de la administración del presidente Grover Cleveland, quien siempre ha favorecido el patrón oro. ¿Nos puede explicar esta flagrante contradicción?

—¿De qué periódico vienes chico?, ¿del periodiquito de la escuela elemental de algún pueblillo perdido? —preguntó con insolencia Hanna, mirando con desdén a su interlocutor.

—No, señor, soy del *Chicago Herald.*

—Ah, de la prensa escandalosa e irresponsable de Hearst. Bueno, no me extraña. Hubiera sido mejor que vinieras del periodiquito de la escuela donde cursaste la primaria, por lo menos tendrías más objetividad. Bueno, chico, a ver... —señala Hanna mientras se registra con insistencia los bolsillos de la chaqueta—. ¡Caramba!, ésta es una verdadera desgracia...

—Qué es una desgracia, señor Hanna, ¿las contradicciones de McKinley?

—No, no muchacho —responde McKinley con una risa sardónica—. Se me han terminado los puros, eso es una verdadera desgracia. Vaya ingenuo. Mira, en política uno debe saber observar el panorama en una amplia perspectiva, no con una estrecha visión.

Las cosas en este negocio siempre tienen muchas aristas. Rara vez son, digamos, unidimensionales. No basta con que el presidente Cleveland favorezca al patrón oro; vamos, eso está bien, pero no basta. Se necesita ofrecer una estrategia económica integral y de largo plazo para enfrentar venturosamente los acuciantes problemas financieros del país, y la actual administración no la tiene. Por eso McKinley se opuso a las iniciativas del presidente Cleveland, porque carecían de una visión integral ¿Entendiste?

—Francamente ni una palabra, señor Hanna.

—Mejor así, muchacho, mejor así —Hanna asiente con la cabeza, condescendiente—. A ver, otra pregunta: ¿quién de ustedes no viene de uno de los pasquines de Hearst?

Otro periodista alza la mano y dice:

—Yo, señor, del *San Francisco Chronicle.*

—Mmmm... bueno, veamos —Hanna no deja de hacer muecas de disgusto.

—Son varias preguntas, señor Hanna, todas respecto a un mismo tema. ¿Cuánto dinero en total ha recibido la campaña de McKinley? ¿Qué se ha comprometido, en específico, el candidato a hacer a favor de sus patrocinadores de llegar a la presidencia? ¿Darán a conocer el nombre y los montos respectivos de los principales donantes?...

—¡Claro que no daremos a conocer nada! ¡Qué barbaridad! —se apresuró a interrumpir Hanna—. Eso sería antidemocrático. Sería violar la Constitución. Hablamos aquí del derecho que tiene la gente a apoyar a su candidato de manera anónima. Eso debe ser sagrado. ¿No lo saben? ¿Dónde enseñan a hacer periodismo a estos muchachos? Perdónenme que se los diga.

—Bueno, pero debe haber un control de las finanzas de la campaña. ¿Hay un comité que registre y regule cuánto ha entrado, cuánto ha salido y en qué se ha gastado? ¿O todo está sujeto exclusivamente a su libre arbitrio, señor Hanna?

—No, no, ¿cómo se le ocurre? Claro que hay un comité de finanzas. ¿Por qué no?

—¿Ah, sí? No sabíamos. ¿Quiénes lo integran?, ¿cuándo y dónde sesiona? ¿Presentará algún informe?

—Bien, todavía no sesiona, no ha habido tiempo. ¡Estamos tan ocupados! Pero ya sesionará, sí, y habrá un informe, sí, ¿por qué no? —Hanna empieza a mover la cabeza de un lado a otro con cierto nerviosismo—. Pero si esas cosas son obvias, chico. ¿Por qué preguntan obviedades? Pero eso sí que les quede claro: todo se administra con total transparencia en la campaña de McKinley. Yo, Mark Hanna, soy la garantía de ello. Ahora, señores, si me disculpan, hay una campaña que entra en su fase definitiva —se levanta y se dirige deprisa a la puerta de su despacho.

—Señor Hanna, usted no puede rehuir así a un tema tan importante como el de quién financia una campaña tan onerosa. Eso acarrea adeudos, usted lo sabe. El público tiene derecho a conocer los compromisos adquiridos por el candidato republicano y con quiénes los contrajo. Los estadounidenses desean saber, señor Hanna, ¡qué clase de presidente sería William McKinley! —el periodista levanta la voz al ver que Hanna ha cerrado la puerta tras de sí.

Segundos más tarde, esa misma puerta se abrió de nuevo y dejó entrever la cabeza de Hanna, quien responde a la última pregunta:

—Fácil, amigo mío, ¡William McKinley será el mejor presidente! —y hacia sus adentros pensó: "... que el dinero pueda comprar", mientras cerraba de un portazo.

* * *

Emma Goldman, célebre dirigente y pensadora anarquista de origen lituano, regresó a Estados Unidos luego de un largo viaje a Europa justo en la etapa crucial de la campaña electoral. Por todos lados sus amistades anarquistas y radicales le hablan del bastardo McKinley y su patrón Hanna, y de la campaña populista de William Jennings Bryan.

—Estamos unidos —le asegura Justus Schwab, abogado sindical con quien toma unas cervezas en un bar de Brooklyn—. Debs, Gompers y todos los demás defensores de las centrales sindicales.

Dejamos nuestras diferencias para apoyar a Bryan y, ¿sabes?, creo que vamos a ganar, ya verás.

—Vaya, a final de cuentas habrá que aliarse a los populistas —dice Emma tras dar un buen sorbo a su tarro de cerveza—. ¿Para eso tantos esfuerzos y sacrificios? ¿Para eso tantos debates y años en la cárcel? Me voy por un tiempo y cuando regreso los veo a todos ustedes entusiasmados con un demagogo populista y con tintes mesiánicos del Partido Demócrata, el partido de los esclavistas del sur. ¡Y a todos!

—Sólo es para esta elección, Emma. Debemos aprovechar la coyuntura que nos ofrece el fenómeno Bryan. El tipo no es perfecto, pero tiene sus ventajas.

—¿Ventajas? ¡William Jennings Bryan es un capitalista, un aliado de los intereses de los grandes agricultores del medio oeste, un fanático religioso, un defensor de segregacionismo racial en el sur! —acusa Emma con tono sorprendido.

—No, Emma, todos, pero absolutamente todos los grandes capitalistas están en su contra. Han gastado fortunas apoyando a McKinley.

—Pero Bryan cree en el sistema, a fin de cuentas. Y eso es lo importante. Eso es lo de fondo. Está a favor de acuñar plata. Dime, ¿qué diferencia hay para el trabajador que le paguen su miserable sueldo en plata en vez de que se lo den respaldado en oro? —vuelve a dar un largo sorbo a su tarro.

—Bryan no es la respuesta, pero es una respuesta, un paso adelante, una manera de frenar a los Rockefeller y demás sátrapas de Wall Street.

—Sí es un paso adelante, no lo dudo, Justus; lo que no sé es hacia dónde lleve ese "adelante". No creo que sea el camino correcto para los explotados.

—Además, los demócratas serán más suaves con los disidentes, ya lo prometieron. Eso puede ayudar a Alexander.

—¡No, qué va!, ¡noooo! —exclama Emma y niega con la cabeza— .Alex está preso por atentar contra la vida de Henry Clay Frick, uno de los industriales acereros más importantes de este país. El

sistema jamás va a perdonar a Alexander Berkman por eso, puedes tener la seguridad, sea quien sea el presidente.

Ella hace un silencio, reflexiona con algo de tristeza, y comenta:

—Los demócratas no son mucho mejores, eso nos lo han demostrado una y mil veces. Ahora dicen que nos respetarán porque nos necesitan, pero si Bryan llega a la Casa Blanca, verás que pronto nos olvidan, y la represión seguirá igual o peor. No, Justus, el cambio que queremos de ninguna manera pasa por las urnas. Algunos, como tú, pueden pensar que se puede avanzar votando, pero ese adelanto es de los que se hacen andando sobre las rodillas. No vale la pena. Y créeme, en particular este Bryan y su perorata maniquea y simplista me producen una absoluta desconfianza. Es un mesías que se siente la encarnación del pueblo, esos iluminados son muy peligrosos. Juegan con la eterna ilusión popular de contemplar el arribo de un poder personal y paternalista capaz de resolver todos los problemas a golpe de voluntad, y eso es sólo un espejismo.

* * *

—¡Donald! ¿Cómo estás?, ¿qué novedades hay?, ¿cómo van las cosas? —pregunta Hanna a uno de sus asesores al llegar, con casi dos horas de retraso, a la primera reunión del recientemente creado Comité de Finanzas de la campaña de William McKinley, que preside, desde luego, el propio Mark Hanna.

—Buenas tardes, jefe. Tengo el gusto de informarle que mañana cerraremos con más de diez millones de panfletos entregados y más de un millón de botones colocados en la ropa de un número igual de electores.

—¡Fabuloso! Eso quería escuchar, pero ahora háblame de la sangre que tenemos en las venas, Don. ¿Cuánto "camarón" ha entrado?

—Me temo que no entiendo, jefe.

—¡El dinero, Don! ¡El dinero! ¡El *camarón!* ¡La savia de la política! El balance que les pedí de contribuciones recibidas, quiénes han sido los principales donantes y cuánto nos queda para el cierre. Es importante que el presidente-por-ser-electo sepa quién dio

y cuánto dio. ¡Ah!, y habrá que hacer alguna especie de informe para el público. Algo parcial, desde luego. Claro, guardaremos el anonimato de los contribuyentes y de ninguna manera hace falta ser demasiado meticulosos, ¿me entiendes, Don? La prensa, sobre todo los pasquines de Hearst, hacen un escándalo por todo. Nosotros no podemos dar a conocer cuánto y cómo hemos recibido. No tenemos por qué, en último de los casos. ¡Es que no lo entienden, Don! ¡Así es la política! Todo se mueve con dinero.

—Ya empezamos a hacer cuentas. Los ferrocarrileros del oeste nos han dado ciento ochenta y dos mil dólares.

—Nada mal.

—El señor Frick y sus asociados de Pennsylvania un total de ciento siete mil dólares.

—Muy bien. Seguro que ayudó el susto que le metió ese anarquista que lo quiso matar para hacer conciencia de los peligros a lo que se expone la gente de bien en este mundo lleno de radicales.

—J. P. Morgan y asociados de Nueva York, quinientos setenta y cinco mil dólares.

—¡Caramba! ¡Jamás hubiera creído cuando empezó todo esto que juntaríamos tanto dinero! Esa cantidad por sí misma es mayor a todo lo que se gastó en la campaña de 1880 de Garfield o en 1888 y 1892 Harrison. ¿Y qué hay de Rockefeller? ¿Cuánto nos ha dado el tremendo Johnny D.?—Pues, según nuestros cálculos, doscientos cincuenta mil dólares, más o menos.

—¡Increíble! ¡Un cuarto de millón de dólares aportados por el hombre más avaro del planeta Tierra! ¡Ésa, señores, es una hazaña! ¡Y la conseguí yo, Mark Hanna! —clama mientras se le ilumina la cara—. Es un gran logro haber recaudado tanto dinero y exprimido a estos ricachones cicateros en beneficio de la democracia. Porque es eso, amigos, he ayudado a fortalecer la democracia involucrando de esa manera a los hombres de empresa y fomentado la libre expresión, perdónenme que se los diga. ¡Es dinero gastado en la democracia! Ese hecho debería ganarme reconocimiento público, pero no, al contrario, ese Hearst sólo me señala como un corrupto ambicioso, un "mercanchifle de la política", y encima su amanuen-

se Ambrose Bierce se atreve a insinuar que yo me he embolsado parte del dinero. ¡Bah! Ya algún día otras generaciones reconocerá mi aportación histórica.

—Sin duda, jefe.

—Perfecto, amigos, desde luego habrá que ser discretos. Presentaremos informes parciales sobre cuánto hemos gastado en los rubros más conspicuos, aunque no hay ley que nos obligue a ello. Digamos algo sobre folletos y utilitarios, ¡ah!, y carteles. Eso es todo. Por qué no entienden que es una traición a la democracia cuestionar las aportaciones de la iniciativa privada en política, ¿eh?

Saca un puro mientras externa en voz baja, casi musitando:

—¡Yo hice a William McKinley! —y tras encender el habano, se despide—: Bueno, me voy, hay una reunión con algunos empresarios de Illinois. Veremos qué pueden hacer para que sus empleados voten por los republicanos. Se me ocurrió una idea genial: que aquéllos coloquen un letrero en los lugares de trabajo en el que anuncien que de ganar Bryan las elecciones, la empresa cerrará de inmediato. ¡Eso es movilizar el voto!

* * *

—Pobre Bryan, termina la campaña sin un centavo. ¡Qué enorme contraste con McKinley! Aquél no tiene panfletos ni puede dar regalos a manos llenas a sus partidarios; tampoco puede darse el lujo de armar un equipo de campaña verdaderamente de alcance nacional. Fuera de su apoyo, jefe, no cuenta con nada más. El hombre ha dado todo de sí. Ahora está exhausto —Jim Creelman come con Hearst en un restaurante de gastronomía húngara que recién se inauguró cerca de Times Square.

—Me comentaron que a Bryan se la acabó la voz y que en sus últimas paradas en las estaciones de tren se limita a decir unas cuantas frases y a saludar a la gente... Oiga, camarero, ¿dónde está mi gulasch? —Hearst se muestra nervioso e inquieto desde hace varias semanas—. Fíjate, Jim, ha sido muy meritorio por su parte haber recorrido el país como lo hizo. Esta campaña hará historia por las millas que viajó Bryan y las insolentes cantidades de dinero que

recaudó el cerdo de Mark Hanna. Y encima toda esa indecente campaña de desprestigio que le dedican a Bryan, ¿ya leíste el *New York Times* de hoy?

—¡No!, ¡cómo cree! Usted me tiene prohibido leer esa cosa, jefe —responde Creelman, aparentando sorpresa.

—Ya te está infectando Bierce su sarcasmo. De todas formas no me arrepiento de haberte rescatado de las garras de Pulitzer. Bueno, pues el *Times*, esa supuesta gloria del periodismo "serio", publicó hoy el artículo de un presunto médico alienista que hace un análisis pseudo psicológico de los discursos de Bryan, del cual se desprende, dice él... mira... a ver... te lo leo, "que el aspirante demócrata es un megalómano con irresistibles complejos de grandeza. Tiene graves desviaciones que lo hacen sentirse un mesías, un ser llamado por Dios para ocupar el poder y salvar a lo que, él cree, es su rebaño".

—¡Caramba!

—Y concluye el artículo asegurando que votar por William Jennings Bryan es colaborar en llevar a un loco al poder.

—Ups.

—Señala que "Estados Unidos vive el mayor peligro de su historia, tal vez tan grande como la Guerra Civil".

—¡Vamos!

—Y esto es hoy. La prensa pro republicana llevan meses masacrando a Bryan con cosas por el estilo.

—Sí lo sé, he leído algunas. *The Baltimore Sun* afirma que ni sus fines ni sus medios son razonables y plantea que la elección ya no es una cuestión de diferencias políticas, sino de salud mental.

—Y eso no es nada. Un periodiquillo de Illinois asevera que en su campaña hay anarquistas involucrados que buscan desestabilizar el país como parte de una campaña judeo-masónica para dominar el mundo.

—Sí, se hacen eco de las absurdas versiones de extremistas de derecha en Europa que denuncian, según ellos, la existencia de una conspiración de judíos y anarquistas para asesinar estadistas que ya se cobró la vida del presidente Carnot en Francia.

—¡Locura!, aunque Bryan no anda tan mal en eso de las teorías de conspiración, jefe. Afirma que existe una conjura de millonarios cuyo objetivo es hacerse del poder para las siguientes diez generaciones, de modo que nuestra democracia deje de ser el gobierno del pueblo para convertirse en "el gobierno de las corporaciones".

—¡Eso es cierto, Jim! Lo mismo opinamos nosotros en la prensa Hearst; digo, te lo hago notar, si me lo permites, ¿verdad? —reclama Hearst con vehemencia—. Las corporaciones van a ocupar el poder de manera total en este país. Adiós el sueño del gobierno por el pueblo del pueblo y para el pueblo. Se viene una plutocracia de miedo y no veo quién pueda evitarlo.

* * *

Pasa de la media noche en Canton el día de las elecciones. En las calles hay más banderas y bullicio que nunca. Los alrededores de la casa del candidato republicano son desbordados por miles de simpatizantes listos para celebrar el triunfo. Una media docena de telegrafistas se ha instalado con sus aparatos en un hotel del centro para recibir las noticias de los resultados electorales que mandan de todos los rincones de la nación y los cuales son transmitidos de inmediato de voz en voz a gritos hasta la casa de McKinley. Ya habían anunciado la victoria republicana en todo el noreste, incluidas Pennsylvania y la importante Nueva Jersey. Los demócratas han ganado, como es tradicional desde el fin de la Guerra Civil, el sólido sur. Ahora se esperan las noticias clave del medio oeste. Hay, sin embargo, un clima de mucho optimismo. "Vamos a ganar, puedo sentirlo en los huesos", le había dicho una anciana republicana a la señora Ida McKinley. La sensación de triunfo podía palparse en el ánimo de la multitud desde temprano.

Ida tiene un insoportable dolor de cabeza. "He tratado de ser estoica, William", repitió una y otra vez durante la campaña. Pero ya estaba al borde del colapso. Odia el ruido, odia a los simpatizantes y tener que saludarlos, odia a los escandalosos muchachitos que todo el día entran y salen de la casa.

—¡Se ha ganado en Minnesota! —gritan, y provocan una ovación.

¡Y esa música! No podría oír una sola marcha patriótica el resto de su vida. Claro, no todo en la campaña fue desagradable. Ida se manejó con mucha dignidad en las cenas con los grandes contribuyentes a la estrategia republicana. Fueron a Canton John D. Rockefeller, Frick, Carnegie y J. P. Morgan, entre otros magnates.

—Ida, mi amor, prepárate, se acerca el momento —le pide McKinley asomándose por la puerta de la recámara donde estaba recostada. Ida se levanta pesadamente y llama a las criadas mientras se pregunta a sí misma: "¿Cómo será mi vida en la Casa Blanca?"

Afuera el ambiente festivo se iba calentando. Cada vez llegaba más gente. Serían cerca de la una cuando se oyó el grito: "¡Ganamos Illinois! ¡Ganamos Illinois y también Iowa! ¡William McKinley será el próximo presidente de Estados Unidos!" Estalló entonces una ovación estruendosa. La gente empezó de inmediato a reclamar la presencia en el balcón del candidato victorioso. Una banda empezó a tocar "Barras y estrellas por siempre".

"¡Que hable McKinley! ¡Que hable el presidente electo!", demandaba, clamorosa, la muchedumbre.

McKinley se asomó entonces acompañado por Ida, quien al besarlo en la mejilla le advirtió: "Te lo advierto de una vez, cariño, no permitiré el color amarillo en la Casa Blanca, ¡ya sabes cómo odio el amarillo!"

LA VENGANZA DE ANGIOLILLO

España, agosto de 1897

Fue Antonio Cánovas del Castillo un raro estadista, tan astuto como Cavour, tan maquiavélico y sagaz como el mismísimo Bismarck. Ingente y azaroso fue el afán de este viejo rechoncho: ordenar a la ingobernable España… ¡y por poco lo logra! Fue Cánovas gestor del "bipartidismo de conveniencia", un chocante pero eficaz régimen político de alternancia postiza entre conservadores y liberales con sus elecciones trucadas, su descarado caciquismo y su parlamentarismo de pactos vergonzantes, pero suculentos. "Conservadores y liberales", partidos en fingida liza, secuaces en un cínico reparto del poder. Ése fue el costo a pagar para que, por primera vez en muchas décadas, la atribulada nave del Estado español pudiera navegar en aguas relativamente serenas.

Don Antonio era de esos bichos que podían ser ángel y demonio. En un momento mandaba ejecutar, implacable y a rajatabla, a presuntos subversivos, y al siguiente se compadecía hasta la lágrima de viudas de guerra y de linyeras. Monstruo camaleónico, fue al mismo tiempo monárquico a ultranza y pragmático redomado, represor brutal y adalid parlamentario, reformista audaz y político conservador. Entronizó al pobre Alfonso xii pese al rechazo que la mayoría de los españoles sentía por los Borbón, fruto del bochornoso recuerdo de la esperpéntica corte isabelina. Pero no fue un mero regreso al pasado. El poder siempre estuvo en las manos de Cánovas, con su monarquía constitucional pretendidamente a la

europea y eliminados, para bien, los "espadones" y sus molestos "pronunciamientos".

Fue Cánovas camaleónico ante el mundo, pero en su fuero interno jamás fue un demócrata. Odiaba el sufragio universal, pero no tuvo más remedio que aceptarlo, no sin presentar antes fiera resistencia. Favoreció el caciquismo más flagrante. Era un reaccionario de postín, un meapilas y un obtuso nacionalista. ¡Ah, pero se ufanaba de conocer bien los sistemas políticos europeos! De entre ellos sentía predilección por el británico, tan estable frente a las revoluciones que estallaban en Europa.

Admiraba de Albión la monarquía, el Parlamento y la alternancia en el poder de dos partidos sin "pronunciamientos" ni frenesís, respetándose los adversarios entre sí como buenos caballeros. Disraeli frente a Gladstone, personajes que se odiaban cordialmente pero ¡qué nivel de estadistas! Cánovas soñaba con establecer en la tarambana España la doctrina inglesa con una similar balanza: el equilibrio de una constitución moderada con la cristiana civilización. Los fantasmas democráticos de la monarquía de Amadeo y la fugaz Primera República serían desterrados para alivio de la oligarquía española. Habría una suerte de "soberanía compartida", ¡ése era el concepto! No la "soberanía nacional" de los liberales y menos la "soberanía popular" de los socialistas.

Una "soberanía compartida" entre "la Nación", creación histórica representada en las cortes, y la Corona, habida cuenta de que en España el rey, por siglos, ha sido una institución esencial. Así pues, las cortes y la Corona debían ejercer armonizada soberanía. Y claro: estarían los partidos, siempre de acuerdo con el modelo dual. La labor del gobierno recaería en exclusiva en dos partidos alternándose *ad eternum* entre el poder y la oposición. Se evitaba el monopolio del poder, el cual siempre acarrea nefastas repercusiones. Para ello, era fundamental el compromiso bipartidista de mantener el sistema político y respetar la obra de cada uno luego de haber tenido la responsabilidad gubernamental, además de ejercer una leal oposición cuando correspondía.

El Partido Conservador ya existía. Surgió en el sexenio democrático, integrando a los moderados isabelinos, la Unión Católica y los alfonsinos del propio Cánovas del Castillo. Pero era necesaria otra formación, liberal, desde luego, para que la cuña apretara. La solución fue brindada por el polifacético Práxedes Mateo Sagasta, ingeniero, periodista, orador, masón, otro destacado protagonista del sexenio, capaz de convocar a sectores democráticos e incluso a republicanos de los llamados "posibilistas". Fuera del esquema quedaban los republicanos radicales, los obcecados carlistas y, por supuesto, socialistas y regionalistas.

La Constitución era dúctil porque no convenían los principios monolíticos ni las precisiones excesivas. Consentía la diversidad de interpretaciones por parte de los distintos gobiernos, sobre todo en lo que a derechos ciudadanos concierne, siendo los conservadores tendientes a las lecturas restrictivas para privilegiar el orden sobre las libertades, siendo los liberales algo menos taxativos. Así vagó el péndulo canovista por un buen tiempo, hasta iniciar la última década del siglo, cuando la espléndida alternancia empezó a agotarse y volvieron a España fuertes turbulencias... Y una fue la torrente anarquista.

* * *

Michele Angiolillo nació en 1871 en la sureña Foggia; humilde la familia y numerosos los hermanos. Tipógrafo de profesión, desde joven le atrajo la política. Al principio fue republicano, pero pronto evolucionó a anarquista, probablemente impelido por las vejaciones y violencias a las que fue sometido en las cárceles militares en las que fue recluido por el delito de difundir propaganda crítica al gobierno. Huyendo de tanta persecución se expatrió de manera clandestina a Marsella en diciembre de 1895. Parecía, entonces, sólo un joven anarquista italiano más, con una historia análoga a la de quienes desafiaron las medidas represivas decretadas por Francesco Crispi tras los motines sicilianos de 1894.

Breve fue la estancia en Francia de Angiolillo. Pronto se trasladó a Barcelona. Agotado el mecanismo canovista, España era ya un

hervidero de anarquismo, y eso atrajo a este joven rebelde. España e Italia fueron las naciones donde mayor impacto tuvieron las bakunianas ideas de furiosa rebeldía y alargada anarquista, y como en Italia, en España los anarcos transitaron de la estrategia insurreccional al proselitismo por la vía de los hechos, pero con una ferocidad inaudita que eclipsó no sólo a los atentados italianos, sino a la, en comparación, inocua ola de terror parisina.

En 1892, cientos de campesinos irrumpieron en Jerez dando *vivas* a la anarquía y *mueras* a la burguesía, a la represión y al armazón politiquero de Cánovas. Los amotinados asesinaron a dos personas. Inclemente fue la represión. Los presuntos cabecillas de la revuelta fueron juzgados en un consejo de guerra que condenó a morir en el garrote vil a cuatro. No faltaron entonces anarquistas con afanes de venganza. Inició la virulenta oleada terrorista, sobre todo en Barcelona. La víspera de la ejecución de los libertarios de Jerez estalló una bomba en la Plaza Real de esta ciudad. Sucedió pasadas las siete, justo cuando el lugar estaba más concurrido. La bomba se colocó en el lugar habitual de reunión de la policía secreta. Sólo murió una persona, inocente del todo, un pobre ropavejero, o eso se supone porque la víctima jamás pudo ser plenamente identificada. Hubo decenas de heridos, entre ellos una sirvienta a quien hubo que amputar una pierna.

El culpable o los culpables del atentado nunca fueron localizados, pero arrestaron a todos los redactores del periódico *El Porvenir Anarquista.* Las autoridades consideraban la existencia de esta publicación suficiente prueba de una sospechosa internacionalización del anarquismo. Sus principales redactores eran un francés, Paul Bernard, y un siciliano, Paolo Schicchi; este último, estudiante de derecho de veintiséis años, otro de esos anarquistas italianos de familia acomodada que trotaban por el mundo. Huyó de su país para evitar el servicio militar. En París se incorporó al movimiento anarquista. Al poco tiempo se mudó a Ginebra, donde empezó a publicar un pasquín violento y extremista, *Pensamiento y Dinamita,* el cual convocaba a los desposeídos del mundo a exterminar a los burgueses, "esa raza de ladrones y asesinos... Estirpe corrompida,

malvada, podrida y cruel". En las páginas del periódico Schicchi declaraba sin ambages su anhelo de asesinar a Humberto I, rey de Italia. Tan tempestuoso era *Pensamiento y Dinamita* en sus soflamas e invectivas que sólo llegaron a ver la luz dos números. Schicchi fue expulsado de Suiza y entonces recaló en Barcelona, pero el gobierno italiano lo consideraba muy peligroso y no le perdía la pista.

El *Porvenir Anarquista* reproducía en Barcelona la virulencia de *Pensamiento y Dinamita:* exaltaba la violencia, execraba de los burgueses, ensalzaba a los atentados y criticaba a los anarquistas moderados, sobre todo a Malatesta. Por ello la policía barcelonesa se apresuró en efectuar una redada para cargar con toda la redacción del periódico como primera medida antianarquista tras la bomba de la Plaza Real. Entre los arrestados estaban Bernard, Schicchi y un tal Tomaso Aschieri, quien mucho daría de qué hablar más adelante. Las autoridades estaban seguras de encontrar una conexión internacional o alguna complicidad inconfesable de, digamos, alguna logia masónica, pero no reunieron prueba alguna. Nueve meses después de ser arrestados, los anarquistas fueron liberados.

Los atentados españoles se espaciaron en el tiempo, pero cuando volvieron lo hicieron con formidable virulencia. Año y medio después del bombazo de la Plaza Real, el anarquista Paulino Pallás atentó contra el capitán general de Cataluña durante un desfile. Se trataba del general Arsenio Martínez Campos, cuyo pronunciamiento de 1874 había coadyuvado a forzar el retorno de los Borbón. El militar sólo fue herido levemente, pero dieciséis personas resultaron heridas de la mayor gravedad. Un guardia civil murió poco después. Paulino fue arrestado al momento, condenado a muerte y ejecutado en el paredón dos semanas más tarde. Según el *Diario de Barcelona*, en su casa se encontraron proclamas anarquistas, imágenes de los mártires de Chicago y (siempre según este periódico) cartas procedentes de Francia con instrucciones de cómo hacer la revolución. Pallás era también un tipógrafo, tipo respetado en los círculos anarquistas; daba conferencias y ayudaba a los pobres. En su juicio aseguró haber actuado solo e inspirado en un espíritu de venganza. Juró haber atentado contra Martínez Campos por consi-

derar su nombramiento como capitán general de la provincia "una pesada afrenta al pueblo de Cataluña".

* * *

El atentado más espectacular y sangriento fue la llamada "bomba del Liceo". Apocalíptico, por sí mismo superó en letalidad a todos los que se cometerían en París. El anarquismo odiaba el Liceo por ser un escaparate conspicuo de la oligarquía. Aquí le tocó el honor de atentar contra el orden establecido a Santiago Salvador Franch, un exaltado ex tabernero cuyo negocio fracasó. Probó entonces la venta de alcohol de contrabando sólo para confirmar su mal sino comercial. Mucho era el resentimiento social de Santiago, a decir verdad. Desde principios de la década frecuentaba círculos anarquistas. El 7 de noviembre de 1893, en la apertura de la temporada de invierno del Gran Teatro del Liceo de Barcelona, Santiago arrojó desde las butacas del quinto piso dos bombas contra los espectadores ubicados en los mejores lugares. Se representaba el segundo acto de Guillermo Tell, obra de Gioachino Rossini. De las bombas sólo estalló una, suficiente para matar a veintidós personas y herir a decenas más. Salvador pudo huir en medio de la confusión derivada del estallido.

Sin el culpable en la mano, en Barcelona se impuso la ley marcial. Cánovas mostró su rostro más feroz con la represión que su gobierno ordenó desencadenar en la ciudad condal. Cientos de anarquistas, o sospechosos de serlo, fueron arrestados por los fuerzas de seguridad. Se culpó, sin más prueba que confesiones resultado de la tortura, a dos anarquistas. Ambos inocentes fueron ejecutados en mayo de 1894. Salvador Franch fue apresado en Zaragoza, intentó suicidarse, y al fracasar en ese empeño lo trasladaron a la cárcel de Montjuic. Durante el juicio dijo que cometió el atentado para vengar la ejecución de Paulino Pallás, al que conocía y admiraba. Fue ejecutado a garrote vil en una plaza de Barcelona.

Antes de ello, protagonizó Salvador una farsa de fingida contrición y retorno al catolicismo, pero al conocerse la condena a la pena

capital el teatro se vino abajo. Murió dando *vivas* a la anarquía y a la revolución social.

El ataque al Liceo incrementó la persecución sistemática a todo lo sospechoso de simpatizar con el anarquismo: prensa, sindicatos y presuntos sediciosos de toda índole. Se promulgó una nueva ley para castigar inexorablemente los atentados perpetrados con explosivos, la cual prescribía la pena de muerte en caso de resultar muerta alguna persona. Asimismo, se castigaba la conspiración para cometer, instigar o hacer apología de dichos crímenes y se ordenaba la disolución de los grupos promotores. Pero, eso sí, el gobierno español, celoso de su soberanía, rechazó una petición de Italia para remitir a su embajada informes periódicos sobre las actividades del anarquismo ibérico. Las conexiones internacionales parecían ser claras en virtud de la comprobada presencia de anarquistas franceses e italianos, pero las autoridades españolas decidieron desdeñar cualquier tipo de cooperación intergubernamental.

* * *

Siguieron al brutal atentado del Liceo más de dos años de relativa calma, hasta el día de la procesión del Corpus del 7 de junio de 1896, cuando un fanático temerario lanzó una bomba contra la piadosa multitud. Seis individuos murieron en el acto, cuarenta resultaron heridos. Casi la totalidad de las víctimas pertenecía a la clase trabajadora. De nuevo, represión policial atroz e indiscriminada. Cerca de seiscientas personas, hombres y mujeres, fueron arrestadas. La mayor parte eran socialistas y sindicalistas. Anarquistas, los menos.

Correspondió a la justicia militar el esclarecimiento del caso debido a que un soldado en servicio activo estaba entre los heridos. Los investigadores carecían por completo de información fidedigna sobre la actividad de los grupos anarquistas en Barcelona. Se procedió, por tanto, a actuar a rajatabla. Cualquier indicio era suficiente para calificar de sospechosa a una persona, cosas como leer prensa de izquierda o "subversiva", asistir a mítines o conferencias anarquistas o consideradas como tales e incluso visitar determina-

das tabernas. Dentro del total de arrestados había muchos extranjeros. Llevados al castillo de Montjuic, muchos serían sometidos a toda clase de torturas para arrancarles confesiones. Algunos de ellos, jamás se sabrá cuántos, morirían; otros quedarían lisiados permanentes o dementes.

En Montjuic se celebró un ignominioso proceso contra ochenta y siete personas. Las diligencias fueron llevadas a cabo sin ninguna garantía jurídica y las declaraciones de los acusados se obtuvieron con torturas de todo tipo. El fiscal pidió veintiocho penas de muerte y cincuenta y siete cadenas perpetuas. Revisada la causa por el Consejo Supremo de Guerra y Marina se dio una sentencia definitiva el 1 de mayo de 1897: cinco condenas a muerte, diez a veinte años de prisión, doce de más de diez años y treinta entre ocho y nueve años. A algunos sentenciados se les deportó a presidios africanos.

Los cinco condenados a muerte fueron fusilados una mañana de mayo de 1897 en los fosos del castillo. Cuatro de los ejecutados llegaron al cadalso clamando, incansables, su inocencia. Sólo uno murió confeso. Se trataba del estrambótico Tomaso Aschieri, joven nacido en Marsella de padres italianos, conocido simpatizante anarquista varias veces arrestado por ser sospechoso de actividades ilegales, la última de las cuales se suscitó a raíz del bombazo de la Plaza Real, como ya lo hemos visto, aunque jamás pudieron comprobarle fechoría alguna. Más bien, el tipo era confidente del cónsul francés, uno más de esos chivatos que abundaban dentro de las organizaciones anarquistas europeas. Incluso prestó también sus servicios de soplón al gobernador civil de Cataluña. Aun así, en la noche del atentado del día de Corpus fue detenido. Se declaró anarcocomunista y partidario de la propaganda por la vía de los hechos. Fue él quien incriminó al resto de los ejecutados. En el momento de su detención tenía veintisiete años de edad. Fue uno de los que sufrieron más torturas por parte de la Guardia Civil dentro del castillo de Montjuic. Pero con todo y haber sostenido su confesión hasta el último momento, no se verificó a plenitud su participación concreta en el atentado. El espurio reconocimiento de su

culpabilidad y su denuncia a los otros presuntos anarquistas constituyeron la dudosa base legal para instruir el proceso de Montjuic.

Por otro lado, la condena al atentado fue muy severa incluso dentro de ciertos círculos anarquistas, aunque hubo quienes justificaron a los responsables. "El verdadero culpable de esta hecatombe es el Estado burgués, porque con su violencia engendra más violencia", señalaban los más radicales, pero los moderados eran mayoría y reprobaron tan inicua acción. Malatesta publicó en Londres un artículo comparándolo con la inquisición y el terror jacobino. Hablaba del "furor morboso de los místicos sanguinarios" que habían provocado "un holocausto sangriento en el altar de un dios vengativo o de una idea, que para el caso es lo mismo. ¡Oh, Torquemada! ¡Oh, Robespierre!"

* * *

Cánovas del Castillo tenía pleno conocimiento de todos los excesos de la justicia militar en Barcelona. De hecho, bajo sus órdenes expresas se aplicaba la tortura a los sospechosos. De nuevo mostró a toda luz el jefe de gobierno la cara de la bestia. El propósito era descabezar, a cualquier precio, al movimiento libertario. Para desarrollar esa tarea represiva (por cierto, atizada con ahínco por asociaciones reaccionarias, sectas religiosas integristas y jesuitas) las autoridades suprimieron las garantías constitucionales entre junio de 1896 y diciembre de 1897. También se reforzaron las leyes represivas, las cuales ahora vedaban toda propaganda a favor de una "determinada doctrina política llamada anarquismo".

Pero el gobierno empezó a pagar un precio demasiado oneroso en términos de imagen por los excesos de violencias y de insensatez. Las críticas a tanta barbaridad arreciaron, pero sobre todo allende las fronteras españolas. Mucho se interesó la prensa europea en este drama "digno del medioevo". La presencia ante el mundo llamado "civilizado" de España, de por sí en esos momentos poco prestigiada por culpa del sanguinario sometimiento de los independentistas en Cuba, quedó muy deteriorada. "África empieza en los Pirineos", dicen que afirmó Dumas. Las campañas de prensa

denunciando las barbaridades de Montjuic fueron particularmente severas en Francia, impulsadas, sobre todo, por *La Revue Blanche* y de *L'Intransigeant* de París. En Estados Unidos la prensa de William Randolph Hearst llevó la batuta, pues sus diarios ya tenían tiempo informando sobre la "crueldad" de la "dominación" española en Cuba. En España, la prensa republicana dirigió la protesta.

* * *

La barbarie de Montjuic provocó entre muchos anarquistas europeos un poderoso anhelo de venganza contra quien consideraban su principal responsable: Antonio Cánovas del Castillo. Angiolillo pronto se contagió de ese furor. Había vivido en estrecho contacto con los círculos anarquistas barceloneses, incluso conoció a Ascheri y se encontraba en la ciudad el infausto día del atentado del Corpus. Huyó de Barcelona porque temía ser arrestado por una policía desaforada. Viajó de nuevo a Francia bajo una identidad falsa y casi de inmediato fue descubierto y expulsado a Bélgica. Residió en Bruselas hasta marzo de 1897, donde sobrevivió gracias a un trabajo como tipógrafo de un periódico socialista. Discutía de manera ardorosa con sus colegas al defender el ideal anarquista y la propaganda por la vía de los hechos. Poco después se esfumó misteriosamente, para reaparecer, de improviso, en Londres.

Sean como hayan sido los cómos y porqués de su sospechoso traslado a la capital británica, ahí estableció contactos con grupos y círculos revolucionarios muy activos y con conexiones internacionales de primer nivel. Conoció a varios anarquistas famosos: Errico Malatesta, Louise Michel y Rudolf Rocker, así como a varias víctimas de las torturas de Montjuic, quienes le relataron, en persona, las iniquidades del proceso. Allí mismo se le inflamó la vena justiciera y, de alguna manera, consiguió en el *East End* hacerse de dos pistolas.

Otra vez bajo misteriosas circunstancias cambió su residencia. Se trasladó a París. Pocos días después de su arribo se entrevistó con Emeterio Betances, delegado de los insurrectos cubanos que luchaban por la independencia de su patria contra el gobierno es-

pañol. Angiolillo tenía ya, en ese momento, la determinación de viajar a España para ajusticiar a alguna alta autoridad gubernamental, quizás a la reina-regente María Cristina o al presidente del gobierno Cánovas del Castillo. De seguro Betences le dio dinero para el viaje. También visitó y recibió recursos de Henri Rochefort, director del diario *L'Intransigeant,* quien tan activo había sido en la denuncia de las arbitrariedades de Montjuic, y a otros anarquistas considerados por la policía como "agentes del anarquismo internacional". Otro encuentro particularmente interesante fue el que tuvo con el anarquista español Fernando Tárrida del Mármol, quien había adquirido fama en la capital francesa por desempeñar una actividad propagandística intensa en favor del anarquismo. Estuvo preso en Montjuic tras el atentado del jueves de Corpus y tras salir de ahí huyo a París para denunciar de manera sistemática y, en ocasiones, muy violenta las atrocidades cometidas por las autoridades españolas. Para ello incluso publicó un libro sobre tan escabroso tema: *Los nuevos inquisidores españoles.*

* * *

Bruno Arpinati escribió sobre Angiolillo:

> Joven, de unos veintiocho años, gran estatura, longilíneo, cara expresiva y delicada, adornada por una barba sedosa y rubinegra, finos modales, rostro de palidez enfermiza. Cuando vino a verme, recomendado por Rochefort, vestía un traje color beige de estilo americano raído y no muy limpio. Blandía en sus manos unos escritos en los que se relataban los suplicios ejercidos contra los anarquistas de Montjuic . Sus conocimientos sobre política eran rudimentarios, y su visión del mundo, angélica. Cuando disertaba sus ideas, se extasiaba. Parloteaba sobre un mundo mejor, sin explotados ni explotadores, en donde todos los hombres fueran buenos y justos. Tiene la mirada extraviada y resplandeciente, tan característica de los iluminados. Abundan los iluminados entre los anarquistas, sobre todo entre los italianos: personajes que asumen tener una misión única en la vida y por eso se la pasan moralizando de aquí para allá. En efecto, la gente así es sencillamente insoportable. Obsesionados por el tema del bien y el mal, los iluminados empiezan en

> algún momento de su vida a empeñarse con un tema en el que pueden proyectar su presunta superioridad moral y satisfacer su insufrible necesidad de cumplir con su elevada misión de guiarnos por el buen camino pese a nosotros mismos, calmar nuestra ignorancia, aliviar nuestras penas y perdonar nuestros pecados. Su tema puede ser religioso, político o lo que sea. En fin, yo a lo mío. Se había entrevistado con Betences, quien le dio mil francos y le recomendó irse sobre la regenta o sobre Cánovas. Le recomendé que se olvidara de la regenta y fuera directo sobre Cánovas, el verdadero responsable político de España. Le di mil francos más y nombres de contactos en Madrid.

* * *

Ya en Madrid, Angiolillo se entrevistó con el republicano anticlerical José Nakens, quien después contó muchas mentiras sobre este encuentro, entre ellas que el anarquista estaba muriendo de hambre. Pero todo eso no puede ser cierto, sencillamente porque en París se había servido bien de las donaciones de Henry de Rochefort, director de *L'Intransigeant*, y también de las de de Betances y Arpinati.

De las primeras cosas que hizo en Madrid fue ir a una imprenta para encargar unas tarjetas de presentación que lo identificaran como "Emilio Rinaldini", supuesto corresponsal de un periódico romano: Il Popolo.

En la capital española se diseñó un plan. Informado Angliolillo por sus contactos de la intención de Cánovas de vacacionar en el balneario medicinal de Santa Águeda, en el País Vasco, abordó un tren en la estación del norte y tras apearse en Zumárraga alquiló un automóvil. Tras arribar al balneario se alojó en un hotel el 4 de agosto bajo la identidad de Emilio Rinaldini. Aseguró padecer una faringitis crónica; "tengo mucha esperanza en las aguas medicinales de aquí, quiero curarme", le dijo al encargado de la recepción. Llevaba una maleta grande como equipaje. Los siguientes días exploró la zona para determinar el mejor lugar para matar al monstruo. Pensó en la carretera rumbo a Mondragón, donde todos los días paseaba Cánovas, pero desechó la idea por considerarla im-

practicable. Después pensó en utilizar dinamita pero, buen hombre como era, tomó la decisión de usar una de sus pistolas para no producir una masacre de inocentes.

* * *

El domingo 8 de agosto de 1897, Cánovas fue a misa y de regreso se dispuso a leer los periódicos en un lugar fresco del jardín del balneario. Tomó asiento en el banco más cercano a las tres grandes puertas que se abrían sobre la galería. Era miope. Para leer el periódico se acercaba demasiado el papel a los ojos y ello le impedía percatarse de lo que sucedía alrededor. El presidente iba solo, sin vigilancia y, además, en ese momento los corredores estaban desiertos. Angiolillo captó la inigualable oportunidad. Bajó desde su habitación con rapidez y sigilo, y sin problemas disparó contra su víctima. Un primer disparo dio en la cabeza. La víctima alcanzó a levantarse antes de que una segunda detonación le fraccionara la yugular. El asesino todavía fue capaz de realizar un tercer disparo en la espalda, e incluso un cuarto, desviado al techo por un teniente de la Guardia Civil que llegó presto a la escena y sujetó al criminal por los brazos.

Doña Joaquina, la esposa del presidente, gritaba y golpeaba con su abanico al asesino, quien mirándola a los ojos le dijo: "A usted la respeto por ser inocente, señora, pero tenía que vengar la muerte de mis compañeros anarquistas de Montjuic". Pronto llegaron más agentes de la ley. Él no opuso resistencia al arresto.

* * *

Con el asesinato de Cánovas, para muchas policías europeas, círculos conservadores, espías del Vaticano y prensa derechista la existencia de una vasta conspiración terrorista internacional quedaba confirmada.

La única conclusión plausible, decían, era que el magnicidio no había sido la obra de un solo individuo por iniciativa propia. Angiolillo fue tan sólo el instrumento. Estaba fichado en Italia, Francia, España, Reino Unido y España como anarquista peligroso. ¿Por

qué entonces nadie hizo nada para evitar su impune traslado de un país a otro? ¿Cómo supo el terrorista que Cánovas iría al balneario de Santa Águeda? ¿De dónde sacó los recursos para trasladarse ahí y hospedarse? ¿Quién pagó los viajes y las estancias en Londres y París ¿Y cómo llegaron a sus manos esas dos pistolas?

Cánovas había recibido anónimos con amenazas de muerte que decían cosas como "si no se hacía justicia en la cuestión de Montjuic, usted será ejecutado". Y no sólo eso, el presidente ya había sido objeto de un atentado en su casa de la calle de Serrano, en Madrid, donde un anarquista de apellido Ruiz (otro tipógrafo, por cierto) pretendió volar el lugar con dinamita, pero al muy torpe le estalló un cartucho en las manos a pocos metros de llegar a su destino. Pese a ello, el presidente estaba muy desprotegido el día del asesinato. ¿Cuál es la razón detrás de tan evidente negligencia?

Para colmo, una vez detenido Angiolillo el caso se resolvió de manera sumamente expedita, sin iniciar una investigación a fondo ni seguir las pistas de manera escrupulosa. En menos de doce días la jurisdicción militar proclamó la sentencia de muerte y el criminal fue ejecutado sin dilación.

Angiolillo casi limitó su defensa ante el tribunal a decir una proclama: "Sólo sé de una ley: la solidaridad con los pobres, los olvidados y los miserables de este mundo". Condenado a muerte, la sentencia se cumpliría el 19 de agosto de 1897, apenas once días después de cometido el magnicidio. En el patíbulo se enfrentó serenamente y sin alarde al calvario. Se despidió de la vida exclamando sólo una palabra: "¡Germinal!", en homenaje a la gran novela de Émile Zola.

* * *

Escribió Bruno Arpinati sobre el magnicidio de Cánovas:

> Murió el déspota abatido por las balas de Angiolillo, y su muerte revivió, en buena hora para mí, la teoría de una gran conspiración mundial judeo-anarco-masónica. Una vez descubiertos los contactos que el tiranicida tuvo en París con Betences, sobran quienes ven en el italiano un "tonto útil" manejado por los

independentistas portorriqueños y cubanos. Según cierta prensa española sensacionalista y conservadora, Cánovas murió víctima de algún tipo de conjura promovida por los imperialistas norteamericanos, y para probar tan descabellada teoría aseguran que Betences trabajaba para los servicios de inteligencia de Washington. ¡Absurdo! Con algo más de profesionalismo periodístico, quizá se hubiesen enterado de lo dicho por Fenando Tárrida del Mármol, quien al hablar en un mitin anarquista en París terminó sus palabras diciendo: "En estos momentos se está haciendo justicia en España". Precisamente en aquellos instantes se producía en Santa Águeda el ajusticiamiento de Cánovas.

WASHINGTON, D. C.

Marzo de 1897

Camina a grandes pasos, radiante y muy orondo por la avenida Pennsylvania. A pesar del violento frío invernal hay un amable ambiente de carnaval en Washington, el mismo que siempre se respira aquí los días de toma de posesión de un nuevo presidente. Las multitudes que esperan aplaudir y saludar a su nuevo mandatario saturan las aceras en ambos lados de la gran avenida. Ríen y celebran mientras ven pasar al flamante jefe de Estado con su cortejo triunfal, dentro del cual marcha Mark Hanna, quien, por un momento, se permite fantasear que todas esos homenajes son para él. Como avanza justamente atrás del carruaje donde van McKinley y su señora, es obvio que le toca escuchar el clamor de la gente en el momento de su apogeo, por eso se imagina asimismo, de manera efímera, el objeto de tanta ovación. Tristemente, él jamás ha sido electo para ningún puesto público. Ni siquiera ha aparecido su nombre en alguna boleta electoral. De hecho, si es conocido por la gente común es a causa de las caricaturas satíricas de los diarios de Hearst, que lo ridiculizan como un hombre feo, obeso, antipático, rico e inescrupuloso. Pero más allá de la grosería de los pasquines y de la maledicencia de sus enemigos está la élite que sí conoce de política, ese informado y selecto círculo que sabe a la perfectamente bien quién es él. Ellos están al tanto de que ha sido Marcus Alonzo Hanna el auténtico ganador de los pasados comicios, el que logró llevar a este gran papanatas de McKinley a la Casa Blanca. ¡Y vaya que no fue una hazaña sencilla ganar las elecciones! La campaña

debió afrontarse con enorme gallardía y talento. Enfrente tenían al demagogo más carismático y hábil que ha visto Estados Unidos desde la Independencia, mientras el candidato republicano era un abogadillo soso, pésimo orador y gris personaje casado con una neurasténica odiosa.

No, señor, sólo los muy avezados en el tema de la política, los verdaderamente iniciados saben quién es Mark Hanna y reconocen la dimensión de la proeza que significó recaudar casi veinte millones de dólares para apoyar a un pobre tonto. "¡Veinte millones de dólares!", piensa Hanna. "Ningún candidato en ninguna parte ha juntado siquiera una fracción de esa plétora. ¡Yo lo hice para McKinley, un sujeto que quebró, por idiota, con el pánico del 93! ¡Yo lo salvé de la bancarrota! ¡Yo lo recogí del suelo para hacerlo presidente! Y lo mejor fue que esa astronómica cantidad que reuní para la campaña la obtuve *ordeñando* a los avariciosos millonarios e industriales de este país. ¡Con eso cambió la democracia para siempre! ¡Se ha fortalecido, sí señor! No es como proclama ese megalómano de Hearst, quien afirma que el gobierno de las corporaciones ha vencido al gobierno del pueblo. ¡Demagogia! El gobierno nunca ha sido ni será cosa del pueblo. Siempre habrá una aristocracia gobernante. Es al contrario de como dice Hearst. Ahora por lo menos se abre más el juego. No se les da nada gratis a los millonarios. Si quieren gobiernos afines deberán pagar. ¡Eso es democracia!"

* * *

En todas sus "valiosas aportaciones" a la democracia cavilaba Hanna mientras marchaba por la avenida Pennsylvania. También recordaba cómo fue capaz de unir y movilizar al Partido Republicano como nunca antes lo había estado en su historia. Incluso acérrimos enemigos personales suyos como *Teddy* Roosevelt y Tom Reed (el poderoso presidente de la Cámara de Representantes) tuvieron que alinease y hacer giras por el país para dar discursos en favor del candidato de Hanna. ¡Y qué decir de la eficaz estructura que fue capaz de articular en unos cuantos meses! Por primera vez, una campaña conoció alcances verdaderamente nacionales,

con una presencia abrumadora y constante en todos los rincones el país. Bueno, salvo en el retrógrado sur, que a nadie le importa. Y él había sido desde el principio el cerebro que armó todo ese gigantesco tinglado desde que empezó a vender a McKinley como posible candidato ya desde la Convención Republicana del 92. Él fue el jugador que movió el primer peón de esta partida y desarrolló las estrategias, los enroques, las combinaciones, los gambitos y los sacrificios hasta lograr el jaque mate.

Fue él quien había ganado la elección, pero McKinley será quien ocupe la presidencia. Hanna, viejo zorro, conoce bien la artera naturaleza humana y sabe que la gente es malagradecida. Por eso poco se sorprendió cuando habló por teléfono para felicitar a su muchacho al día siguiente de la elección y McKinley sólo acertó a decir, después de una pausa, un simple y timorato "gracias", como si el que estuviera felicitándolo fuera un funcionario menor o un politiquillo que desea quedar bien para ver si consigue un empleo. Y después tuvieron que pasar varias semanas antes de que el señor presidente electo se dignara citarlo en la casona de Canton para invitarlo a formar parte del gabinete. "Tú decide en qué puesto estarás más cómodo, Mark". ¡Buen intento, amiguito!, pero se necesita mucho más que un vulgar ofrecimiento de ese tipo para engañar a *Mark the Shark,* que sabe perfectamente bien lo falaz y efímero de los puestos en el gabinete presidencial. Cualquier mal día el señor presidente lo citaría para informarle que por razones "de fuerza mayor" y por el bien de la administración debe salir del gobierno tal como entró. Y entonces, ¡zap! Despedido por la libre voluntad del chico McKinley. Y considerando el gran número de enemigos que Hanna tiene dentro y fuera del gobierno, las posibilidades de un paso fugaz por el gabinete no eran desestimables. Además estaban Hearst y sus periódicos, a quien le caería de perlas la presencia de Hanna en el gabinete. Sería un pretexto ideal para tirotear con saña al gobierno, y de esta forma se convertiría en un extraordinario chivo expiatorio cuando las cosas empezaran a salir mal.

Hanna declinó de inmediato la invitación. Lo que el tiburón necesitaba —y demandaba— era una posición independiente, un lu-

gar alejado del libre albedrío de McKinley y en el que no resultara víctima fácil de la prensa. En resumen, exigía un cargo del cual no pudiera ser removido de un día para otro, a pesar de la ferocidad de los ataques de sus enemigos. Y ese sitio estaba en el Senado.

—Gracias por esa inmerecida invitación, William, pero creo que sería un error estratégico para ambos. Sería sólo un pretexto para que tus enemigos te critiquen. No, señor, ¡hay que pensar en el éxito de tu administración ante todo! Trabajando en la trinchera parlamentaria te sería mucho más útil —y le exigió un escaño en el Senado, como su singular y postrer petición.

La cosa no era tan sencilla. Se trataba de un cargo de representación en el Congreso federal que dependía de la decisión de la legislatura local del estado de Ohio. Pero un hombre resuelto como Hanna no se iba a detener en detalles. Ya había ideado toda la estrategia a seguir:

—Incluye al senador Sherman en tu gabinete, será una estupenda forma de recompensar su larga y fructífera carrera política —sugirió Hanna a McKinley—, así quedará un escaño vacante en la representación de Ohio en el Senado. Acto seguido, hacemos que el nuevo gobernador, de acuerdo con sus facultades constitucionales, me nombre como sustituto.

—Maquiavélica estratagema —observó el anodino McKinley cuando Hanna se la planteó—. Sólo veo un problema: ¡el nuevo gobernador de Ohio te odia!

—Ahí es donde entras tú, amigo; el gobernador no podrá desconocer tu autoridad moral y política—le respondió Hanna mientras encendía un puro.—Mmmm... será difícil, muy complicado. Quizá más que ganar la elección presidencial —respondió el candidato electo.

Pero tuvo que acceder. Presionó y presionó al nuevo gobernador y ahora que Sherman (para la mayor parte de los comentaristas políticos, ya un hombre senil) se hará cargo de la Secretaría de Estado, Hanna espera la confirmación de su nombramiento como senador sustituto por el gran estado de Ohio.

Ya para entonces las conversaciones de Hanna con McKinley habían dejado de tener el cálido tono de confianza y amistad que las caracterizó desde hacía décadas. Era obvio, todo ser humano desconfía y llega a odiar a quien todo le debe. Hanna sabe que a partir de ahora debe esperar muy poco de la Casa Blanca. Pero ¡qué importaba! Sería senador, y uno de los más importantes y renombrados del país. Ya no sería el tenebroso recaudador de dólares que se reúne tras bambalinas con millonarios para exprimirlos, sino que destacaría por su sagacidad como tribuno y por su capacidad como legislador. Tendía su propia base política, que sabría trabajar con su legendaria astucia y sabiduría. Daría a conocer sus propios puntos de vista sin recibir la censura de nadie y los diría con el tono directo que siempre ha tenido y que tanto le gusta a la gente. Como senador, para Mark Hanna el único límite sería el cielo.

* * *

—Después de la forma en que los republicanos compraron la elección presidencial del año pasado, el deber de la prensa libre es constituirse en el último baluarte de la democracia, y creo, *mon cher ami,* que eso es cierto tanto para Estados Unidos, donde combatimos el inconmensurable poder de los Trust, como para Europa, incluida la France, *evidentment,* donde gracias a la prensa nacionalista despierta y activa que usted representa se ha logrado mantener a raya la influencia de más de una "fuerza oscura", *se ne pa?* —externaba William Randolph Hearst a su invitado Clément Poitrenaud, enviado especial de Édouard Drumont, el polémico director del periódico *La Libre Parole,* famoso pasquín antisemita, que se hallaba en Nueva York para conocer los métodos del "Zar de la prensa americana", como lo había hecho Maurice Vignancour poco tiempo antes.

—Sí, señor Hearst, ustedes aquí en Estados Unidos tienen el poder de sus Trust, pero nosotros vamos contra el inmenso poder judío internacional, que no es cualquier cosa. Los Rothschild, por ejemplo —respondió Poitrenaud haciendo gala de un impecable inglés.

—Y su mérito es grande, *absolutment* admirable —Hearst insistía en intercalar, de súbito, expresiones en francés que había aprendido o repasado ex profeso para atender esta cita—. Si no fuera por la presión de la prensa patriótica francesa, no se hubiera descubierto el Escándalo de Panamá, ni Dreyfus estaría en la Isla del Diablo.

—Libramos una batalla contra la podrida III República como usted lo hace con los republicanos y tipos como el senador Hanna.

—La *Troisieme Republique, se ne pa?* —Hearst insistía en usar su francés empeñándose en marcar, según él, la pronunciación.

—*Se tres bien, monsieur Hearst!,* pero tenemos mucho que aprender de sus estupendos métodos para llegar a la gente de manera masiva. Por eso estoy aquí.

—Hay que estar identificados con el público, saber qué es lo que quiere, entender cuáles son sus sentimientos hacia todos los asuntos públicos. La democracia ha resultado una falacia en Estados Unidos. Es el gobierno de las corporaciones, no del pueblo. Por eso sólo quedan los periódicos, pero éstos tienen la obligación de venderse, de ser atractivos para subsistir en un mundo de fuerte competencia comercial. Es indispensable para lograrlo que estén en comunión con las emociones del público. Nosotros lo hemos logrado en la corporación Hearst desde la fundación de nuestro primer periódico, el *San Francisco Examiner.* Al mismo tiempo, estamos atentos del devenir de la política. Somos los que ponemos el dedo en la llaga. El Congreso, los partidos y el resto de los órganos de pseudo representación quedarán muy pronto rebasados porque no representan a la gente, sino a los intereses de los grupos de poder y de los millonarios que los compran. Pero la prensa popular sí representa el sentir profundo del pueblo... ¡Qué buen Bordeaux!, *se ne pa?, Santé!* —y levantó la copa para brindar con el vino que estaban degustando mientras hablaban.

—Pero ¿qué hacer para masificarse sin perder la seriedad?

—¿Seriedad? *Non, mon ami!,* ¡hay que cambiar de valores! Lo serio, entendido como lo solemne o lo "profundo", nunca es popular y, por lo tanto, no es susceptible de masificarse. *Non, monsieur,* hay que ser atractivos a la gente común, y la gente común valora más

sus sentimientos que su cerebro— y tomó un ejemplar de la *Libre Parole* que descansaba en la mesa—. Miren, ustedes los periódicos europeos tienen demasiadas palabras. La gente no lee, se cansa. Hay que incrementar los dibujos, las ilustraciones, todo eso ayuda al lector popular, que es perezoso, y en cuanto a los contenidos no se puede depender sólo de vender política. Hay que explotar lo que llama la atención a los sentimientos de la gente, incluso de su morbo. Eso vende y es masivo.

—La nota roja.

—Sí, *rouge, rouge* —dijo riendo, divertido de su mal francés—, porque si el periódico no se vende o no circula, es como si no existiese y termina por desaparecer.

—Pero eso puede ser difícil, sobre todo si no hay noticas, ni siquiera *rouge.*

—¡Ah, pero ahí está el secreto del periodismo moderno, mi querido *cher ami!* —exclamó levantando las manos—. Si no hay noticias hay que hacerlas, inventarlas, que nada hay de malo. ¡La prensa será tan importante en un futuro cercano que no sólo informará, sino que será la fuente de las noticias! Es una legítima estrategia comercial. El periódico debe venderse para sobrevivir, y si para eso debe, digamos, exagerar o, si prefiere usted, saber destacar algunas cosas sobre otras, ¿quién puede reprocharlo?

—*Naturalment.* Pero, ¿cómo hacer noticias?

—Mire, justo ahora mis periódicos han iniciado una campaña a favor de la liberación de Cuba. Como sabe, la dominación española ha llegado a extremos intolerables en esa isla. Nosotros demandamos que Estados Unidos declare la guerra a España e intervenga en Cuba, y para conectar con el sentimiento de la gente y no sólo abrumarla con datos y política contamos todas las historias de los horrores que perpetran los malvados españoles con lujo de detalle. ¿Que algunas son exageraciones o hasta mentiras? ¿Qué importa, si al final apoyamos a una buena causa, ne pa? —y con un gesto remata—: Así, vendemos nuestro journal, acrecentamos nuestra influencia y luchamos por la causa de la reafirmación nacional de

Estados Unidos como un imperio que debe tomarse en cuenta. ¡Sí, señor!

—*Interessent.*

—Si Estados Unidos expulsa a los españoles de Cuba, de las Filipinas y de Puerto Rico, le diría al mundo: "Hey, aquí estamos, somos un nuevo imperio. Imperio de la libertad, claro está; lo que hicimos fue para liberar a los cubanos de su esclavitud".

—Si es tan claro, ¿por qué McKinley se rehúsa a declarar la guerra? ¿No le conviene a los millonarios empezar un imperio mundial?

—No, los millonarios sólo piensan en ganar dinero y para eso no necesitan ninguna reafirmación nacional o gloria militar. El dominio mundial lo tienen de todas formas. Como los judíos, dice usted, ¿no? ¿Cuántas guerras han ganado los judíos? No, señor. Y por lo que respecta al pusilánime McKinley, no quiere asumir la iniciativa porque para él y los republicanos es más cómodo gobernar sin arriesgar absolutamente nada.

—Pasa lo mismo en Francia. Es increíble que esa república de mierda que tenemos se resigne como lo hace a perder para siempre Alsacia y Lorena.

—¡Pero para eso está la prensa! Todos los días machacamos con las crueldades españolas perpetradas a noventa millas del país que presume ser campeón de la libertad. ¡Y se trata de arbitrariedades cometidas por una potencia europea en América! ¿Dónde ha dejado McKinley la doctrina Monroe, esa de "América para los americanos"? Sí, mucho ha usado el eslogan a la hora de justificar sus políticas proteccionistas, pero se arruga en el momento de hacer valer nuestro legítimo predominio sobre el continente. Traiciona valores que nos dieron sentido de nación —vuelve a tomar un trago, ve algo nervioso el reloj, y prosigue—. Ya verá que tarde o temprano obligamos al omiso presidente a que actúe. De esa manera, ¡dejemos que los ricos compren las campañas electorales! ¿Qué importan las campañas cuando se domina a la opinión pública? Ésta es democracia en el sentido más puro y clásico del término "el poder del pueblo", *ne pa?*

—Bueno, como le decía, nosotros tenemos el problema de Alsacia, pero no es lo mismo ir a la guerra contra Alemania que contra España —el rostro de Poitrenaud se ensombreció al externar eso— y el país no está para aventuras coloniales; no paran los traspiés del gobierno en Indochina y en África. ¿Qué vender en Francia, además del antisemitismo?

—El antisemitismo está bien, pero hay que alimentarlo, ponerlo al día. Lo de Dreyfus fue estupendo, un *hit*. Ahora busquen otra cosa. ¡O inventen! Por ejemplo, ahí está el cuento de la conspiración judeo-masónica para que anarquistas locos maten a jefes de Estado y que usted me estaba explicando hace unos momentos.

—Pero es verdad, *monsieur,* en efecto existe una conspiración que pretende diseminar el terrorismo.

—Más a mi favor. Busquen, averigüen, exploren, exageren, y si no encuentran nada, entonces conjeturen, inventen. ¡Ésa sí que es una buena historia! Tiene todo: intrigas, secretos, violencia, anarquistas alienados que caminan solitarios por las calles con bombas y pistolas, judíos, masones... ¡Me encanta! Ojalá fuera posible aderezarlo, en algún momento, con alguna tragedia sentimentaloide, de preferencia que involucre un romance truculento, o que algún anarquista asesinara a alguna princesita guapa o reina melancólica de esas que hay en Europa. ¡Eso sería bello! Pero con lo que tienen basta para crear un buen cuento. ¡Qué más quieren! Y si no hay material, inventen, que es por una buena causa. Ya ve, a eso me refiero con inventar noticas por el bien público.

—Es usted *sencillament admirable, monsieur Hearst!*

—Sí, lo sé, lo sé —reconoció Hearst riendo de buena gana.

LOS TRAVIESOS

París, Francia, 1897-1898

Durante el tiempo que transcurrió del asesinato de Carnot al de Cánovas (más de tres años) fue menguando el interés en la Gran Conspiración. Todo mundo estaba atento del escándalo Dreyfus. Pero, de repente, la muerte de Cánovas lo cambió todo. La muy afortunada coincidencia de haberme entrevistado con Angiolillo, gracias a mi amigo Rochefort, rescató mi prestigio de "gran conspirador y agente provocador", sobre todo a los ojos de Maurice, que ya empezaba a aburrirse del asunto. Tampoco ayudaba el giro que para principios de 1898 estaba tomando lo de Dreyfus y la creciente posibilidad de que el capitán fuera inocente. Maurice se jalaba los pelos. Sus planes de saltar a la política se veían constantemente frustrados. Todos los personajes destacados de la derecha nacionalista desconfiaban de él, lo mismo que los radicales republicanos, ya no hablar de la izquierda. Además, *Le Phare de l'Occident* estaba perdiendo dinero, al grado de que el padre de Maurice decidió tomar cartas en el asunto e imponerle un administrador que cuidara sus finanzas. Deprimido, nuestro director volvió a sus viajes en busca de un "asidero existencial", como decía él, y de la diversión que Francia le negaba. Dejó la batuta del periódico a su segundo de a bordo, un tal Marcel Delmer, periodista experimentado pero de escasa imaginación con quien yo no me llevaba muy bien.

A Maurice le seguía tentando emigrar a Estados Unidos y hacer negocios con Mark Hanna o "algún gran millonario de los que hay allá", pero sus recursos menguaban al mismo ritmo que lo hacía

su voluntad. Eso sí, fue capaz de entrevistarse otra vez con Hanna durante una nueva visita a la Unión Americana.

—Te quiere conocer, Bruno; le he hablado mucho de ti —me dijo a su regreso—. Está seguro de que el terrorismo anarquista ha llegado a Estados Unidos y amenaza a lo mejor de la sociedad americana.

Por mi parte no veía mal visitar Estados Unidos en un futuro cercano. Decidí escribirle a Hanna una carta a su oficina del Capitolio para saludarlo y manifestarle también mi interés de conocerlo personalmente en su país. La contestación del senador llegó pronto: "¡Encantado, señor Arpinati! Mucho me ha hablado Maurice de usted y de sus diversos talentos. Necesito aquí alguien que me asesore sobre las agitadas aguas del mundo moderno, tan lleno de conspiraciones y maldad. Infórmeme, se lo ruego, sobre cuándo piensa venir a América y estaré listo para recibirlo"; fue la amable respuesta de este político dueño de una tremenda fama de venal y taimado.

Maurice dejaba cada vez más abandonada a su esposa Mónica, mi paisana y mujer en muchos sentidos excepcional. Habíamos iniciado ella y yo un romance intenso y furtivo a los pocos meses de conocernos, el cual creció en la misma medida en que se acentuaba el alejamiento del marido. Claro, él nunca me hubiera perdonado este *affaire*. ¡Ya me lo imagino retándome a un ridículo duelo! Pero el muchacho estaba cada vez más distanciado de su esposa, del periódico y, en general, de las cosas del mundo. De hecho, y como me lo confesó, él tenía sus propias aventuras, la más apasionada de ellas con una misteriosa y "perversona actriz polaca" de nombre Sonia Malankiewicz, quien vivía en París y que, de paso, había introducido a mi alienado amigo a los desbarros de la teosofía, el ocultismo y esoterismos por el estilo.

Pero el asesinato de Cánovas lo cambió todo. "¡El próximo magnicidio será en España, amigo, y es inminente!", le dije a un escéptico Maurice a los pocos días de mi entrevista con Angiolillo. Claro, en ese momento yo no podía saber qué tan exitoso sería este individuo estrafalario en sus planes justicieros, pero era lo único que

tenía a la mano para medio entusiasmar a mi cada vez más escéptico amigo. Eso sí, cuando sucedió el atentado de Santa Águeda volvió el frenesí anticonspiracionista. De repente mi credibilidad se recuperó. Confieso que esos años yo también empezaba a aburrirme del periódico, de la Gran Conspiración, de los anarquistas... y de todo. Subvencionado, como estaba, por mi madre, no me la pasaba mal. Atendía bien a Mónica y a algunas de mis alumnas del Liceo; viajaba contantemente, leía todo lo que caía en mis manos, frecuentaba algunos de los más inocuos círculos anarquistas y, eso sí, visitaba de manera periódica Londres para ver si salía algo interesante de los "conspiracionistas" del otro lado del Canal de la Mancha. París, en medio de la locura, no dejaba de tener sus encantos, desde luego, sobre todo si se tiene un gran y tierno amor como el de Mónica, tan bella y delicada, apasionada y sensible. Pero con Cánovas muerto volvimos a poner manos a la obra en lo de las conspiraciones. Fue entonces que apareció en escena la sombra de Piotr Ivanovich Rachkovsky.

* * *

Un día de diciembre de 1897, Maurice entró exultante a las oficinas del periódico. Su amiga Sonia le había presentado al célebre jefe de la policía secreta rusa (la Okhrana) en París: Piotr Ivanovich Rachkovsky.

—Quiere que colaboremos con él, Bruno; también va tras la huella de la Gran Conspiración y tiene muchas pistas y algunas ideas. Resulta que le comenté a Sonia lo que me dijiste sobre el inminente magnicidio en España y ella se lo contó a Rachkovsky. Ahora, tras lo de Cánovas, lo dejamos atónito, de ahí su interés por conocerme. También quiere entrevistarse contigo. Mira, me dio esto —y extendió hacia mí un librito con el nombre de *Anarquía* y *nihilismo,* escrito por un tal Jehan-Préval.

Se trataba de un libelo cuyo autor afirmaba que una "nueva época" estaba a punto de arribar en la cual los judíos, organizados en una gran red internacional, tomarían el control del mundo. Según lo anterior, como consecuencia de la Revolución francesa, "el judío"

se ha convertido en "dueño de Europa" y es capaz de regir en veladas formas tanto repúblicas como monarquías. En fin, lo mismo de siempre, salvo que contenía una advertencia dirigida al público ruso: "El único obstáculo que resiste la dominación judía es la fortaleza moscovita y una mafia internacional de judíos poderosos y ricos, afincados en las principales capitales europeas, urden la creación de una coalición anti Rusia".

Maurice aseguraba que en Jehan-Préval estaba la clave de la conspiración, o por lo menos eso le había dicho Rachkovsky.

—Me preguntó si tú conoces a ese Jehan-Préval. ¿Lo conoces?

Jamás había escuchado mencionar a ese personaje en Francia ni en Londres ni en Italia, pero para no quedar mal le contesté a Maurice:

—He oído hablar de él, pero me da la impresión de que sólo es un pseudónimo; dame unos días y te tendré noticias más concretas sobre el tipo.

Por supuesto, yo sabía de Rachkovsky, y lo último que me interesaba era conocerlo de manera personal. Personaje lúgubre, en los círculos anarquistas lo detestaban. Rochefort me contó en alguna ocasión que hace algunos años, bajo sus auspicios, se creó una organización revolucionaria rusa, la cual se dedicó a perpetrar atentados con bombas fabricadas en un taller de los suburbios de París. Era una añagaza, un fantástico montaje, pero todos lo creyeron. Este grupo reclutó a decenas de ingenuos idealistas. Varios atentados con explosivos anarquistas realizados en ese tiempo en París y otros lugares habían sido ordenados subrepticiamente por Rachkovsky para convencer a Francia de establecer un pacto con el zar, el cual parecía, a la sazón, imposible por tratarse, por un lado, de una república laica y democrática, y por el otro, del autocrático e intolerante Imperio ruso. ¿Matrimonio antinatura? No, por encima de consideraciones ideológicas ambas potencias necesitaban romper el aislamiento internacional en el que se encontraban en ese momento, sobre todo tomando en cuenta la presencia cada vez más incómoda para ambas potencias del ambicioso y potente Imperio alemán. Por eso, en 1893, Francia y Rusia concretaron tan

insólita alianza, y decenas de los supuestos terroristas (tontos útiles) fueron expulsados de Francia y enviados a Siberia.

Por ese motivo, después de las fiestas de fin de año, que aproveché para pasar una deliciosa estancia en Suiza con Mónica (Maurice la había abandonado porque se llevó a Sonia a España), decidí visitar una vez más a mi amigo Rochefort, quien antes ya me había dado antecedentes de Rachkovsky, con el fin de que me aportara más pistas sobre este infame personaje; también para que me hablara más de la noviecilla de Maurice, Sonia Malankiewicz, y las razones por las que precisamente ella le presentó a mi amigo al terrible jefe de la Okhrana, con quien Maurice platicó acerca de mi vaticinio en torno a la muerte de Cánovas. Confieso que la sombra de Rachkovsky le daba al asunto un giro excitante, pero también, para mí, amenazador.

* * *

Me entrevisté con Rochefort en la sede de *L'Intransigeant,* un par de cuartuchos incómodos y desordenados con muebles desvencijados y paredes desnudas, una fría mañana de febrero de 1898. Estaba furioso por el giro que había dado el caso Dreyfus.

—Triunfará el sindicato de la traición… Triunfará el bastardo de Jaurres —me espetó casi en cuanto entré a su oficina.

En fin, desahogó un rato conmigo su ridícula fobia antisemita. Y enseguida entramos en el tema que me interesaba.

—Como ya te lo había dicho antes, Bruno, Rachkovsky es un bellaco de la peor ralea —afirmó en cuanto le pregunté si tenía nuevas noticias de dicho personaje—. Es un polizonte experto en la intriga y en los métodos brutales. Un maestro de la falsificación, el chantaje y el cohecho. Una de sus especialidades es crear organizaciones terroristas ficticias para perpetrar atentados y justificar persecuciones en Rusia y fuera de ella. Me parece que ya te he platicado cómo se las ha gastado aquí en París. Tiene agentes provocadores por todos lados. También dirige una red de espías que le proporciona información de activistas, exiliados e intelectuales. Goza de mucha

credibilidad y posee estupendos nexos con la policía francesa. Incluso el papa León XIII lo recibió alguna vez en audiencia.

—¿De verdad? ¡Vaya! —externé con sorna, acordándome del supuesto espía Giacinto della Giovanna.

—¡Y más! —Rochefort tomaba un café tras otro mientras conversaba conmigo—. Ha amasado una fortuna gracias a sus cohechos y a la especulación en la bolsa, lo cual le permite vivir como un sultán. Su esfera de influencias es poderosa en Rusia, aquí en Francia y en otros países europeos. Es amigo de ministros, legisladores, jefes de policía, etcétera —y tras dar un suspiro y menear un poco la cabeza dijo en voz baja—: Sus métodos no excluyen el asesinato de potenciales rivales.

Aquí, confieso, sentí cierto cosquilleo.

—Mucho se rumorea que él mandó eliminar a un general ruso de apellido Seliverstoy, enviado en 1890 por el gobierno del zar para investigar sus actividades en París, quien un día apareció en las aguas del Sena, ahogado tras una borrachera. Muy sospechoso porque se dice que el militar era muy disciplinado y, pese a ser ruso, no era afecto a las francachelas. La policía fue muy negligente en la investigación del crimen, debo decirlo, y la embajada rusa no presionó mucho, por alguna extraña razón, digo yo.

Y tras levantarse del horrible sillón rojo donde estaba sentado explicó:

—No conozco a la amiga de Maurice Vignancour, la tal Sonia Malankiewicz, pero me llaman la atención dos cosas: su adscripción a la teosofía y su apellido. Lo primero me recuerda a la famosa Yuliana Glinka, una aristócrata rusa que, en su momento, se desempeñó como dama de honor de la emperatriz María Alexandrovna, la consorte del zar Alejandro II. Tras morir su ama vivió en París casi veinte años dilapidando la gran fortuna que había heredado de su padre. Se hizo de una gran colección de arte y era una de las principales patrocinadoras, precisamente, de la Sociedad Teosófica de Madame Blavatsky, así como de todo tipo de grupos ocultistas y espiritistas. También se dedicó a vigilar y denunciar a los exiliados rusos, para lo cual estableció una relación cercana con Rachkovsky.

—Teosofía, otro fraude de locos que creen estar iluminados por un espíritu superior —dije con cierto desdén.

—Con los años la estrella de Yuliana empezó a declinar —continuó con su explicación Rochefort—. Primero, sus actividades de espionaje fueron denunciadas por la prensa republicana y hace un par de años fue obligada por el zar a regresar a Rusia a causa de unos libros publicados aquí en París por Juliette Adam, escritora gran amiga de Glinka, llenos de chismes y revelaciones de la corte rusa. Con razón o sin ella, Nicolás II sospechó que Yuliana había sido cómplice en el asunto. Seguramente la tal Sonia, que, como me dices, ha introducido a Vignancour a la teosofía, debe ser miembro del círculo de damas que fueron protegidas por Glinka, y de ahí su relación con Rachkovsky. Quizás es una de sus informantes.

Mi interlocutor hizo una breve pausa y se llevó la mano derecha a la frente antes de proseguir:

—Sobre el apellido de Sonia, casualmente un socialista polaco de nombre Boleslaw Malankiewicz se suicidó hace unos meses en Londres. Se trataba de un refugiado polaco acusado por sus compañeros socialistas precisamente de espiar para la Okhrana. Él no aceptó la imputación y para "limpiar su honor" decidió quitarse la vida. Era un sujeto estrafalario y medio loco, pero su dramática muerte lo libró de toda sospecha. Sin embargo, ahora que me cuentas de esta actricilla polaca con el mismo apellido cercana a Rachkovsky, pues quizá sea pariente del infortunado, y tal vez después de todo el tipo era, en efecto, un espía. Habría que averiguar… —y se quedó pensativo mientras volvía a sentarse.

—En cuanto a este señor Jehan-Préval y su "revelador" libro, ¿qué me puedes decir?

—¡Una más de las falsificaciones de Rachkovsky! Tiene todo el sello de la casa. Rachkovsky es de cuidado, Bruno, pero lo podemos aprovechar, y tú tienes la clave para hacer con él un buen negocio mediante tu patrón Vignancour, y la tienes porque por andar de hablador respecto a nuestro pobre amigo, el mártir Angiolillo, ya te hiciste fama de gran conspirador con las policías europeas.

Aquí, otra vez, sentí un cierto vértigo.

Volvió a levantarse para decirme:

—Escucha, Rachkovsky, amante de las imposturas y los perjurios, tiene años buscando una fuente más o menos creíble y bien articulada que explique en qué consiste la Gran Conspiración judeomasónica-anarquista para conquistar el mundo. Los libelos esotéricos, rudimentarios y demoniacos que circulan con profusión por toda Europa le sirven de poco. Necesita una argumentación racional, y resulta que yo tengo el texto ganador. Mira —salió del cuartucho que tenía como oficina para regresar a los pocos segundos con un libro a punto de descuadernarse—. Hace años, cuando viví en Bruselas, exiliado del gobierno de Napoleón III, conocí a un tal Maurice Joly, estupendo escritor satírico, enemigo enconado del Segundo Imperio, que en 1864 publicó en la capital belga, de manera anónima, este texto —me extendió el libraco para que lo viera.

—*Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu;* por lo menos es atractivo el título —comenté.

—El libro para nada desmerece. Es una estupenda sátira dedicada a denunciar, sin citarlo, al gobierno dictatorial de Napoleón III. Léelo, de verdad no tiene desperdicio. Está escrito, como lo dice su nombre, a manera de diálogos entre Montesquieu y Maquiavelo. Montesquieu, como el campeón de la división de poderes que fue, defiende la causa del liberalismo, y Maquiavelo, el cínico autor de *El príncipe,* postula la justificación de un absolutismo obsceno.

Mientras encendía un cigarrillo, Rochefort comenzó a contarme su historia con Joly:

—En aquella época yo publicaba mi periódico *La Laterne,* el cual contrabandeaba a Francia. Un día, Joly me pidió introducir subrepticiamente su libro con mis contactos, pero la operación fracasó, el intento de *colar* el Diálogo... fue descubierto por la policía, ¡Y váyase a saber la razón! —exclamó Rochefort abriendo grande los ojos y levantando los brazos de manera irónica antes de seguir con su relato—. Tooooda la edición fue confiscada y el infortunado autor fue arrestado. Joly pasó un tiempo en la cárcel. Años después, tras fracasar en varias empresas editoriales, se suicidó en París. Su hermano Albert fue mi abogado defensor en los juicios contra los

communards, en los cuales, como sabes, me condenaron al destierro en la Nueva Caledonia. Él me informó que la policía destruyó el panfleto prácticamente en su totalidad, pero yo conservo un par de ejemplares que el propio autor me regaló. En las manos tienes uno de ellos.

—¿Y tú cómo sabes que la edición fue destruida en su totalidad? —pregunté mientras empezaba a hojear el texto.

—¡Nadie sabe de la existencia de este libro, te lo aseguro! Y Maurice Joly, último testigo de calidad de la publicación de estos *diálogos,* murió ya hace tiempo. ¡Es un tesoro! Tienes en tus manos un texto que trata de las manipulaciones del poder escritos de forma genial y con un estilo espléndido. Una crítica velada a las corruptas y autoritarias prácticas del Segundo Imperio, incomprensibles para los neófitos pero inteligibles para el lector informado y suspicaz.

En tono doctoral, empezó a sentenciar:

—Los métodos expuestos por Maquiavelo en estos diálogos se ajustan a los de una conspiración de sociedades secretas que buscan apoderarse del mundo no con ayuda o por encargo del demonio, sino mediante una estrategia política plausible y bien definida. Es justo lo que necesitan personajes como Rachkovsky y Vignancour. Ven, acompáñame a la calle— se abrigó con un elegante gabán negro que descansaba en el perchero, y me invitó a salir con él. Hacía frío afuera, pero por alguna razón Rochefort quería dar un paseo. Ya afuera me dijo—: Aquí es donde se me ocurre un plan: edita el texto del *Diálogo*… de forma tal que parezca parte esencial de un plan político integral. Dile a tu mecenas Vignancour que te lo entregó uno de tus contactos en Londres, o inventa la historia que tú quieras, algún cuento de espionaje y complots, pero algo que sea coherente y creíble, desde luego; sé bien que algo se te ocurrirá, pero la cosa es convencerlo de que el texto vale unos, digamos, sesenta mil francos. Él te los dará sin chistar, desesperado como está de rescatar su supuesta carrera política y de mantener impresionado a Rachkovsky. De ahí me darás a mí treinta mil francos. Que lo publique en su periódico, eso reanimará a la derecha nacionalista, a los antidreyfusianos, y a Rachkovsky, con quien ya se ha ligado,

le dará municiones para sus gatuperios. Soñará con ser el héroe de todas las fuerzas nacionalistas y antisemitas europeas, y creerá que eso le generará fama y buenos aliados.

—¿Por qué no se los has vendido tú directamente a Rachkovsky? —pregunté con cierta sorna.

—Lo he pensado, pero es un viejo zorro; con tantos espías e informantes que tiene por todos lados sería muy difícil convencerlo de cómo me hice del documento, por muy buena que parezca la historia. Además, tratar con él es peligroso. En cambio si los publica *Le Phare de l'Occident*, con la fama que tú y el tal Maurice ganaron a los ojos de Rachkovsky con lo de Cánovas, la farsa tendrá más credibilidad y publicidad. Como sea, vale la pena hacer la prueba. Edita el texto de Joly y dile a Vignancour que con eso impresionará a su nuevo amigo ruso y a todos los politiquetes de este país.

* * *

Regresé a mi casa y de inmediato me puse a leer el *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. Terminé de casi una sentada. ¡Magnífico libro! Es la obra de un perspicaz conocedor de las debilidades humanas ante el poder. Una diatriba bien concebida contra el despotismo del Segundo Imperio, válida incluso para todos los gobiernos tiránicos de la historia. Su estilo es incisivo y elegante. Su estructura, de una lógica implacable, está magníficamente construida. En el texto, Montesquieu provoca a su rival argumentando que el liberalismo se está tornando universal y ha hecho al despotismo inviable por inmoral, pero Maquiavelo contesta con tal elocuencia y profundidad que domina todo el debate. Sostiene como tesis medular que el pueblo es sencillamente incapaz de gobernarse a sí mismo por constituir una masa inerte, voluble y moldeable. Ama ser conducido por un "hombre fuerte", aunque sea a base de mentiras, corrupciones y banalidades.

En otro argumento central, el Maquiavelo de Joly afirma que la política no ha tenido nunca nada que ver con la moral y que, al contrario, los medios modernos hacen que jamás haya sido tan fácil como ahora imponer un gobierno despótico. Dice:

> Os engañáis, Montesquieu, siguiendo el ejemplo de otros que me han juzgado como vos. Mi único crimen fue decir la verdad a los pueblos como a los reyes; no la verdad moral, sino la verdad política; no la verdad como debería ser, sino como es, como será siempre. No soy yo el fundador de la doctrina cuya paternidad me atribuyen; es el corazón del hombre. El maquiavelismo es anterior a Maquiavelo.

Sagaz, Joly describe las manipulaciones de la política y los aviesos métodos de los tiranos de todos los tiempos:

> A un gobernante moderno le basta con pretender que observa las formas de la legalidad, y no le costará el más mínimo trabajo alcanzar el poder absoluto y ejercerlo. La gente acepta de buena gana cualquier decisión, siempre que imagine que dimana de ella... Habréis advertido ya, por las rápidas indicaciones que acabo de daros, el importante papel que el arte de la palabra está llamado a desempeñar en la política moderna. Lejos estoy, como veréis, de desdeñar la prensa, y si fuera preciso no dejaría de utilizar asimismo la tribuna; lo esencial es emplear contra vuestros adversarios todas las armas que ellos podrían emplear contra vos. No contento con apoyarme en la fuerza violenta de la democracia, desearía adoptar, de las sutilezas del derecho, los recursos más sabios. Cuando uno toma decisiones que pueden parecer injustas o temerarias, es imprescindible saber enunciarlas en los términos convenientes, sustentarlas con las más elevadas razones de la moral y del derecho.

El texto está lleno de aseveraciones que describen, en efecto, una genial estrategia de dominio y poder:

> Es muy fácil deshacerse de las fuerzas que se oponen a la voluntad del príncipe: se puede censurar la prensa, la policía puede vigilar a los adversarios políticos. No hace falta temer al poder de la Iglesia ni a los problemas financieros. Mientras el príncipe sepa maravillar al pueblo podrá estar seguro de su apoyo... Por otra parte, ¿no advertís que el mismo vocablo *derecho* es de una vaguedad infinita? ¿Dónde comienza y dónde termina? ¡Cuándo existe derecho y cuándo no? Daré ejemplos; tomemos un Estado: la mala organización de sus poderes públicos, la turbulencia de la democracia, la impotencia de las leyes contra los

> facciosos, el desorden que reina por doquier, lo llevan al desastre. De las filas de la aristocracia o del seno del pueblo surge un hombre audaz que destruye los poderes constituidos, reforma las leyes, modifica las instituciones y proporciona al país veinte años de paz. ¿Tenía derecho a hacer lo que hizo?

Por supuesto, decidí que sí, que era factible editar el texto de modo que pareciera un gran plan para la conquista del mundo, pero me negué a hacerlo yo mismo. Me gustaban muchísimo estos diálogos como para bastardearlos colaborando en una grotesca impostura. Además, estaba harto de este ridículo y enfermizo antisemitismo. De hecho, tengo muchos y muy queridos amigos judíos. Así que le propuse a Irene Mylonakis que trabajara el asunto a cambio de cinco mil francos.

* * *

No he hablado mucho de Irene, la inteligente y culta anarquista griega que estudió filosofía e historia en París y que rescaté de las luchas independentistas en Grecia. Cuando la conocí en Creta, coincidió conmigo en rechazar el nacionalismo y la excesiva religiosidad de los patriotas *kleftes* y por eso, con mi apoyo pecuniario, volvió a abandonar a su portentoso país para regresar a Francia y empezar una exigua carrera como traductora, mientras yo reanudaba mi vida en la residencia Arpinati en Piamonte. Menudita y medio bizca, no dejaba de tener sus encantos, además de ser políglota, poseer un cerebro sagaz y tener una pluma ágil y pulcra. Ella escribió casi la totalidad de los artículos publicados bajo el nombre de Maurice Vignancour en *Le Phare de l'Occident*.

Hablé con Irene sobre el tema no en las oficinas de nuestro periódico, sino en un café cercano.

—Mira —le dije después de explicarle todos los antecedentes del asunto—, se trata de poner en boca de un presunto "misterioso conferenciante" o "maestro conspirador" las partes dichas por Maquiavelo y algunas de las de Montesquieu, pero con ciertas diferencias importantes. Como notarás, el libro describe un estado de cosas supuestamente ya vigente en el tiempo presente; tú traba-

jo de edición consistirá en otorgarle un tono de profecía a futuro. Más importante: mientras aquí se razona que un déspota puede encontrar en las formas democráticas un disfraz útil de su tiranía, tú tienes que presentar el argumento al contrario: que todas las democracias son embozos de formas modernas y sofisticadas de una dictadura, digamos, "perfecta". De lo dicho por Montesquieu en el libro hay menos que aprovechar, pero es importante hacer que sus premisas liberales parezcan artificios creados por los judíos con el único objetivo de desmoralizar, desorganizar y, eventualmente, subyugar a los gobiernos de los gentiles.

—¡Vaya que eres perverso, Bruno!— me dijo dulcemente Irene mientras esbozaba una sonrisa. Era algo tímida, y muy taimada.

—Simplemente juguetón, amiga. Ahora bien, redacta como si se tratara de actas o protocolos de una reunión de supuestos jefes judíos.

—Una especie de Gran Sanedrín, digamos.

—¡Eso! Los protocolos o las actas secretas de un Gran Sanedrín, pero desterrando cualquier tipo de esoterismos o pactos demoniacos. Ahora bien, para abonar a la credibilidad de esta patraña convendría añadir un último protocolo de tu completa invención aportando datos y nombres concretos sobre los atentados anarquistas recientes. Hablar de las bombas en París y en España, de las muertes de Carnot y Cánovas, del atentado contra Crispi. Añade que se planea matar, utilizando Ángeles Negros —y tras rumiar un poco mientras reflexionaba, le dicté una breve lista de posibles víctimas—, al káiser y al zar; eso asustará a Rachkovsky, si es que algo es capaz de asustar a ese truhan.

Irene aquí esbozó una sonrisa. Yo continué con mi fabuloso inventario:

—¡También al papa!, con dedicatoria para el mequetrefe de Della Giovanna… ¡Y al presidente de Estados Unidos, eso inquietará a Mark Hanna! Y todos esos atentados se ejecutarán con el fin de provocar un gran caos y, quizá, ¡una guerra entre todas las potencias europeas! Todas excepto Inglaterra. Aquí retoma algo de la teoría

de la pérfida Albión; tal vez convendría meter asimismo algo de Disraeli.

—¿Ángeles Negros, Bruno? —preguntó Irene fingiendo inocencia; a veces sabía ser muy sugestiva pese a su supuesta "natural timidez". Empecé a excitarme un poco.

—Sí, así llaman en Piamonte a los jóvenes anarquista italianos que se dedican al negocio de la propaganda por la vía de los hechos... En fin, lo que te dé la gana. Confío en tu talento plenamente. Pero se me ocurre que podríamos darle la autoría apócrifa de este último protocolo a Errico Malatesta.

—¿Malatesta?

—¡Sí, para darle más potencial publicitario!

—¡Pero si Malatesta es un pan de Dios y rechaza por completo los atentados y la propaganda por la vía de los hechos! ¡Odia la violencia! Además, es tu amigo, o eso es lo que me has dicho —la protesta de Irene era sincera. Ese pequeño arrebato de indignación la hacía más atractiva.

—¡No, no, no!... ¡No creas! Admiro y respeto muchísimo a Errico —me apure en aclarar—, pese a sus diferencias con los individualistas, querida, pero *business are business.* Tú sabes que los gobiernos europeos aman odiar a Malatesta, lo consideran el máximo villano del anarquismo mundial y le adjudican todo tipo de maldades. Además, ayuda ese nombre terrible que tiene: Malatesta.

—¡Vaya travesurita, Bruno! —no se le veía nada convencida, y hasta frunció el ceño.

—Por supuesto, él lo negará rotundamente, pero eso no importa, ayudará a hacer mayor el escándalo. Llamémosle a este último *El protocolo Malatesta.*

En verdad no sé por qué se me ocurrió meter al pobre de Errico Malatesta en esto pero, ya de por sí, era el sospechoso número uno de las policías europeas. Su nombre resultaba indispensable para fortalecer cualquier teoría conspirativa "creíble", o por lo menos en una en la que la autoridades quisieran creer. La gente cree lo que quiere creer y no se detiene a averiguar si es verdad o mentira mientras confirme sus convicciones y prejuicios. Además, mencio-

narlo como el gran conspirador reforzaría mi posición ante Hanna, quien, según me contó Maurice, tenía mucha curiosidad sobre el personaje. Mi plan, a estas alturas, consistía en cobrar lo de la venta de estos protocolos apócrifos y largarme a Estados Unidos por un buen tiempo.

—Fascinante —señaló Irene—, pero no sé si podré con tanto cinismo, Bruno... En fin, trabajaré estos diálogos para convertirlos en las actas de una reunión de grandes conspiradores judíos, pero, ¿cuál reunión? Maurice querrá saber cómo obtuvimos este texto y a cuál cenáculo se refiere.

—Tienes toda la razón, mi inteligente y hermosa amiga —le dije a Irene mientras empezaba a acariciarle dulcemente la mejilla —, pero tras lo de Cánovas, Maurice me cree todo lo que le digo. Puedo decirle que los conseguí con mis contactos en Londres. Si le digo que Rochefort me los proporcionó sospecharía, no se lleva nada bien con él... Quizá que me los dio el propio Malatesta...

Se hizo un silencio. Irene y yo nos mirábamos a los ojos; de repente, en ella surgió una idea genial:

—Mira, se me ocurre algo muy escabroso. Le decimos que el documento lo posee un contacto judío tuyo y que fue redactado como las actas de una reunión secreta durante el Congreso Sionista de Basilea, el cual se celebró hace unos meses, justo semanas después del ajusticiamiento de Cánovas. Muchos antisemitas creen, o quieren creer, como tú dices, que en dicho congreso los judíos afinaron sus planes de dominación mundial, cuando, en realidad, trataron acerca de la emigración judía desde Europa a Palestina con el objetivo de establecer allí lo que llaman un Hogar Nacional Judío, hartos, como están, de tanta discriminación y maltratos.

—Sí, sé de ese congreso, el idiota de Delmer escribió un editorial criticando el movimiento sionista. ¡Pero sus resoluciones fueron públicas!

—¡Claro, Bruno, pero le dirás a Maurice que ésta fue una junta "secreta" realizada fuera del programa oficial, obviamente.

—¡Eres sencillamente genial, mi Atenea querida! —exclamé antes de darle un gran y apasionado beso a mi amiga.

* * *

Para mayo de 1898 Irene había terminado con la edición de los pseudo protocolos, incluido el supuesto plan de Malatesta. Confieso que no lo leí, negligencia de la que después me arrepentiría. Más de tres años después, por necesidad perentoria, por fin averigüé qué había escrito mi amiga y me di cuenta de que no me hizo caso en nada. Puso lo que le vino en gana. Al final, ella fue la más traviesa. En fin, al momento no lo leí. ¡Ya todo esto me daba asco! Con gran reluctancia seguía yo con toda esta charada antisemita. Simplemente llegué con Maurice y le expliqué de qué se trataban los protocolos, quién nos los ofrecía, por cuánto dinero y cómo este ficticio personaje los había conseguido: eran las actas secretas del Congreso de Basilea de 1897 y el vendedor es un masón alsaciano (como Dreyfus) que los hurtó del apartamento de Theodor Herzl, líder mundial del movimiento sionista. Acto seguido, procedí a entregarle el guion de la obra y varios párrafos como muestra que había preparado Irene ex profeso.

Para mi sorpresa, y después de que Maurice leyera el resumen, la reacción de mi amigo no fue el furor jubiloso que le caracterizaba cuando se entusiasmaba por algo, sino más bien esbozó una mueca de escepticismo.

—Mira, es un texto interesante, sin duda; voy a releerlo todo hoy en la noche y a reflexionar, pero publicarlos... no sé. Ya ves que lo de Dreyfus va mal.

—¡Pero justo eso lo reanimaría, hombre! —de tan sobresaltado que estaba hasta di un brinco al exclamar lo anterior.

—¡Quién sabe, Bruno, ya ves que la opinión pública es voluble! Pero le podría interesar a Rachkovsky, eso sí —y tras releer algunos párrafos que le entregué, comentó—: El texto es bueno, y dices que tiene esa parte de Malatesta con los atentados. ¿Seguro que es de Malatesta?

—¡Maurice, por favor! ¡Hablas con quien te adelantó la noticia de la muerte de Cánovas! —proferí con tono indignado.

—Si, lo sé, y eso nos da credibilidad... Lo que me dices del congreso sionista es muy bueno. Te lo voy a comprar porque, en efecto,

lo respalda la información que me diste sobre Cánovas; el texto se ve interesante, bien escrito. Diría que tiene mucho de tu estilo irónico y brillante —aquí me lanzó una mirada pícara—. Le pediré su opinión a Rachkovsky, incluso deberías acompañarme a verlo.

—¡No, amigo, para nada! Con ese sujeto no quiero nada que ver! Y te lo aseguro: no soy el autor, ¡ya quisiera escribir así de bien! La historia que te cuento es completamente cierta —estaba yo perdiendo los estribos.

—Sí, sí, hombre, está bien, ganaste, pero sólo te podré dar cuarenta mil.

—No son para mí, Maurice; sesenta mil es lo que me piden.

—Bueno, bueno, pero ando con ciertos problemas ya sabes, muchos gastos…

—¡Justo la idea es publicarlos, Maurice! ¡Te estoy dando una mina de oro! ¡Con esto el periódico se iría a las nubes!

—Quizá, pero primero debo meditar si los publicamos y cuándo. Quiero primero consultar la opinión de Rachkovsky.

—Haces mal en confiar tanto en ese policía, tú publícalos y verás como él vendrá a rastras a verte.

—Te daré cuarenta mil francos; por ahora no puedo disponer de más.

No me quedó más remedio que aceptar esa cantidad. Nunca he sido bueno para hacer dinero. De ahí le di sus treinta a Rochefort y cinco a Irene. Para mí nada más cinco mil francos y la satisfacción de haber hecho una travesura… según yo.

WASHINGTON, D. C.

Marzo de 1898

El presidente McKinley está reunido en la Casa Blanca con sus principales colaboradores y asesores civiles y militares. Han tratado el tema de Cuba tan seguido en los últimos meses que estas juntas se han convertido en rituales. Ya todos conocen la opinión de todos sobre el asunto. Hablan cuando les toca su turno, pero nadie presta atención a nadie. Sin embargo, la junta de hoy es diferente. Es la primera tras la explosión del buque de guerra *USS Maine.* Eso sí, como siempre, hay un nombre omnipresente en la conversación: William Randolph Hearst.

—¡Hearst denuncia que un diplomático español lo ha insultado a usted y dice que no responder pone en entredicho el honor nacional.

—¡Hearst afirma que usted permite abusos muy graves contra la población cubana perpetrados por los españoles!

—¡Hearst ha documentado incontables violaciones a mujeres y asesinatos cometidos por los soldados de una potencia europea bajo las narices del presidente de Estados Unidos!

—¡Hearst afirma que la evidencia de que los españoles volaron el *Maine* es contundente, pero que usted se rehúsa a admitir la verdad!

—¡Hearst dice que no hay alternativa, que debemos actuar para defender a los cubanos de sus crueles amos!

—¡Hearst exige una declaración de guerra a España!

Hearst, Hearst… todas las voces repiten lo que dice Hearst mientras McKinley espera paciente su turno para hablar, cosa que, finalmente, sucede:

—Conozco la guerra, caballeros, he estado en ella. Al contrario de su tan ponderado señor Hearst, quien jamás ha estado en un campo de batalla, yo sí sé lo que es ver a hombres caer muertos bajo el fuego de metralla. ¡Es terrible, señores, mucho más que terrible! No hay palabras. No es un juego eso de ir a la guerra, ni una especie de carnaval.

En el cónclave está presente el senador por el estado de Ohio Mark Hanna, quien tras reclinarse en su sillón y fumando su infalible puro opinó:

—Señor presidente, siempre he estado de acuerdo con usted en este asunto —habla mientras McKinley, a su vez, enciende un habano. El presidente ha adquirido, de lleno, el hábito de fumar desde que está en la Casa Blanca, una residencia mucho más amplia que su hogar en Canton y donde, por lo tanto, muy rara vez el humo del tabaco molesta a Ida—. En el Senado he recomendado mil veces que se tenga paciencia, que la mejor acción es, a veces, mantener el aplomo, que a los negocios no les gusta la inestabilidad ni los riesgos, que no vale la pena sacrificar las vidas de nuestros muchachos en un asunto que, *strictu sensu,* no nos compete. Sin embargo, el ambiente bélico ha crecido de manera desbordada por culpa de este desvergonzado de Hearst y ya es imparable, señor, hay que reconocerlo. La gente ha sido manipulada. Ahora bien, usted se ha mantenido hasta hoy prudente y responsable, pero tras la tragedia del *Maine* ya no hay alternativa.

—No hay nada concluyente sobre el *Maine,* Mark, no hay pruebas suficientes de que fue una mina colocada por los españoles. Pudo haber sido un defecto de las máquinas que provocó una explosión interna.

—Con todo respeto, señor presidente, pero la situación política actual convierte todo eso en detalles irrelevantes.

—¿Detalles? ¿Llamas *detalles* ir a la guerra sin suficientes elementos que acrediten una justa *causus belli?* No, Mark, cuando se

trata de la guerra nada es un detalle y no permitiré que el megalómano de Hearst sea quien dicte la política exterior de mi gobierno con amarillismo y estrategias escandalosas.

Tras afirmar lo anterior el presidente hunde su cabeza en las manos. Está cansado. Casi no ha dormido en semanas. Enfrenta una grave crisis. El país está al borde de su primera guerra internacional desde el conflicto con México.

—Sí, señor presidente, me doy cuenta de la gravedad de ir a una guerra. Pero las opciones se cierran. La aparente pasividad del gobierno lo ha hecho a usted impopular. Y mi deber como su asesor político de siempre es recordarle que en 1900 habrá elecciones y que el bandido de Bryan buscará la revancha. No podemos permitir que un irresponsable demente llegue a la presidencia sólo porque no fuimos a la guerra contra una potencia tan decadente como España.

McKinley observa a Hanna con perspicacia mientras se sujeta la barbilla y piensa un minuto.

—¿Tú qué opinas, Russ? —pregunta a su secretario de Guerra, Russell A. Alger, ex gobernador de Michigan.

—Estamos listos para intervenir. Las condiciones son ideales. Tenemos la posibilidad de aniquilar a la flota española con un solo golpe de mano. Cuando estén en el fondo del mar acompañando al *Maine* no sabrán ni qué les pasó.

—Mmmm... ¿Y usted qué dice, senador Platt? —McKinley cuestiona ahora a uno de los más influyentes políticos del momento, el senador Orville Platt, de Connecticut.

—Creo que es momento de actuar, señor presidente. Nos dará la oportunidad de hacernos respetar ante el mundo. A mí también me repugna pensar que actuaremos tal como Hearst lo ha exigido con sus campaña de provocaciones, pero el asunto ya va más allá de este personaje. Ya es un tema de prestigio y honor internacional. Por otra parte, no olvidemos que Estados Unidos tiene la misión moral de defender al continente americano y la obligación de promover los valores de nuestra civilización.

—John —dice para cederle la palabra al senil secretario de Estado John Sherman, un hombre cansado que sólo espera el desenlace de esta enojosa crisis para dimitir.

—Señor presidente, hay que tomar en cuenta el papel al que está llamado a desempeñar nuestra gran nación. Las tradicionales potencias coloniales europeas han entrado en un declive irrefrenable. Si no son ellas, ¿quién se hará responsable de difundir la civilización en tierras a las que no ha llegado la luz? Estoy de acuerdo con el senador Platt. Hay que pensar en la posteridad... y en la civilización... Sí, en la civilización cristiana... Como decía, estamos por empezar un nuevo siglo, y si Estados Unidos recoge la estafeta del progreso y de la civilización, éste podría ser el Gran Siglo Americano.

—Excelente argumento, señor presidente: el Siglo Americano —se apresuró a externar Hanna—. ¡Buen eslogan de campaña! McKinley puede ser el primer presidente del Siglo Americano... si logra la reelección, claro está, y no hay nada para levantar la popularidad de un presidente en funciones que ganar una buena "guerra justa".

McKinley reflexiona un minuto en tanto inhala profundamente su puro; por cierto, un maduro cubano. Levanta la mirada sólo para reconvenir a su amigo:

—Ya te he dicho que no hay necesidad de ser tan cínicos, Mark.

LUIGI LUCHENI SALTA A LA FAMA

Ginebra, Suiza, 10 de septiembre de 1898

La desventurada Isabel Amalia Eugenia de Baviera, conocida cariñosamente por todos como *Sissi,* es una de las figuras más trágicas y románticas del siglo XIX. Sedujo al joven emperador Francisco José I no sólo por su indiscutible belleza, sino por su talante de mujer culta, rebelde y liberal, su aura de misterio y su inescrutable mirada ausente. Sus desdichas empezaron justo tras celebrarse su imperial matrimonio. Nunca soportó la estricta etiqueta de la corte de los Habsburgo, lo que le granjeó un buen número de enemistades, empezando con la de su inexorable suegra, la archiduquesa Sofía. Tolerar tanto boato y odio la impelieron a huir constantemente de Viena. Era una viajera amante de la libertad a quien el emperador había apodado *La Gaviota.*

Pero lo peor estaba por venir. Su primera hija, Sofía Federica, falleció con sólo dos años de edad a consecuencia del sarampión tras un imprevisto viaje a Italia. A causa de esta tragedia Sissi fue acusada por su insufrible suegra de negligencia y, por ello, se le negó dirigir la crianza del resto de sus vástagos. Como consecuencia, se agudizaron sus tendencias a la depresión y la anorexia. Años después sobrevendría el suicidio de su hijo Rodolfo en el misterioso Drama de Mayerling y, con ello, Sissi se hundió en definitiva en la melancolía. Se convirtió en un alma errante y sin amor entregada de lleno a un lujo decadente, quizás clamando de manera inconsciente poner fin a su tortura mediante una prematura muerte. Adoptó al negro como exclusivo color para su indumentaria y

se refugió en el aprendizaje de idiomas, en la equitación y los viajes. Fue precisamente durante una de estas escapadas cuando se encontró con su aciago (¿o emancipador?) final.

* * *

De todos los terroristas del anarquismo de finales del siglo XIX, Luigi Lucheni fue uno de los menos atractivos. No deja de ser irónico que la sofisticada emperatriz Sissi haya muerto a manos de un asesino tan rústico. Carecía de la belleza física de Caserio, de la preparación intelectual de Henry, de la astucia de Angiolillo, de la arrogancia de Santiago Salvador o de la intrepidez de Ravachol. Era un simple albañil, hijo de una sirvienta y padre desconocido. Se crio en un orfanato y desde los diez años bregó muy duro en todo tipo de inclementes labores para sobrevivir. A los dieciocho años trabajó en la construcción de vías férreas en Suiza. A los veintiuno se presentó para cumplir con el servicio militar y, como tantos desheredados de este mundo, pensó en la vida militar como una tabla de salvación. En 1896 se enroló para participar en la campaña de Abisinia, tan desastrosa y humillante para Italia y para Francesco Crispi, pero donde Luigi fue distinguido con elogios y hasta condecoraciones. Se desempeñó en el decimotercer regimiento de caballería bajo el mando del príncipe Ramiro Vera de Aragón y fue calificado como un estupendo jinete y un soldado obediente y afanoso. Por fin parecía abrírsele un horizonte.

De regreso a Italia, Luigi siguió a las órdenes del príncipe Vera de Aragón, quien aseguró que en varias ocasiones su subordinado había formado parte de la escolta de honor de personajes como el príncipe de Nápoles, el príncipe de Montenegro e incluso del mismísimo rey de Italia sin jamás haber hecho objeción alguna y, evidentemente, sin intentar en lo más mínimo hacerles daño. Al contrario, se había sentido muy honrado con la distinción de formar parte de la guardia de tan ilustres dignatarios. Tenía cierta vena arribista y en política parecía ser conservador. Incluso se indignaba cuando compañeros suyos elogiaban a políticos revolucionarios

o republicanos. Jamás nadie pudo haberse imaginado entonces su destino como anarquista y magnicida.

* * *

Todo fue desmentido por Luigi en las memorias que escribió años después en la cárcel, en las cuales asegura que siempre odió a la oligarquía y se había visto forzado a cumplir el servicio militar "contra su voluntad". Pero al postularse, sin éxito, en dos ocasiones para obtener un empleo estatal, se presentó como un patriota que se había desempeñado como un buen soldado, obediente y eficaz. Por eso, en diciembre de 1897 decidió acudir a su viejo comandante, el príncipe Vera de Aragón, quien le dio empleo como camarero. Permaneció en servicio sólo tres meses. De repente, el carácter empezó a agriársele. Los mayordomos lo reprendían de manera constante por sus malos modos y por su altivez, hasta que decidió renunciar. Pronto se arrepintió amargamente y le rogó a su jefe reinstalarlo en el puesto, pero fue en vano. El príncipe no lo consideraba adecuado para la labor de camarero, en la que uno debe ser siempre muy amable, obsequioso y sonriente.

Luigi decidió entonces volver a Suiza. ¡A picar piedra, otra vez! Salió durante la primavera y recorrió el paso de St. Gotardo hasta Andermatt; luego cruzó el Ródano, aún congelado, y franqueó el valle del Rin hasta Ginebra, todo a pie. La mayor parte del viaje anduvo descalzo o envuelto en trapos, según narró luego. El trayecto duró cerca de un mes. Contó después que en ese momento escribió en un diario que había comenzado días antes de su salida de Italia: "Patria ingrata, usted no recibirá mis huesos... ¡Viva Anarquía!"

* * *

En Ginebra encontró trabajo como albañil y una pensión donde comer pero sin luz, agua o calefacción. Eso sí, contaba con una puerta con cerrojo. Era la primera vez en su vida que tenía algo tan "lujoso", y estaba satisfecho. Pero entonces Luigi se hace amigo de otros trabajadores italianos, quienes le dan a leer artículos escritos por círculos sindicales sobre la efervescencia del movimiento obrero

transalpino. En ese momento cobró conciencia acerca de las grandes injusticias sociales y abrió los ojos a la pobreza. Lo anterior, aunado a sus propios resentimientos y carencias, le indujo un inmenso odio hacia las clases superiores. Un ardiente afán de sobresalir y ser famoso fue apoderándose de él. En los primeros días de su llegada a Suiza asistió con cierta asiduidad a las reuniones del Ejército de Salvación, pero radicalizó muy pronto su postura. Llegaron a sus manos periódicos como *Il Socialista,* de Neuchatel, *L'Avanti* de Milán, y los franceses *Le Pére Peinard, Le Libertaire* y *L'Egalité.* En Neuchatel asistió a una reunión de anarquistas italianos representados por un editor de *L'Agitatore:* el camarada Colombelli.

Pero el factor decisivo en la nueva vocación anarquista y revolucionaria de Luigi fueron los eventos ocurridos en Milán el 7 de mayo de 1898: la represión sangrienta de una huelga general proclamada para protestar por el escandaloso aumento del precio del pan (debido a la muy mala cosecha de trigo y a la guerra hispanonorteamericana) y por el asesinato, en Pavia, del hijo de un diputado radical. Hubo una terrible batalla callejera en la ciudad y el general Fiorenzo Bava Beccaris utilizó la artillería para machacar las barricadas levantadas por los obreros, con autorización del gobierno presidido por el marqués de Rudini, sucesor de Francesco Crispi como primer ministro tras el desastre de Adua. Hubo alrededor de cien muertos, casi quinientos heridos y cientos de arrestos. Entre los detenidos se encontraban Anna Kuliscioff, Andrea Costa, Filippo Turati y otros líderes socialistas. Por su parte, Beccaris recibió una medalla de manos de Humberto I. La provocación del rey a los revolucionarios no podía ser más flagrante.

Los sucesos de Milán hicieron madurar en la mente de Luigi la idea de llevar a cabo algo grande, un gesto rotundo, un acto digno de la más portentosa propaganda por la vía de los hechos. Una mañana se enteró de que estaba en Ginebra el príncipe Enrique de Orleans, uno de los pretendientes al trono de Francia, y le comunicó a algunos de sus nuevos camaradas anarquistas su intención de matarlo. Sin embargo, el príncipe se había detenido en la ciudad só-

lo un día (del 18 al 19 de agosto de 1898) para volver de inmediato a París.

Lo que Luigi sí hizo fue obtener un arma, o más bien, forjarla. Pobre como era, le resultaba imposible adquirir una pistola, e incluso comprar un buen cuchillo le resultaba oneroso. Por esa razón se dedicó a darle filo a un estilete al cual añadió un mango de madera. Con ese burdo artefacto se propuso matar a alguna insigne figura.

En Suiza había gran actividad anarquista desde hacía tiempo y muchos militantes eran italianos. Su presencia se dejaba sentir, sobre todo, en Zúrich y Lausana. Un policía infiltrado envió a sus jefes información sobre reuniones de anarquistas en las que, tras los acontecimientos de Milán, se discutió el asesinato de una alta personalidad gubernamental italiana, quizás el primer ministro o el rey. Pero nadie se animaba a ofrecerse como voluntario para tal hazaña. Fue entonces cuando alguien propuso el nombre de Luigi Lucheni, quien se jactaba de ser un hombre de acción listo para cualquier cosa. No lo consideraban muy inteligente (de hecho, algunos lo describían como "estúpido"), pero tenía una sed de gloria que se podía explotar. Nunca lo habían invitado a sus reuniones oficiales, pero lo convocaron el 7 de septiembre para encomendarle la tarea de efectuar un "ajusticiamiento". Lo animaron a viajar a Italia para matar al Humberto I. Sin embargo, Luigi no tenía recursos para el traslado y sus colegas no estaban dispuestos a financiarlo.

* * *

Sissi, la Emperatriz de la Soledad, llegó a Ginebra por la tarde del viernes 9 de septiembre, y se alojó en el Hotel Beau Rivage después de visitar en Pregny a Madame de Rotschild (esposa de Adolphe de Rotschild). Almorzó con ella ricas viandas servidas en una vajilla de porcelana antigua y acompañadas de música interpretada por una orquesta oculta. La afligida Sissi, quien por lo regular comía poco o, de plano, no comía nada, en esa ocasión disfrutó los platillos con singular apetito. Supuestamente estaba en Suiza de incógnito (falso, como se dijo después, que el consulado austro-

húngaro haya publicitado su presencia en Ginebra). Eso sí, estuvo acompañada por la condesa Sztaray, con quien acudió de compras al centro durante el final de esa tarde, y lo hizo de forma tan conspicua que todo Ginebra se enteró de la presencia de la emperatriz, incluso el modesto albañil Luigi Lucheni, quien no podía creer su suerte. ¡Era la oportunidad de ejecutar un acto justiciero!

Al día siguiente, poco después de los dos de la tarde, la emperatriz y la condesa Sztaray salieron del hotel para ir en busca del *vaporetto* al embarcadero del lago Lemán. Luigi había pasado la mañana con su estilete esperando frente al hotel, apoyado en una barandilla. No había consultado con nadie su intención de matar a la emperatriz. Cuando vio salir a las dos mujeres apresuró el paso para ponerse justo frente a ellas y después de identificar bien a su víctima, que portaba un paraguas abierto ("yo no quería matar a la persona equivocada", declaró durante su proceso) pretendió tropezar y, al mismo tiempo, la impactó con tal fuerza que la emperatriz perdió el equilibrio y cayó al suelo. Había logrado el asesino clavarle a fondo su tosco estilete. La condesa la ayudó a levantarse y dos cocheros que estaban del otro lado de la calle también se apresuraron a socorrerla. Ella se levantó sonriendo. El conserje del lugar, quien había sido testigo de la escena, se acercó y le sugirió volver al hotel.

—¿Para qué? —contestó Sissi—. Tenemos prisa, queremos abordar el vaporetto.

Recogió entonces del suelo su sombrero, su paraguas y sus guantes, y reemprendió el camino. Pero caminar se le dificultaba. "Creo que me duele el pecho, pero no es nada, espero", le dijo a su acompañante. Ya en el barco comenzó a sentirse mareada. Pronto desmayó. Estaba muy pálida. La condesa roció un poco de agua en la cara de Sissi, quien revivió, pero sólo para desmayarse de nuevo. Alguien sugirió que la llevaran a la cubierta para respirar aire puro. Dos hombres la subieron y la estiraron en un banco. Mientras tanto, la nave había zarpado. La emperatriz se recuperó, abrió los ojos y preguntó sobre lo sucedido. La condesa le desabotonó la camisa para que respirara mejor, y al aflojar los cordones notó en

la ropa interior una pequeña mancha roja tan grande como una moneda de un centavo en la región del corazón. Al darse cuenta de la seriedad de la situación, pidió al capitán que regresara. "Se trata de la emperatriz de Austria", reveló. El barco invirtió su curso de inmediato. Sissi murió aproximadamente una hora después de regresar al hotel, sin sufrimiento, a causa de una certera y discreta herida.

Tras ver a la emperatriz desplomarse después de asestarle tan mortal golpe, Luigi no huyó, sino que se dedicó a deambular por el muelle. Pronto fue identificado. Al ser detenido lo primero que declaró fue su intención de entregarse a la policía. En la foto de su arresto Luigi aparece con una sonrisa sardónica, de enorme satisfacción, con la astucia de esos seres que son mitad personas, mitad bestias, mientras es custodiado por dos gendarmes. Obviamente buscaba la fama y el martirio. Cuando se le preguntó si sentía remordimiento por una acción tan infame, respondió:

—¿Conciencia?, incluso personas como yo tienen conciencia. Al menos eso dicen, pero quienes han vivido en la miseria durante miles de años, quienes siempre han sido atormentados por los poderosos y los ricos, quienes han tenido que morir en sus guerras, ¡no deben arrepentirse de nada! La golpeé con toda mi fuerza y sentí que el arma penetraba profundamente en el pecho. Lo hice sin odio a ella ni al imperio que representaba, fue un acto justiciero.

Al final de su juicio se conmovió un poco cuando el juez le dijo que había asesinado a una mujer que durante toda su vida fue profundamente desgraciada. Luigi balbució entonces: "¡Vaya!, yo creía haber matado a una persona de una felicidad insolente".

* * *

Los periódicos de toda Europa describieron a Luigi como una "bestia humana", pero las fotografías mostraban a un hombre de estatura media, más bien robusto, con un cuello enorme y musculoso. La cara, curtida en la dura lucha por la vida y el trabajo al aire libre. El pelo era rizado y rubio, y lo mismo la barba. Nariz ancha y cha-

ta, y un pómulo acentuado protegía unos perspicaces ojos verdes grisáceos.

Antes de comenzar su juicio, Luigi dirigió una carta al editor del periódico *Don Marzio* de Nápoles. Se quejaba de la forma cruel con la que muchos diarios (casi todos) lo habían descrito. Decía la prensa que sus características físicas eran típicas del "asesino nato", según la teoría lombrosiana (refiriéndose a las hipótesis de Lombroso), por la cual ciertas peculiaridades anatómicas son indicativas del potencial criminal de las personas. Al respecto, Luigi escribió:

> Déjeme aclararle a usted y a sus lectores que el señor Lombroso está muy equivocado. No actué por culpa del tamaño de mi cabeza o del pómulo de mis ojos, sino motivado por la miseria en la que yo y millones de personas vivimos injustamente. Fue un castigo contra las clases explotadoras y si mantienen su injusta actitud seguirán siendo castigadas. Y no sólo gobernantes, reyes, presidentes o ministros, sino todo opresor. No es lejano el día en que los verdaderos amigos de la humanidad eliminen a los explotadores. Para construir un nuevo mundo es suficiente un solo lema: "El que no trabaja no come".
>
> Luigi Lucheni, anarquista convencido

Señaló que se había convertido en anarquista durante su servicio militar.

> Ahí entendí la verdadera naturaleza del Estado como el auténtico creador de la pobreza. Más tarde me di cuenta de que los gobernantes nos reprimen violentamente con ayuda de la policía, y su intención es mantener un *statu quo* siempre favorable a ellos y sus cófrades. Y en ello no hay diferencia entre la monarquía y la república. Nobles, burgueses, eclesiásticos, empresarios y políticos, todos son la misma cosa, viven explotando el sudor y la miseria de los campesinos y los trabajadores, volviéndose cada vez más ricos y gordos.

También se definió a sí mismo como un anarquista solitario, porque rechazaba cualquier forma de asociación. "La asociación, incluso la

más simple, requiere burocracia, y la burocracia no es más que el elemento esencial de la odiada autoridad del Estado.

"Mucho más inconexa resultó la carta escrita por Luigi publicada el 15 de septiembre en un periódico de Parma para explicar por qué él era, en realidad, un benefactor de la humanidad:

> Durante mi servicio militar leía las fechorías de Crispi y su camarilla. ¡La indignación me provocaba una temperatura de cuarenta y tres grados! Por eso decidí actuar... ¿Con tantas injusticias en el mundo y todos se preocupan sólo por la suerte de una emperatriz? ¿Cuántas mujeres mueren abandonadas víctimas de inanición o enfermedad en las calles? Ellas también son mujeres. Mueren por ser pobres. Nadie se enoja por ellas, por lo menos no la gran prensa burguesa... ¿Por qué todos nuestros hermanos están condenados a morir de hambre? ¿Quién es ahí el asesino? ¡Tienes sed de sangre humana! ¿Por qué no vengo a matarte? ¡Miseria! ¡Miseria!.. Burgués, el cigarro que le diste como propina a un camarero ya no es suficiente. El mundo, tarde o temprano, caerá sobre tu cabeza. Rueguen al papa León XIII, hoy moribundo, que interceda por ustedes. Pero ¡es demasiado tarde!
>
> Su obligado Luigi Lucheni, persona muy convencida de la idea anarquista

No podía faltar esa amable firma al final.

Una extraña admiradora francesa le escribió a Luigi una conmovedora carta:

> Si te hubiera conocido te habría dado quinientos francos, todo lo que tengo, no para matar a la emperatriz de Austria, sino para matarme a mí. No soy parte de la clase que persigues, al contrario, soy una pobre mujer que nunca ha conocido la felicidad y siempre ha sido víctima de los ricos... Pobre Luigi, enfrenta tu destino valientemente y piensa en la anarquía como en el cristianismo... pero no deberías matar mujeres, por lo menos no a las que no son peligrosas y siempre están llenas de compasión por los infelices.

Una francesa que va a pensar en ti durante mucho tiempo

* * *

Las reacciones en Austria, tanto de las autoridades como de la prensa, fueron furibundas. El embajador del Imperio en Suiza envió una dura misiva al juez de la causa, Charles Léchet:

> Nos enteramos por los diarios que las autoridades suizas están tratando con demasiada condescendencia a ese monstruo, asesino de nuestra buena emperatriz. Nos enteramos de cómo se esfuerzan las autoridades suizas por hacer más placentera la estancia en prisión de esta bestia con apariencia humana. Dicen, entre otras cosas, que usted, mi señor, le permite incluso ¡fumar puros! En Viena se levanta una voz de indignación contra su conducta. En lugar de complacer las demandas del criminal, debería usted ordenar darle palizas. Nos estamos dando cuenta de la gran negligencia que prevalece en su país. ¡Todo esto es inimaginable! Suiza debería expulsar, de una vez por todas, a los villanos anárquicos, exactamente como lo hacen otras naciones, de modo que no haya asilo en todo el mundo para personas como Lucheni. Es inaceptable que gobernantes como ustedes profesen una falsa filantropía y, en este caso, ataquen los sentimientos de todo el pueblo de Austria y de todo el mundo civilizado. El vil asesino debe ser torturado día y noche, sometido al tormento de la rueda hasta la muerte. ¡Eso se merece ese tipo! Espero que usted deje de comportarse con él como si se tratase de un *gentleman.*

Un grupo de buenas mujeres austriacas que aseguraban tener "un generoso corazón" también enviaron una carta a Luigi: "¡Asesino, bestia, monstruo! Todas las mujeres vienesas anhelan vengar el horrible acto con el que mató a nuestra emperatriz. ¿Sabe usted lo que se merece, animal feroz? Escuche, loco: nos gustaría ponerlo en una mesa para que nosotras, quienes tenemos un corazón generoso, podamos cortarle los brazos y los pies".

Del pueblo de Varano, donde Luigi había vivido con la familia Nicasi parte de su infancia, se informaba que había sido un chico cariñoso, animado, astuto e inteligente, el cual siempre se había

comportado bien con sus tutores y mostrado gran afecto por ellos. Se había comportado invariablemente de una manera normal, era feliz e incapaz de hacer malas acciones. Su maestro de la escuela elemental declaró que había asistido de manera provechosa a sus cursos. Pero había quienes afirmaban que desde la niñez mostró instintos anarquistas. Reportaron que un día, mientras jugaba con sus compañeros en el orfanato, arrojó una pelota al aire que impactó en la foto del rey Humberto I y rompió el cristal que la cubría. "Sólo fue un accidente", afirmó Luigi cuando se enteró que la prensa austriaca había publicado la anécdota; "Yo sólo tenía nueve años y ni idea política; de hecho, nadie en ese momento conocía el significado de la palabra *anarquía"*.

Entretanto, las autoridades militares italianas confirmaron los dichos del príncipe de Aragón: Luigi había sido uno de los mejores soldados de su escuadra, siempre disciplinado, sensato y de buen humor.

Y así, cientos de cartas enviadas a Luigi, al juez o a los diarios, la inmensa mayoría condenando al magnicida, pero otras apoyándolo. Ya era un circo digno de la mejor "propaganda por la vía de los hechos".

* * *

Luigi negó de forma reiterada haber sido instrumento de una conspiración pero, como siempre sucede con los magnicidios, nadie lo creyó. Para muchos, comprobaba lo contrario el testimonio del ya citado policía infiltrado y, además, el llamado "misterio de la postal". En efecto, el príncipe de Aragón, a petición del juez de instrucción Léchet, había enviado un largo y exhaustivo informe sobre Luigi Lucheni, describiendo su desempeño tanto como soldado como camarero. El príncipe informó que el magnicida mantuvo contacto con él después de haber abandonado su servicio como camarero, y a menudo le escribía cartas o enviaba postales. La última postal enviada por Luigi, anexada a la declaración, fue dirigida a la esposa del príncipe. En ella comunicaba que pronto dejaría Ginebra y enviaba saludos firmando: "Su camarero, Luigi Lucheni".

La postal estaba fechada el 8 de septiembre. Su singularidad se debió al hecho de que reproduce casi exactamente el lugar donde dos días más tarde perpetraría su crimen: el Quai-Promenade du Mont Blanc que lleva al embarcadero en el lago Lemán. Para muchos esta postal fue la macabra y contundente prueba de que Luigi planeaba matar el día 8 a la emperatriz y confirmaba el informe del policía encubierto según el cual fue comisionado por sus amigos anarquistas el día 7 para ultimar "a alguien importante". Además, de acuerdo con el criterio de quienes creían en la teoría de la conspiración, resultaba muy sospechoso que la policía no prestara más atención en Luigi, a quien había fichado como "anarquista", aunque de los considerados "no peligrosos".

Durante el juicio, el juez Léchet hizo una severa descripción de Lucheni como un anarquista "entrenado, agresivo y quien profesaba una filosofía extraña y nebulosa... Un rebelde intransigente hasta la crueldad, astuto y mentiroso, capaz de asesinar a una vieja e infeliz dama para quien el trono, desde hace mucho tiempo, no tenía ningún significado".

Luigi soñaba con convertirse en un mártir del movimiento anarquista, pero para su decepción la civilizada ley helvética excluía la pena de muerte casi en la totalidad del territorio suizo. No había calculado tal cosa, y quedó estupefacto cuando su condena fue a cadena perpetua. Se le negaba así un postrer protagonismo. Se rechazó entonces una improcedente petición suya de ser juzgado en Lucerna, uno de los pocos cantones donde aún existía la pena de muerte. Por ello debió circunscribir su terminal acto dramático a no mostrar arrepentimiento alguno por su crimen. En la lectura de la condena gritó: "¡Viva la anarquía! ¡Muerte a la aristocracia!" Después de eso, muy pronto languideció el resplandor de su notoriedad derivada del magnicidio y el juicio subsiguiente. Luigi regresó a las sombras. En los años de cautiverio escribió su autobiografía titulada *Historia de un niño abandonado a finales del siglo XIX.* Pocos lo recordaban cuando una mañana de 1910 un guardia lo encontró ahorcado con su cinturón. Se trató de un suicidio, lo más probable,

pero no falta quien supone un posible asesinato, ya que los reglamentos de la prisión impiden a los reclusos usar cinturones.

* * *

Muchas fueron las suspicacias en torno a un posible complot anarquista para asesinar a Sissi, pero la policía suiza nunca siguió las supuestas pistas al respecto y absolutamente nadie más fue detenido, interrogado o imputado sobre el asunto. Los cínicos aseguraron que, en todo caso, era inútil una conspiración para matar a una mujer políticamente anodina, cuya influencia real en el devenir del Imperio austro-húngaro era nula. Sin embargo, el asesinato de la emperatriz fue la gota que derramó el vaso en la paciencia de muchos políticos y jefes policiacos europeos, para quienes este nuevo magnicidio era, ahora sí, prueba irrefutable de un conspiración internacional. La lista de asesinatos y atentados era ya demasiado extensa. De 1875 a 1898 habían sido asesinados el zar Alejandro II de Rusia, el presidente de Estados Unidos James A. Garfield, el presidente Sadi Carnot, de la República francesa; el jefe del gobierno español Antonio Cánovas del Castillo, y la emperatriz Sissi, del Imperio austro-húngaro. Además, se efectuaron diversos atentados contra la vida del emperador alemán Guillermo I, del rey de España Alfonso XII, del rey de Italia Humberto I y del ex primer ministro italiano, Francesco Crispi. De hecho, el rey Humberto había sufrido una segunda tentativa contra su vida en abril de 1897, cuando el anarquista Pietro Acciarito intentó apuñalarlo camino al hipódromo. Todo lo anterior, desde luego, sin olvidar la frenética campaña de bombazos padecida en París y España en los años anteriores, ni la actividad sediciosa de los nihilistas en Rusia.

El gobierno italiano convocó, entonces, a una gran conferencia antianarquista de policías europeas con el propósito de fortalecer la cooperación interpolicial en el combate a tan peligrosos individuos y tratar de desentrañar, de ser posible, la naturaleza de una gran conspiración. La reunión cumbre se celebró en Roma, en Palazzo Corsini, del 24 de noviembre al 21 de diciembre de 1898. Todas las naciones europeas participaron en ella, incluso asistieron represen-

tantes del Reino Unido, siempre tan reacio a colaborar con el resto del continente en éste y en prácticamente todos los demás temas. Se contaron, en total, cincuenta y cuatro delegados procedentes de veintiún países, entre ellos embajadores, agregados militares y jefes policiacos. Las sesiones fueron confidenciales, a estricta puerta cerrada, y las conclusiones, si es que en realidad las hubo, permanecieron secretas. Algunos asistentes afirman que fue una reunión diplomática típica, con agotadoras discusiones procesales y formalistas, que no tuvo resultados verdaderamente trascendentales por las enormes diferencias de criterio entre las naciones participantes. Los Estados más autoritarios (entre ellos Rusia, Austro-Hungría y Alemania, unidos ahora a Italia) pretendían declarar una guerra abierta europea contra el movimiento anarquista y, para ello, afinar y coordinar los procesos penales de los diversos Estados. Pero los más liberales (Reino Unido, Suiza, Países Bajos, Bélgica, Francia y los escandinavos) veían en ello la aviesa intención de aprovechar la paranoia existente para acusar a cualquiera que tuviera reivindicaciones sociales avanzadas de anarquista y limitar, de ese modo, derechos políticos.

A nadie extrañó, por tanto, que la conferencia encontrara un obstáculo considerable al enfrentarse con diferentes interpretaciones los que se consideraba "anarquía" y "subversión". Los gobiernos más conservadores pretendían ubicar al mismo nivel al anarquista y al vulgar asesino, pero las delegaciones liberales propusieron considerar al primero como un delincuente común sí y sólo sí, si había cometido o tenido la clara intención de perpetrar crímenes tipificados en el código penal. A final de cuentas no se establecieron medidas represivas comunes contra los diversos movimientos anarquistas que operaban en Europa y, de hecho, ni siquiera se dio una definición unánime de *anarquía.* Terminó la conferencia con pocos acuerdos; los más importantes, quizás, atañían a la extradición de criminales anarquistas condenados. La delegación rusa abandonó, enfadada, la reunión días antes de su clausura.

La cumbre fue descrita como un fracaso rotundo por los más conservadores y, sobre todo, por quienes postulaban la teoría de una gran conspiración judeo-masónico-anarquista.

—¿Cómo era posible que ni siquiera se hubiese mencionado la factibilidad de tal conspiración cuando las evidencias parecían tan contundentes? —le preguntaron a grito en cuello a un tal Della Giovanna, delegado que actuó como agente oficioso del Vaticano, aunque formalmente era integrante de la representación austriaca.

Este personaje recordó la existencia, desde hacía tiempo, de informes escritos por la policía francesa en los que se describía la forma como los anarquistas parisinos recibían instrucciones de un inicuo y subrepticio comité anarquista con sede en Londres constituido por personajes como Piotr Kropotkin, Errico Malatesta, Charles Malato, Nicolas Nikitine y un fulano apodado *Marocco.* Dicho comité encabezaba, según siempre informes de la policía francesa, una organización cuyos objetivos eran, entre otros, fomentar grandes huelgas, incitar la desobediencia de los soldados mediante la difusión de minúsculos folletos a distribuir profusamente en los cuarteles y la intensificación de los atentados terroristas.

Si no había duda sobre los contactos entre los anarquistas de París y los refugiados de diversas nacionalidades residentes en Londres con el propósito de propalar la subversión y el terrorismo, ¿por qué entonces en la cumbre de Roma casi no se dijo nada? Sólo los representantes alemanes, austriacos y rusos llegaron a comentar, tímidamente, el tema. Eso sí, Della Giovanna lo hizo de forma estentórea, pero no obtuvo ningún eco.

Los convencidos de la teoría conspirativa mucho sospechaban también de la actitud de los representantes británicos. Para ellos era obvio que la pérfida Albión había asistido a Roma con la exclusiva intención de boicotear el encuentro. Para algunos parecía obvio que la Gran Conspiración contaba, de alguna manera, al menos con la anuencia, si no es que con el resuelto apoyo, de la Corona británica. Las razones de ello eran evidentes, aseguraban. El liderazgo mundial del Imperio británico decaía de manera paulatina ante el desarrollo económico de Estados Unidos y frente a la

osadía militante de Alemania. El largo reinado victoriano, tan próspero y placentero, suscitaba hábitos de autocomplacencia, desidia y despreocupación. Por eso para el Reino Unido sería muy útil una guerra europea a gran escala, aunque sin verse involucrado. Manipular un conflicto que ensangrentara a las potencias continentales ¡era el nefasto plan! Y para conseguirlo, los ingleses no dudaban en afianzar su alianza con dos de sus viejos compinches: el capital judío internacional, con el cual llevaban a cabo pingües negocios desde hacía siglos, y las logias masónicas, siempre tan útiles, con las que se habían confabulado antes para provocar desastres como la Revolución francesa y la independencia de las colonias americanas, entre otros. Así, el anarquismo internacional sólo era un instrumento de esta aleve alianza. Por eso, ¡qué casualidad que tuviera su centro de operaciones en Londres!

Además, llamaba mucho la atención que prácticamente no ocurriesen atentados anarquistas en la Gran Bretaña, ni se hubiese privado de la vida a ningún miembro de la realeza de ese país, y, salvo algún tragicómico incidente en el observatorio astronómico de Greenwich, no se hayan suscitado incidentes con explosivos. ¡El anarquismo inglés era inocuo! El mismo Kropotkin los definió como "anarquismo de salón, epicúreo, algo nietzscheano; ¡muy *snob!*

La delegación rusa enviada a la cumbre de Roma resultó la más indignada con su fracaso, y con razón. Ellos también sospechaban de las malas intenciones del Reino Unido, imperio con el cual mantenían diversas disputas en Asia en lo que Kipling llamó el Gran Juego. Rusia era una de las principales víctimas de la subversión y el terrorismo. Por esa razón fundaron la policía política más eficaz de Europa en 1866, la Okhrana, que desde hacía algunos años contaba con una representación muy activa en París, encabezada por un tenebroso individuo: Piotr Ivanovich Rachkovsky, uno de los policías más despiadados, intrigantes y conspiradores de la historia. Durante décadas trabajó de manera obsesiva en infiltrar organizaciones anarquistas y revolucionarias, y en ocasiones él mismo las creaba para perpetrar atentados y culpar a los enemigos del zar. Actuaba siempre en la sombra, dispuesto a falsificar, traicionar, ma-

tar, corromper y hacer lo indispensable para, según él, "servir a su patria".

Eventualmente, este siniestro personaje ofrecería una "gran pista" a los locos que creían con fervor en la existencia de una conspiración judeo-masónico-anarquista.

WASHINGTON, D. C.

18 de octubre de 1898

Algunos conceptos y propuestas vertidos en la sesión del Senado en la que se discutió el futuro de las colonias arrebatadas a España por Estados Unidos después de una contundente y rápida campaña militar, de acuerdo con la crónica del diario *The Washington Post:*

> Senador Orville Platt (republicano por Connecticut). La victoria de nuestras tropas debe ser coronada con nuestros esfuerzos civilizatorios... Filipinas, Cuba, Puerto Rico, Guam, todos estos lugares deben ser elevados a la categoría de regiones civilizadas. España dominó por siglos estos territorios, pero fracasó en su labor civilizatoria. Sólo cristianizó, y a medias, ya que es un hecho la enorme influencia de la brujería, la santerías y otras aberraciones en estas latitudes. Pero nunca se preocupó por civilizar en el más amplio sentido de la palabra. Se ciñó únicamente a ejercer una bárbara explotación económica. Estados Unidos debe garantizar la civilización en el más amplio sentido de la palabra, lo que concierne a la educación y el mejoramiento económico de las poblaciones.
>
> John T. Morgan (senador demócrata por Alabama). He escuchado con atención lo que el distinguido senador Platt ha expuesto en su discurso, y he escuchado también con interés lo que algunos colegas del norte han propuesto sobre la loable intención de tratar de civilizar las regiones liberadas del colonizador español con el esfuerzo, el coraje y la sangre de nuestras valientes tropas, y aunque no niego la nobleza de sus buenas in-

tenciones, creo que están equivocados... La cuestión central es saber si estos pueblos en verdad son susceptibles de ser civilizados, yo creo que no, y lo creo porque hemos visto en nuestro propio país la imposibilidad de civilizar a los negros... Son decenas los científicos y antropólogos que han demostrado la desigualdad de las razas, ¿para qué perder el tiempo entonces?... Déjenme dar aquí y ahora una idea concreta, realista y radical de cómo podemos aprovechar estas conquistas en beneficio del pueblo de Estados Unidos. Y es que, señores, ¡estamos ante la oportunidad de resolver nuestro grave problema racial de una buena vez y para siempre! Enviemos la totalidad de la población negra que padecemos en Estados Unidos a habitar Cuba y Filipinas, y después otorguémosles la independencia, y anexémonos Guam y Puerto Rico para que funcionen como nuestras bases militares.

Marcus Alonzo Hanna (senador republicano por Ohio). La grandiosa conquista militar de estas islas, lograda por el genio de nuestros comandantes y la pericia y valentía de nuestros soldados, debe ser aprovechada para afirmar la presencia en el mundo de América como potencia militar y económica de primer orden... Debemos anexionarnos los territorios de Filipinas, Guam, Puerto Rico y, eventualmente, Cuba... Estamos ante la oportunidad de amplificar nuestra influencia a niveles planetarios, ante la oportunidad de extender nuestros mercados, eso será bueno para nuestros negocios y nuestro comercio, y contribuirá al bienestar de cada uno de nuestros ciudadanos.

Ben Tillman (demócrata por Carolina del Sur). El senador Mark Hanna una vez más demuestra su subordinación a los intereses de los capitalistas que lo tienen aquí supuestamente representando al gran estado de Ohio. ¡Los negocios! ¡Todo es bueno o es malo desde la perspectiva del señor Hanna de acuerdo con su pertinencia para los negocios!... Déjenme decirles, señor Hanna y distinguidos miembros de este Senado, que los intereses de los grandes capitales no es la única consideración que debe hacerse en el caso de estas colonias recién conquistadas... Si anexamos Filipinas, Cuba y Puerto Rico, de inmediato daremos derechos a los indígenas de esas regiones para que

> emigren libremente a América y con eso estaremos agravando nuestro de por sí apremiante dilema racial... Tendremos a filipinos, muchos de ellos fanáticos musulmanes, y a cantidad de negros cubanos con todo y sus santerías y supersticiones andando por nuestras calles; representarían un peligro para la seguridad pública y mezclarían sus razas con la nuestra... Ahora bien, por su parte, mi respetable colega y amigo del gran estado de Alabama ha expuesto aquí una idea que no carece de sabiduría y que es guiada por la ingente necesidad que tenemos en Estados Unidos de resolver el problema de los negros; mandémoslos a Filipinas y a Cuba, y desembaracémonos del asunto para siempre, nos dice Jack Morgan, bien; pero déjenme decirles que no estoy de acuerdo con él, y no lo estoy por una sola razón: en Estados Unidos los negros deben trabajar y llevar una vida disciplinada, pero si los mandamos a vivir a esas regiones y reconocemos su independencia abriremos la puerta a que estos perezosos por naturaleza dejen de llevar un modo honesto de vida para entregarse a holgazanería a la que son tan proclives. ¡Y por Dios que eso no debemos tolerarlo, ni mucho menos promover!

* * *

McKinley siente que aquí, precisamente en Omaha, Nebraska (sitio de nacimiento y principal base política de su gran rival, el populista William Jennings Byan) es el lugar donde más le han aplaudido desde que empezó esta gira por los estados del medio oeste, región que fue clave en la elección de 1896 y que lo será de nuevo durante los comicios de 1900. "No cabe duda de que el cínico de Hanna tiene razón: nada es mejor que ganar una guerra para elevar la popularidad", piensa William McKinley, quien siente hoy y aquí la inobjetabilidad de su triunfo más que en ningún otro momento desde que lo declararon vencedor de las elecciones presidenciales. Bryan, el encendido orador local, podrá ganarle a las palabras, pero él se impone en los hechos, que es lo importante. Lo que viene a presentar a los buenos habitantes de Nebraska no es elocuencia sentimentalista ni discursos encendidos, sino hechos concretos y duros: prosperidad, estabilidad económica adquirida gracias al

patrón oro, una guerra internacional ganada en unas cuantas semanas y de manera contundente.

El presidente se dirige a su público: "Una de las grandes leyes de la historia de la humanidad es el progreso y en ninguna parte se revela esta verdad de manera tan inequívoca como en Estados Unidos" Sigue una aclamación larga e intensa. "Quizá", piensa entonces McKinley, "en Nebraska tienen mala conciencia por no haber votado por mí"."Nosotros no quisimos esta guerra. En contra de la presión de algunos medios, que llegaron en algunos casos, y perdónenme que se los diga, al delirio, nosotros fuimos pacientes. Antepusimos la razón y la prudencia que debe tener un jefe de Estado a la ofuscación irresponsable del merolico de plaza. Pero llegó un momento en que no pudimos contenernos más. España nos impuso esta guerra con un cobarde atentado que costó la vida a cientos de marinos que cumplían su deber a bordo del *Maine,* ¡Dios los tenga en su gloria!" Nueva aclamación; el presidente se siente satisfecho. "Logramos una victoria completa en pocas semanas de guerra. Nuestros comandantes y soldados cumplieron su deber de manera excepcional. Estados Unidos ha hecho oír su potente voz fuerte y claro ante la familia de las naciones del mundo".

Ovación. McKinley escucha entre los vítores expresiones como "¡Filipinas, anexión!","¡Cuba, anexión" "¡América, potencia mundial!"

Es justamente el mismo "pueblo" que poco tiempo antes aclamaba a Bryan hasta el delirio. Tiene ahora un nuevo campeón, que quiere dejarse oír.

AIX-EN-PROVENCE

20 de agosto de 1899

—Deberías regresar conmigo a Turín, Bruno, viviríamos bien y tranquilos. Ya olvídate de esta tontería de andar jugando al conspirador anarquista, a nada te lleva y nada te produce.

Mónica yacía desnuda junto a mí en la cama de una habitación de la primorosa y acogedora casita de campo de los Vignancour en Aix-en-Provence, lugar al que escapamos poco tiempo después de la muerte de Maurice. Estaba más bella que nunca. Era una mujer alta y grácil. Pelirroja de nacimiento, su cabellera rizada, abundante, simulaba el resplandor de la diana. El rostro, como todo en ella, era delicado, lindo, aunque no de una extraordinaria belleza. La desmerecía una nariz demasiado chata, pero tenía unos grandes ojos marrones de seductora mirada melancólica. El cuello, armonioso. Los senos no muy voluminosos, pero erguidos y simétricos. Los brazos finos, las nalgas turgentes. Pero lo que más me gustaba de ella eran los pies. Sí, siempre he tenido cierta afición fetichista con los pies femeninos. Desde niño me daba un singular placer contemplar los pies bien proporcionados de las muchachas. Me fascinaban las maravillosas curvas de los pies desnudos de Mónica. Le hacía masaje en todo el cuerpo con aceites especiales antes de hacerle el amor, pero me detenía trabajando en sus piernas, rectas como de madera bien torneada y pulida, que se estrechaban en el tobillo y al llegar al dorso del pie se acentuaba una curva tenue que yo acariciaba tiernamente. Entonces atacaba sus maravillosos pies

con caricias primero y un masaje con fruición después en el arco, la planta de los dedos y el talón.

—No puedo, vida mía, todas las policías europeas están tras de mí.

—¡Bah!, te haces el importante. Te has vuelto paranoico.

Mónica no estaba tan asustada como yo. De hecho, se hallaba feliz por ser viuda. Hacía años que no podía ver a Maurice. Ahora heredaría algo de lo que le quedaba a su difunto marido y se dedicaría a la vagancia y, espero, a su vocación artística.

—Mira esta casita. ¿No te gusta? Quizá podríamos vivir aquí, dedicarnos a una vida bucólica. Tener hijos que serían hermosos.

Sin duda era una idea atractiva vivir ahí, se trataba de una casa no demasiado grande con un lindo jardín y una terraza de piedra y madera ubicada cerca de algunos campos de lavanda, tan famosos en Provenza, y con vista al Mont St. Victoire, que hiciera famoso ese maravilloso cretino Cézanne con unos cuadros magníficos.

—No, Mónica, sólo te pondría a ti también en riesgo. Es una realidad que me siguen desde hace tiempo; de hecho, desde el asesinato de Cánovas del Castillo, y con más rigor tras la muerte de Maurice, la cual sucedió apenas dos semanas después de que le entregara los protocolos de los que te hablé. Seguramente, contra mi recomendación, el imprudente de tu marido se los entregó a Rachkovsky, el maldito asesino policía ruso del demonio, y éste, por algún motivo, decidió eliminarlo.

—Eso no es seguro, Maurice era cada vez más autodestructivo en sus vicios; tarde o temprano habría sucumbido. Sus últimas francachelas eran épicas. Se cruzaba con todo: cognac, hachís, cocaína… ¡era un suicida! —Mónica hablaba mientras extendía a lo largo su cuerpo con gran seducción.

—No, querida, por algún motivo Rachkovsky decidió eliminar a Maurice exactamente de la misma manera en que, según Rochefort, se deshizo de aquel militar ruso enviado por el zar para vigilarlo, ¿recuerdas que te conté? Era un general, ni más ni menos; Seliverstoy, se llamaba. Su misión era reportarle al gobierno las actividades en París de la Okhrana y ¡zas!, un día muere. Es mucha casualidad

que ambos hayan terminado justo de la misma forma: muertos flotando en el Sena con el cuerpo alcoholizado —yo discernía sobre esas tragedias a la vez que acariciaba la planta del pie de Mónica con mi pulgar.

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, ¿no?

—Además, la última persona en estar con él, según el prontuario policiaco, fue su amante Sonia, espía al servicio de la Okhrana, como también te platiqué. Esa noche noté desde mi ventana figuras oscuras que pasaban sigilosas, se detenían, espiaban mi balcón, seguían su paseo y. más tarde, volvían. A partir de entonces es obvio que me persiguen. He reconocido por lo menos a dos sujetos. El más persistente tiene rasgos de ruso. Me lo encuentro de manera constante en los cafés, en el quiosco, en la calle. El otro es un petizo que siempre está cerca del Liceo donde doy clases.

—El Liceo de la señorita Strozzi, ¿verdad? —Mónica sentía celos de una de mis alumnas con la que, alguna vez, me vio paseando en las Tullerías.

—Incluso el petimetre de Della Giovanna, el supuesto espía del Vaticano, se me aparece como por casualidad por todos lados —me apresuré a decir ignorando el último comentario de Mónica —. Me saluda, me detiene como queriendo platicar conmigo. En alguna ocasión me dijo: "Hace mucho que no hablamos de las conspiraciones, señor Arpinati". "¡Ah, sí, las conspiraciones! Váyame a ver al periódico cuando quiera", le contesté. Y el muy cretino fue a buscarme, pero yo no estaba ya, sabes que casi no voy más a esas oficinas.

—¡Paranoicooooo! —mi amante jugaba a callarme poniendo con delicadeza su dedo índice en mi boca.

—Amor, no tengo remedio, debo huir si no quiero acabar "suicidado" o flotando en el Sena.

Mónica estiró el brazo mientras recostaba, coqueta, la cabeza en la almohada. ¿Perdería yo ese cuerpecito divino para siempre?

—Mira amor, tú debes regresar a Piamonte cuanto antes. El padre de Maurice es un viejo carcamán del que debes alejarte lo más

pronto posible. Vuelve a Turín o vete a vivir a Roma, Milán o Londres.

—¿Y qué pasará con *Le Phare…?*

—Está quebrado, y muerto Maurice su cierre es inminente.

Y así fue: poco tiempo después el periódico que fundamos Maurice Vignancour y yo dejó de publicarse, y sus distinguidos colaboradores debieron buscar otros horizontes. La que más me preocupaba, Irene, decidió probar suerte en Londres.

—Tengo gran interés por ir a América, conocer Nueva York, Boston, Chicago, las grandes ciudades. Creo que puedo hacer amigos allá, quizá dedicarme al periodismo, conocer a gente como Ambrose Bierce, por ejemplo. También, quizá, pueda hacer algo de dinero.

—Ay, Bruno, ¡sueñas! —Mónica soltó una risita encantadora.

—Sí, con Mark Hanna, mi anfitrión. Él es muy rico y es amigo de todos los que cuentan allá. También me gustaría conocer a algunos anarquistas estadounidenses, a Benjamin Tucker, a Emma Goldman… En fin, es toda una aventura ir a Estados Unidos y, créeme, en mi situación actual es una necesidad vital.

—Pues entonces llévame —soltó de súbito Mónica, levantándose de la cama—. Se me ocurre que podría aburrirme mucho en Turín; ni Londres ni Alemania me gustan y París me fascina, pero quiero descansar de él. Se me antoja viajar. De repente se me ocurre que tienes razón. Ir a Nueva York debe ser muy emocionante, y esas grandes planicies donde Maurice, según él, se estaba convirtiendo en místico.

—No —le contesté de inmediato—; o bueno, no ahora mismo. De verdad, linda, estoy corriendo riesgos y primero quiero tentar cómo están las cosas allá y en qué términos quiere Hanna que colabore con él, pero una vez que me establezca bien te prometo que te aviso y te reúnes conmigo. Te extrañaré mucho, mi pequeña, pero ese Rachkovsky es de cuidado y puede tener tentáculos en América también. ¡Y váyase a saber qué callos habré pisado con mis enredos!

—Travesuras… ¡Ay, Bruno, sólo andas vacilando! Está bien, pero si me aburro demasiado en Italia voy a Nueva York y no descan-

saré hasta encontrarte, te lo advierto —y recostándose de nuevo conmigo, quedamos fundidos en un lago abrazo.

INFORME DELLA GIOVANNA

La debacle

Monseñor:

Con este informe solicito, con humildad, considere poner fin a mi misión en París. Ha sido un largo periodo de labores infructuosas y desilusionantes en esta gran Babilonia. Durante estos cinco años, Francia ha transitado desde la esperanza del posible despertar de la opinión pública con el asesinato del presidente Carnot y la condena por traición del judío Dreyfus hasta lo que contemplamos hoy: el triunfo definitivo de la masonería y de su engendro, la República radical. Me permito hacerle a usted un breve resumen de los acontecimientos tanto de política general como los que atañen al tema del terrorismo anarquista. Incluyo algunas de mis propias hipótesis y conclusiones, las cuales usted ya conoce por habérselas yo expresado en anteriores informes, y también mi idea sobre cómo debe reorientarse ahora la investigación de la conjura judeomasónica-anarquista.

El tema de Dreyfus no pudo terminar peor. Condenado, como usted sabe, a prisión perpetua en la colonia penitenciaria de la Guayana Francesa, sus patrocinadores y aliados empezaron pronto a tratar de sembrar dudas sobre su culpabilidad basados en el hecho de haber sido condenado unánimemente con una sola prueba, negada sin descanso por él y cuya autenticidad era discutible. El revire del asunto comenzó en marzo de 1896, cuando Georges Picquart, al poco tiempo de haber asumido el cargo como jefe de la oficina de contraespionaje del ejército, alegó haber encontrado en el ya céle-

bre cesto de la basura del agregado militar alemán Schwarzkoppen la copia de un telegrama en el que el diplomático alemán informa al mayor Ferdinand Walsin Esterházy el rompimiento de su relación con él, por considerar sus actividades de espionaje como "demasiado exiguas". Picquart comenzó una investigación sobre Estherázy y constató que la caligrafía de dicho oficial era idéntica a la del polémico prontuario entregado por Dreyfus en 1894. No era extraño que los dreyfusianos escogieran a este oscuro personaje, Esterházy, como la víctima ideal en su afán por redimir al ex capitán convicto. Es un petulante miembro de una familia aristocrática de raigambre húngara, un embustero con fama de estafador y proxeneta que vive desde hace años por encima de sus posibilidades. Por eso es perfectamente creíble la historia de que sus perpetuas deudas y sus muchas amantes lo llevaron a venderse a los alemanes.

Esterházy compareció ante un consejo de guerra. Se declaró inocente, y aunque todo en él fuera equívoco al parecer le fallaron las pruebas a los denunciantes. Fue absuelto entre los aplausos temerarios del público, mientras a Picquart el Estado Mayor primero lo envió a Túnez y, más tarde, lo encarceló acusándolo de haber falsificado dichas pruebas. Pero el daño a la credibilidad del proceso estaba hecho. El partido de Dreyfus se fortaleció con las sospechas que pesaban sobre Esterházy. Se inició una campaña cuya señal de arranque la dio Clemenceau en su periódico *L'Aurore* al exigir la revisión del juicio. Después vino la carta pública de Émile Zola al presidente Félix Faure, su ya célebre "Yo acuso", aparecida en el mismo periódico el 13 de enero de 1898. ¡Vaya alegato violento en contra de las autoridades militares! No pretendo extenderme en los detalles de eventos de los que usted está al tanto, simplemente recordaré cómo Zola, inculpado por difamación e injurias, huyó a Londres mientras en Francia la excitación se exacerbaba. Tampoco puedo dejar de reiterarle mi teoría sobre el caso. Repasemos: Esterházy se ubicaba en una situación insólita en virtud a que, según la ley, un acusado absuelto no puede volver a ser procesado por ese mismo delito, aunque a *posteriori* la culpabilidad fuera cien veces demostrada. Como usted sabe, pasado algún tiempo de

concluido su sumario, Esterházy, huido a Londres, confesó que él era el autor del prontuario encontrado en la oficina del agregado militar alemán, aunque declaró que lo había escrito "por órdenes superiores", sin develar el nombre del supuesto mandante. Así, de repente, este gran crápula, libre ya de riesgo y posibilidad de sanción, se pone a hacer tan delicadas revelaciones. ¡Algo le dieron a ganar, monseñor, de eso no cabe la menor duda! Las preguntas son *cómo* y *quiénes* lo beneficiaron, y *por qué.* Además, y ya son muchos los expertos en cuestiones militares que lo aseguran, Esterházy no estaba en condiciones de procurarse la información incluida en el prontuario entregado a Schwarzkoppen. Sucedió, a mi parecer, que un hombre del carácter equívoco de Esterházy, lleno de deudas y vicios, decidió cargar con la culpabilidad de Dreyfus para servir a intereses oscuros, y lo hizo por dinero. Esta confesión fue la clave en la hecatombe que permitió a la masonería y sus aliados republicanos radicales reconquistar el poder, y con ellos, los socialistas como "cola de cometa".

* * *

Llegó Henry Brisson a la jefatura de gobierno francés el 28 de mayo de 1898. Hombre de izquierda, se inclinaba por la revisión del caso Dreyfus, pero el honesto Godofredo Cavaignac, ministro de Defensa, examinó el expediente y encontró el ya también famoso telegrama del agregado militar italiano Panizzardi a Von Schwartzkoppen en el que describía a Dreyfus como "un traidor" a Francia. El ministro tenía entonces la certeza de que Dreyfus era culpable, y lo afirmó, como también usted lo sabe bien, en la Cámara de Diputados al leer el comprometedor documento. La causa de la revisión pareció, entonces, perdida, pero al poco tiempo se descubrió que dicho telegrama era apócrifo, una falsificación obra del teniente coronel Humbert Joseph Henry, también de la oficina de contraespionaje del ejército, quien confesó que él había fabricado estas nuevas pruebas. Días después, Henry se suicidó en su celda fuerte de Mont Valérien asestándose un tajo en la garganta.

Así, el partido pro Dreyfus proclamaba la inocencia del condenado. Procedía la revisión, habían surgido elementos que la justificaban y Brisson se dio prisa para emprenderlo de inmediato. Cavaignac dimitió insistiendo, pese a todo, en su convencimiento de la culpabilidad de Dreyfus. La campaña en favor del convicto adquiría un tono revolucionario. Con la consigna malévola de "si no puedo atraer a Dios, pondré en movimiento a los infiernos", todos quienes tenían interés en el desorden, todos cuantos andaban tras un desquite se sumaron, como jauría, a la causa dreyfusiana. Jaurres y los socialistas, los llamados "intelectuales", los radicales, los liberales, los anticlericales y, por supuesto, el abominable Clemenceau (*le homme sinistre,* como lo describen los conservadores), guiado por sus instintos de republicano enemigo de las jerarquías, de proscrito ansioso de volver a la escena. ¡Ah!, porque, monseñor, Dreyfus purificaba a los manchados por el escándalo Panamá. Y también con ellos, como inopinados compañeros de viaje, fueron muchos ingenuos y almas limpias, idealistas que creyendo luchar desinteresadamente por la justicia y la verdad acabaron por servir a los fines inconfesables de la masonería.

Comenzó a promoverse en Francia un furioso antimilitarismo, azuzado por los llamados "intelectuales". ¡Y en mala hora! Justo cuando el heroico capitán Marchand concluía en Fachoda una azarosa y épica travesía por el centro de África que había partido del Congo. Era resultado de la nueva política colonial declarada después de firmada la alianza con Rusia. Se replanteaba la posibilidad de establecer un nuevo protectorado francés en el curso alto del río Nilo y unir las colonias francesas en una línea terrestre continua desde los puertos de Brazzaville y Duala hasta Yibuti. Pero el Reino Unido tenía un plan antagónico: realizar el proyecto de Cecil Rhodes de construir bloque de posesiones coloniales británicas desde de Ciudad de El Cabo hasta El Cairo. A Fachoda arribó también el comandante Horatio Kitchener, victorioso de la batalla de Omdurmán donde derrotó a los fanáticos seguidores del Mahdi, y conminó "amablemente" a los franceses a retirarse amenazando, eso sí, con guerra en caso de que Marchand se empeñara en mantener ahí

el pabellón francés. Sin posibilidades de presentar una resistencia efectiva y con una semiguerra civil en casa por el asunto Dreyfus, la República francesa cedió, humillada. Obvio, Fachoda agitó aún más los nervios del ejército, el cual era atacado en la persona de sus jefes en momentos tan delicados. Los dreyfusianos insultaban y ridiculizaban a los militares, y aquí va mi segunda conclusión personal, monseñor: lo hicieron en buena medida financiados por el oro inglés, la "vieja caballería de San Jorge", como llaman en España a los sobornos que la *Foreign Office* suele repartir a sus aliados y a políticos corruptos por aquí y por allá.

Oro inglés en combinación, por supuesto, con el capital judío local. La prensa nacionalista habla constantemente de la formación de un "Sindicato de la traición" de capitalistas judíos y británicos aliados a masones y socialistas que han gastado ya hasta diez millones de francos para sobornar jueces, testigos, grafólogos y fiscales depositados en las cajas fuertes de un banco internacional con sede en Berlín. Los caricaturitas personifican a dicho sindicato como un obeso israelita con numerosos anillos en los dedos, cadena de oro sobre un inflado vientre y expresión malévola.

Fachoda fue la gota que derramó el vaso para muchos militares honorables. Una especie de "boulangerismo sin Boulanger" comenzó a insinuarse dentro del ejército y también fuera de él en las ligas de patriotas, las asociaciones antisemitas y los medios conservadores. Es en este punto cuando, el 16 de febrero de 1899, muere el buen presidente Félix Faure, fiel católico, aliado del ejército, enemigo jurado de la revisión del caso Dreyfus por estar completamente convencido de la culpabilidad del judío, estadista cuyo donaire, bella prestancia y atractiva personalidad provocaban la envidia de muchos políticos aviesos y mediocres. Y aquí le repito mi principal hipótesis: Faure fue asesinado, y se trató de un magnicidio ultra beneficioso para la masonería más radical en virtud de que le permitió encaramarse definitivamente en el gobierno de Francia. Fue un hombre que luchó como nadie por darle a la República el carácter conservador que le convenía. Su muerte se dio en circunstancias asaz extrañas. No fue, como en los casos de las muertes de Carnot,

Cánovas y la emperatriz de Habsburgo, un joven anarquista adicto a la propaganda por la vía de los hechos enviado por masones y judíos para escandalizar al mundo y tratar de provocar caos, sino muy probablemente, pienso yo, la soterrada acción de un secreto veneno. Descarto de entrada la "apoplejía" de la versión oficial. Lo más indignante es el escarnio y la calumnia con la que los republicanos radicales y la izquierda quieren manchar la memoria de Faure, y me refiero a los maliciosos rumores de que el presidente falleció de forma súbita en su despacho mientras su amante, Marguerite Steinheil, le practicaba una felación. Semejante embuste ha dado lugar a toda suerte de bromas y juegos de palabras que no repetiré en estas páginas, alguna de ellas inventada por el indigno Clemenceau ("Deseó ser como César, pero terminó como Pompeyo", jugando con el verbo *pomper* que en francés significa hacer una felación).

La masonería actuó rápido tras el fallecimiento del presidente, y antes de cuarenta y ocho horas remplazaba a Faure con uno de sus títeres, Emilio Loubet, contumaz oportunista, implicado en el escándalo Panamá y rehén de Clemenceau. Fue recibido por el pueblo de París durante su toma de posesión con silbidos y gritos de "Panamá", y con la romántica intentona golpista del comandante Pablo Deroulede, que tras las exequias del Félix Faure, agarrando las bridas de su caballo, se acercó al general Roget, quien había estado al frente del cortejo, y le pidió encabezar ahí mismo un golpe de Estado. El general se negó e hizo detener al insubordinado. Aun así, el descontento de un sector importante de las fuerzas armadas se mantuvo vivo. Tres meses después, tras su regreso de África, oficiales amigos suyos le rogaron a Marchand iniciar una revuelta, cosa a la que se negó de manera rotunda. No habría nuevo Boulanger.

El 3 de junio el Tribunal de Casación ordenó la revisión del caso Dreyfus y pocos días después fue designado nuevo primer ministro el liberal Waldeck Rousseau para formar un gobierno de "defensa republicana" bajo el criterio medular de que la Iglesia católica ("clericalismo", lo llaman ellos) es la verdadera enemiga. Así quedó enterrada la República conservadora y todo lo que se había

hecho para templar a la democracia, moderar sus excesos y atenuar sus peligros. El asunto Dreyfus confería el poder a la izquierda, y en condiciones inéditas. Otra revolución asecha a Francia.

No abundaré demasiado sobre el reciente nuevo juicio a Dreyfus en la ciudad de Rennes, pero sí me veo impelido a subrayar la anomalía de que no se haya insistido en la comparecencia como testigo de Esterházy, autor confeso del prontuario. Algún extraño y tácito acuerdo hizo que las dos partes consintieran esta ausencia. El tribunal volvió a declarar culpable a Dreyfus, pero acordando ciertas "circunstancias atenuantes" que le reducían la pena. Waldeck Rousseau sintió una sorda irritación con este veredicto y presionó al presidente Loubet a firmar un indulto, cosa que hizo el mes pasado. Dreyfus lo aceptó, desistiendo de la posibilidad de presentar recurso.

La gran derrotada de toda esta ingente farsa fue la Francia católica al enfrentar ahora a los masones consolidados en el poder y quedar, por tanto, el Estado galo en situación de franca descomposición.

* * *

Pero no crea, monseñor, que es mi decepción por el fiasco del *affaire* Dreuyfus y la deriva siniestra de la III República las razones de mi petición de ser relevado. Cierto, ahora la Santa Sede deberá estar más y mejor informada de las aviesas intenciones del nuevo gobierno francés, pero ésa es una actividad digna de un perfil más político y diplomático, no tanto del esquema policiaco en el que se me ha comisionado y al que debo constreñirme. El motivo central de mi presencia en París es estar al tanto de las actividades anarquistas y rastrear todo lo concerniente a su relación con las conspiraciones criminales judeo-masónicas, en especial las que pudiesen propiciar un eventual atentado en contra de Su Santidad.

Desde hace tiempo he llegado a la conclusión de que no es en la capital francesa donde se fragua un plan de dominio mundial. A la vanguardia de estos diseños predominan los estadistas del mundo anglosajón aliados, por supuesto, con el judaísmo internacional, y

utilizando como instrumentos a las logias y a ciertos sectores anarquistas. Pero desde la muerte del presidente Carnot, el Juicio de los Treinta y la promulgación de severas leyes represivas, el anarquismo francés se ha mantenido inactivo en lo concerniente a la "propaganda por la vía de los hechos" y ha limitado sus actividades a la formación de inocuos clubes, así como a editar todo género publicaciones. Tan inermes se han vuelto que el malogrado presidente Faure decidió firmar un amplio indulto a su favor.

España ha sido el escenario principal de la actividad terrorista en Europa occidental, con crímenes bárbaros, mucho peores que los perpetrados en París, como los cometidos en el Gran Teatro del Liceo y contra la procesión de Nuestra Señora Santa María del Mar. Por supuesto, aquí entra la muerte de don Antonio Cánovas del Castillo y la advertencia tan puntual y misteriosa que me hiciera al respecto el director de *Le Phare de l'Occident* apenas unos días antes del atentado en Santa Águeda sobre "el inminente asesinato de un personaje de primer orden español a manos de un anarquista italiano". La mala fama de crápula y fantasioso de *monsieur* Vignancour no contribuía a la credibilidad de sus dichos. Aun así, monseñor, le reporté de inmediato a usted dicho mal augurio, el cual, para sorpresa de todos, se concretó muy poco tiempo después. Se encendieron entonces todas las alarmas. De repente, el profesor turinés Bruno Arpinati, personaje que me había presentado Vignancour como su "asesor e informante personal en materia de la conspiración anarquista", empezó a llamar la atención tanto mía como de la policía francesa y de la Okhrana. Recordará que describí a dicho personaje como un farsante vividor al que no había que tomar en serio, y en esa opinión concurrían todos los agentes antianarquistas. Sin embargo, Vignancour me aseguró que había sido este bellaco quien le anunció el magnicidio de Santa Águeda e incluso que le había revelado el nombre de Angiolillo como su ejecutante. Y en efecto, como se lo reporté a usted en su momento, la contrainteligencia registró encuentros del magnicida con algunos militantes del anarquismo parisino, incluido el propio Arpinati, así como con

dirigentes independentistas portorriqueños (¿o quizás eran cubanos?) y con radicales como Henry Rochefort.

Tal como usted me lo recomendó, me puse en contactos con nuestros amigos en Turín para averiguar más sobre este dichoso personaje y es cuando no enteramos de la interesante posibilidad de que sea hijo bastardo del infame Francesco Crispi. Ahí podríamos atar algunos cabos, desde luego. Con Arpinati podría tenerse, por fin, una pista muy sólida sobre la existencia de un andamiaje hermético que involucra a políticos de la calaña del señor Crispi, de algunos dirigentes de la III República y a miembros destacados del gobierno británico. Durante 1898, Arpinati fue vigilado de cerca por la policía francesa, por los hombres de nuestro amigo Piotr Ivanovich Rachkovsky y, desde luego, por su servidor, pero el muy truhan no volvió a ofrecer más pistas sobre su involucramiento en complot alguno. Se dedicaba a una vida hedonista y ociosa, dilapidando los grandes recursos de la viuda Arpinati y su familia, de gran abolengo y alcances en la sociedad piamontesa. Daba algunas clases en instituciones privadas de temas como filosofía e historia, colaboraba con cierta displicencia en las ediciones de *Le Phare de l'Occident* y mantenía un amorío cada vez más notorio con la señora esposa de su patrón. Pero nada sobre contactos con políticos importantes, financieros judíos o sospechosos de ser terroristas o espías internacionales. Jamás se le vio acercarse a la sede de la Alianza Israelita Universal o a logia masónica alguna. De vez en cuando se reunía con algunos de los autodenominados "anarcoindividualistas", con ciertos excéntricos artistas "simbolistas" y de otras escuelas degeneradas que tan de moda se han puesto aquí y, acaso, con algunos periodistas y escritores no demasiado relevantes. Más suspicacia despertaban sus visitas a Londres, ciudad en la que según reporta mi colega afincado allá (el presbítero L.) llegó a reunirse con algunos círculos anarquistas más peligrosos.

* * *

En fin, nada sustancial volvió a salir de los anarquistas parisinos hasta la misteriosa muerte, en junio de este año, de Maurice Vig-

nancour y la consiguiente desaparición de Bruno Arpinati. Todos los que conocieron al director de *Le Phare de l'Occident* sabían de su excesiva afición por las drogas y el alcohol, así como de su carácter atrabiliario. Por eso casi a nadie sorprendió que su cuerpo haya sido hallado sin vida flotando en el Sena tras haber participado en una tremenda orgía. La última persona en verlo fue su "amiga" Sonia Malankiewicz, actriz polaca de mala fama e integrante de ciertas congregaciones esotéricas. Ella afirma que Vignancour la dejó en su habitación en horas de la madrugada en estado inconveniente y no se enteró hasta el día siguiente de su trágico destino. Y aquí me pregunto yo: ¿de verdad fue accidental la muerte de Vignancour? ¿No habría sido liquidado por alguna fuerza oscura a causa de, quizá, saber demasiado? Teoría que refuerza la misteriosa desaparición de Arpinati, a quien desde ese día no se le ha vuelto a ver en París y que, según Rachkovsky, muy probablemente haya huido a Estados Unidos. El jefe de la Okhrana está de acuerdo conmigo en sospechar de la muerte de Vignancour como obra de masones y anarquistas traídos de Londres ex profeso por Arpinati, y también coincidimos en pensar que los principales centros de conspiración están actualmente en Londres y en Estados Unidos. Claro, todas estas son suposiciones, pero existen suficientes elementos para pensar que dicho incidente no fue fortuito y es trascendental para el curso de nuestras investigaciones averiguar que pasó en realidad, y no sólo por el augurio de Arpinati respecto al magnicidio de Santa Águeda. Aquí paso a informarle la razón principal.

* * *

No preciso, monseñor, recordarle los nimios resultados de la fracasada Conferencia Antianarquista celebrada en Roma el año pasado tras el atroz asesinato de la emperatriz de Habsburgo, y de cómo si sirvió de algo fue para confirmar nuestras sospechas de que en el Imperio británico está el origen de una gran conspiración, y también para reafirmar nuestros nexos con ese magnífico policía e investigador, Piotr Rachkovsky. Londres urde un esquema de dominación mundial. Imposible llegar a una conclusión distinta tras

ver la forma como sus representantes se dedicaron a obstaculizar cualquier posibilidad de arribar a acuerdos trascendentales en la primera gran reunión cumbre de las policías europeas. Irritada está Albión desde la firma de la alianza franco-rusa. Es por eso que ha movido hilos e influencias para humillar al ejército francés, y se han salido con la suya. Las grandes potencias católicas son humilladas por las protestantes, ni más ni menos, en nuestras narices. El infausto 1898 pasará como el año de la ignominiosa derrota de España frente al emergente poderío norteamericano y de la dolorosa deshonra de Fachoda.

Fue Rachkovsky quien, con gran clarividencia, me advirtió del inevitable fracaso de la Cumbre de Roma y de cómo los británicos harían todo lo posible por sabotearla. Y es este inteligente y pertinaz sabueso quien afirma con muy pertinentes y plausibles argumentos que los anarquistas traman dar su próximo golpe en Italia, y tal embestida es inminente. Lucheni, asesino de la emperatriz de Habsburgo, fue adoctrinado por los círculos anarquistas suizos para matar al rey Humberto, pero se trata de un cobarde al que se le hizo mucho más fácil inmolar a una indefensa dama. Al fallar con Lucheni, los anarquistas buscan nuevas oportunidades. Llevan décadas obsesionados con eliminar a Humberto, y sólo recuérdese las intentonas de Giovanni Passannante de 1878 y la más reciente de Pietro Acciarito. Dice Rachkovsky, y le doy la razón, que no tardan en intentarlo por tercera vez, pero señala a los grupos anarquistas establecidos en Estados Unidos como el foco del nuevo intento. A América han ido a dar anarquistas verdaderamente peligrosos, proclives a la propaganda por la vía de los hechos como Giuseppe Ciancabilla, Pietro Gori y ahora el más peligroso de todos de acuerdo con la opinión de Rachkovsky: Errico Malatesta. Visto así, es imposible considerar una casualidad que nuestro amigo Arpinati se les haya unido al otro lado del Atlántico.

Pero el pábulo fundamental para no perderle la pista a Arpinati es la revelación que me hizo el jefe de la Okhrana de ciertas pistas sobre la existencia de unos supuestos "protocolos secretos" redactados durante el Congreso Sionista celebrado en Basilea en 1897,

en los cuales se detallan los planes judíos de dominación mundial, además de un texto escrito por el propio Malatesta sobre el tema de los próximos atentados contra gobernantes y personajes ilustres, incluido Su Santidad. Rachkovsky no ha querido ser más explícito, más allá de hablar vagamente de evidencias seguras de que dichos documentos fueron sustraídos del despacho en Viena del líder sionista Theodor Herzl, pero según él, Arpinati y el propio Malatesta son claves para desentrañar los arcanos de un material que sería axial en el descubrimiento de una Gran Conspiración. Es por eso que le solicito apruebe mi relevo como agente del Vaticano en París y, a la brevedad posible, asignarme todos los recursos necesarios para viajar a Estados Unidos junto con mis colaboradores e iniciar trabajos perentorios de investigación sobre las actividades de los grupos anarquistas italianos, concretamente los afincados en el estado de Nueva Jersey, así como seguirle la pista a los señores Malatesta y Arpinati e investigar todo lo posible sobre la existencia de los protocolos a los que hace referencia Rachkovsky. Todo lo que podamos averiguar en América, y estoy seguro de no exagerar al afirmarlo, será fundamental en la protección de nuestra Santa Madre Iglesia y de la civilización occidental.

Suyo

Giacinto della Giovanna, presbítero

WASHINGTON, D. C.

Noviembre de 1899

—Dígame todo lo que sabe, señor Wilkie —el senador Mark Hanna recibe al director del servicio secreto en su oficina del Capitolio, mientras, como siempre, fuma un habano.

—Señor Hanna, esta información sólo es para el presidente. El servicio secreto no es un asunto que incumba al Senado.

—Pero Mark Hanna no es cualquier senador, señor Wilkie —se apresura a aclarar el eminente legislador con algo de displicencia—. Si no fuera por mí, usted estaría trabajando para el presidente William Jennings Bryan y este muchacho McKinley sería un abogado de barandilla en Canton, Ohio. No lo olvide, soy la mano derecha del presidente.

Hanna ama vanagloriarse con ese argumento para impresionar a politiquillos y funcionarios, pero hace tiempo que ya no es verdad. Por lo menos han pasado seis meses desde que fue invitado por última vez a la Casa Blanca y eso únicamente para asistir a una cena formal con legisladores republicanos como el odioso Orville Platt, el "dictadorzuelo" Tom Reed y otros más. Hanna sospecha que el propio Wilkie sabe que su influencia ha menguado mucho y que ya no es tan cercano al presidente porque, de otra manera, ¿para qué diablos es director del servicio secreto si no es capaz de enterarse de este tipo de cosas?

—No es nada fuera de lo normal, senador; el seguimiento de las actividades de la roja Emma Goldman y sus amigos anarquistas

de Chicago y Ohio, de los revoltosos italianos de Paterson, lo de siempre, la rutina del servicio secreto.

—Vamos, señor Wilkie, debe ser importante. De lo contrario no se hubiera reunido ex profeso para informárselo al presidente.

Wilkie se pone de pie. Es un panzón rubicundo y cuando habla su boca se oculta tras un bigote bien poblado que cae como aguacero sobre sus labios. Fuertes venas marcan su cara, mientras la bermeja nariz delata cierta afición por el *bourbon*. Después de pensar un breve momento, ha decidió jugar un poco con Hanna.

—Tengo la boca completamente seca, me gustaría mojar el cogote.

—Acaban de regalarme un irlandés extraordinario —Hanna exclama con una sonrisa. Wilkie asiente con la cabeza en tanto el senado hace sonar una campanilla y aparece en la oficina un sirviente negro con un decantador y dos vasos en una charola de plata—. Yo sirvo, muchacho, déjanos solos —le exige el jefe del servicio secreto, y eseguida le arrebata la charola. El criado voltea a ver a Hanna, que confirma la orden de su invitado con una seña. Se va.

Wilkie da un par de tragos ante de externar con voz un tanto misteriosa:

—Senador, esta información es altamente confidencial.

—Entendido —murmura Hanna, quien apenas puede ocultar su emoción.

Wilkie vuelve a tomar un trago largo y se sirve de nuevo.

—¡Ahhh!, es un camino largo desde la Casa Blanca hasta el Capitolio, ¡y con este calor!... Pues bien, como usted sabe, desde hace meses seguimos la pista a los grupos anarquistas que funcionan en la costa este de Estados Unidos, en particular de los italianos de Paterson. Esta vigilancia se intensificó a partir de que los servicios secretos del Vaticano nos manifestaron sus preocupaciones sobre un complot anarquista internacional para matar a los principales líderes del mundo.

—¡Ah!, eso lo de los judíos y masones ¡es irrisorio!

—Yo pensaba lo mismo hasta hace poco, senador, pero nos dieron datos que decidimos no pasar por alto, como la llegada a Amé-

rica de varios connotados anarquistas, como Malatesta y un tal Arpinati. En fin, nuestra vigilancia ha llegado a la conclusión de que existe un complot para matar al presidente McKinley.

—¡De verdad! —prorrumpe Hanna con sorpresa. ¿Con judíos y masones involucrados?

—No podemos saber con exactitud si de verdad hay una red de judíos, masones o alguna de esas órdenes misteriosas tras todo eso, pero uno de mis agentes infiltrado en uno de aquellos grupos de Paterson se enteró de una reunión secreta que tuvo lugar en una mina abandonada en Pennsylvania, entre un anarquista italiano de Paterson y un par de criminales, al parecer sicarios. Mi agente asistió, escondido, a la reunión.

—Interesante. ¿Y que escuchó su agente?

—Muy poco, en realidad. Sólo pudo oír frases aisladas como "Justicia", "Asesinato", "La Organización", "McKinley" (varias veces), "Malatesta", "Rey Humberto", etcétera. Al terminar la reunión mi agente encontró en la mesa sobre la que dichos sujetos habían estado este papel —y le extendió a Hanna una hoja mal doblada que contenía varios nombres escritos.

—¡Presidente Sadi Carnot, emperatriz Sissi, rey Humberto, Francesco Crispi, káiser Guillermo, papa León XIII, Antonio Cánovas del Castillo, William McKinley... muy bien... ¿Y este inmundo papelucho qué diablos prueba?

—Si presta atención, senador, el papel enlista a estadistas que han sido asesinados recientemente o que han sufrido atentados en Europa. También menciona al papa y a nuestro presidente. Los nombres de quienes han muerto aparecen tachados.

—¿Y eso qué?

—El Vaticano alega que dichos atentados son parte de una conspiración dirigida por una alianza judeo-masónica y en la que anarquistas italianos son el instrumento para materializar los crímenes. Quieren provocar un estado de confusión que sea caldo de cultivo de rebeliones socialistas, y entonces...

—Sí, sí... y entonces "apoderarse del mundo". ¡Por favor!... Pero, a ver, si está tan seguro de que se trata de una perversa conspiración, ¿por qué no procede a detener a los sospechosos?

—Porque desaparecieron. Les perdimos la pista por el momento, pero los andamos buscando.

—¡Sospechosos! —Hanna soltó una risotada—. ¿Sospechosos de qué? ¿De escribir nombres en sucios papeles en minas abandonadas? No tienen nada en concreto, Wilkie; admítalo. Sólo posee un papel y las supuestas especulaciones de los beatos agentes del servicio secreto del Vaticano. ¡Ese papel no es prueba de nada!

—Sólo un papel —admitió de mala gana el jefe del servicio secreto al levantarse del sillón en el que estaba sentado para retirarse del despacho mientras arrebataba la lista con los nombres de las manos de Hanna—. En efecto, senador, sólo es un papel. Buenas tardes.

* * *

—Bobby, ¿ya llegó Joe? Por favor dile que venga de inmediato.

Hanna le exige a su criado la presencia de Joe Moseley, mano derecha del senador en sus asuntos personales, sobre todo en los más escabrosos. Joe se presenta en la oficina. Es un rubio californiano alto y delgado de unos treinta y cinco años, cuya miopía lo obliga a usar lentes de los que coloquialmente se conocen como de fondo de botella.

—A ver, querido Joe, sírvete un poco de Bushmills y cuéntame sobre nuestro amigo Bruno Arpinati.

Joe obedece a su jefe, y sirviéndose generosamente un buen trago de whiskey irlandés da su parte:

—Pues, senador, como usted ya sabe, Arpinati llegó de manera sigilosa, la semana pasada, a Nueva York y está hospedado desde entonces en el Hotel Avalon en espera de instrucciones.

—¡Válgame, Joe! —exclama Hanna alzando la voz—. Ni tan sigiloso, aquí estuvo hace unos momentos Wilkie y me informó que el servicio secreto está al tanto del arribo de Arpinati; lo tienen catalogado como un "peligroso anarquista".

Moseley, tras tomar un trago y quedar pensativo unos segundos, por fin especula:

—Bueno, senador, a fin de cuentas el gobierno posee y controla los nombres de todo los que ingresan al país, y a Arpinati de seguro lo tiene fichado la policía francesa; es probable que ellos le hayan proporcionado la información a nuestro servicio secreto.

—Eso es indudable, amigo, pero no deja de llamarme en demasía la atención que Wilkie haya mencionado precisamente su nombre como el de uno de los principales anarquistas que han llegado a Estados Unidos de manera reciente. Quizá sabe que tenemos algún tipo de conexión, o saca conclusiones por mi amistad con el franchute Vignancour. Como sea, ya no confío para nada en las estupideces que me dice ese paleto.

Y tras encender su indefectible puro, reflexionó:

Ahora bien, no hay de qué preocuparse; el que Arpinati se le califique como un peligroso anarquista puede servirnos. Sólo debemos ser en suma precavidos. Lo que me urge ahora es entrevistarme de manera personal con ese italiano misterioso. Más que nunca necesito su información. ¿Sabes?, Wilkie se niega a soltarme la sopa y sólo repite sandeces de complots judíos y masónicos. ¡Pobre idiota! Ni se imagina que, en todo caso, yo tengo un ejemplar de los protocolos secretos que me mandó Vignancour. ¿Recuerdas a ese personaje?

—¡Por supuesto! El aristócrata del periódico aquel, *El Faro* de no-sé-qué —respondió el rubio Moseley—. ¡Vaya si lo recuerdo! Armó un gran escándalo en el burdel donde lo llevamos por instrucciones suyas, senador. Sacó una pistola de su saco y amenazó a toda la clientela.

—Sí, era algo arrebatado y estridente, tanto que ya murió, ¡y de qué forma!

—¿Cómo es eso?

—Una bacanal, Joe, cosas de los niños ricos demasiado mimados que no saben medirse. Pero eso no importa ahora. Mira, necesito que vayas por Arpinati y lo hospedes un par de días en la casita de Bethesda, pero aquí sí, con todo el sigilo del mundo. Meterlo al

D.C. sería arriesgado. Tiene que ser con el máximo cuidados, entiendes... ¿entiendes? Tú sabes cómo. El servicio secreto ya le sigue la pista. Ingéniatelas para que nadie, pero nadie en absoluto los siga. Lo traes, lo escondes y cuando todo se encuentre asegurado lo veo en dicho lugar para platicar con él.

Hanna poseía varías casitas desperdigadas por aquí y por allá en las que atendía sus asuntos personales; hospedaba a novias ocasionales y se escondía del mundo de vez en cuando.

—Entendido, senador.

—¿Dices que está en el Avalon? ¡El Avalon! Vaya que hay anarquistas que les gusta la buena vida!

—Bueno, senador, ya sabe, éste es de buena cuna y no carece de recursos. La familia es de cierto abolengo.

—Pues tendrá que sacrificarse un poco si de verdad desea hacer negocios conmigo. Después de que platique con él en Bethesda, con mucha prudencia lo llevas a un hotel discreto en Filadelfia, mientras le consigo dónde vivir en Paterson. Le pediré ayuda a un amigo que tengo allá, me debe muchísimos favores. Pero, insisto, todo se debe manejar con la máxima reserva —y tras dar una profunda fumada, el senador musitó como pensando en voz alta: "Ya llegó la hora de *El protocolo Malatesta".*

BETHESDA, MARYLAND

Noviembre de 1899

Llegué a Nueva York un frío domingo otoñal, y tras pasar los engorrosos controles aduaneros me hospedé en el bonito y acogedor Hotel Avalon, cerca de Central Park. Poco tiempo tuve de recorrer tan deslumbrante ciudad, ya que a escasos días de mi arribo, al regresar a mi habitación después de cenar, dentro de mi habitación me esperaba sentado en una silla un rubio alto, larguirucho y de poblado bigote. ¡Vaya susto que me pegó! De inmediato pensé que los sicarios de Rachkovsky me habían seguido hasta aquí.

—Buenas noches, señor Arpinati; mi nombre es Joe Moseley. Cierre la puerta, entre y no haga mayores aspavientos. Vengo de parte del senador Hanna.

Esa misma madrugada abandoné el Avalon de forma clandestina y por la puerta trasera. Moseley tuvo la delicadeza de pagar todos mis gastos con mucha discreción. Me explicó que el servicio secreto seguía mis pasos por ser un anarquista potencialmente peligroso y por esa razón debíamos proceder con mucha prudencia y sigilo en todo lo que hiciéramos a partir de ese momento.

—¿Y a dónde me lleva, señor Moseley? —le pregunté al rubio mientras deambulábamos en la *Grand Station,* a la espera de un tren cuyo destino no conocía yo en ese momento.

—A entrevistarse con el senador Hanna, señor Arpinati.

—¿A Washington?

—No precisamente, ya verá a dónde, tenga algo de paciencia —los modales de Moseley eran impecables, pero no por eso dejaba yo de estar muy nervioso.

* * *

Tras todo un día de viajes y cambios de transporte, por fin llegamos a la localidad de Bethesda, una simpática villa muy cercana a la capital federal de Estados Unidos, según me explicó Moseley. Me hospedó en una casita agradable, pero decorada de manera vulgar.

—Le voy a suplicar, señor Arpinati, que no salga para nada a la calle. Debemos evitar que usted sea visto. Descanse, por favor, y si necesita algo sólo dígamelo.

Mark Hanna llegó a Bethesda esa misma tarde, alrededor de las seis de la tarde. Era un hombre rubicundo, calvo y con cara de cínico satisfecho. Me saludó con mucha efusividad.

—¡Señor Arpinati, por fin tengo el honor de conocerlo! ¡Es usted toda una leyenda! ¿Cómo estuvo su travesía por el Atlántico?

—Fue un viaje placentero, señor Hanna; a pesar de la época del año el océano nos trató bien. Pero el honor es mío, senador. Es usted quien tiene mucho de legendario. ¡Su buena fama llega hasta Europa!

Hanna hizo una mueca chistosa, como entendiendo el sarcasmo.

—¡Vaya con eso, señor Arpinati! Bueno, pues me da un enorme gusto verlo. Estoy seguro de que usted y yo iniciaremos una amistad muy productiva. Pero debo advertirle, primero que nada, que por razones obvias deberá ser una relación altamente confidencial. No conviene que me vean por ahí tratando con... bueno... usted sabe... El anarquismo tiene mala fama por estos lares.

—Y en Europa también senador, pero no se preocupe, comprendo perfectamente la situación.

—Muy bien amigo; bueno, me encantaría platicar con usted largo y tendido acerca de los recientes acontecimientos europeos y de nuestras vidas, pero será en otra oportunidad. Debo regresar a Washington lo más pronto posible. Voy al grano. Por las conversaciones que tuve con nuestro mutuo querido amigo, el finado Mau-

rice Vignancour, sé que usted es un hombre cercano al movimiento anarquista y está al tanto de una serie de terribles conspiraciones para asesinar a presidentes y reyes por todos lados.

—Algo hay de eso, senador.

Y mientras se acomodaba en el mejor sillón de la sala, Hanna se dirigió a Moseley para pedirle que nos sirviera un *bourbon.*

—¿O es usted como el quisquilloso de Maurice, que sólo tomaba escocés o *cognac?* —me preguntó.

—*Bourbon* está bien, senador.

—¡Perfecto! Pues mire usted, yo estoy muuuy preocupado por la seguridad de nuestro presidente. De buena fuente sé que hay anarquistas deseosos de ver caer su egregia cabeza. ¿Sabe?, William McKinley es viejo amigo mío. Yo lo impulsé a que se dedicara a la política y bueno, lo quiero como a un hermano. Debo cuidarlo mucho, está rodeado de incompetentes y traidores. Y por eso necesito que me ayude a protegerlo.

Y tras dar un trago y verme a la cara con una mirada cómicamente escrutadora, me dijo:

—Lo que le voy a pedir es infiltrarse en los grupos anarquistas italianos que tenemos aquí en Estados Unidos, concretamente en Nueva Jersey, y me informe de manera periódica acerca de sus actividades, sobre todo las que tengan que ver con las conspiraciones. Por supuesto, lo anterior será a cambio de una generosa y periódica compensación. ¿Qué me dice?

Obvio, sabía muy bien que el interés de Hanna en mi visita a Estados Unidos involucraba el cuento de las conspiraciones y la posibilidad de hacer lo que me estaba pidiendo, pero en ese momento los escrúpulos y los temores que desde hacía ya varios meses me invadían, sobre todo tras la muerte de Maurice, se agolparon con fuerza en mi cabecita. Por ese motivo decidí empezar a bajarle intensidad a un jueguito que ya me parecía demasiado peligroso.

—Bueno, senador, desde luego, será un honor colaborar con usted; sin embargo, déjeme decirle que eso de las conspiraciones es un poco exagerado. El anarquismo no sólo es bombas y asesinatos. Cierto, tuvimos una temporada difícil en Europa por culpa de al-

gunos exaltados, almas atormentadas que sacrificaban sus vidas, según ellos, en aras de un generoso ideal. Pero en París los chicos llevan años muy tranquilos. Mucho más violentos son los españoles y los rusos.

—Pero, amigo, ¿qué me dice sobre aquello de la *propaganda por la vía de los hechos?* Así le llaman a eso de las bombas y los asesinatos, ¿no? ¿Qué me cuenta de ese terrible señor, el príncipe Kropotkin, y toda la banda que odia la propiedad, el Estado y todo eso? Además, aquí también hemos tenido algunos atentados —y tras externar lo anterior Hanna encendió un aromático y grueso habano.

—La propaganda por la vía de los hechos es un tema de cuidado, y ciertamente deben tomarse precauciones con los compañeros más extremistas o desesperados. Sin embargo, también conviene no perder de vista que las principales corrientes anarquistas han renunciado a la violencia. En efecto, la idea original de perpetrar atentados para sacudir el orden burgués imperante con el propósito de despertar en los oprimidos el espíritu de la rebelión y sembrar el pánico entre los opresores nació en un congreso anarquista. Kropotkin, junto con Bakunin y otros grandes teóricos se adhirieron a la idea de "descarrilar a la humanidad de forma violenta del camino de explotación por el que circula y hacer de la revolución una perentoria necesidad", pero desde entonces muchas cosas han cambiado. La mayor parte de ellos ha entendido que el terror resulta contraproducente porque da pretexto al Estado para reforzar la represión al movimiento. Por eso, incluso Kropotkin se ha vuelto pacifista y ahora habla de "construir en el corazón de los hombres". Por el mismo tenor se expresan Eliseo Reclus, Sebastian Faure, Jean Grave... Incluso el terrible Johann Most, quien se encuentra aquí, en América, ha cambiado mucho su opinión y ha transitado de ser un osado promotor del terrorismo a hablar de la inutilidad de los actos terroristas. Aun así, coincido con usted en que nunca estará de más mantener vigilados a los exaltados.

—Ni hablar, señor Arpinati, hay que mantener la guardia en alto.

—Y también, para hablar claro, debe entenderse que muchos atentados han sido obra de agentes provocadores infiltrados por las autoridad. ¡Vamos, senador, usted sabe perfectamente bien que eso sucedió, por ejemplo, en Haymarket, donde un infiltrado detonó la bomba que mató a seis policías!

—Cierto, ese juicio estuvo muy mal hecho y sólo le dio a los socialistas y demás fauna revoltosa la bandera de los ya célebres Mártires de Chicago —comentó Hanna mientras asentía repetidas veces con la cabeza.

—Y la práctica de infiltrar a agentes provocadores como militantes en grupos anarquistas es muy común en Europa. Un tal Piotr Ivanovich Rachkovsky, jefe de la policía secreta rusa en París, se ha dedicado justo a eso los últimos años. Muchos atentados terroristas supuestamente efectuados por anarquistas fueron, en realidad, obra de sus agentes. La idea es crear caos, eliminar enemigos políticos, justificar persecuciones...

—Bueno, Bruno —y aquí Hanna adquirió, de repente, un tono serio—, no era precisamente un provocador el que quiso matar a Henry Clay Frick.

—Es cierto, muchos anarquistas que comenten atentados lo hacen por venganza. Su amigo Frick aplastó de cruel forma una huelga en Homestead, y quien desaba matarlo, Alexander Berkman, sólo quería venganza.

Le recordaba al senador una famosa huelga que estalló en la fábrica de acero de la Carnegie Steel Company en Homestead, cerca de Pittsburgh. La gestión de la compañía estaba a cargo de Frick, quien dirigía el negocio con mano de hierro y decidió recurrir a los servicios de la infame agencia de detectives Pinkerton para reprimir el paro obrero. Murieron siete agentes de Pinkerton y nueve trabajadores.

—¡Válgame! Veo que es usted un hombre muy informado, amigo Bruno, tal como lo suponía. Pero Maurice me platicó de una gran conspiración de judíos, masones, comunistas, anarquistas y... ¡tu tía!... para apoderarse del mundo donde ustedes, bueno, los anarquistas "exaltados" funcionarían, digamos, como la "mano eje-

cutora" para eliminar a una serie de jefes de Estado. Incluso el servicio secreto de aquí posee algo de información al respecto.

—Créame, senador, llevo años de ir sobre el tema y he llegado a la conclusión de que es sólo una fantasía, o más bien una paranoia a la cual los políticos nacionalistas y reaccionarios de todos lados les gusta recurrir para justificar sus prejuicios y fundamentar su retrógrada manera del ver el mundo. Como le digo, los asesinos son jóvenes impetuosos en busca muchos de notoriedad, algunos de venganza, y a otros los impele un profundo resentimiento social. Pero hasta la fecha no veo una real conspiración mundial detrás de casos como los de Carnot, Cánovas o la emperatriz Sissi…

—Por cierto, Bruno, usted se hizo famoso con lo de Cánovas, ¿no es así? ¿Y aun puede afirmar que no hubo complot? —inquirió el senador con una sonrisita ladina.

Aquí me sentí un poco atrapado, de modo que me animé a confesar la verdad.

—Créame, senador, que fue producto de una absoluta casualidad. Angiolillo deambulaba por París buscando a cuanto anarquista o radical quisiera hablar con él. Incluso se entrevistó con independentistas portorriqueños. Yo no fui el único, lo que sí hice fue advertirle a Maurice que, quizá, por ahí podría venir una conspiración.

—¡Vamos, Bruno, pero sí hay todo un plan y usted lo sabe bien! No sé si estará informado, pero Maurice antes de morir me envió la copia de un documento que, según lo que me escribió, usted consiguió. Son los protocolos secretos de no-se-qué judíos reunidos en… en… ¡Vaya!, olvidé dónde… En Suiza… o Suecia.

—En Basilea, Suiza, senador, los protocolos de una reunión supuestamente secreta celebrada durante el Congreso Mundial Sionista de 1897.

"Vaya —pensé en ese momento—, así que al cretino de Maurice no sólo se le ocurrió darle los protocolos a Rachkovsky, sino también mandárselos por correo regular a Mark Hanna. ¿Y a quién más se los habrá dado ese tonto?"

—Ah, pues sabe bien entonces a qué me refiero. ¡Pues esos! Toooodo un plan para apoderarse del mundo. ¿Qué me dice al respecto, señor Arpinati? Eso parece algo más que muchachos exaltados jugando a ser mártires.

—Pues mire, señor Hanna —yo insistía en tratar de atemperar las cosas—, en efecto, esos documentos los conozco bien y se los vendió a Maurice, por mi conducto, alguien que, supuestamente, los hurtó de la oficina de Theodor Herzl, líder del llamado "movimiento sionista". Pero, bien analizados, verá que ahí no se especifica ninguna conspiración. Se trata de un documento muy bien escrito en el que se habla de cómo controlar, engañar, manipular y convencer a las masas, y de cómo concentrar la mayor cantidad posible de poder, cosas que son tan viejas como la política misma. ¿O me equivoco, señor senador? ¿De verdad cree que era necesario un congreso sionista para descubrir prácticas y usos políticos vigentes desde antes de la construcción de las pirámides de Egipto?

Aquí a mi interlocutor le ganó una carcajada.

—Sí, es un documento interesante, sin duda. Tiene cosas muy buenas; mire, de hecho traigo aquí una página con una de mis citas favoritas —tras sacar un papel doblado del bolsillo oculto de su saco, leyó:

> Haced más aún, renunciad a la púrpura, cuya sola visión es una afrenta a la igualdad de los hombres. Desembarazaos de los títulos de majestad, alteza, excelencia, que en oídos orgullosos penetran como clavos ardientes. Llamaos protector como Cromwell, pero realizad los hechos de los apóstoles; id a vivir a la choza del pobre, como Alfredo el Grande, a dormir en los hospitales, a acostaros como san Luis en los lechos de los enfermos. Es demasiado fácil practicar la caridad evangélica cuando uno pasa la vida en medio de festines, cuando descansas por la noche en lechos suntuosos, en compañía de hermosas damas, cuando al acostarse y al levantarse lo rodean a uno grandes personajes que se apresuran a ponerle la camisa. Sed padre de familia y no déspota; patriarca y no príncipe.

—¿Sabe?, me recuerda a este demagogo falsario e hipócrita que tenemos aquí, William Jennings Bryan.

—Sí, senador, es un escrito con estilo, pero a fin de cuentas nada original; los políticos se comportan así desde el principio de la civilización y lo harán hasta el final de los tiempos. En todo caso, ya Maquiavelo hizo un buen manual de todo eso en el siglo xv. Insisto: no es una agenda puntual de una Gran Conspiración.

Hanna, que ya iba en su segundo *bourbon,* dio un enorme suspiro.

—Insisto, señor Hanna, no es que sea omiso, sólo digo que debemos tomar esto con pinzas y, al mismo tiempo, claro, estar prevenidos. Hace usted bien en tratar de proteger al presidente. Lo cierto es que existen anarquistas violentos y deben ser vigilados, senador. Con gusto cumpliré su encargo.

—¿Sabe, Bruno?, hay uno que preocupa en particular: Malatesta; ese señor sí es un conspirador violento, ¿cierto? Llegó hace poco a Estados Unidos, según me informó el inútil jefe del Servicio Screto. ¿Será que el próximo en la lista de esos italianos es nuestro querido presidente? —aquí Hanna reprimió la sonrisa.

—¿Malatesta en Estados Unidos? ¡Vaya!

—Sí. Escapó de la prisión donde lo tenían recluido en Italia con ayuda de sus contactos internacionales. Curiosamente, antes de llegar aquí pasó por Inglaterra. Mire, yo no me creo mucho eso de los judíos y los masones. Más miedo le tengo a las potencias extranjeras rivales, muchas de ellas celosas de nuestro creciente poderío. Aquí va mi teoría, Bruno: quizá sea algún gobierno extranjero el que pretenda matar a William, por eso liberó a Malatesta y lo mandó para acá. Por ejemplo, el Reino Unido, con el que recientemente hemos tenido conflictos en la frontera de Alaska con Canadá y a causa de disputas territoriales entre Venezuela y Guyana, nosotros siempre en defensa de la doctrina Monroe.

—Sí, los británicos son tremendos —vi una buena oportunidad para desviar la atención del senador de los protocolos y de los anarquistas italianos, y reforzar su desconfianza hacia Londres—. ¿Sabe lo que declaró recientemente el primer ministro británico Salisbury? Que el Reino Unido debió haber apoyado en términos militares y diplomáticos a la Confederación durante la Guerra Civil

norteamericana, y que el error de haberse mantenido neutral en dicho conflicto será muy costoso para e Imperio británico, ya que fue una de esas oportunidades que se presentan sólo una vez en la historia.

—¿Eso dijo? ¡Vaya bastardo!

—Mire, Malatesta tiene mala fama porque con su pelo enmarañado y su expresión febril parece uno de esos bandidos arrebatados de novela romántica, pero créame que no es jefe de ninguna conspiración y ha criticado con severidad la propaganda por la vía de los hechos. Le repito: en mi opinión esos protocolos son apócrifos. Pero de todas maneras cumpliré su encomienda con gusto. Vigilaré a Malatesta.

—Bueno, señor Arpinati —el gordo Hanna se levantó con pesadez del sillón y se dispuso a marcharse—. Me voy. Aquí el señor Joe Moseley será nuestro enlace y lo apoyará en todo; eso sí, con la discreción debida. Los del servicio secreto son mis enemigos, así que debemos andar con mucho cuidado. Joe le conseguirá habitación en Paterson, lo más decente posible, pero muy lejos de lo que usted está acostumbrado. Haré que le valga la pena el sacrificio, señor Arpinati. ¿Sabe?, usted me cae bien. Si ve algo sospechoso o fuera de lo común coménteselo a Joe. Procuraré que tengamos entrevistas más o menos periódicas para que me informe cara a cara y me exprese sus agudos comentarios. Le deseo mucha suerte. ¡Cuídese mucho! —y acercando su cara a mi oído me dijo en voz baja: "Andar en estas danzas es muy peligroso".

Reconozco que no pude contener un escalofrío.

PATERSON, NUEVA JERSEY

1899-1900

Paterson es una ciudad gris y fea en Nueva Jersey, a unos treinta y cuatro kilómetros de Nueva York, donde viven unos cien mil habitantes. Sucia, desprovista de un buen alcantarillado, con el aire siempre viciado por el humo que de manera constante sale de lúgubres hilanderías de ladrillo rojo, en esta sucursal del averno se apilan cientos de casas de madera a lo largo de un viaducto ferroviario. Fundada por Alexander Hamilton en 1792, fue el primer centro industrial ex profeso de América. Aquí se encuentran instaladas las fábricas textiles donde se trabaja la mayor parte de la seda cruda de Estados Unidos. Los molinos funcionan seis o siete días a la semana, y sus dueños son algunos de los individuos más ricos de la región. Y con uno de estos empresarios me encomendó, "de manera muy especial de parte del senador Hanna", Joe Moseley. El señor Wallace posee una textilera grande en Paterson y es amigo y socio de Mark Hanna. Hombre de unos cincuenta años, alto y fornido, simpático y bastante conservador en gustos y costumbres, establecí con él una buena relación. Tras tener una amena charla, en la que me platicó de sus viajes y sus gustos culinarios, me dio empleo en su fábrica como maestro de inglés de sus muchos trabajadores de origen italiano, una labor más acorde con mi vocación de mentor que, por ejemplo, tejedor, almacenista o velador. Recibía un salario de catorce dólares a la semana. Me instalé en una habitación austera, pero no del todo desagradable, en el hotel de Bertoldi por la modesta cantidad de ochenta centavos al día. Aunque, claro,

a mis ingresos había que añadir mis gratificaciones mensuales como pago por mis labores de "espía", depositadas en un banco de Nueva York.

Inmigrante es la mayor parte de la fuerza de trabajo en Paterson, y cuando estuve por allá vivían en la ciudad unos diez mil italianos. Era curioso ver cómo los del norte habitaban a lo largo de la calle Straight y los del sur en la Ellison. ¡Hasta cuando viven en el extranjero mis compatriotas mantienen su irreductible sentido regionalista! Paterson es la capital de la anarquía en Estados Unidos. Según un reportaje del *New York Times* publicado a finales de 1898, y que podía verse colgado con orgullo en una de las paredes de la sala de juntas del Bertoldi, al menos una cuarta parte de los italianos de aquí se declaraba anarquista y tres mil quinientos de ellos compraban regularmente el semanario publicado en italiano *La Questione Sociale.* En efecto, muchos habían sido obligados a emigrar por la pobreza, pero también una buena cantidad escapaba de las "leyes crispianas"; es decir, las medidas represivas diseñadas contra los anarquistas sospechosos de poseer intenciones subversivas por el gobierno a quien entonces yo también empecé a llamar "el maldito Francesco Crispi".

* * *

Viví en Paterson cerca de diez meses y la experiencia me enseñó, por primera vez, lo que de verdad es la pobreza en sus más sórdidas dimensiones. Conviví con los grupos más míseros de la sociedad y fui testigo de los lugares en donde languidecen y de las infrahumanas formas como tratan de sobrevivir en este mundo. Territorios en los que reina el hambre y la enfermedad. Habitaciones superpobladas que de manera permanente olían a letrinas, sudor, repollo hervido y cerveza rancia. Criaturas que gemían todo el día y parejas que vociferaban en querellas interminables. De esto sólo había leído en novelas de Dickens y Zola, o visto más o menos de lejos durante mi aventura griega y mis eventuales visitas a los barrios obreros del East End londinense. Tener toda esta miseria de cerca me hizo darle la razón a los activistas más violentos en sus

anhelos de destruir el mundo. ¡Cómo no querer asesinar a cuanto gobernante hay en este injusto planeta cuando predominan tantas desigualdades! Y no sólo a gobernantes. Émile Henry no se equivocaba cuando clamó durante su juicio que había arrojado una bomba al Café Terminus porque deseaba acabar con el mayor número de burgueses posible. "¡No hay inocentes!", gritó, y después de la temporada que pasé en Paterson hago mío el argumento. Mucho me desilusionan los obreros y los miserables que no ansían derruir a base de bombazos a una sociedad tan malévola y acabar con todos los gobernantes, millonarios, burgueses y Brunos Arpinatis que moran en este mundo.

Los círculos anarquistas eran muy activos. Proliferaban periódicos, asociaciones y grupos de diversa índole que exigían la desaparición del Estado y el establecimiento de una sociedad sin clases ni explotación. Muchos glorificaban a los terroristas que habían sido autores de los atentados en Europa. La mayoría de los anarquistas italianos de la ciudad son miembros de la Sociedad por el Derecho a la Existencia, con sede precisamente en el hotel de Bertoldi. Uno de los decanos de dicha sociedad era un paisano mío de Piamonte, de Vercelli, para ser exactos, Giuseppe Ferraris, quien se desempeñaba como tejedor en una de las textilerías. ¡Gran camarada! Rubicundo y petizo glotón de generosa barba entrecana, era la alegría personificada. Estupendo chef y cantante de mérito también. Cuando llegué a Paterson mucho me ayudó a integrarme en la comunidad anarquista local. Por supuesto, la mayoría de los miembros del grupo desconfiaba de mí por mi carácter "aristocrático", pero alrededor mío se había hecho cierta leyenda y si no confianza, por lo menos les inspiraba algo de respeto.

En general, prevalecía en el ambiente mucha camaradería aunque, a veces, los debates se ponían álgidos, como en aquella famosa ocasión en la vecina ciudad de Hoboken cuando casi matan a Malatesta (y fue salvado por Gaetano Bresci), pocos días antes de mi arribo a Paterson. Al poco tiempo de llegar compré cuarenta dólares de acciones en la editorial *Era Nuova,* que difundía propaganda anarquista, y me hice asiduo de las acaloradas y, muchas veces, es-

tultas reuniones que se celebraban todos los miércoles por la noche en el Bertoldi. ¡Pocas cosas son tan aburridas y deleznables como las reuniones políticas! Largas cataratas verbales de hombres que tienen demasiado elevada la opinión de sí mismos. Voces en tono solemne y engolado que suenan como un grupo de malos actores declamando en escena. La inmensa mayoría de las veces no es posible detectar en ellas rastro de humildad, originalidad, ironía fina o perspicacia. Sólo pedantería, humor burdo y argumentos groseros. Y lo anterior es bueno para partidos y grupos de todas las ideologías. ¡El diablo reserva un lugar especial en el infierno para los pedantes!

* * *

La vitalidad de la comunidad anarquista atrajo a figuras carismáticas del movimiento. Por ahí pasaron en un momento dado Giuseppe Ciancabilla, Saverio Merlino, Pietro Gori, Carlo Tresca, Luigi Galleani y el propio Errico Malatesta, que había arribado a Paterson en agosto de 1899 y a quien, de inmediato, nombraron director de *La Questione Sociale.* Sostenía esta publicación una animada controversia con la corriente individualista, la cual tenía en La Aurora, dirigida por Giuseppe Ciancabilla, a su principal portavoz.

Y, en efecto, también conocí a Gaetano Bresci, un elegante y recio anarquista de mirada intensa que no tardaría en hacerse célebre. La verdad, el tipo me caía muy bien. Era un autodidacta (¡y amo a los autodidactas!) con un excelente nivel cultural y una multiplicidad de intereses además de la política. Participaba regularmente en los debates, siempre vestido con elegancia, y cuando hablaba lo hacía con calma y sin levantar la voz. Comenzaba siempre sus intervenciones con la muletilla de "una pequeña observación", lo cual le valió el calificatico de *Il piccolo osservatore* entre la comunidad.

Tanto a Malatesta como a Bresci los traté poco. Errico salió de Estados Unidos en febrero de 1900. Pero sí tuve dos conversaciones con él, ambas muy interesantes. La primera fue en la redacción de la *La Questione Sociale* y me platicó la temeraria manera como escapó del penal en la isla de Lampedusa. La segunda se dio tras una

sobremesa que tuvimos en una *trattoria,* y ahí este gran pensador anarquista (lo es) me demostró que estaba cada vez más lejos de la propaganda por la vía de los hechos.

—El objetivo, Bruno, no es lograr la anarquía hoy, mañana o en diez siglos, sino caminar hacia la anarquía hoy, mañana y siempre, y claro que coincido contigo en que en todo anarquista priva un individualista, pero siempre insistiré en el tema de la organización y del gradualismo —y sobre los atentados me dio su definitiva opinión con la que no puedo estar más de acuerdo—: Lo esencial, Bruno, lo indiscutiblemente útil no es matar reyes o presidentes, sino aniquilar a todos los reyes, las cortes, los parlamentos y las fábricas en el corazón y la mente de la gente. Es decir, erradicar la fe en el principio de autoridad al cual rinde culto el pueblo.

—Matar reyes y presidentes... Y al padre también, quizá! —no sé por qué se me ocurrió decir.

—Bueno, amigo, quizá —y se me quedó mirando de forma pícara, a la vez que externaba un cometario que entonces no entendí—. Y si es como el tuyo... bueno... no... no me hagas caso.

Yo sólo atiné a esbozar una mueca burlona, aunque, eso sí, algo desconcertado. Suponía, como me había dicho mi madre, que mi padre era un músico itinerante "de gran talento" que un día partió a Brasil y desde entonces se hallaba desaparecido. Mucho tiempo después me enteré de que casi todo el mundo sabía quién era mi verdadero progenitor, menos yo: el odiado Francesco Crispi.

En fin, la conversación siguió, y asaz interesante.

—Y vaya que el pueblo ama rendirle culto al principio de autoridad, amigo —afirmé emocionado; agotábamos entre los dos una botella de Chianti—. Ése es el problema, que la reverencia del pueblo a pastores y mesías lo hace irredimible. De ahí la insistencia en que el único verdadero anarquismo pasa, primero, por la afirmación de la individualidad.

—No, Bruno, la individualidad como ustedes la conciben es de carácter burgués y redunda en un intolerable egoísmo o en el absurdo acto solitario del terrorista. El hombre es un ente en esencia

social, y déjame decirte que en tus palabras sugieres un irrefrenable desprecio por el pueblo. ¿Cómo redimir algo que se desprecia?

Y ahí sí me revelé:

—No, Errico, no me interesa redimir a nadie salvo a mí mismo, y esa visión del individualismo egoísta y burgués no es la mía, menos la del acto individual de terrorismo. Lo que me acabas de señalar sobre el gradualismo coincide plenamente con el anarquismo individualista que se concibe como una praxis cotidiana: sin aguardar a que en un futuro incierto el mundo cambie por sí solo, toma conciencia de sí mismo como una fuerza generadora de cambio que deberá aplicar, en primer lugar, sobre su propia existencia. Max Stirner se manifiesta sin equívocos al condenar lo que él llama, en su obra *El único y su propiedad,* "la egolatría", al proclamar: "¡Abomino del egoísta que no piensa más que en sí!" —e inspirado le remarqué—: No es que desprecie al pueblo, pero el individuo debe rebelarse contra la masa y una forma es precisamente como tú lo has dicho: colocando la libertad por encima del bienestar material, empleando la razón como herramienta para reflexionar de forma crítica sobre cuanto nos rodea y extraer, de ese modo, conclusiones propias para actuar en consecuencia.

—Veo que aprovechaste bien tu relación con D'Axa —comentó Malatesta mientras me dedicaba una mirada profunda y escrutadora—. ¡Lástima que te perdiste con esas amistades raras que tuviste en París! Ese periódico, ¿cómo se llamaba?, *Le Phare de l'Occident,* lleno de nacionalistas de derecha. ¡Te ganó la frivolidad, amigo!

Me sorprendió que Malatesta estuviese tan bien informado de mis actividades parisinas.

—Bueno, Errico, confieso que de eso algo hay, pero no sólo había nacionalistas de derecha, sino anarquistas, republicanos y buenos escritores. Y si he venido a América es precisamente para conocer mejor la experiencia anarquista de aquí, y a profundizar en mi conocimiento de los anarcoindividualistas estadounidenses. ¿Los conoces?

—Sí, he leído algo de ellos —percibí que Errico hacía una mueca ligera de desdén.

—¡A mí me fascinan! Coincido en mucho de lo dicho por Spooner y Thoreau: yo también creo que debemos concebir nuestra existencia de la manera que consideremos óptima, aumentar siempre nuestra libertad personal, pero sin por ello interferir con el resto de la humanidad y logrando una emancipación personal que no sólo incluye las interferencias del Estado y la sociedad, sino también la alienantes trampas del capitalismo y el dinero. Y, sobre todo, no hay redención individual genuina sin poseer, al final, una acendrada conciencia social. La redención individual implica necesariamente que cada uno de nosotros trate de actuar como un fermento que colabore, en la medida de lo posible, a la descomposición de una sociedad injusta.

—Es decir, una emancipación individual sólo es genuina cundo se solidariza con el otro, lo integra y lo comprende a plenitud, eso me gusta. ¡Bravo! —y Errico palmeó las manos aplaudiendo con suavidad.

—El anarcoindividualismo, como yo lo entiendo, se define por un combate constante contra lo establecido, con una filosofía escéptica pero no cínica; independiente, pero no neutral; racional, pero no dogmáticamente racionalista —ya me sentía una especie de profeta cuando le dije esto a uno de los grandes teóricos del anarquismo mundial, quien tras dar un buen trago a su copa, expresó lapidario:

—¡Grandes palabras, Bruno, pero eso de que no eres un cínico que te lo crea tu mamá, doña Cecilia del Piamonte! —palabras del hombre bueno e idealista a quien yo pretendí atribuirle un protocolo espurio en el que, supuestamente, describía la forma de dominar el mundo.

* * *

Entretanto, Gaetano Bresci se embarcó el 17 de mayo 1900 en el piróscafo francés *La Gascogne* de la Compagnie Générale Transatlantique. Yo colaboré, a su pedido, con la compra del pasaje de tercera clase con el que abordó. A mí no me lo dijo, pero sabía de su manifiesta intención de ir a Italia a tratar de asesinar al rey Humber-

to. Dejó en América a su esposa irlandesa y a sus dos hijas. Y ese rumor de que Gaetano volvía a Italia para matar al monarca, que me comentó mi amigo Giuseppe Ferraris, fue lo más concreto que llegué a escuchar en Paterson sobre conspiraciones. Cierto, en las interminables reuniones mucho se hablaba de ultimar a Humberto, al káiser Guillermo, al emperador Francisco José, al presidente Loubet, e incluso alguien sugirió al papa, pero absolutamente nada de atentar contra McKinley o alguna personalidad americana. De hecho, tenían la regla los italianos en Paterson de no meterse para nada en los asuntos políticos del país que los acogía. A lo sumo se hablaba de organizar un sindicato para tratar de mejorar las deplorables condiciones de vida de los trabajadores textileros, pero nunca de asesinatos o bombas.

Absoluta obsesión, eso sí, tenían con eliminar al rey Humberto, cada vez más execrado por las matanzas perpetradas contra trabajadores en Ravena, Sicilia, Lunigiana y, sobre todo, la de Milán en 1898, cuando el ejército disparó contra una muchedumbre que se manifestaba contra el incremento del precio del pan (agravio que había inspirado a Lucheni para matar a la emperatriz Sissi), por no hablar de la muerte inútil de nueve mil soldados, todos ellos proletarios, en la catastrófica campaña etíope impulsada por el sátrapa de Crispi.

Por supuesto, me proponía reportarle toda esa información al senador Hanna, y también me urgía interrogarlo para saber más sobre los protocolos que le había enviado Maurice, pero pasaban las semanas y después los meses, y tal entrevista no se llevaba a cabo. Apenas se verificaron un par de visitas breves de Moseley para escuchar las noticias que había logrado recopilar, ver "si no se me ofrecía nada" y responderme un "ya pronto, no desespere" cuando le preguntaba sobre la ocasión en la que debería darle informes personalmente a Hanna. Para ser francos, tanto mutismo me parecía raro. ¡Desaparecía, de repente, el ansia de proteger a McKinley de los tan terribles anarquistas! Aunque, quizá, pensaba yo, como empezaba, a la sazón, una campaña electoral en Estados Unidos, en la que el populista Bryan retaría de nuevo al presidente

McKinley, Hanna estaría demasiado ocupado como para atenderme. En fin, cada que podía escapaba del muladar que es Paterson para deambular por Nueva York y, de paso, revisar mi cuenta bancaria, siempre puntualmente nutrida por mi nuevo patrón.

* * *

No todo fue sordidez y política en Paterson. Los italianos somos muy fiesteros y me gustaba asistir a sus tertulias, bodas y picnics dominicales organizados por mis colegas de trabajo en el bosque de Weehawken. También me hice amante de una amiga del señor Wallace, una viuda joven, neoyorquina de nacimiento, llamada Johanna, hermosa rubia de ojos azules, mirada intensa, pelo deliciosamente liso, figura alta y esbelta de contornos nítidos, como de estatuilla minoica. Ella vivía en Newark, la ciudad menos fea de todo Nueva Jersey, y me acompañaba a mis visitas casi semanales a Nueva York. Gracias a ella conocí muy bien la gran ciudad. Era culta y muy apasionada, pero ansiaba tener un hijo, anhelo que se le cumplió al dar a luz a una niña en diciembre de 1901. La bautizó con el nombre de Lucía, igual que la abuela paterna de origen italiano. Aún no la conozco, pero según las cartas que me ha enviado Johanna es muy bonita e inteligente, aunque muy berrinchuda y chillona.

* * *

Como le comenté a Malatesta, también aproveché mi estancia en Estados Unidos para imbuirme en la gran tradición anarquista americana, una escuela principalmente no violenta desarrollada por personajes como Henry David Thoreau, Josiah Warren, Lysander Spooner y Benjamin Tucker, con esencia individualista y antiestatista defensora de una ética social en la que no se debía transgredir las fronteras de la libertad ajena. Establecían conexiones entre las tradiciones culturales de su país, la consolidación conceptual del anarquismo europeo y la filosofía individualista, con preguntas tan pertinentes como éstas: ¿cómo podría dejar de ser un individuo único renunciando a mi conciencia para ser parte de la masa?

¿Por qué renunciar a mi propia causa y priorizar otras? ¿Qué causa es merecedora de sacrificar el pleno rendimiento de mi unicidad? ¿Acaso no es más positivo para el resto de personas que mi individualidad esté en máximos y no en mínimos?

Escribió Spooner sobre cómo la sociedad nos fuerza a abandonar el individualismo mediante la educación, las leyes y el sometimiento a una voluntad ajena:

> La sociedad, una entidad abstracta, firmó un contrato con una ficción jurídica, el Estado, actuando en mi nombre sin mi consentimiento ni mi conocimiento y sin siquiera mi existencia. La legitimación del "contrato social" sobre el que se asienta el modelo político de nuestras sociedades no posee ninguna validez al haber sido impuesto a cada individuo sin su aprobación.

Por su parte, el anarquismo activista en Estados Unidos era postulado principalmente por inmigrantes llegados del centro y oriente de Europa. Destacaban Johann Most, editor del periódico en lengua alemana *Die Freiheit,* que había sido por un buen tiempo promotor implacable de la propaganda por la vía de los hechos; Alexander Berkman, el frustrado asesino de Henry Clay Frick, atentado que mucho había asustado a Mark Hanna; y la gran Emma Goldman, de lejos, una de las más interesantes figuras anarquistas en el mundo. Emma recorría Estados Unidos clamando en defensa de la emancipación femenina y del derecho de las mujeres a mantenerse por sí mismas, vivir para ellas, amar a quien le plazca… o a tantos como le plazca. "Libertad para ambos sexos, libertad en la acción, en el amor, en la maternidad." Sus reivindicaciones eran escandalosas incluso para los supuestamente "progresistas". Me sentía con la necesidad de conocerla de manera personal.

EL ÁNGEL NEGRO DE PATERSON

Monza, Italia, 29 de julio de 1900

La taberna Tivola y Zucca, de la Central Avenue en Hoboken, Nueva Jersey, estaba repleta aquella tarde otoñal de 1899. La señora Zucca —*Mama Bertha*, como le decían los asiduos del lugar— se mantenía ocupada repartiendo tarros de cerveza entre los parroquianos, mientras que don Remigio, su marido, ayudado por sus dos empleados, ordenaba las filas de espectadores de modo que se pudiera ver mejor el estrado que, para esa exclusiva ocasión, había sido colocado al fondo del local. Todos los presentes eran originarios de Piamonte y la Toscana, miembros de la cada vez más numerosa colonia de anarquistas italianos que habitaba en Nueva Jersey. En el piano, ubicado a un costado del improvisado palco que en pocos minutos sería ocupado por los oradores, un músico interpretaba tonadillas libertarias importadas de Italia. Todo el lugar se hallaba adornado con banderas rojinegras, símbolo del anarquismo internacional, y lo presidía un retrato de Mijaíl Bakunin con una leyenda que rezaba: "¡Viva la anarquía!"

Estos actos siempre representaban para Tivola y Zucca jugosas ganancias, pero el de ahora prometía ser particularmente lucrativo. Se presentaba Errico Malatesta, el anarquista más famoso del mundo, quien llegaba desde la ciudad vecina de Paterson para enfrentar en debate de ideas a su adversario Giuseppe Ciancabilla, el exponente más lúcido del anarquismo individualista. Una lid intelectual que se anunciaba intensa y apasionante. Pese a ello, la policía no consideró necesario tomar medidas especiales de seguridad. A

diferencia de lo que a la sazón sucedía en Europa, donde ya varios estadistas habían sido asesinados, en Estados Unidos los anarquistas aún no estaban criminalizados y se les consideraba ciudadanos comunes, siempre y cuando sus actividades no desembocaran en alteraciones al orden público. Dicha situación no duraría mucho. Tras el asesinato del presidente McKinley en 1901 estos grupos comenzarían a ser severamente reprimidos.

Las discusiones entre los partidarios de Ciancabilla y los seguidores de Malatesta se tornaban cada vez más acaloradas. El tema de las disputas versaba en la necesidad, o no, de organizar al amorfo movimiento anarquista de alguna manera. Malatesta proponía que, sin caer en la burocratización de los partidos tradicionales, se construyera una especie de "partido laxo". Era imposible, decía, seguir trabajando sin un mínimo de orden. Pensaba en alguna forma de agrupamiento si bien carente de andamiaje jerárquico, sí dueña de una especie de "disposición poco estructurada" para darle un determinado peso político al anarquismo. Esta propuesta fue de inmediato aceptada por la mayor parte de los anarcocomunistas y los anarcosindicalistas, pero provocó una airada reacción de los anarcoindividualistas, cuyo exponente más representativo era Ciancabilla, hombre originario de una familia burguesa de Perugia, quien antes de ser anarquista había sido socialista, de hecho uno de los más destacados dirigentes nacionales del Partido Socialista Italiano y redactor en jefe de Avanti, el periódico oficial de ese organismo partidista, mismo que años más tarde dirigiría un tal Benito Mussolini. Ciancabilla, de manera paulatina, derivó al anarquismo en buena medida influido por el pensamiento de Malatesta, y tras sufrir persecuciones en Europa arribó a Estados Unidos para unirse a la activa comunidad anarquista italonorteamericana, en donde propagó la idea de que sólo mediante el acto individual era posible abatir al enemigo.

Por su parte, Malatesta se adhirió a la ideología anarquista tras conocer a Bakunin y pronto se convirtió en uno de los dirigentes de la I Internacional. Intervino en la revuelta de 1874 en Bolonia y tres años más tarde en la de Benevento, por lo que fue encarcelado

dos años. Partió entonces a su primer exilio y comenzó una vida errante que lo llevó a España, Argentina, Londres, Suiza, Egipto, Rumania y Bélgica. Regresó a Italia en 1897 y casi de inmediato fue detenido y confinado a la isla de Lampedusa. En 1899 escapó de su cautiverio para iniciar esta breve estancia en Estados Unidos, donde sus numerosos paisanos anarcos lo acogieron con entusiasmo. Para ese entonces su reputación era internacional, al grado de que las policías europeas lo consideraban una de las principales cabezas de una supuesta gran conspiración anarco-masónica financiada por capital judío para asesinar a los más importantes jefes de Estado y de gobierno europeos.

Malatesta arribó a Estados Unidos en 1899 para dirigir por un breve periodo *La Questione Sociale.* Impartió decenas de conferencias en todo el este del país y ayudó como nadie a que el movimiento anarquista creciera en la Unión Americana. Pero su estadía fue efímera.

* * *

El debate en la taberna de Tivola y Zucca llegaba a su clímax. Parte del público estaba agitado por la electrizante oratoria de Ciancabilla. Estallaron algunas riñas. Proliferaron los gritos e insultos dedicados a los oradores. El moderador, Giuseppe Ferraris, de la *Società per il Dirito all'Esistenza,* en vano procuraba calmar los ánimos. La tensión iba en aumento hasta que dos disparos de revólver la interrumpieron de manera abrupta. Malatesta se desplomó en el escenario con una herida en la pierna. Antes de que el autor de las detonaciones, el joven barbero Domenico Pazzaglia, de apenas veinte años, pudiera rematar a su víctima, alguien le sacudió el arma y lo derribó con un puñetazo en la cara. Había desviado a tiempo la pistola homicida un tal Gaetano Bresci, partidario de la propaganda por la vía de los hechos, un toscano de Prato que desde muy joven fue catalogado como "subversivo peligroso" y, de acuerdo con las leyes especiales que había aprobado el gobierno de Francesco Crispi, confinado junto con otros cincuenta y dos anarquistas más dos años en Lampedusa. Fue amnistiado y llegó en enero de 1898 a

Paterson para, de inmediato, frecuentar las sociedades de los emigrantes anarquistas italianos. Ahí se unió a la *Società per il Dirito all'Esistenza.* Poco a poco le fueron convenciendo los argumentos de quienes afirmaban que "un solo acto individual es más útil para la emancipación de la humanidad que la publicación de un millón de panfletos".

Muy intensa se mostraba la actividad anarquista de los italianos en Estados Unidos. Los primeros grupos aparecieron en la década de 1880, paralelamente a los inicios del gran éxodo italiano a la Unión Americana. El movimiento comenzó a extenderse a todo el país de costa a costa. Empezaron a arribar a América en los años subsiguientes distinguidos anarquistas, de hecho prácticamente todo destacado libertario italiano visitó Estados Unidos. Uno de los primeros fue Francesco Saverio Merlino, formidable orador que tenía una hermosa voz de tenor y era invencible en los debates. Abogado de formación, fundó una de las primeras revistas de anarquistas italianos en América, *II Grido degli Oppressi* (*El grito de los oprimidos*) y un periódico en inglés llamado *Solidarity.* Viajó por todo Estados Unidos impartiendo clases y conferencias. Otra estrella de esta pléyade fue Pietro Gori, quien llegó a Nueva York en 1895 y pasó un año entero en territorio estadounidense. También era abogado de profesión y orador magnético, además de poeta y dramaturgo. Sus poemas a menudo se recitaban en las reuniones anarquistas por todo el mundo.

Ya al principiar el siglo XX, Luigi Galleani se convirtió en la figura más importante del movimiento anarquista italiano en Estados Unidos. Piamontés nacido cerca de Torino, al igual que Merlino y Gori se formó como abogado, pero nunca ejerció la profesión. Invirtió todos sus talentos y energías a la causa anarquista. Poco después de llegar a Paterson, en 1902, Galleani se involucró en una huelga. Pronunció encendidos y elocuentes discursos en favor de los trabajadores. Fundó la célebre *Cronaca Sovversiva,* una de las mejores revistas anarquistas de la historia. Mantuvo contacto constante con las principales figuras del anarquismo norteamericano y mundial, gente como Johann Most, Emma Goldman y Sébastien Faure. Ha-

blaba frente a los auditorios con espontánea facilidad y fuerza, y era venerado como patriarca del movimiento. Tuvo como alumno y seguidor al malhadado Bartolomeo Vanzetti, quien con su compañero Nicola Sacco se haría tristemente célebre años más tarde.

La mayoría de los dirigentes anarquistas italonorteamericanos eran de filiación anarcocomunista, lo cual significaba que no sólo rechazaban al Estado, sino también la propiedad privada de bienes a favor de la propiedad comunal. También había una rama anarcosindicalista, en la que destacaba Carlo Tresca. La organización sindical era algo que los anarcocomunistas por lo general rechazaban porque temían que un *padrone* (un jefe) surgiera de manera inevitable y adquiriera privilegios y autoridad. Además de esas dos escuelas también se mostraba activo y numeroso el sector individualista, desconfiado tanto de las ideas comunitarias de los anarcocomunistas como de las organizaciones de trabajadores, y abogaban, en cambio, por las acciones autónomas de los individuos, incluso aunque fuesen violentas.

Otra rama de los anarcoindividualistas no era violenta y se concentraba más en la emancipación personal. Tenían como profeta al filósofo alemán Max Stirner, cuyo libro *El único y su propiedad* había dado una nueva dimensión poderosa y original al pensamiento anarquista. También recibieron la influencia de importantes pensadores locales como Josiah Warren, Lysander Spooner, Henry David Thoureau y Benjamin Tucker, teóricos de la *soberanía del individuo,* término bastante autodescriptivo y más frecuentemente expresado con la palabra *autopropiedad* o *propiedad sobre uno mismo,* que se refiere al derecho inalienable que cada individuo tiene sobre su propio cuerpo y su destino. Tal como Warren expresó en su libro *Practical Details:*

> La sociedad debe transformarse para preservar intacta la soberanía de todo individuo sobre sí mismo. Debe evitar todas las combinaciones o conexiones de personas e intereses y todos los arreglos que no dejen al individuo libre en todo momento de disponer de su persona, su tiempo o sus propiedades de la manera en que sus sentimientos o sus juicios le puedan dictar, sin involucrar al resto de las personas.

El propio Malatesta reconocía que "todo anarquista es en cierta medida un individualista". Todos los anarquistas tienen en común negar someterse a proceso histórico alguno, no aceptaban inclinarse ante la historia ni ante el tiempo, su individualidad no puede verse encorsetada por teorías abstractas, menos aún cuando sus corazones palpitan más que nunca y por sus venas empezaba a correr fuego.

Lo cierto es que, al margen del grupo al que pertenecieran, los anarquistas italianos estaban creando una especie de sociedad alternativa que difería marcadamente de la sociedad capitalista y estatista que tanto deploraban. Tenían sus propios clubes, sus propias creencias, su propia cultura y actividades. Pretendían edificar su propio mundo. Trataron de vivir la vida anárquica sobre una base cotidiana. Formaban pequeños enclaves, núcleos de libertad, que esperaban difundir y multiplicar, organizados en círculos de lecturas, cursos de todo tipo (idiomas, filosofía, historia, ciencias, manualidades), torneos de ajedrez y competiciones deportivas. Las conferencias y los debates eran unas de las actividades favoritas. Se celebraban en salones alquilados y en las casas club.

* * *

Muchos anarcoindividualistas de la línea violenta de la propaganda por la vía de los hechos pertenecían a esta corriente sin siquiera saberlo. Eran hombres ansiosos de emprender una gran acción individual redentora. Varios de los célebres Ángeles Negros perpetradores de los atentados de finales del siglo XIX y principios del XX pertenecían a esta especie. Y uno entre éstos fue Gaetano Bresci, quien un día de 1898 se enteró, en su residencia de Paterson, de la brutal represión con la que había sido sometida en Milán la llamada Protesta del Estómago, insurrección popular provocada por una alza en el precio del pan. La masacre dejó ciento tres muertos y centenares de heridos. El hecho conmocionó a Bresci, quien juró venganza por ésta y por otras matanzas de trabajadores perpetradas en años anteriores.

Aunque Bresci era un apasionado militante del movimiento anarquista capaz de arriesgar su vida sin vacilación, no encajaba en el modelo del revolucionario fanático, cuyo perfil fue trazado en el *Catecismo revolucionario* escrito por uno de los padres del terrorismo anarquista, Segey Necheaev, según el cual "el revolucionario es un hombre elegido. No tiene intereses personales, ni negocios, ni sentimientos, ni inclinaciones, ni propiedades, ni siquiera un nombre. En él todo es absorbido por un interés exclusivo, un pensamiento, una pasión: la revolución". En contraste frente a toda esta vesania, Bresci fue un amante de la vida, desprovisto del implacable e inhumano fervor ciego del sectario ferviente. Nunca fue un solitario, siempre contó con muchos amigos, poseía una gran curiosidad intelectual y sabía combinar su vocación revolucionaria con el placer de vestirse con elegancia y cultivar intereses apolíticos como la fotografía.

* * *

Poco tiempo después de haberle salvado la vida a Malatesta en el Tivola y Zucca, Bresci decidió regresar a Italia para concretar su muy personal desquite contra el rey. En mayo de 1900 pasó por París, donde visitó la Feria Mundial, y el 4 de junio arribó a su natal Prato. Después visitó a su hermana, que vivía en Castel San Pietro (cerca de Bolonia), y permaneció con ella un par de semanas. Se afanó durante esos días en perfeccionar su puntería. El 8 de junio, en Bolonia, participó en la inauguración del monumento a Garibaldi, y a continuación pasó unos días en Parma. Sabía que el rey de Italia, Humberto I de Saboya, se encontraba de vacaciones estivales en la Villa Real de Monza. Hacia allá se dirigió. El domingo 29 de julio de 1900 asesinó al monarca con tres disparos ante cientos de personas que saludaban y vitoreaban. El anarquista estaba elegantemente vestido, con cuello recto, corbata negra, reloj de bolsillo con cadena y anillo dorado en el dedo. Llevaba un revólver de cinco tiros Hamilton & Richardson, y en cada bala había hecho varias incisiones con unas tijeras. Alguien en Paterson le contó que Jesse James solía hacer lo mismo para incrementar la peligrosidad de los

proyectiles, facilitar la penetración en caso de que la víctima llevara algún tipo de protección y causar una infección más aguda en las heridas infligidas.

Humberto viajaba de regreso a su residencia de Monza en una carroza descubierta, después de asistir a una competición gimnástica celebrada en la sociedad atlética. Recibió el primer disparo en la parte posterior del cuello, luego giró de manera instintiva y dos balas más impactaron en su pecho. Un cuarto proyectil, hallado sin rastros de sangre en el interior del vehículo, no alcanzó su objetivo porque fue desviado por el golpe que el mariscal de los carabineros, Giuseppe Braggio, dio al brazo de Bresci. El rey se desplomó dentro del carruaje y ordenó al cochero: "¡Adelante! ¡Adelante!" Al preguntarle cómo se sentía, respondió: "No es nada". De inmediato lo trasladaron a la Villa donde, acostado en su propia cama, falleció quince minutos después del atentado. El regicida, que no opuso resistencia, fue detenido por Braggio, quien le salvó la vida cuando estaba a punto de ser linchado por la muchedumbre enfurecida.

* * *

Aún humeaba el arma de Bresci cuando se empezó a hablar, otra vez, del gran complot anarquista internacional. La policía aseguraría más tarde que contaba con pruebas de que en Paterson se había echado a la suerte entre varios anarquistas Ángeles Negros quién debería ultimar al monarca, y la fortuna "sonrió" a Bresci. Incluso se intentaría implicar al pobre Malatesta en el complot, sin pruebas. Los anarquistas italoamericanos negaron, con vehemencia, cualquier conspiración. Varios periódicos franceses afirmaron que, durante su paso por París, Bresci se entrevistó con varios importantes cabecillas de la conspiración anarquista.

Durante los interrogatorios, los carabineros intentaron obligar a Bresci a confesar quiénes eran sus cómplices, cosa que el anarquista nunca admitió tenerlos. Se limitaba a explicar las razones de su acto con una "sutileza incomparable", lo cual irritaba al investigador en jefe por la forma tan convincente con la que se expresaba. Pero las autoridades estaban obsesionadas con demostrar un complot, y

lo mismo buena parte de la prensa conservadora. Circularon en periódicos de todo el mundo noticias y testimonios inverosímiles sobre la presencia de Bresci durante los meses previos al magnicidio en los lugares más disímbolos: Viena, Barcelona, Londres, Basilea, Bruselas, París y hasta a Buenos Aires.

Bresci había solicitado ser defendido por el diputado socialista Filippo Turati, pero éste se negó pretextando que "no ejercía la abogacía desde hacía diez años". Eso sí, le recomendó a Bresci que confiara su defensa a Francesco Saverio Merlino, uno de los más famosos anarquistas que radicó en Paterson, quien había vuelto a Italia en 1894 y militaba ya también como socialista. Merlino fue nombrado abogado defensor el día anterior al inicio del juicio, y su primera acción consistió en solicitar, en vano, un aplazamiento para estudiar la enorme cantidad de documentos del sumario y convocar a unos testigos residentes en Estados Unidos con el propósito de determinar la posible existencia de una conspiración de la cual Bresci hubiera sido el ejecutor material. Desechada la petición, el defensor solicitó de nuevo la postergación del proceso judicial, ahora con el argumento de que convenía celebrarlo "en tiempos más serenos".

También el fiscal trató de acreditar la tesis de una conspiración anarquista para matar a Humberto, y la prueba residía en el simple hecho de que el acusado venía de "Paterson, faro de la anarquía". Pero durante el juicio Bresci insistió en su versión inicial de ser autor solitario y su iniciativa tenía como fundamento las iniquidades perpetradas con la orden o complacencia del monarca: "Después del Estado de sitio de Sicilia y Milán, establecido de manera ilegal por decreto real, decidí matar al rey para vengar a las pálidas víctimas... Me pareció intolerable ver a los autores de las masacres siendo recompensados por el rey en lugar de mandarlos a ahorcar", afirmó con vehemencia.

Merlino apeló a los típicos argumentos anarquistas. Trató de hacer reflexionar a todos sobre el hecho de que el furor justiciero de estos individuos era alimentado por la violencia y la represión del Estado. Asimismo insistió en la necesidad de hacer justicia en lu-

gar de ejecutar una venganza, con el propósito de no generar en el futuro más actos de propaganda por la vía de los hechos como el regicidio. Huelga decir que la estrategia conoció un total fracaso.

El 29 de agosto de 1900, en la Audiencia Nacional en Milán, Bresci fue condenado a prisión perpetua (la pena capital había sido abolida en Italia en 1889) y encerrado en una celda especial de tres por tres metros en la penitenciaría del islote de Santo Stefano. La condena especificaba que los siete primeros años debía pasarlos en aislamiento. El comportamiento del preso fue pacífico y normal, hasta que un día de 1901 apareció ahorcado con una toalla en su celda. La versión oficial dictaminó "suicidio", argumento que no creyeron los círculos anarquistas. Afirmó el carcelero que encontró muerto a Gaetano Bresci en la tarde del 22 de mayo de 1901, que se le había visto leyendo cerca de la ventana de la celda, apenas esa misma mañana. Según la versión oficial, el anarquista se había estrangulado con una toalla colgándose en la reja de la ventana, escapando de la vigilancia continua que desde la mirilla ejercía un vigilante especial que en ese momento se había ausentado por pocos minutos "para hacer sus necesidades". Lo hizo sin emitir ningún ruido, a pesar de tener los pies ligados a una larga cadena fijada en una pared de la celda que tintineaba con el mínimo movimiento del prisionero.

* * *

Humberto I, quien había ascendido al trono el 9 de enero de 1878, era un monarca despreciado por la mayoría de sus gobernados a causa de su frivolidad, su estupidez y su falta de carácter. No tenía intereses, ni curiosidad cultural, ni propensión por las artes. No leía libros y aún escribir cualquier nota le resultaba penoso y fatigante. Se dice que un día aconsejó a su hijo y heredero, Víctor Manuel: "Recuerda que para un rey es suficiente saber trazar su propia firma, leer el diario y montar a caballo". Francesco Crispi definía a Humberto como "un imbécil". Una vez que acudió a hablar con él sobre una grave crisis gubernamental, se dio cuenta de que se había quedado dormido. Además, no pensaba en nada más que en la caza o en las mujeres, actitud que le originaba habladurías y chis-

mes. Pero, sobre todo, era un represor sanguinario. El pueblo lo apodó el *Rey Metralla* debido a las inicuas y cruentas masacres que ordenó o respaldó. Millones de italianos se alegraron al conocer la noticia de su asesinato. De hecho, Bresci es recordado por círculos anarquistas, e incluso por varios no anarquistas, como un paladín. Aún puede verse en la ciudad de Carrara un curioso monumento erigido en su honor.

El de Bresci no fue el primer atentado contra la vida del despreciado Humberto I. Con anterioridad, al rey intentaron acuchillarlo Giovanni Passannante, en Nápoles (1878), y Pietro Acciarito, en Roma (1897), quien confesó que su intención inicial era asesinar al papa León XIII. Este último atentado incrementó las pulsiones autoritarias de Humberto y, sobre todo, las de su esposa, la reina Margherita, abominada por los liberales aun con mayor fruición que su marido, sentimiento compartido por muchos altos mandos militares y por numerosos industriales. Se elaboró entonces un proyecto de "golpe de Estado institucional", que preveía la disolución del Parlamento, al cual su majestad consideraba "un nido de los socialistas", con el fin de transferir el poder absoluto al rey y a los políticos más reaccionarios. No se concretó tal plan, pero sí se decretó una ley que redujo el cuerpo electoral sobre la población total de Italia, del diez al siete por ciento.

* * *

Como era de esperarse, el regicidio desencadenó la respuesta de los sectores más reaccionarios del país. La ciudad de Prato, lugar de nacimiento de Bresci, sufrió una especie de *damnatio memoriae,* tanto que la Villa Real de Monza, el neutro escenario del asesinato y lugar habitual de los veraneos reales, fue prácticamente abandonada. Como sucedió antes con Luigi Lucheni, la prensa conservadora arremetió con descripciones negativas del terrorista, definiéndolo con una gran cantidad de epítetos, algunos muy divertidos: "antipático", "desgraciado", "nervioso y asimétrico", "repulsivo", "víbora", "bestia salvaje", "degenerado", "reptil", "abyecto", "pervertido", "bastante feo", "reptil de ojos hundidos y mirada torva", "expre-

sión siniestra", "nariz grande", "uñas largas", "huesudo avieso", "flaco degenerado"... Y por si eso no bastara, los diarios también se desbordaron al describir aspectos más concretos de su personalidad: "rasgos faciales muy marcados", "profunda palidez del rostro", "voz muy débil y temblorosa", "falto de toda energía física y mental que genera repugnancia"... *Il Corriere della Sera* agredió a la hija de Bresci, Maddalena, al definirla como "espigada y enfermiza, que a los dieciocho meses aún no le habían salido los dientes incisivos". *Il Tempo di Bergamo,* periódico muy conservador, publicó un editorial en el que se culpaba, ni más ni menos, a la educación primaria como factor de incitación al regicidio, ya que permitía a los obreros leer y entonces consultar periódicos subversivos, y como prueba de tal insensatez presentaba al fracasado atentado contra el Sha de Persia, Muzaffar al Dîn, en París, acontecido el 1 de agosto de 1900, tres días después del regicidio de Monza, cuyo perpetrador, el anarquista François Salson, habría sido instigado a cometer el acto tras leer acerca de la "hazaña" de Bresci.

Entretanto, buena parte de los medios radicales y anarquistas europeos celebraron el magnicidio. *L'Aurore,* el mismo que el 13 de enero de 1898 había acogido el "¡Yo acuso!" de Émile Zola, publicó un artículo del socialista Albert Goullé en el cual afirmaba: "Cuando un jefe de Estado ordena la muerte de veinte, cincuenta, cien hombres del pueblo, los asesinados son criminales. Cuando un hombre del pueblo se hace vengador de los masacrados, él es el abominable asesino". Luigi Galleani definió a Bresci de la sigueinte manera: "El centelleante arcángel de la venganza popular y de la justicia social". Pero fue Giuseppe Ciancabilla el más implacable al escribir: "¡Los errores cometidos por Passannante y Acciarito nos enseñaron que, hoy en día, una pistola de repetición es más fiable que una puñal!"

WASHINGTON, D. C.

Otoño de 1900

El presidente McKinley recibe en su oficina de la Casa Blanca al senador por Rhode Island, el poderoso Nelson W. Aldrich, presidente del Comité de Finanzas y uno de los legisladores republicanos más prominentes.

—Bueno, señor presidente, ayer en la tarde las nuevas tarifas han sido aprobadas. Afectan, sobre todo, al carbón, el azúcar, a los ferrocarriles y al acero; este último, por cierto, ha complacido mucho a nuestro amigo Andrew Carnegie.

McKinley asiente. Son cuestiones pro forma que los líderes senatoriales saben manejar a la perfección, detalles aburridos que como estadista debe pasar por alto. El presidente del país es responsable del gran escenario (*big picture*), del largo plazo, de las estrategias vitales de Estado. Se le ocurre decir:

—Los negocios son la máquina que hace funcionar el engranaje de América. El gobierno es el aceite que la mantiene ágil y operativa. Y desde luego toda la maquinaria existe para un fin superior, que es darle al hombre su castillo. Estados Unidos es nuestro castillo. Las tarifas son los muros del castillo. A veces el castillo debe agrandarse, como sucedió con el nuestro cuando anexionamos todo el oeste y ahora Hawaii y las Filipinas.

Aldrich escucha al presidente un tanto resignado. Está acostumbrado a las famosas digresiones tan confusas y embrolladas del mandatario, casi siempre expresadas sin venir al caso. Pero, en fin, no ha sido citado en la Casa Blanca sólo para hablar de las tarifas

y someterse a los despropósitos líricos presidenciales. Las elecciones se acercan y McKinley quiere conocer la opinión de uno de los republicanos más respetados del Senado.

—Pues se acercan las elecciones, Nelson, y es un hecho que los demócratas postularán de nuevo a Bryan, como hace cuatro años —encaja súbitamente McKinley.

—Será una elección muy diferente a la anterior, señor presidente, de eso puede estar seguro —afirma Aldrich sin alterarse en lo más mínimo—, completamente distinta, de hecho, si consideramos que el tema central esgrimido por Bryan hace cuatro años ya está muerto. Ni siquiera los demócratas más radicales dejan de reconocer que el asunto de la plata está acabado.

—Y siendo así, Bryan pierde su principal bandera.

—Sí, ahora sólo le queda porfiar con el tema de la guerra contra los independentistas filipinos y hawaianos. "¡Imperialistas!", gritará por todas las estaciones de tren del país. Como antes clamaba "¡Plata!", o "¡Cruz de oro!", ahora dirá cosas como "¡El presidente acaba con los pobres filipinos y manda a la muerte a nuestros muchachos!" Pero ése es un tema demasiado abstracto. El público sólo entiende que se obtuvo una victoria militar rápida y gloriosa sobre una potencia colonial decadente y despótica, y eso le satisface. Por otra parte, la guerra en Filipinas es algo demasiado distante, por más que los periódicos de Hearst quieran acercarla. La estrategia se estrellará con la gran indiferencia de la mayoría y Bryan, el gran campeón demócrata, será vencido por segunda vez pero ahora con una diferencia mucho mayor.

—Puede ser, pero nunca es bueno confiarse demasiado —McKinley advierte.

—¡Totalmente de acuerdo con eso! —exclama Aldrich, que al fin parece tener oportunidad de expresar lo que al parecer es motivo de su visita a la Casa Blanca—. Siempre es bueno cubrir todos los flancos, limar las aristas, pulir las formas. Es básico en una elección no cometer errores que puedan convertirse en armas para el adversario. Si de verdad quiere mi punto de vista, ésta es su oportunidad de adquirir un estilo de gobierno más reformista.

—Eso suena bien, pero ¿cómo?

—Recuerde que el otro tema con el que Bryan y Hearst machacaron en sus periódicos fue el de "el partido de Hanna y sus rapaces capitalistas". Creo que ahora debemos limpiar un poco esa imagen. Usted sabe que el senador Mark Hanna y yo somos buenos amigos. ¡Reconozco talento en ese hombre! Fue una máquina implacable hace cuatro años, vital para el triunfo, me consta, y se lo he reconocido muchas veces, pero ahora me parece indispensable que se resigne a mantener un bajo perfil.

—Mmmm.—No sólo son mis palabras. Todos los líderes del partido, Platt, Reed, Roosevelt, coinciden: quieren a Hanna lo más al margen posible durante la campaña. No hay más.

El presidente hace una mueca.

—Sé que es una cuestión sensible para William McKinley. Lo es para mí también. Pero, vamos, no se trata de marginarlo del todo, sino simplemente de hacerlo menos visible.

—¡Pues eso será realmente difícil. ¡Vaya si Mark Hanna es demasiado visible! —con sus dos manos, el presidente simula inflarse el abdomen para emular al aludido. Ambos ríen de buena gana.

Ya serios, McKinley prosiguió:

—Bueno, Nelson, debo decirte que no recibo lecciones de cómo hacer política de gente como Tom Reed, a quien se le acabó la dictadura que ejercía en Washington durante la época del presidente Harrison. Desde el inicio de esta administración he mantenido lejos a Mark. Yo conozco sus defectos mejor que nadie. Le sugerí que se hiciera un lugar propio en el Senado, procurara proyectar otra imagen, atendiera alguna actividad filantrópica y, sobre todo, dejara de ser tan cínico. Pero no me hace caso. Cada día su imagen se desprestigia más. Ese hombre sólo ama el dinero, y no hace nada en absoluto para ocultarlo.

—Mantener a Hanna al margen le permitirá presentarse como más independiente respecto a los *holdings* y adoptar un discurso más reformista, el cual conviene de cara al siglo xx. Es hora de robarle a los demócratas, a los populistas, al propio Bryan, algunas de sus banderas más, digamos, sensatas.

—Bueno, senador, ¡tampoco recibo lecciones de William J. Bryan!

—No es tanto como "recibir lecciones", sino adoptar algunas ideas que son populares y en nada perjudicarían si, eventualmente, son arrogadas.

—Vaya… bien.

—Y la imagen de campaña reformista debe ser reforzada por una selección *ad hoc* para la nominación vicepresidencial. La inesperada y lamentable muerte del vicepresidente Garret Hobart propicia que la definición de dicho asunto se torne esencial en la Convención Republicana.

—Sí, no sabe cómo lamenté la muerte de Garret. Era uno de mis mejores consejeros. Y bien, ¿qué opina?, ¿cuál es su favorito?

—Opino que su compañero de fórmula debe ser un político decididamente reformador.

—¿*Teddy* Roosevelt?

—Yo no veo otro. El gobernador de Nueva York es muy popular y enérgico, tiene el aurea de reformador que a mí me parece indispensable y, por si fuera poco, es un héroe de la guerra contra España.

—Sí, es todo eso y mucho más.

—Con la ventaja adicional de que meterlo a la vicepresidencia es una forma muy elegante de sacarlo de la gubernatura de Nueva York.

—Para algunos el buen *Teddy* es un gobernador incómodo, ¿cierto, senador?

—Más bien para muchos, señor presidente, se lo aseguro —contestó Aldrich mientras meneaba la cabeza de un lado a otro.

* * *

El asesinato del gobernador de Kentucky, Bill Goebel, perpetrado a principios de febrero de 1900 por un francotirador que jamás fue identificado ni apresado, inspiró un curioso poema a Ambrose Bierce, publicado por los periódicos de la cadena Hearst:

La bala que perforó el pecho de Goebel

no ha podido ser hallada en todo el oeste
y es por una buena razón:
acelera su marcha para darle a McKinley en las barbas.

Meses más tarde, previo a la celebración de la Convención Republicana de 1900, se pudo leer en un lapidario editorial del *New York Journal:* "William McKinley es el hombre más odiado del continente americano".

Y otro editorial en el mismo periódico, publicado poco después de la anterior, estableció sin contemplaciones y aludiendo como quien no quiere la cosa:

"Si podemos deshacernos de las malas instituciones y de los malos hombres con un crimen, ¡pues entonces que sea el crimen!

* * *

Mark Hanna escribe una carta en el despacho de su casa de Cleveland. Ni siquiera sabe a quién va ir dirigida. Todavía acostumbra enviar misivas, notas y memorandos al presidente McKinley, aunque es una costumbre que ha intentado erradicar durante los últimos cuatro años, más incluso desde que el secretario particular del presidente primero le insinuó y, más tarde, le advirtió con claridad que la relación entre el senador por Ohio y el primer mandatario no podría ser igual de cercana como había sido el trato entre el candidato McKinley y su coordinador de campaña. Se había impuesto entre los dos viejos amigos una "necesaria y decorosa" distancia.

Eso le dijeron, pero él siempre ignoró el significado profundo de esa negativa, pues la interpretaba como si refiriera: "Mark, gracias por darnos la presidencia, pero eres un estigma para nosotros, una verdadera vergüenza para esta administración. Estamos hartos de las caricaturas en los diarios de Hearst que muestran a un bebé McKinley mamando las enormes tetas de la matrona Mark Hanna, una de las cuales dice 'dólares de los Trust', y la otra 'Wall Street'; o de las que presentan a McKinley como una marioneta en manos del titiritero Hanna". ¡Ah!, pero 1900 es año electoral, y entonces todos esos impertinentes vendrán a verlo para suplicarle: "Por favor, Mark, consíguenos, otra vez, veinte millones de dólares para

ganarle al loco de Bryan". Aunque ahora subiría la apuesta. Exigiría la candidatura a la vicepresidencia, posibilidad abierta desde la muerte de Hobart, o el liderazgo republicano en el Senado, o... vaya... ¡Algo grande!

Pero no, todo aquello eran quimeras. Mark Hanna es un hombre inteligente y sabe reconocer sus límites. "No tengo madera para el servicio público", se reconocía, en ese momento, a sí mismo.

"Procuré hacerme un lugar en el Senado, ¡pero ese mundo es tan aburrido! Hay que tratar con demasiados tontos, con muchos zafios. ¡Qué tedio! Me propusieron, varias veces, patrocinar legislaciones sociales. No quise. Me aseguraron que si me dedicaba a causas filantrópicas mi imagen mejoraría. No pude. La gente no me gusta, es la verdad. ¿Por qué debo ayudar a la humanidad si no me agrada? Y si no me gusta la humanidad, ¿no estaré perdiendo el tiempo? ¿No sería mejor volver a los negocios y hacer dólares impunemente, sin recato alguno, y dejar esta tontería de la política a un lado?", pensaba Mark Hanna cuando, de repente, se da cuenta de que no puede respirar. Siente en el pecho una despiadada opresión, como si un puño se hubiese apoderado de su corazón y lo estrujara. Trata con desesperación de sujetarse a algo. Se aferra inútilmente a la carta a medio escribir dirigida a nadie que yace en el escritorio. Cae al suelo de manera estrepitosa. Su secretaria entra en el despacho y lo asiste.

Esa misma noche, pese a todo, Mark Hanna acude con su esposa al teatro. Le comenta a su compañero de palco, un conocido de siempre metido en el la industria del carbón, su negocio de antes:

—Hoy sufrí un ataque al corazón, Sam, pero mírame, aun así asisto a la función. Para muchos sería un disparate, pero lo hago con conciencia. Sé, porque lo conozco, que mi viejo corazón sólo necesita entretenerse un poco.

* * *

Dos meses después, Mark Hanna se encuentra cómodamente sentado en su oficina del Capitolio, pese a que hay una sesión del pleno

que empezó hace un par de horas. De súbito entra uno de sus asistentes, cuyo nombre ha olvidado.

—Señor, el senador Pettigrew acaba de lanzar graves acusaciones en su contra.

—¿Otra vez? —responde Hanna con indiferencia.

—Sí, señor, pero ahora es grave. Con todo respeto, le sugiero que asista al debate con el fin de averiguar qué pasa y tomar la tribuna para responderle.

Hanna se arremolina en su sillón, algo molesto, y reconviene al empleado:

—No, mi amigo; de ninguna manera. Estoy cansado y sólo oír la voz del Petti... tonto ese sería mortal para mi pobre corazón.

—Pero ha lanzado acusaciones muy serias. No es cualquier cosa, se lo aseguro. Ha hablado de que algunas de las contribuciones dadas a usted en...

Hanna interrumpe a su asistente con aspavientos:

—¡No, no, no! Mira, muchacho, es hora de que aprendas a ver los trasfondos de las cosas si quieres avanzar en este negocio. Este Petti... teto es un senadorcillo republicano por Dakota del Sur que cometió la idiotez de alinearse a favor de la acuñación de la plata y en contra del patrón oro. Incluso apoyó al demente de Bryan en la campaña del 96. Este año debe presentarse a la reelección y su posición es, obviamente, muy frágil. De hecho, es la más endeble de todas la senadurías que se presentan a la reelección. El Partido Republicano le cobrará sus deslealtades. Dejará de ser senador y por eso busca aferrarse a cualquier clavo ardiente para salvarse. ¡Y qué mejor que acusar al viejo feo y malvado de Mark Hanna de alguna villanía! Típico, pero no pasará nada amigo. No tiene pruebas. Habla para la prensa, sobre todo para la de su estado, pero al final no le servirá de nada. No se reelegirá y yo seguiré tan campante.

El ayudante se le queda viendo atónito, y el iracudo senador remata:

—Bueno, bueno, chico, no te asustes; diré en tu descargo que, en principio, tienes razón. Lo más aconsejable sería que yo me indignara y me abalanzara sobre el podio para defender mi honra y

criticar el burdo oportunismo de ese traidor, quien a final de cuentas es una presa fácil. De ese modo ayudaría a recuperar un poco de mi lastimada reputación. Pero mi viejo y cansado corazón ya no puede con esos trotes. ¿Qué se le va a hacer?

Hanna se levanta de su asiento, se acerca a la ventana para contemplar el exterior con algo de nostalgia. Al final concluye su argumento:

—Mira, mejor acostúmbrate. No es la primer vez y, por Dios, no será la última en que un petimetre como aquél busque anotarse algunos puntos a costa de *Mark the Shark.*

* * *

Hanna está en Filadelfia, en la Convención Republicana de 1900 reunida con el fin de nominar al presidente William McKinley para la reelección, ¡pero qué diferencia de hace cuatro años! Ésta en definitiva no es la convención de Mark Hanna, quien ha pasado desapercibido por completo a pesar de que, nominalmente, sigue siendo presidente del Comité Nacional Republicano. Muy pocos delegados se acercan a saludarlo. De hecho, él ni siquiera ha podido hacer lo propio con el presidente. Pero no importa, el viejo zorro da la cara con mucha dignidad. Sabe que este negocio de la política es así. Esperó meses a que lo contactaran para hacerse cargo de la convención, pero no pasó nada. Le gustaría pensar que ahora que comenzará en serio la campaña lo llamarán con las rodillas dobladas cuando se den cuenta de las dificultades que implica organizar todo el entramado de una campaña electoral a nivel nacional y los obstáculos que ponen los ricachones a la hora de pedirles donaciones. Pero él nunca ha sido ingenuo. No lo llamarán. Lo mantendrán lo más alejado posible durante los próximos meses. Alguien más ha tomado la batuta. ¿Debe, por ello, armar una rabieta, comenzar una rebelión o retar a McKinley a un duelo? ¡De ninguna manera! Hanna sabe que él único culpable de su situación actual es él mismo. No quiso reformarse como se lo aconsejó el presidente y le sugirieron sus amigos. Ahora debe encarar las consecuencias con agallas y algo de humor.

Decidida desde antes la cuestión de la candidatura presidencial, algo inusitado en los últimos tiempos tan turbulentos, sólo falta definir quién será el compañero de fórmula postulado para la vicepresidencia. Sabe que ese *dandy* excéntrico, ese *cowboy* desequilibrado de Theodore Roosevelt es el favorito de casi todos. La idea fascina en particular a Platt, a Aldrich y a la plana mayor del partido, pues de ese modo mantendrían a ese lunático incorregible e hiperactivo lejos de la gubernatura de Nueva York y lo atarían a un cargo tan inocuo como la vicepresidencia, desde la cual no podrá hacer nada contra los Trust y las maquinarias partidistas a las que el gobernador ha fustigado sin piedad.

Roosevelt no es tonto, ha dicho que jamás aceptaría la candidatura a la vicepresidencia, pero ya es un hecho: se la van a ofrecer y tendrá la obligación de acceder. Hanna sabe que se necesita "sangre nueva y vigorosa", entiende que el discurso para contrarrestar a los demócratas es el concerniente a la reforma y la estrategia consiste en robar de manera impune las banderas al adversario. Justo por eso lo han marginado de forma tan insolente. A pesar de que él y otros políticos con características similares a las suyas representan el pasado, ese vaquerillo miope es, según dicen, el espejo del futuro: un hombre enérgico y con carisma que sabrá hacer campaña al tú por tú con Bryan. Además, *Teddy* no es ni ha sido nunca un títere de los Trust, ni esclavo del dinero, y podrá desafiar con tranquilidad a Hearst y a los liberales ya que tiene el pasado claro y la conciencia tranquila. Ése es el tipo de hombre indispensable en 1900, no el Mark Hanna de 1896.

Hanna es un hombre práctico, está consciente de todo lo anterior y debe resignarse, pero aun así su infalible alma de republicano no condesciende de buen grado que su partido postule a un ser tan "irreflexivo" como Roosevelt.

Busca a McKinley por lo menos para felicitarlo, pero no lo consigue. Sus ayudantes vuelven a negárselo. "Trabaja en su discurso de aceptación, no tiene ni un minuto." Mark Hanna no puede creer que su muchacho, su hechura, su descubrimiento, el hombre que

le debe a él vivir en la Casa Blanca no tenga ni un minuto que dedicarle.

Una hora más tarde, mientras apura un habano pese a recomendación médica en contrario, escucha una aclamación: la convención ha postulado a Theodore Roosevelt, gobernador de Nueva York, como candidato a la vicepresidencia. "¡Estas cosas sólo puedes creerlas hasta que suceden!", exclama sin ser escuchado por nadie. "¡Y pensar que sólo habrá un ataque cardiaco, un accidente o un atentado perpetrado por uno de esos anarquistas locos entre este demente de Roosevelt y la Casa Blanca! ¡Uno de esos anarquistas locos!" Hanna, súbitamente, se acordó de Bruno Arpinati, sospechoso de ser hijo ilegítimo de... ese político italiano... el agente anarquista que tenía a sueldo, según para vigilar a los ácratas italianos de Paterson y descubrir un posible atentado en contra del malagradecido de McKinley. No lo había visto desde su arribo a Estados Unidos a finales del año pasado, pero recibía periódicamente los informes que le reportaba de forma oral a Joe Moseley y en los que comentaba, sin cambio nalguno, sobre la absoluta imposibilidad de que algún italiano atentara contra autoridad norteamericana alguna. "¡Dice Arpinati que quien debe cuidarse es el rey de Italia", le había expresado Moseley.

En fin, de todas maneras al senador ya le importaba un comino la suerte del papanatas McKinley. Total, si un anarquista lo mata y llega el *cowboy* Roosevelt a la Casa Blanca, el problema será para Estados Unidos.

"¡A mí ya me tiene sin cuidado! Además, este cretino malagradecido se la tendría merecida", pensó Hanna, y tras dar una profunda fumada a su habano, se repitió a sí mismo: "Sí, ¿por qué no? Se lo tendría merecido".

* * *

Hanna se ha inscrito como orador disponible para la campaña de reelección del presidente McKinley. Como lo presuponía, no es muy solicitado, así que se le ocurre ir a una gira a Dakota del Sur donde, casualmente, el senador Pettigrew, su furibundo denuncia-

dor en el Senado, enfrenta una azarosa campaña para reelegirse. Antes de salir para el oeste, recibe a un mensajero de la Casa Blanca que se apersona en su habitación del hotel que alquila en Washington. El hombre se presenta, pero el senador poca atención le pone. Entiende que se llama Cotelou o Coutelew, algo así, siempre se confunde con los nombres de los lacayos. Eso sí piensa: "Al menos éste no es negro."

—Senador Hanna, la administración considera que quizá no sea prudente para usted realizar este viaje tan pesado. Sus habilidades son indispensables en Washington. Además, su situación médica hace aún menos recomendable una travesía tan larga y difícil hasta Dakota del Sur, que en esta época del año es muy polvoriento.

Hanna lo mira atónito. "La administración considera… situación médica… muy… polvoriento…", repite en voz baja para sí pero lo suficientemente fuerte para que su interlocutor pudiera oír. "No es negro, pero en definitiva es un idiota", piensa una vez más y hace una pausa antes de responder:

—Joven, he empacado mis cosas y llevo un discurso en el bolsillo que me tomó todo el día de ayer escribir. Mire, aquí está —saca un papel del bolsillo y lo muestra—, mismo que ese Petti… idiota no olvidará jamás. Dígale al presidente que agradezco… bueno, no… al presidente no… a la administración que considera, como usted dice… bueno… a esa administración, que de todo corazón, ése que tengo taaaan enfermo, agradezco sus preocupaciones y sus amables recomendaciones. Y de paso dele a McKinley mis parabienes. La campaña marcha sobre ruedas. No existen las tensiones ni las angustias que tuvimos hace cuatro años. El presidente es muy popular, ¿no es así, amiguito? La situación económica es muy buena y la guerra lo ha situado como un César victorioso. ¡Pues el chico es una creación de Mark Hanna, que no se le olvide! ¡Ah!, y de pasada le recuerda que soy el presidente del Comité Nacional Republicano. ¿Entendió? Encabezo a los republicanos, aunque sólo sea en términos nominales; por esa razón le voy a rogar a usted y a la administración que cuiden sus formas y que me tengan más

respeto. ¡Ah!, y otra cosa —se acerca al oído del mensajero para musitarle—:

Dígale al presidente que Dios odia a los cobardes.

* * *

Hanna viaja a Dakota del Sur donde da un discurso lleno de ironía con el cual hace una velada y efectiva crítica a Pettigrew:

> Los profetas de la plata que hace cuatro años nos amenazaban con hecatombes y hambrunas si nos atrevíamos a emprender un cambio, hoy son los campeones del patrón oro. Quienes antes eran seguidores de Bryan y de la demagogia con la que este nuevo Calígula pretendía llevar al país al abismo, hoy aparecen como los partidarios más furibundos de McKinley. ¿Pensarán estos fracasados que los buenos ciudadanos de Dakota son idiotas? ¿Pensarán Bryan y lo fanáticos que aún le siguen, cada vez menos, que el buen pueblo de Estados Unidos tiene mala memoria?

Contra lo que esperaba, su discurso fue muy aplaudido por la base republicana del estado. Pettigrew parecía condenado.

Tan satisfecho quedó Hanna de su intervención en Dakota del Sur que decidió aventurarse a ir a Nebraska, la panza de la bestia, el estado de Bryan quien, desesperado porque su campaña no levanta, intenta aprovechar la inesperada reaparición de *Mark the Shark* para retomar algo del discurso de hace cuatro años. "Hanna busca formar una conspiración para sobornar jueces electorales, comprar votos e intimidar a los trabajadores con el fin de que no voten por mí", se apresuró el candidato demócrata a declarar en cuanto se enteró de la presencia de Hanna en su demarcación.

Previo al arribo de Hanna a Nebraska, aparecieron pegados a una gran cantidad de postes de telégrafo carteles que advertían: "¡Granjeros populistas, cuidado!", "¡Escondan a sus hijos en el armario o bajo la cama!", "¡Mark Hanna ha llegado a Nebraska!"

Muy pronto se supo que el honorable senador por Ohio, en persona, los había mandado colocar de incógnito.

* * *

Terminada la campaña, McKinley ha vencido a Bryan por un margen mayor al de hace cuatro años, Pettigrew fue derrotado y deberá abandonar el senado, y Mark Hanna, en su carácter de presidente del Comité Nacional Republicano, se da el lujo de regresar un cheque de cincuenta mil dólares que había donado su viejo amigo John D. Rockefeller a la campaña de McKinley, adjuntándole una nota: "Te devuelvo tu cheque, John; ya has pagado demasiado para obtener tan poco".

NIHILISTAS

Nueva York, octubre de 1900

Tuve mi segunda y última entrevista con el senador Mark *The Shark* Hanna una tarde a finales de octubre de 1900, pocos días antes de las elecciones presidenciales en las que se reeligió a William McKinley como presidente de Estados Unidos. Este encuentro no se efectuó en la discreta casita de Bethesda, sino en una modesta pero bonita pensión ubicada en el corazón de Nueva York llamada Wolfsburg, a unas cuadras de la Estación Central, cuyo propietario era un tal Fritz, robusto y bigotón germano. Me llevó ahí Joe Moseley, quien había llegado de manera intempestiva a mi habitación del hotel de Bertoldi una semana antes.

—Buenos días, señor Arpinati, le informo que por instrucciones del senador Hanna debemos partir de inmediato para Nueva York. Empaque todo lo que le sea indispensable, porque ya no regresará a Paterson —me indicó con tono perentorio.

—¿Así de forma tan repentina? ¿Sin despedirme de nadie? Podría despertar sospechas. Sobre todo ahora que la policía está encima de nosotros.

En efecto, desde el asesinato del rey Humberto, en julio, se notaba la presencia de más agentes en toda la zona de Paterson. Los interrogatorios a los anarquistas se multiplicaban. A mí me habían dejado en paz, pero notaba que individuos de traza sospechosa me vigilaban.

—Justo por esa razón ya no es segura su presencia aquí, Bruno, y mientras menos gente se entere cuál será su nuevo destino, mejor. Lo llevaré a su nueva morada.

Abordamos el tren de las cinco y al llegar a la pensión me presentó a *herr* Fritz, gran amigo suyo "de toda confianza". El lugar era acogedor y la gordita Frida, hija del patrón, cocinaba de forma espléndida, así que no tardé en acostumbrarme a mi nueva vida. La verdad estaba feliz de haber abandonado el tugurio horrendo y maloliente de Paterson. Claro, extrañaba a Johanna y a su bonita finca en Newark. Además, estaba embarazada, pero ya habría tiempo de explicaciones... quizá.

Como siempre, Joe me pidió no ser demasiado conspicuo, así que dediqué mi tiempo a la lectura los primeros días de mi estancia, sobre todo de *París*, una estupenda novela que Zola había publicado en Francia hacía un par de años y en el que expone la magnífica idea de hacer explotar Sacré-Coeur, esa horrenda basílica, pastel de bodas, apoteosis de la cursilería, infame símbolo del conservadurismo religioso que insulta la memoria de la Comuna de París, edificada, precisamente, donde inició la insurrección porque se buscaba "expiar" los pecados pasados.

Dice Guillaume, el protagonista anarco de la novela:

> He acabado por elegir esta basílica de Sacré-Coeur porque me importuna y exaspera... Quieren que París se arrepienta, haga penitencia por ser una ciudad libertadora, de verdad y de justicia ¡No! ¡No! Hay que barrer todo lo que la entorpezca, todo lo que la injurie en su camino emancipador. ¡Que se desplome el templo con su Dios embaucador y esclavizador! ¡Que aplaste bajo sus ruinas a su pueblo de fieles para que la catástrofe, como uno de los remotos trastornos geológicos, repercuta en las entrañas de la humanidad, la renueve y transforme.

¡Buenísima! Lo mejor de Zola desde *Germinal.*

* * *

—Amigo Bruno, se ve usted radiante —de esa forma me saludó Hanna cuando llegó al comedor del Wolfsburg para almorzar conmigo.

—Usted también se ve muy bien, senador —le mentí, la verdad es que se veía más gordo y desmejorado que desde la última vez. Había pasado casi un año.

—Tiempo de no vernos, ¿verdad?

—En efecto, mucho le preguntaba a Joe sobre cuándo tendría la oportunidad de volver a verlo para darle mis informes e impresiones de manera personal, pero, supongo, estaría usted muy ocupado en sus actividades legislativas y en la campaña electoral.

—¡Qué va, amigo! Mire, ya la política me importa un cuerno. Es un mundo verdaderamente vulgar, lleno de hipocresía y envidias. No es lo mío. Veo cerca mi retiro, se lo aseguro.

Y ante mi cara de sorpresa, Hanna se explayó:

—En efecto, mucho me han desilusionado mis compañeros republicanos, y muchísimo el presidente McKinley. Es un ingrato, ¿sabe? Por eso ya no lo consulté a usted. La relación con él se ha enfriado. Francamente, que se cuide él solo. En todo caso, mucho me han servido los reportes que le proporcionaba a Joe. Muchas gracias. Hoy sólo será una soda, Frida querida.

Sí, pidió sólo una soda, para mi sorpresa, el Gargantúa de Ohio no pedía un *bourbon* y su mano derecha no lucía el indispensable puro.

—¿Usted qué se toma, Bruno?

—Lo acompañaré con otra soda; veo que usted no está tomando alcohol, ¿alguna manda preelectoral?

—Ja, ja, ja. No, nada de eso. Por unas semanas estaré mejor portado que un anacoreta. Prescripción médica, usted sabe, demasiados abusos. Acabo de estar en el oeste haciendo campaña. Sí, le dije que ya nada de esto me interesaba y así es, en efecto, pero tenía que cobrarme un par de, digamos, facturas pendientes; además, me gusta respirar, de repente, otros aires. ¡Ah, pero fue agotador, amigo, se lo aseguro! Regresé a punto de un infarto. De ahí mi abstinencia.

Eso sí, la campaña terminó para mí. Además, amigo, no me necesitan, no me quieren, ¡qué les den por culo!

—Quién lo dijera, senador; pensaría que usted es el típico *zoon politicon,* un hombre con la política en las venas.

—No es así, Bruno. Me gusta el poder, el dinero, es cierto, pero estos tiempos modernos de la democracia y el voto universal no me son atractivos. Eso de estar cortejando a los electores nunca ha sido lo mío. Y soy mal actor, por añadidura. Volveré a los negocios y trataré de pasarla bien el resto de mi vida. Pero vayamos a lo nuestro. A ver, Frida querida, ¿qué hay de comer?

El menú, a la alemana, consistió en las inevitables salchichas tipo Frankfurt, chucrut y una *kartofelsalat* que a nuestra anfitriona le salía muy bien. Todo acompañado de cerveza, por supuesto. El senador terminó por tomarse medio tarro, por cierto, pese a las prescripciones médicas. Eso sí, la conversación fue de lo más interesante. De manera breve le informé a mi patrón lo que ya le había reportado a Moseley: los anarquistas italianos son inofensivos en lo concerniente a los políticos y magnates estadounidenses, pero muy peligrosos para los europeos, en especial para los italianos, como había dejado clara constancia el asesinato de Humberto en julio. "Le mandé el mensaje, senador, de que venía algo grande contra Humberto. ¿Se lo comunicaron?", externé. Sobre Malatesta le recordé que había estado apenas unos meses en Estados Unidos pregonando en contra de la propaganda por la vía de los hechos. También le comenté sobre cómo la policía había cercado a los círculos anarquistas desde la muerte del rey de Italia. A todo eso el senador sólo contestaba con leves mugidos.

—Mmm, bueno, Bruno, pues bien... gracias. Joe me tuvo puntualmente enterado de sus reportes, en efecto. También el servicio secreto sacó las mismas conclusiones. No tengo las influencias de antaño con sus jefes, pero aún conservo ciertos contactos. De ahí me he enterado que tras el asesinato del rey se han ensañado con los grupos anarquistas de Paterson. Dicen tener pruebas de un complot. Y muy importante, Bruno, por ahí hay un espía del papa que lo fue a acusar a usted con el servicio secreto de ser uno de los más

peligrosos anarquistas conspiradores de todo el mundo... Déjeme acordar cómo se llamaba... un italiano... —tras sacar un papel de la bolsa de su chaqueta, leyó—: Ah, sí, presbítero Della Giovanna... ¡uy, qué nombre!

No pude ocultar una cara de desprecio y sorpresa.

—¡No me diga! ¡Ese petimetre! ¡Claro que lo conozco! En efecto, trabaja para el Vaticano. Lo conocí en París. Me sorprende que esté en Estados Unidos.

—Pues anda por acá, y de chismoso. Mire, amigo, me queda claro que en Paterson usted ya no tiene nada que hacer y, créame, incluso corre grave peligro. Por culpa de su amigo meapilas está en la mira ahora más que nunca, así que ya no regrese más a Paterson. Se quedará hasta nuevo aviso en esta pensión. El dueño es amigo de Joe de hace muchos años y también nos debe favores. ¡Ja, ja, ja! —y mientras reía le hacía un guiño a Moseley—. Cuente con su discreción. Ahora bien, quiero que ahora se dedique a averiguar sobre las actividades de los círculos anarquistas más militantes, los de Emma Goldman, por ejemplo; *Emma la Roja,* como le dicen, la mujer más peligrosa del país. Y otros círculos de aquí de Nueva York, de Filadelfia, de Chicago. En fin, no se inmiscuya demasiado. Sólo asista a algunas de sus conferencias, observe quiénes son sus militantes más fervorosos, usted sabe, los que podrían considerarse candidatos a ser un "lobo solitario" asesino.

No me gustaban las nuevas instrucciones de Hanna. En efecto, había círculos más agresivos dentro de los anarquistas integrados por fieros militantes procedentes de Alemania y Europa del Este, tanto, que podrían desconfiar profundamente de un anarco snob italiano como yo, al grado de querer eliminarlo.

—Bueno, sí, son activistas, aunque han variado mucho su postura. Ni Goldman, ni Most, ni ninguno de los teóricos importantes se atreven a seguir alabando a los asesinos de la daga y la dinamita.

—Quizá, pero tengo entendido que pululan por ahí personajes muy radicales, de esos capaces de todo con tal de alguna venganza o de notoriedad, como usted me lo platicó, o algún imitador de los loquitos magnicidas europeos. Le pido darse unas vueltas. No

quiero que se arriesgue demasiado, he notado que usted es acomodaticio y medio cobardón. Sólo dé unos vistazos y procure darse cuenta de qué van estos círculos y qué tan fanáticos pueden ser algunos de sus simpatizantes.

—Muy bien, senador, como guste —encajé eso de "cobardón" sin ningún problema. En fin, era cuestión de ir a algunas conferencias y reuniones. Oportunidad de conocer algunas ciudades del medio oeste y de entrevistarme con la legendaria Emma Goldman. Pero, eso sí, estaba decidido a que el experimento sería breve. Veía cercano mi retorno a Europa.

Y tras pedir el postre (¡un delicioso *kirschstreusel!*) le pregunté a Hanna:

—¿Pero entonces a usted le sigue interesando la seguridad del presidente?

—Mmmm... no es tanto eso, Bruno; es cierto que McKinley es un tonto malagradecido indigno de mi atención, pero tengo amigos aún inquietos por el presidente. Amigos poderosos, usted sabe; ellos aún se interesan por él, por alguna razón o por otra y, bueno, no dejo de ser un patriota, ¡un patriota americano! Y déjeme decirle algo más: si ese vaquero loco de *Teddy* Roosevelt llega a la presidencia, este país se irá al caño —lo expresó más con ironía que con emoción. De hecho, bajó la mirada y asumió una postura algo melancólica, tras lo cual abordó un tema que a mí me interesaba mucho:

—Oiga, y de los interesantes protocolos que me mandó Maurice, ¿ha sabido algo más?

Decidí confesarle la verdad. Eso de estar en la mira de las policías de todo el mundo no me gustaba nada.

—Bueno, senador, como le comenté en nuestra primera entrevista, es una obra de méritos descollantes. Déjeme aclararle todo de una vez: su autor es un tal Maurice Joly, ya fallecido, periodista crítico de Napoleón III que escribió el panfleto como una forma de criticar a un gobierno cada vez más despótico. Un ejemplo particularmente interesante de crítica embozada capaz de llegar a la categoría de género literario.

—Excelente sátira, sin duda. ¿Pero entonces eso de que contiene las fórmulas para una conspiración judía es, como me lo suponía, una patraña?

—¡Absoluta estupidez! La pretensión del autor es evidenciar los métodos empleados por Napoleón III para afianzar su poder personal.

—Los leí con mucho interés, créamelo. ¿Y cómo sabe que es obra de este señor Joly y no de Malatesta o de los miembros de algún Sanedrín?

—Ah, justo porque eso me lo contó el propio Malatesta; él me habló de Joly y de esa burda falsificación —y para redondear la mentira, exclame—: ¡Alguien le tomó el pelo al buen Maurice, senador, y yo se lo había advertido! —hasta me jalé los pelos para hacer más dramático el gesto.

El senador me miró con aire incrédulo; yo proseguí:

—Es un manual para la instauración de una dictadura moderna capaz de aprovechar hábilmente a la prensa como método de manipulación hasta lograr injertar un poder autoritario en las democracias en beneficio de una oligarquía. No es una auténtica democracia, pero tampoco un despotismo oriental.

—Manipulación, engaño, mentiras y manejo de masas. Lo que hace aquí el bellaco de Hearst: abusar de la libertad de expresión para trabajar en favor de la dictadura a nombre de la democracia.

—Así es, y en beneficio de una oligarquía económica, ¿verdad, señor senador? O de dirigentes mesiánicos que dicen actuar a nombre del pueblo, los cuales, con el tiempo, se pueden volver tiranos.

—¡Como Bryan! Adular al pueblo para, en su nombre, acabar sometiéndolo —Hanna se entusiasmó al mencionarlo.

—Puede ser, sí. Que el autoritarismo sea personal o colegiado es una cuestión secundaria. Lo esencial es la confiscación del poder y los métodos para que sea tolerada o pase inadvertida. Se logra aturdiendo a la opinión pública, sumiéndola en la incertidumbre mediante contradicciones y distorsiones, señalando a un enemigo en común, el "enemigo identificado", el cual en Europa hoy son, muy claramente, los judíos, por ejemplo.

—Y los masones.

—En efecto. El arte de engañar a esa gran quimera que es la dichosa "opinión pública". Dice el Maquiavelo de Joly que para el líder embaucador (y todo líder, en el fondo, lo es) es esencial saber esgrimir la inconstancia del discurso demagógico hasta disfrazarlo como "profundidad" y hacer aparecer su oportunismo vulgar como "enigmática sabiduría".

—Asombroso y poético.

—Y clarividente, senador, aunque, como le comenté la vez pasada, usted recordará, nada de esto es nuevo, los antiguos lo identificaban como *cesarismo* y Marx habló de *bonapartismo* al referirse a estas formas de desvirtuar una democracia. Nada nuevo, pero el siglo que comienza nos depara lo peor. Este manual del déspota moderno sobre el arte de transformar insensiblemente una república en un régimen autoritario desquiciando las instituciones liberales sin abrogarlas es un prefacio de lo que nos espera. ¡Y en todo ello será el pueblo el principal cómplice, paradójicamente! Napoleón III, el objeto de la sátira profética de Joly, inauguró el II Imperio mediante un golpe de Estado, pero ello entre aclamaciones y sin olvidar que ya antes Napoleón "el pequeño" (como lo bautizó Victor Hugo) había sido elegido, con aplastante mayoría de votos, presidente de la Segunda República francesa: ¡fue el primer jefe de Estado de la historia europea elegido por sufragio universal directo! ¿Se da cuenta, senador? ¿Y qué hizo durante todo su reinado para legitimar decisiones verticales? Abusar del plebiscito.

—Entonces, de plano, nada de la tontería antisemita es cierto en estos protocolos. ¿Sabe?, quizás en Europa, y sobre todo en Rusia, donde aún están poco civilizados y el antisemitismo es supersticioso y rampante, una cosa así pase por ser unas "instrucciones generales" de judíos y masones para conquistar el mundo, pero jamás en Estados Unidos. Aquí no tenemos lugar para esas cosas.

—Debería ser así, por tratarse de una sociedad más de cara a la modernidad, pero aquí también están muy bien enraizados los prejuicios raciales, señor Hanna, ¡y en qué forma! Y poco ayudará

la proliferación de fundamentalismos cristianos para evitar que la irracionalidad triunfe, tarde o temprano, en la política de aquí.

—Hombre, Bruno, usted habría sido un estupendo asesor para mí si me hubiese decidido a ser presidente, pero ya ve, tengo mis limitaciones —Hanna no dejaba de acariciar un grueso habano que extrajo desde hacía rato del bolsillo del saco y que no se decidía a encender.

—Sí, ambos tenemos limitaciones, quizá somos demasiado perezosos, aunque más bien me inclino a pensar que somos dos tipos distintos de nihilistas.

—¡Nihilista! ¡Ja, ja, ja! —el senador rio de buena gana—. Vaya, amigo, a mí me han acusado de toooodo lo imaginable en mi vida, pero jamás de nihilista, créamelo. A ver, Bruno, esto viene al caso, háble me de los nihilistas que, según tengo entendido, son aún más radicales que los anarquistas. Esos sí son militantes intransigentes de la violencia por la violencia misma, ¿no? Los asesinos del zar Alejandro, si no me equivoco, eran nihilistas. ¿Hay de esos en Estados Unidos?

* * *

—Pues bien, senador, en eso del nihilismo también hay muchas interpretaciones equívocas. Fue el ruso Turgenev quien puso de moda el término en su novela *Padres e hijos.* Ahí definía al nihilista como alguien que no acata ninguna autoridad y rechaza todo principio de fe, por muy respetable que sea. El nihilista es un escéptico irredimible que ve con ironía el mundo que lo rodea, y algunos de ellos con desprecio —y di un leve golpe en la mesa para afianzar mi aserto.

—Rusia, ¿verdad? Le repito: a mi ese país me remite a osos y a las edades oscuras.

—Bueno, hay algo de eso. Allá el activismo es más violento y la monarquía zarista es completamente absolutista. Por eso prolifera el terrorismo. La mayor parte de la población es miserable e ignorante. La política es cosa de los intelectuales, y estos últimos suelen radicalizarse a consecuencia del clima opresivo. En los años sesenta

aparecieron dos escuelas contrapuestas: una la conformaron nihilistas, materialistas y ateos, y la otra los populistas. Sí senador, como los de acá, o más bien peores por ser allá fanáticos irredimibles, místicos que rechazan todo intelectualismo, cosmopolitismo, formación individual o cualquier cosa que impida lo que ellos llaman la "ida al pueblo".

—El *pueblo,* aquí hay quienes hacen de ese concepto una religión —yel senador, supuesto representante del pueblo, hizo una mueca de desprecio.

—Los populistas rusos son los "místicos del pueblo". Lo adoran de forma irracional. En cambio, los nihilistas ven en la ciencia la base de todo progreso y en el pueblo un elemento pasivo. También consideran que la plena soberanía individual es fundamental para una genuina emancipación social. No creen en absoluto en el mito del "pueblo bueno". Al pueblo se le educa, no se le adula y menos se le sacraliza, ésa es una de sus ideas centrales.

—¡Cuán cierto!

—Los nihilistas son hermanos gemelos de nosotros los anarcoindividualistas. Somos individuos libres en medio de una muchedumbre de esclavos: pero como sucede son los anarcoindividualistas, los nihilistas también tienen su rama violenta, personajes que creen en la destrucción y el terrorismo llevados al absurdo. Además de enaltecer a la ciencia y, a la vez, despreciar el romanticismo y el sentimentalismo, los nihilistas rechazan las obligaciones y los prejuicios sociales y familiares, la autoridad ejercida por el Estado y cualquier otra institución que atente contra el individuo. Y más que no creer en nada, como erróneamente muchos piensan, creen "en la Nada", o al menos así dijo Nietzsche. Yo estoy con Dimitri Pisarev, uno de los más brillantes pensadores nihilistas, cuando afirma que el "alfa y omega" de un genuino desarrollo social y una eventual liberación de la raza humana consiste en "multiplicar el número de personas pensantes". Todo eso, sin postular ningún programa social o gubernamental específico o militar en partido político alguno, nada que atente contra el progreso individual. Aquí

uno puede encontrar, también, la diferencia esencial con los anarquistas que creen en formas de colectivismo.

—¿Pero eso no es demasiado egoísmo? Pasan del culto al colectivo al culto al yo —Hanna se mostraba extrañamente interesado en esta conversación, además de que sus intervenciones eran muy pertinentes, cosa que me sorprendió de un político al que yo consideraba, si bien es cierto inteligente, también como inculto y vulgar.

—Es un egoísmo que procura, por sobre todas las cosas, una forma de autorrespeto, y no sólo la aspiración natural del hombre a buscar placer en la vida. No es, en absoluto, el egoísmo de los explotadores que genera pobreza.

—En todo caso, todo eso me suena demasiado utópico.

—La única utopía es la de tratar de suprimir el tiempo, senador —no sé por qué expuse eso.

—Bueno, aunque no alcanzo a ver qué tengo yo de "nihilista".

—Usted sólo cree en sí mismo, y nada más. No cree en la sociedad, no cree en las instituciones, no cree en las ideologías, no creen en la gente. Sólo *yo*. Aunque el genuino nihilista procura no explotar al prójimo, y ahí es donde, creo, usted me falla.

—¿Válgame con la cantaleta de explotador! No, Bruno, yo creo en Estados Unidos, y en todo caso, a mí me interesan los terroristas. ¿Tenemos de esos aquí en América? —y tras un nuevo ataque de tos (tuvo varios durante la conversación) me exigió—: ¡Consígame uno!

* * *

—Bueno, Bruno, de verdad ha sido un placer; debo irme —tras despedirse, el político más desprestigiado de Estados Unidos se levantó pesadamente—. Ya sabe, lo dejo en las buenas manos de Joe. Hágale un par de visitas a Emma *la Roja,* dese una vuelta por Boston y Chicago, trate de meter las narices en los círculos de aquí en Nueva York y rompa todo vínculo con los anarcos de Paterson. Amigo mío, le deseo suerte —y antes de cruzar el umbral de la puerta me preguntó:

—Oiga, el otro día el embajador italiano, buen amigo mío, me comentó que Francesco Crispi, el primer ministro que tanto reprimió a los anarquistas, está muy enfermo. ¿Lo sabía?

—No, no sabía.

—Bueno, sólo quería informarle. Por cierto, el embajador está enterado de su presencia aquí. Y, créame, no le tiene la aversión que le profesa a usted el tal Della Giovanna, o como se llame el presbítero aquel. Hasta se diría que se muestra preocupado por usted.

Por supuesto, el comentario tan aparentemente fuera de lugar de Hanna me desconcertó. Acompañé al senador a la calle, donde lo esperaban dos guardaespaldas mal encarados, además del amable Joe.

—¿Sabe, Bruno?, estos caballeros me protegen. Nunca me ha gustado tener guardaespaldas, pero, como le digo, las cosas se me han puesto difíciles, y no me vaya a topar con alguno de esos anarquistas o nihilistas violentos y promotores de la propaganda por la vía de los hechos o, peor aún, algún matón enviado por alguno de mis múltiples enemigos. ¡Ahora no puedo confiar ni en el mismísimo William McKinley!

Después, con una sonrisa sardónica, me dijo:

—Para nihilista yo, ¿o me equivoco? ¿Sabe?, de cierta extraña manera eso me gusta.

Sonreí al senador y regresé a mi cuarto en la pensión, más paranoico que nunca. No me gustaba la presencia en América de Della Giovanna, no me agradaba el supuesto interés del embajador italiano en mi persona y tampoco me gustaban esos guardaespaldas. ¿Qué tal si en algún momento al inescrupuloso Hanna le convenía deshacerse de mí? Me quedaba claro que debía retornar a Europa lo más pronto posible, a Londres, lo más seguro, pero, mientras tanto, tendría que continuar con esta farsa por un tiempo más. Esa noche tuve pesadillas con gorilas que me perseguían mandados por Mark Hanna y terminaban, por alguna insólita razón, matando al presidente McKinley.

CHICAGO, ILLINOIS

Junio de 1901

Poco más de dos meses antes del asesinato del presidente William McKinley, la anarquista ruso-estadounidense Emma Goldman y Bruno Arpinati sostuvieron, en una cervecería de Chicago, un breve diálogo respecto al anarquismo individualista:

—Dios está muerto, pero hay todavía espectros más persistentes con los que incluso algunos de sus asesinos procuran atormentarnos. Por ejemplo, los hegelianos de izquierda y sus herederos, como Marx y Engels, después de matar a Dios lo pretendieron sustituir con nuevos fantasmas: "humanidad", "humanismo", "Estado sin clases", "justicia". Con ellos intentan cautivar al *yo* en una red de conceptos con fuerza normativa y con los que quieren interpretar la existencia. Pero la existencia carece, por esencia, de nombres y conceptos. Y aquí está la gran objeción que yo les hago a ellos. Yo creo que la existencia precede a la esencia. Mi lucha no persigue ninguna Arcadia de fraternidad, yo sólo quiero que el individuo vuelva a su existencia sin nombre y liberarlo de sus prisiones esencialistas. De las religiosas, desde luego, pero también del dominio de los otros fantasmas esencialistas: de la supuesta "lógica" de la historia, de las leyes de la sociedad, las ideas de humanismo y progreso, del liberalismo y del socialismo, de todas esas nociones que no tienen ninguna realidad. Ahora bien, si nos sentimos poseídos por tales universalidades, éstas engendran en nosotros realidades perniciosas —Arpinati apuró una cerveza al terminar de externar

esas palabras. Era la segunda vez que mantenía una conversación con la célebre Emma Goldman.

—Pero, Bruno, tú no puedes negar el sentido real de lo humano —objetó Emma con afabilidad.

—La humanidad no existe. Sólo existen individuos innumerables. Y cada particular es inaprehensible a través de conceptos similares al de *humanidad.* ¿Qué significa, por ejemplo, la "igualdad" del género humano? ¿Que todos debemos morir? Pero nunca experimentamos el universal tener que morir, sino solamente el propio. Yo nunca experimentaré cómo el otro experimenta su tener que morir, por más que él sea mi prójimo. Yo no salgo de mí. Experimento solamente algo sobre la experiencia del otro, pero no la experiencia misma del otro. *Fraternidad* también es un concepto universal relacionado con la *humanidad*. ¿Hasta dónde puedo extender realmente ese sentimiento tan lejos que abarque la Tierra entera y el género humano? El *yo* se ha volatilizado en esta forma de hablar. *Libertad* es otro prominente concepto universal que ha ocupado el fantasmagórico lugar de Dios —Arpinati coronó su último aserto con una gran sonrisa de hombre satisfecho.

—No sé, Bruno, ese alarde que haces de un anarquismo de desnudo egoísmo no llevaría a ningún buen término a nadie —reflexionó Emma.

—Es todo lo contrario, Emma —dijo Bruno para volver al ataque—. Los que no conducirán a ningún buen término a nadie son aquellos pensadores que construyen una máquina de la sociedad y de la historia que al final de su azaroso devenir ha de llevar a cabo la "libertad", como si ésta fuera un producto, pero hasta que el advenimiento de tal cosa surja seguiremos siendo esclavos como trabajadores del partido de esta máquina de "liberación". Así, la voluntad de libertad se transforma en la disposición a servir a una lógica. ¿Te has preguntado qué consecuencias tan destructivas puede tener la fe en la lógica histórica? Y eso, Emma, es bueno tanto para Marx como para Proudhon y Bakunin.

A levantar ambos brazos en actitud triunfal, sentenció:

—Hay que disolver los pensamientos a través del pensamiento, pero éste no ha de tergiversarse. El anarquismo individualista que profeso no pretende la falta de pensamientos, sino la libertad para el pensamiento creador, lo cual implica no inclinarnos ante el poder de lo pensado; es decir, de la "idea". Debemos seguir siendo engendradores de pensamientos. Pensar es una creación, el pensamiento es una criatura, y libertad de pensamiento significa que el creador está por encima de su criatura; el pensamiento es potencia y, por eso, es más que lo pensado; el pensamiento vivo no puede entregarse a la prisión del pensamiento. Como seres que existimos, somos superiores a los pensamientos mismos.

Arpinati se llevó ambas manos a la frente y echó la cabeza para atrás. Emma guardaba silencio. Finalmente, Bruno la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Sabes cuáles son las últimas consecuencias de lo que te estoy diciendo? —sin dejar ni un segundo para que Emma respondiera arremetió—: Debemos arribar al fondo del genuino anarquismo. Antes teníamos a un inescrutable Dios creador frente a una razón que quería encerrarlo en sus redes conceptuales. Pero Dios era aquel abismo que se ha creado a sí mismo y ha creado el mundo de la nada, y cuya libertad está sobre toda lógica, incluso sobre la verdad. Ahora que hemos matado a Dios debemos esquivar la trampa que nos tienden las maquinarias del pensamiento y entender, antes que nada, que el individuo (inefable) es una libertad fundada en sí misma y en nada más. Del mismo modo que antaño lo fuera Dios.

Tras una pausa, extendió las manos hacia Emma y señaló:

—Quiero que el anarquismo sea rebelde a hasta las últimas consecuencias, sin concesiones de ninguna especie a falacias metafísicas. Quiero un pensamiento que signifique un grandioso golpe liberador del *yo*, un golpe que incluso sea lúdico y burlesco.

CLEVELAND, OHIO

5 de mayo de 1901

La tarde del 5 de mayo de 1901, Emma Goldman dio una conferencia en el Memorial Hall de Cleveland. Poderosa en el uso de la palabra, se distinguía siempre en el empleo del sarcasmo. Convincente y arrebatadora, se burló de los capitalistas voraces, de los republicanos, de los demócratas, de la policía y de las religiones. Era una magnífica autodidacta que fue capaz de desarrollar su propia interpretación de la anarquía. Fue lectora voraz y de fino intelecto, a pesar de su limitada educación formal. La búsqueda de la libertad personal, en todas sus formas, se convertiría en su pasión y presidiría su visión del anarquismo, doctrina a la que reivindicaba como la única forma genuina de liberación. Con su vigorosa voz insinuando un leve acento ruso, sentenció:

> No estamos a favor de la idea socialista de convertir a hombres y mujeres en meras máquinas productoras bajo los ojos de un gobierno paternalista y autoritario... Estamos justo en el extremo opuesto. Exigimos la libertad más plena y completa para que todas y cada una de las personas de este mundo trabajen para su propio provecho en cualquier actividad que les plazca, siempre y cuando no interfieran con la felicidad de los demás.

Y también insistió en un tema que desde hacía unos años le interesaba mucho: "¡Basta de considerar a la anarquía como irremediablemente violenta! Nada puede ser más falaz. Estamos por la educación de la gente y por la vía de la razón como las formas idóneas para su emancipación y para obtener el poder sin derramar san-

gre". Pero a continuación reconoció comprender que ciertos anarquistas llevaran a cabo ataques violentos: "Algunos hombres están tan consumidos por la pasión que no pueden, simplemente, quedarse con los brazos cruzados ante los abusos de los poderosos".

Entre el auditorio se encontraba León Czolgosz, quien quedó impactado con la personalidad y la elocuencia de Goldman. Estaba interesado en la revolución social y le atraía la idea de la propaganda por la vía de los hechos. Era un hijo de emigrantes polacos, el cuarto de una familia de ocho hermanos. Su madre, muerta tras parir a su último vástago, era lavandera, y su padre, pocero. En 1891 la familia se trasladó a Cleveland, donde León consiguió un empleo en una fábrica acerera por diez dólares mensuales. En 1893 se produjo una huelga. León había sido uno de sus instigadores. Fue despedido y su nombre anotado en una "lista negra" que le impediría conseguir un puesto en cualquiera otra empresa en Ohio o Pennsylvania, por eso adoptó el alias de Fred Nieman, sí, Nieman, el "No hombre", si atendemos a la traducción al alemán. Era un individuo extraño. Perteneció a varios círculos de orientación socialista, pero participaba poco en las discusiones. Su carácter huraño y seco le impedía tener amigos. No es que fuera tonto, de hecho tenía una estupenda memoria, pero daba la impresión que, de repente, era víctima de delirios mentales. Cuando escuchó a Emma llevaba años deslizándose en una decadencia personal y psicológica que parecía no tener fin. Era una espiral descendente de la que con seguridad tenía conciencia clara. Poseía una sólida ética de trabajo y era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, no sabía cómo salir de su laberinto. Encontró en los comentarios de Goldman una inspiración y un método de escape. "Fue como si un mazo me golpeara en la cabeza", confesaría más tarde. Esa noche determinó convertirse en anarquista.

Durante una pausa de la conferencia se acercó a Emma Goldman y se presentó ante ella como Fred Nieman. Le pidió recomendaciones de lecturas anarquistas.

—Uy, es mucho lo que usted puede leer —le contestó la conferenciante—, pero, mire, esta revista es realmente muy buena, vea usted —y le extendió un ejemplar de *Free Society*, creación de Abraham Isaak y su esposa, Mary, un par de menonitas pacifistas que habían huido de Rusia en 1889 e intentado crear una sociedad libertaria en Oregón, pero fueron expulsados por las autoridades de ese estado, por lo que emigraron a Chicago y fundaron su periódico con la colaboración de otros anarquistas.

Esa noche, León leyó con interés los artículos de *Free Society.* En uno de ellos, firmado por Emil Schilling, anarquista alemán de Cleveland, decía:

> El señor McKinley es más monarca absoluto que el rey Eduardo VII de Inglaterra. Se ha convertido en la cabeza visible de una autoproclamada "corte real de capitalistas" cuyo objetivo es el más obsceno enriquecimiento de sus miembros, y Mark Hanna es su "cardenal Richelieu". Ahora, McKinley procura para sus socios un gran imperio colonial. Sus ambiciosos planes incluyeron la guerra contra España de 1898 y la arbitraria adquisición de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Guam. Ahora, tropas norteamericanas están presentes en la represión de la patriótica rebelión bóxer en China, mientras en Filipinas continúan con una cruel guerra de exterminio que ha cobrado la vida a un número no determinado de nativos y a por lo menos tres mil quinientos estadounidenses, todos buenos hijos de trabajadores, sacrificados cruelmente a nombre de las codicias de unos cuantos.

* * *

En su autobiografía, Emma Goldman describió los dos encuentros que sostuvo con León. En el primero aseveró:

> Se acercó para preguntarme sugerencias de lecturas… Era muy joven, de mediana estatura, bien formado y muy erguido. Pero fue su cara lo que me llamó más la atención. Era un rostro hermoso y sensual, con un delicado tono rosáceo, grandes ojos azules y coronado por su pelo rubio y rizado… Regresé a la plataforma para seguir con la segunda parte de la charla, pero ya

> no volví a ver a ese joven esa noche. Eso sí, su rostro se mantuvo en mi memoria.

Sobre el segundo relató:

> En Chicago, al terminar una estancia de un mes en casa de los Isaak, mientras empacaba mis cosas, alguien tocó el timbre. María Isaak vino a decirme que un joven, quien se identificó como Nieman, quería verme con urgencia. Yo no recordaba en ese momento conocer a nadie con ese nombre y, además, tenía prisa de llegar a la estación. Con impaciencia le pedí a María que informara a la persona que no tenía tiempo en ese momento, pero que podía hablar conmigo en mi camino a la estación. Al salir de la casa, reconocí en el visitante al guapo muchacho de Cleveland. Tuvimos un breve intercambio de palabras en las que me informó de su hartazgo con los círculos socialistas porque "son aburridos y carecen de visión y entusiasmo", y que se había convertido en anarquista. Le pedí a Abe Isaak que cuidara de él.

Y al despedirse de León, Emma lo animó diciéndole: "Así empezó Espartaco".

* * *

Un par de semanas después de la conferencia en Cleveland, León fue a buscar a Emil Schilling a su casa, una modesta vivienda en las afueras de la ciudad. Ya era muy noche. Tras tocar la campana de la entrada, Schilling preguntó:

—¿Quién es? —tenía una voz tan feble que parecía lloriquear mientras hablaba, como si fuera alérgico a las palabras. De mediana edad, con ojos pequeños, poseía una figura inquietante. Las personas que lo conocieron notaban una tendencia suya a fijar una mirada impertinentemente inquisitiva durante varios momentos sobre su interlocutor, y si algo no le parecía su expresión podría adoptar una traza terrible, casi maligna.

—¡Hola!, ¿es usted el señor Schilling?

Emil entreabrió la puerta y lanzó sobre y alrededor de León una mirada escrutadora.

—¿Quién eres?

—Un amigo. Un admirador de Emma. La vi hace poco. Pero, claro, entiendo, tiene que ser cuidadoso con quien toca esta puerta. Podría tratarse de algún espía de los capitalistas. No tema, ¡soy anarquista!

—¿Cómo dijiste que te llamas?

—No lo he hecho todavía, pero mi nombre es Fred Nieman y quiero hablar con usted porque necesito aprender más sobre el anarquismo.

—Bien, Fred, mira, ahora estoy por dormirme, pero mañana, precisamente, tenemos nuestra junta semanal de estudios de los jueves. Ven a las ocho y estoy seguro de que te será de provecho.

Al día siguiente, León regresó y Emil lo invitó a pasar. En la sala había siete personas más, hacía mucho calor y el lugar se hallaba inundado de humo de cigarrillos. Estaban por comenzar la sesión. León observó y pensó: "Éstos no son socialistas, son anarquistas, quieren desmantelar el mundo y de las ruinas crear una utopía, una sociedad totalmente libre". Recordó las palabras de Emma: "No tenemos la intención de remplazar la tiranía de los propietarios con la dictadura del proletariado". Se mantuvo muy silencioso todo el tiempo, y ya casi para finalizar, se animó a comentar con vehemencia:

—Todo lo que afirman ustedes está muy bien, pero es teoría; lo que necesitamos es acción —los otros lo miraban, extrañados, y a partir de ahí empezó a desvariar—. Somos la utopía, yo necesito decírselo a Emma, Carlos está mal.

—¿Cuál Carlos? —le preguntó Emil.

—Marx.

—Oh, ya veo.

—Me gusta más lo de Pierre-Joseph.

—¿Quién? Proudhon, supongo.

—Sí, ¡claro!... Miren, está bien leer, estudiar, tener estos conciliábulos. Pero debemos pasar a poner manos a la obra. La gran insurrección debe empezar a planearse. Prometo venir cada jueves,

pero ustedes prométanme a mí que van a pensar sobre la acción. Más bien, no tanto pensar, sino más bien, ¡acción!

Emil lo observaba con una de sus miradas matadoras.

—Mira, Fred, te voy a regalar material de lectura. Todos los jueves a las ocho tenemos estas reuniones de intercambio ideológico. Nos da mucho gusto que hayas decidido integrarte, pero promete que vas a ponerte al corriente en el pensamiento anarquista.

Le obsequió a León algunos libros de los grandes pensadores anarquistas, varios números de *Free Society* y panfletos con artículos de Goldman, Kropotkin, Albert Parsons, Proudhon y Bakunin, además de una obra con el título *Los mártires de Chicago.*

—Se lo agradezco mucho, Emil, los leeré... Pero es teoría.

* * *

Varias semanas después, León regresó a la casa de Emil Schilling, pero no a la junta de los jueves. Llegó de improviso un martes por la mañana. Iba vestido con traje y corbata. Parecía algo agitado y sus palabras eran igual de desarticuladas.

—¿Qué pasó, Fred, ¿dónde has estado? No has venido a nuestras juntas de los jueves. ¿Por qué?

—Mucho trabajo, Emil.

—¿Dónde trabajas?

—Ahora en una fábrica de chocolates —León rio mientras repetía—: Estoy haciendo chocolates.

—Ah, bien, dulce profesión, supongo; y los libros que te di, ¿los leíste?, ¿qué te parecieron? A ver, ¿de verdad entiendes la distinción entre anarquista y socialista?

—¡Por supuesto que la entiendo! —responde León mientras ríe de nuevo—. Los socialistas son una nueva forma de dictadura. Carlos y Federico son unos tiranos. Eso ha dicho Emma. Pero las bombas, el puñal, la dinamita, Emil, ¡han estallado en París, en Barcelona! ¡Es hora de incendiar América! ¡Boom! —y soltó una carcajada.

—No has leído nada, Fred, no mientas —señala Schilling, sentencioso. León se pone serio.

—Lo leí. Todo es teoría.

—No te entiendo, Nieman. En realidad no tienes curiosidad de lo que se trata, de verdad, el anarquismo.

—¡Desde luego que sí, amigo! Mucho más de lo que crees. Pero a mí me gusta la acción. Yo admiro y leo a los pensadores anarquistas, pero me identifico con gente como Angiolillo y Bresci. Ellos hacen, no sólo hablan. Son libertadores, ponen el ejemplo. Y es por eso que he venido, Emil, quiero que me hablen de la cábala de Paterson, quiero que me incluyan en el gran complot para eliminar a los líderes del mundo capitalista, uno por uno. Sé que hay sociedades secretas. Sé que ustedes, junto con Emma, son parte de una de ellas. Bueno, pues aquí estoy, listo para cualquier sacrificio.

Tras una pausa, Schilling aseguró:

—No sabes de lo que estás hablando. ¿Sociedades secretas? ¡Ésas son falacias de la prensa capitalista!

—No tienes que decir nada, no me digas nada, entiendo —dice León, y esboza una sonrisa sarcástica; por un momento su mirada divaga, se pierda en lontananza, hace una mueca—. Pero lo sé, y repito: estoy listo.

Transcurre todo el verano, y un día de agosto León reaparece, esta vez portando traje y corbata negros, y camisa blanca.

—¿Vienes de la iglesia? —le pregunta Emil—. Tal vez ahí es donde has estado todo este tiempo. ¡Caramba, amigo!, de haber venido más a nuestras juntas y leído menos las falacias de los periódicos amarillistas hubieses sacado mucho más provecho.

—No, Emil, no vengo de la iglesia, pero si hubiese ido ahí no sería para adorar, sino para matar. Los sacerdotes no merecen vivir.

Emil mira de cerca a León. Intenta dimensionarlo. Nota en él un nuevo cambio de humor. Ahora es más lúgubre. Eso sí, las incoherencias siguen igual.

—Cuando mataron a mi madre, también pude hundirle al sacerdote un puñal.

—¿Cómo fue eso?

—A mi madre la mató un mal médico tras su último parto. Un sacerdote le dio la extremaunción. Los podría matar a todos —León tiene, otra vez, la mirada perdida—. Una vez mi hermano Waldek

y yo recibimos una Biblia polaca por correo. Fue entonces que descubrimos las mentiras de los sacerdotes. Jesús era para el obrero, no para los jefes.

—Bueno, sí, de acuerdo.

—Pero ya no más teoría. Ya leí a todos. ¡Estoy listo, Emil, ya se lo dije! Mire, he estado activo últimamente, he visitado algunos círculos, me he entrevistado con gente... y me he informado de la conspiración en Europa que ya llegó a América —expresó esto último con voz baja.

—Fred, te repito que eso de la conspiración es una patraña.

—No, Emil, es inútil que me siga mintiendo. Le comento que ya me he informado. Incluso me han buscado. Así que le reitero mi petición: inclúyanme en el círculo. Deme unas cartas de presentación para los círculos de Paterson. ¡Explíquenle a Errico quién soy! ¡Díganme cómo encontrar a Bruno!

—Fred, cálmate, estás alucinando. Nada de eso es verdad y decir tantas insensateces te puede meter en problemas. Ya te he dicho que primero te enteres de quiénes, en verdad, somos los anarquistas. Nosotros no matamos.

—¡Patrañas! ¿Qué hicieron Caserio, Angiolillo, Lucheni y Bresci entonces? Y aquí en Estados Unidos, ¿qué quiso hacer el camarada Berkman, ni más ni menos que la pareja sentimental de Emma? ¡Matar al sucio capitalista Frick! ¡Y ahora me dices que no matan!

—Esos fueron errores, Fred, y así lo hemos reconocido. Parece que no escuchas bien las conferencias de Emma.

—Las escuché bien, y entiendo que en todas ellas hay claves. Dichos entrelíneas para los entendidos.

—¡Vaya sandez que estás diciendo!

—Y así voy a llegar al punto. Estoy aquí por una razón. Los libros no tienen sentido. Debo ir con Emma. Ella me comprenderá si me dejan hablar con ella. Quiero ver de nuevo a Emma, por favor. Debe usted darme cartas de presentación.

* * *

Un par de semanas más tarde, Emil Schilling lee una carta que acaba de recibir de Abe Isaak, en la que le habla de un joven raro que conoció tras el último discurso de Emma en Chicago:

> Decía llamarse Fred Nieman. Sí, Nieman, el "No hombre", según nos recalcó. Abordó a Emma en su camino a la estación del tren. Quería seguirla. Emma me encargó atenderlo. Lo invité a cenar. Estaba bien vestido, pero se notaba muy hambriento. Hay en él algo muy extraño, inquietante. Parece no estar muy acostumbrado a la compañía humana y su discurso es inconexo. Está obsesionado con las sociedades secretas y los complots. Quería saber si los anarquistas teníamos algún plan, alguna cábala secreta. Me mostró un recorte de periódico informando del asesinato del rey Humberto por Bresci ("Gaetano", insistía en decirle él, como si fuera un viejo conocido suyo) y afirmaba estar al tanto de las actividades del grupo Paterson. Quería saber quién era el próximo líder en la lista a ser ajusticiado. Tuve que asegurarle que todo eran mentiras de la propaganda capitalista y nada más, pero él porfiaba. Muy sospechoso. No me sorprendería saber que es soplón o un agente provocador. Debemos tener cuidado.

Ese mismo día por la tarde, Nieman apareció, de nuevo, en la casa de Schilling. Emil lo observó como quien mira a un animal salvaje.

—Te sigues ausentando de nuestras reuniones de los jueves.

—Trabajando.

—¿Dónde? ¿Sigues en el negocio de los chocolates?

—No, ahora estoy en Columbus.

—¿De nuevo en una acerera?

La cara de León estalla con una amplia sonrisa.

—No, mira, la verdad tengo un proyecto. Es algo grande. Una tarea libertaria. Y te digo, tú no quisiste decirme nada, y tampoco Abe ahora que lo fui a ver a Chicago, pero ni falta hizo. Me buscaron. Sin camarón y sin talega, les dije. Ya sé lo del morado. ¡Tiburón!

—¿Quién? ¿De qué hablas? ¿Cuál morado? ¿Y qué tiburón? ¿Has bebido?

León lanzó una mirada pícara.

—¡Ah, verdad! Pues no, ya te enterarás —y agachó la cabeza para reprimir la risa.

—¿Cuál Abe?, ¿Abe Isaak? ¿Lo fuiste a ver?

León no puede dejar de reír.

—¡Chocolates! Estoy dentro, amigo, y no son chocolates, ni teoría, ni tediosas juntas los jueves. ¡El tiburón! ¡León, el tiburón y el salmón!

—¿Y por qué estás aquí entonces?

—Vengo a despedirme. No puedo permanecer aquí.

—¿A dónde vas?

—Uy, amigo, no sé, tal vez Detroit... o Paterson... ¡eh!, qué tal... o quizá Buffalo, San Francisco, Nueva York... No estoy seguro.

Emil nota la típica mirada del iluminado en Nieman. Parece estar determinado a algo, a una "misión". Por eso Schilling decide publicar un anuncio en el siguiente número de *Free Society,* que aparece el 1 de septiembre, donde advierte de un posible espía de la policía, un chivato bien vestido, de estatura media, de hombros estrechos y unos veinticinco años de edad que deambulaba entre Chicago y Cleveland. "Su comportamiento es el habitual en los agentes provocadores: finge estar muy interesado en la causa, pide nombres y solicita ayuda para perpetrar actos violentos. Todos los camaradas deben estar alertas y actuar en consecuencia".

Emma Goldman enfureció al leer en la revista tal acusación. La llamó "especulaciones inconsistentes". Exigió pruebas más convincentes, pero no contaban con ellas. Los únicos argumentos que expusieron para justificar la nota era que Nieman hablaba de manera recurrente sobre sociedades secretas y actos de violencia. Pero Emma no se convenció y debido a sus airadas protestas los redactores del *Free Society* decidieron incluir una retractación en su siguiente número.

* * *

Y así desapareció León Czolgosz para siempre de Cleveland. Jamás volvió a leer la revista de sus amigos anarquistas, por lo que se perdió un interesante artículo de Emil Schilling:

¿Debemos eliminar a McKinley como castigo a todas sus fechorías? *Free Society* se opone terminantemente, aunque por razones puramente pragmáticas. En Europa, varios jefes de Estado han sido ajusticiados por transgresiones menos atroces que las perpetradas por este individuo en América, Filipinas o Cuba... Pero en este país los anarquistas, todavía, podemos divulgar propaganda pacífica. Por eso McKinley, odiado y despreciado como es, no necesita temer de nosotros. Ningún anarquista quiere asesinar a McKinley porque nos es más útil justo donde está, como una prueba objetiva de los peores resultados del llamado "gobierno representativo". Cualquier tonto que asesinase a este miserable Napoleón de pacotilla se convertiría en el enemigo más mortífero del anarquismo.

NÁPOLES, ITALIA

11 de agosto de 1901

Los últimos años en la vida de Francesco Crispi fueron un calvario. Primero debió encajar el golpe de la negativa del gobierno que lo sucedió a continuar la guerra en Abisinia. Según él, a final de cuentas sólo se había perdido una batalla y el ejército italiano estaba en perfectas condiciones para lograr la victoria final. Tenía treinta mil soldados en Eritrea y esperaba la llegada de diez mil elementos adicionales. Pero la clase política italiana no quería saber más del asunto y se apresuró a negociar la paz con el rey Menelik. Para Crispi está capitulación significaba el derrumbamiento del objetivo central que se había fijado como estadista: convertir a Italia en una potencia. "El problema de Italia es la falta de unidad, voluntad y patriotismo", escribiría en su diario. Le mandó al rey Humberto amargas notas de reproche. "¡Usted deberá responder ante la historia!", le decía en una de ellas, y en otra le advertía: "Si abandonamos África pronto el Mediterráneo estará cerrado para nosotros". En privado se lamentaba, más que nunca, de este rey de pacotilla, de su corte de eunucos, de toda esa caterva de políticos logreros y cobardes en cuyas ineptas manos estaría ahora el destino de la patria. Adua evidenció ante el mundo una verdad que aparecía con meridiana claridad: Italia carecía de los fundamentos morales para llevar a cabo una empresa militar de envergadura, y eso la condenaría para siempre al segundo plano.

Francesco Crispi no fue el único indignado con el fracaso en Etiopía. Los movimientos nacionalistas empezaron a radicalizar-

se. Hablaban de una sociedad corrompida por la frivolidad y el materialismo. Creían que la "virilidad" y el carácter de un país se demostraban justo tras una derrota en el campo de batalla. "No hay precio demasiado oneroso a pagar cuando lo que está en juego es el honor de la bandera", clamaban en el Parlamento los diputados del ala crispinista. Para ellos, Adua representaba el fracaso de la nación de generar el espíritu de patriotismo indispensable para el florecimiento de un Estado moderno, sobre todo si pretendía competir con imperios como Francia o el Reino Unido. Las ideas de estos círculos radicales serían incorporadas en los años por venir al "corpus doctrinal" del fascismo, cosas como imponer a la nación por encima de los individuos, exacerbar el orgullo de tener un "pasado glorioso", promover el culto al héroe, concebir la vida y la política como una constante lucha entre hombres y naciones, despreciar al parlamentarismo y a todas las instituciones de la democracia liberal y, destacadamente, profesar una "vocación aristocrática" significada por la aspiración de que Italia sea gobernada "por los mejores", los cuales jamás emergerán como producto de una votación popular. En resumen, de las contradicciones del nacionalismo irredentista que fue incapaz de brindar una identidad poderosa se empezó a forjar, tras la humillación en Etiopía, la ideología que nutrió a Benito Mussolini.

* * *

Francesco Crispi no sólo debió enfrentar la triste realidad de Italia como una medianía de país. Sus muchos enemigos lo persiguieron. Durante los meses inmediatos a su caída se le vino encima una gran campaña de envilecimiento, toda una avalancha propiciada por los radicales, la *estrema,* los curas, los políticos regionalistas y buena parte de la Casa Saboya. Se le acusó de incompetencias y omisiones en la preparación y ejecución de la invasión a Etiopía. Se le señaló como el culpable de lanzar al general Baratieri a un ataque suicida. Se le reprochó por, supuestamente, haber tergiversado hechos y falseado información. Más ignominiosas fueron las imputaciones en su contra de haber perpetrado y tolerado actos de

corrupción durante sus administraciones. Se constituyó una comisión parlamentaria para investigarlo, la cual llegó a la conclusión de que si bien no se habían cometido crímenes graves, sí se incurrió en algunos abusos y por eso la Cámara aprobó una "censura política" contra el ex primer ministro. Asimismo, la mayor parte de la prensa lo criticaba de forma feroz, los sacerdotes se ensañaban con él más que nunca y sus malquerientes dentro de la corte se solazaban al ser testigos de sus desgracias, en especial el príncipe heredero Víctor Manuel, quien lo detestaba quizá más que nadie.

Crispi respondió con vigor a toda esa campaña. Renunció a su escaño parlamentario (representaba a un distrito de Palermo) y forzó a la realización de una elección especial, en la cual salió reelecto con una mayoría incrementada. "¡Amo Italia y moriré con su sagrado nombre pronunciado por mi boca!", exclamó emocionado durante un discurso de campaña. Además, no todos le dieron la espalda. Muchos amigos y admiradores se mantuvieron fieles. Giuseppe Verdi, por ejemplo, dijo de él que si bien se le podía criticar, jamás debería insultársele, y que era un "hombre maravilloso" que mucho había hecho por Italia. Y Bismarck, su figura paradigmática, le profesó siempre una sólida amistad. Ambos ex gobernantes mantuvieron comunicación periódica hasta el momento del fallecimiento del Canciller de Hierro, acaecido en julio de 1898. Crispi le mandaba a su amigo cada año un par de cajas de vino siciliano, y él le correspondía con halagos: "Usted es el más amable de mis ex colegas y con el que más disfruté tratar en persona", le decía en sus cartas. Por cierto, alguna vez le advirtió: "No pierda el tiempo en Etiopía, son muchos los riesgos para un lugar que no vale la pena".

También algunos de sus ex ministros elogiaban sus múltiples logros, su inusitada actividad legislativa y gubernamental, sus profundas reformas legales y administrativas. El poeta y escritor Giosuè Carducci recordaba en una apología: "Los sistemas penal y penitenciario mejoraron gracias a Crispi... Se suprimieron los diezmos eclesiásticos, se abolió la obligatoriedad de la enseñanza religiosa en las escuelas elementales y se renovaron orfanatos, hospitales y asilos municipales". Pero ni los más devotos eran capaces

de defender de manera convincente su récord internacional, y no sólo por el fiasco etíope, sino por la absurda guerra aduanera que declaró contra Francia, principal mercado de las exportaciones italianas, la cual, si bien favoreció algo al sector siderúrgico, provocó una espectacular caída de las inversiones extranjeras y una fuerte contracción del comercio exterior. El proteccionismo dio lugar a al encarecimiento del coste de la vida, en especial del pan y del azúcar, y a una grave crisis social reflejada en el aumento de la emigración italiana a América y en el estallido de protestas sociales y desórdenes públicos. Se verificaron de sur a norte del país ocupaciones de tierras comunales, quema de cosechas y manifestaciones contra la carestía y los impuestos.

Crispi consideraba el descontento no como una consecuencia de sus contumaces y erráticas decisiones, sino obra de agitadores socialistas y, sobre todo, anarquistas. Ordenó iniciar una brutal represión, pero con ello sólo consiguió galvanizar la política italiana. Para cuando Crispi dimitió, tras el fiasco de Adua, estaban bien puestas las bases de la grave crisis política que vivió el reino durante los últimos años del siglo XIX. El malestar social provocó los gravísimos "hechos de mayo" de 1898 en Milán. Fue cuando se habló de la "posibilidad de un golpe de Estado". Por su lado, en la oposición soplaban con cada vez más vigor vientos republicanos. En junio de 1898, el rey nombró al inflexible general Pelloux como primer ministro con la idea de encabezar un gobierno "de mano dura" que tomara medidas extraordinarias, como elaborar una drástica ley de seguridad pública y un conjunto de reformas parlamentarias que, de haber prosperado, habrían supuesto la transformación de Italia en un régimen francamente autoritario. Pero la victoria de los liberales, republicanos y radicales en las elecciones de junio de 1900 lo impidió. Estos comicios pavimentaron el camino para una vigorosa restauración liberal de la mano de uno de los adversarios más enconados de Crispi: Giovanni Giolliti.

* * *

Cuando se enteró del asesinato del rey Humberto a manos de Gaetano Bresci, Crispi derramó lágrimas. Su relación con el monarca nunca había sido buena, pero un regicidio, a su ojos, era un acto inmundo. Eso sí, le comentó a Lina, su tercera esposa con la que vivía en Nápoles, que era mejor ser asesinado de golpe que martirizado lentamente hasta la muerte. También fue cierto que el deceso de Humberto suprimió de forma terminante cualquier esperanza suya de volver al poder. Durante esos convulsos tiempos, Crispi cultivaba la esperanza de ser llamado al gobierno como única opción factible para salvar a la monarquía constitucional, pese a que su salud se deterioraba con rapidez. También se estaba quedando ciego. Pero su mente se mantenía en forma. Desde su renuncia publicó decenas de artículos sobre los asuntos de Italia y de Europa en general. En estos textos expresaba su convicción de la inevitabilidad de una guerra entre las potencias europeas en la cual Italia debería participar dentro del marco de la Triple Alianza que él había forjado junto con Alemania y Austria-Hungría. La pregunta, consideraba, era no si iba a haber una conflagración, sino cuándo estallaría. Eso sí, sería una oportunidad para aplastar a Francia y para zanjar en términos amistosos viejas disputas territoriales con Austria. En otros escritos aparecía más optimista y hablaba acerca de la posible creación de unos Estados Unidos de Europa "como única forma de salvar al continente". Pero tras el magnicidio de Monza y la entronización de Víctor Manuel III era completamente inimaginable el retorno al gobierno de Crispi. El nuevo rey era, al momento de ser coronado, cercano a los liberales y partidario del parlamentarismo. Ya con los años modificaría esas inclinaciones, ¡Y en qué forma!

Por otro lado, la situación económica personal del ex primer ministro era cada vez más precaria. Estaba quebrado después de tantos años en el poder. Pensó en volver a ejercer su profesión de abogado, pero las campañas en su contra mucho perjudicaron su imagen. Los clientes potenciales ya lo consideraban como "poco efectivo" para resolver sus casos. "Ya nadie me teme, por eso nadie

me contrata", le confesó a Lina. Su tren de vida era muy demandante, y los recursos menguaban. No alcanzaba con lo que recibía como pago de sus artículos y escritos. Por eso debió ingeniárselas para paliar su situación financiera. Aún tenía la casa en Florencia donde había residido cuando esta ciudad fungió como capital de Italia. Una residencia no muy grande, pero bonita, con un hermoso jardín y bien ubicada cerca del centro. Decidió venderla, pero por alguna razón no lograba interesar a nadie.

Entonces se dispuso a buscar la ayuda de una vieja, acaudalada y discreta amiga.

* * *

El encuentro con Cecilia Arpinati tuvo verificativo en la casa de Crispi en Florencia en abril de 1901. Habían pasado muchos años desde su último encuentro. Recordaron los viejos tiempos con tierna añoranza, y tras eso no tardaron mucho en arribar a un acuerdo para que el sobrino de Cecilia, Marco Arpinati, adquiriera la propiedad a un precio más que razonable. Era el último servicio que esta magnífica y patriótica mujer haría al estadista. Tras la negociación comercial vinieron los lamentos. Mientras apuraban un clarete, Crispi comenzó a quejarse con su amiga.

—La política es una labor ingrata, Cecilia, ningún estadista termina bien su carrera, por muchos y muy buenos servicios que haya rendido a su patria. Ya ves lo que pasó con Bismarck, despedido de manera ignominios por el fatuo káiser Guillermo. Y así siempre la historia: Napoleón, Julio César, Pedro el Grande, casi quien tú me digas acabó en algún tipo de desgracia. ¡Y ahora, con Víctor Manuel III, este petizo petulante de metro y medio! Va a terminar la tarea iniciada por su incompetente padre de derruir a Italia. Sólo me consuela saber que no viviré lo suficiente para verlo.

—La historia te reivindicará, Francesco, no me cabe la menor duda —doña Cecilia conservaba su garbo señorial y belleza atemporal, pero se le veía pálida y algo débil.

—Todo el tiempo viví una quimera, quise construir una potencia con una sociedad fracturada, un Estado de muy limitados alcan-

ces, frente a la hostilidad de la corte y con divisiones constantes en el gabinete, el parlamento, el ejército y el cuerpo diplomático. No existe una idea común de Italia. Encima de todo, debí enfrentar la hostilidad del Vaticano, el surgimiento del socialismo, sin olvidar a los malditos anarquistas —tras externar esto, Crispi calló de súbito. Ingresaba, sin quererlo, a un terreno pantanoso.

Luego de un breve e incómodo silencio, Cecilia abordó el tema:

—Justo de eso quisiera hablarte, Francesco.

—Sí, Bruno, ¿verdad? —suspiró Francesco mientras acariciaba su portentoso y cano bigote.

—En efecto, tú sabes que hice lo posible por que el muchacho sentara cabeza y, de alguna manera, siguiera tus pasos. Como sabes, lo mandé a Alemania a estudiar derecho, pero es de naturaleza inquieta y rebelde. Le ordené irse a vivir a nuestra residencia en París para que no te diera problemas aquí, pero no tardó en meterse en dificultades, y peor, ahora vive en Estados Unidos en una situación, digamos, "enigmática".

—¡Ja, ja, ja! —rio Crispi de buena gana—. ¡Enigmática! Buena manera de definirlo. Sí, estoy informado de sus estúpidas aventuras. Jugar en París al intelectual anarquista es una cosa, pero ¡mira que irse a involucrar en los círculos anarquistas de Paterson!

—Sé que ha sido imprudente, Francesco, pero quisiera preguntarte qué tan peligroso sería para él su eventual regreso a Turín.

El gran estadista se levantó de su asiento y dio unos pasos hacia la ventana que daba al jardín antes de responder:

—Pues mira, Cecilia, después del asesinato del rey Humberto a manos de un criminal venido, precisamente, de Paterson, quizás a la policía italiana le encantaría interrogarlo, y no faltará quién quiera empezar a averiguar sobre su origen. De por sí hay rumores, como tú sabes. Yo estoy acabado y no temo un escándalo que me afecte políticamente, pero sólo por amargarme la vida no faltará algún enemigo que quiera meter sus narices en este asunto, inventar historias, ya sabes, y la más afectada podrías ser tú. Por otro lado, Bruno no tiene orden de aprehensión en Italia ni en ningún país europeo, y no es considerado peligroso más que por el obtuso

servicio diplomático del Vaticano, que lo juzga parte de una "gran conspiración". Pero creo que es prudente esperar un tiempo. Que termine de enfriarse el magnicidio. Además, el nuevo rey y su gobierno son proclives a tolerancia. Ya se firmó una amnistía. Lo más probable es que no se meterán con Bruno, pero será preferible esperar mi muerte. Yo ya no voy a durar mucho. Y muerto el perro se acaba la rabia, como dicen. Así evitaremos contratiempos. Supongo que no sabe que soy su padre, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no, Francesco!

—Bien, conserva el secreto hasta después de mi muerte; luego, si quieres, díselo.

De regreso en Nápoles, Crispi se desahogó con su esposa sobre Bruno.

—Anarquista, ¡vaya con el tal Bruno Apinati! ¡Hasta uno de mis hijos naturales resulta ser un anarquista! Pero, ¿acaso es que en todo italiano hay, en el fondo, un anarquista? El odio a todo tipo de gobierno domina el carácter de este pueblo tan díscolo e irredimible.

* * *

En la noche del 7 al 8 de julio de 1901, poco después de concretar la venta de su casa en Florencia, Francesco Crispi sufrió un severo ataque cardiaco. A partir de ese día su salud se deterioró de forma irreversible hasta que, finalmente, murió el de 11 de agosto.

Toda la prensa europea dio su veredicto sobre quien, sin duda alguna, había sido uno de los políticos europeos más importantes de la última mitad del siglo XIX. En el Reino Unido, *The Times* destacó sus logros como gobernante, y en Alemania la prensa conservadora lo describió como un "gigante entre pigmeos" al compararlo con el resto de los políticos italianos. Pero, en general, el juicio fue negativo, sobre todo en Francia, donde *Le Figaro,* por ejemplo, lo acusó de haber llevado a su país a la ruina con su absurdo proteccionismo. En Italia, comprensiblemente, la prensa católica se ensañó con él. "Su malas decisiones casi destruyen a Italia", sentenció *L'Osservatore Romano.* Pero el más lapidario fue, sin duda, el perió-

dico socialista *Avanti!,* que publicó un devastador editorial escrito por el ex anarquista Andrea Costa: "El hombre que falleció ayer llevaba años de residir en su tumba. Como italianos deberíamos estar avergonzados por la forma en que toleramos que este hombre estuviera manejando el timón del Estado por tanto tiempo, haciendo siempre lo que le venía en gana mientras la opinión pública se postraba ante él con completa idolatría".

INFORME DELLA GIOVANNA

La Perfide Albion

Monseñor:
Mucho celebro la instrucción que me prescribe usted de poner fin a mi estancia en América e integrarme al trabajo de reorganizar y reforzar los servicios de inteligencia del Vaticano que ha decretado, con gran pertinencia, nuestro nuevo guía y Vicario de Cristo, el papa Pío x. Sin embargo, no quiero ni puedo poner fin a mi misión americana sin expresar en estas líneas una humilde y emotiva remembranza a nuestro finado pastor, Su Santidad León xiii, convocado a la casa del Padre Eterno el 20 de julio pasado, quien supo guiar la barca de Pedro con ejemplar firmeza durante casi veintiséis años y hacerla cruzar con determinación inquebrantable por el umbral del siglo xx, una centuria que se presenta llena de adversidades y retos. No se equivocó el venerable cardenal Vincenzo Gioacchino Pecci cuando eligió el nombre de León al ser ungido para el sagrado solio de San Pedro, ya que como tal supo rugir, haciendo resonar la firme voz de la Iglesia en todo un mundo cada vez más caótico.

Hoy, a unas semanas de iniciar la nueva etapa bajo la que sé será la certera guía de Pío x, le confieso el inigualable entusiasmo y alegría que me da poder volver a la Santa Sede después de este lapso, demasiado largo, de vivir en las entrañas mismas del monstruo que nos devora. El modernismo tiene su principal asiento en el mundo anglosajón y (como lo sabe por habérselo expresado en informes y comunicaciones anteriores) mis personales conclusiones de mi

trabajo en América versan sobre la forma en la que paulatina pero poderosa y segura forma se va adueñando del planeta, aliado con el capital judío internacional.

Éste es el resumen final que redacto a petición suya y para conocimiento de las nuevas autoridades de la Secretaría de Estado vaticana. Así concluyo mi ingrata labor aquí en Washington, la cual consistió en recopilar e interpretar información durante cuatro muy agitados años sobre los conspiradores anarquistas de origen italiano en Paterson y otros lugares. De ello mantuvimos puntualmente informado a su señoría, así como de la escasa colaboración del servicio secreto y de las autoridades gubernamentales de este país, interesadas en entorpecer en la mayor medida posible el buen desarrollo de mi labor.

* * *

Los magnicidios del rey Humberto y del presidente McKinley son los acontecimientos ominosos que confirman, de manera inequívoca, la existencia de una conspiración mundial judeo-masónica-anarquista cuya tarea es provocar un caos generalizado en el mundo occidental, eliminar estadistas que se niegan a seguir incondicionalmente las instrucciones de las logias y, como último objetivo, provocar una gran guerra entre las potencias cristianas de la que sólo saldrán ganadores los intereses financieros anglosajones y sus aliados judíos.

Bien enterados estuvimos, y así lo informamos en su oportunidad, de las actividades de los círculos anarquistas italianos y su obsesión por eliminar al monarca Saboya. Si bien es cierto que nunca contamos con la buena voluntad del servicio secreto norteamericano, sí tuvimos fluida comunicación con el famoso y admirable detective Joe Petrosino, de origen italiano y buen católico, el hombre más relevante en la lucha contra el crimen organizado en Estados Unidos y quien ha investigado en los círculos anarcos tanto de Nueva York como de Nueva Jersey para descubrir cómplices e instigadores del atentado de Monza. Como nosotros, Petrosino concluyó que el regicidio fue resultado de una conspiración tramada por un

grupo de anarquistas de Paterson, los cuales recibieron en todo momento apoyo de la organización mafiosa La Mano Negra dedicada, entre otras actividades criminales, a extorsionar a la comunidad italiana y que, se dice, tiene vínculos con el magnate Rockefeller. También este policía nos informó que el magnicida Gaetano Bresci había sido designado entre sus cófrades como el responsable de cometer el asesinato mediante un infame sorteo.

Durante las investigaciones tras la muerte de Humberto se dio lugar a una tremenda confusión. Brotó una plétora de personas que atestiguaron haber sido informadas de antemano por numerosos y heterogéneos cómplices de Bresci, pero dichos testimonios resultaron ser falsos. Como lo comentó, con ironía, la publicación de los socialistas italianos *Avanti!:* "Los cómplices del regicidio son ahora más numerosos que los soldados de Jerjes". Mucho más interesantes y de base más sólida fueron las pistas seguidas por los servicios de seguridad italianos, las cuales apuntaban a que la conspiración fue auxiliada por la ex reina de las Dos Sicilias, María Sofía de Baviera (exiliada en Neuilly-sur-Seine, cerca de París), en cuyo salón, además de aristócratas e intelectuales, ostensiblemente tenían cabida también anarquistas, socialistas y republicanos. Bien conocido ha sido siempre el odio que María Sofía le profesa a los Saboya, y tampoco es un secreto su amistad con ciertos círculos radicales, a pesar de ser la hermana de Isabel de Baviera, la desdichada Sissi, asesinada en Ginebra por el anarquista Lucheni. Ciertamente, no podemos descartar que María Sofía haya financiado y protegido a Bresci y a otros conspiradores anti Saboya en su paso por París, pero nosotros hemos sacado la conclusión de que el complot contó, en todo momento, con la connivencia de figuras poderosas de Estados Unidos y eso es lo verdaderamente importante porque, monseñor, es aquí en Estados Unidos y en Londres donde se urden todos estos complots, y no en oscuros salones clandestinos, sino en los círculos más elevados del poder político y económico. Prueba de ello es la obvia complicidad en el crimen de Monza del anarquista Luigi Granotti, un soplón del servicio secreto infiltrado en Paterson y quien, en todo momento, apoyó a Bresci. Ambos se alojaron en

la misma pensión en Monza y se les vio juntos los días previos al regicidio. Huyó este individuo a Italia días después del asesinato cruzando los Alpes rumbo a Suiza. La justicia italiana lo condenó, en ausencia, a cadena perpetua. Hoy se pasea alegremente por las calles de ¿dónde? ¡Londres, por supuesto!

Evidentemente, y no podía ser de otra forma, la Iglesia católica exhibió una frialdad extrema hacia el luto de la Casa Saboya, con la que no tenemos relaciones diplomáticas desde la abusiva conquista de Roma por parte del ejército italiano en 1870. El papa León XIII se negó a permitir ritos religiosos en memoria de Humberto, y el *L'Osservatore Romano* se limitó a dar la noticia de manera lacónica. Asimismo, y no por casualidad, era el rey Humberto repudiado por sus súbditos y tal desprecio se dejó sentir con claridad tras su muerte. Durante más de un año se llevaron a cabo cientos de juicios por "apología del delito" contra personas que festejaron lo que se dio por llamar "la gesta de Gaetano Bresci". El hecho concreto, inapelable, es que el pueblo italiano estaba muy lejos de desaprobar el regicidio y, en cambio, Bresci disfruta, hasta la fecha, una gran simpatía y solidaridad, especialmente entre las clases populares. Pero cometeríamos un error en pensar, de forma cínica, que la Iglesia ha salido beneficiada de este acontecimiento. Un asesinato es un hecho execrable para cualquier buen cristiano, máxime para las autoridades de nuestra Iglesia. Además, ahora Italia, que ha vivido tumultuosos tiempos por culpa de sus deleznables dirigentes, deviene a peor. Ha caído en las garras del odioso fanático liberal y masón Giolitti, y el rey es el pomposo y anticristiano Víctor Manuel III, una simple marioneta de las logias. Nos esperan desafíos y contratiempos peores que los vividos con Crispi, mucho me temo. Ése es el meollo del asunto. Estos asesinatos generan caos, eliminan mandatarios incómodos y le abren la puerta a gobiernos radicales y anticlericales. Lo vimos en Francia, sucedió en Italia y sí, ahora también en Estados Unidos.

* * *

Porque la misma lógica es la que tuvo el asesinato de McKinley, perpetrado hace dos años por un anarquista de origen polaco. La razón, a mi parecer, es la relativa tibieza de ese presidente en secundar la política imperialista promovida por los grandes señores del dinero. Cierto, tras mucho dudarlo, terminó por aceptar la inicua guerra contra España y promovió la anexión de Filipinas en el Congreso, pero su suerte estuvo sellada desde el momento en que le impusieron como candidato a la vicepresidencia en las elecciones de 1900 al agresivo y atrabiliario *cowboy Teddy* Roosevelt, un furioso imperialista, un *warmonger,* como les dicen aquí a los belicistas. El actual presidente no tardó en hacer justicia a su fama y promueve la desintegración de Colombia para la construcción de un canal interoceánico en Panamá, del cual Estados Unidos será el único dueño. Y sus siguientes conquistas están ya muy nítidamente marcadas. Washington está dirigiendo su poderío para adueñarse no sólo de América Latina, sino de China y, más adelante, debilitadas las potencias católicas y ortodoxas, con su cómplice británico espera repartirse el resto del mundo. Muchas son las buenas conciencias que ven, con indignación, la forma como esta nación supuestamente "concebida en la libertad" se convierte en un imperio erigido a sangre y fuego en beneficio de los grandes barones del capital, de la masonería y del judaísmo, pero su influencia es muy reducida. La derrota de la España católica frente a los protestantes anglosajones ha sido el principio de una vorágine que, de no saber detenerse, acabará con la civilización cristiana tal como la conocemos hoy.

Desde hace centurias el Reino Unido se afana en el dominio mundial. La piratería, la influencia de las logias británicas en las independencias de las colonias españolas de América, la Guerra de Siete Años, la Revolución francesa y tantos acontecimientos más del pasado son fehaciente prueba de ello. Pero esta nueva y agresiva etapa comenzó durante el gobierno del judío Disraeli; fue entonces cuando quedó establecida la simbiosis de la plutocracia internacional anglo-judía. Los judíos son, y han sido siempre, par-

ticularmente poderosos en Inglaterra, y fue ahí donde crearon la masonería. Las grandes logias de Inglaterra, Escocia e Irlanda tienen por protector al soberano inglés en persona y han sido raíz de la Iglesia anglicana y columna vertebral del Imperio británico. Según nuestros cálculos, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos la inmensa mayoría de los gobernantes, jefes de las fuerzas armadas e incluso gran número de pastores y obispos protestantes pertenecen a la masonería. Masones fueron la mayoría de los llamados "padres fundadores" de Estados Unidos y lo han sido casi todos sus presidentes, y lo mismo los gobernadores de los estados, senadores y jueces de la Suprema Corte.

La Gran Conspiración, y quiero insistir en este punto, tiene como objetivo axial provocar una gran guerra para aniquilar a los imperios ruso, austriaco y alemán, es decir, la Santa Alianza, e imponer como modelo definitivo el liberalismo económico, invento judeo-británico. No me cabe la menor duda de que existe un parentesco entre ingleses y judíos, y que Londres es la sede del gran sanedrín israelí. Uno de los ejemplos más recientes de la sevicia de esta impía coalición es la guerra de los bóeres en Sudáfrica, propiciada por los banqueros judíos de Londres y sus compinches traficantes de piedras preciosas. El descubrimiento de minas de diamantes en Kimberley y de oro en el Transvaal causó la inmediata codicia de financistas y empresarios. El cruento resultado costó la vida de miles de soldados ingleses. Peor aún, se erigieron campos de internamiento y detención para la población bóer, donde mujeres y niños fueron sometidos a un régimen de hambre absoluta. Se quemaron las viviendas donde habitaban las familias de los guerrilleros. El trato fue de una crueldad tan inaudita que avergonzó a las honradas conciencias británicas. Se destacó como principal instigador del conflicto Cecil Rhodes, fallecido el año pasado, cuya empresa, la De Beers Mining Company, prácticamente monopoliza el mercado mundial del diamante. Este canalla inmoral, pervertido sodomita, fue la muestra paradigmática del imperialista. Fue responsable del cruel genocidio perpetrado conta el inofensivo pueblo *ndebele*

en las batallas de Bulawayo. ¡Pero si Rhodes lo dejó claramente por escrito! En un manifiesto dice:

> Dios ha escogido como Divino instrumento a la raza blanca. Dentro de la raza blanca, el hombre angloparlante, sea británico, americano, australiano o surafricano, ha demostrado ser el mejor instrumento del Plan Divino para desarrollar la Justicia, la Libertad y la Paz en la más amplia extensión posible del planeta. Por eso, yo dedicaré el resto de mi vida a los propósitos de Dios y le ayudaré a lograr que el mundo sea inglés.

Según este señor, el Plan Divino comprende incorporar al imperio de los angloparlantes toda África (de El Cabo a El Cairo, decía), el valle del Éufrates, Chipre, Sudamérica entera, las islas del Pacífico sin excepción alguna, el archipiélago malayo y todos los puertos de China y Japón. ¡Y todavía así dudamos de las pretensiones anglosajonas y de a quién beneficia la Gran Conspiración!

Un único gobierno para todo el mundo bajo el mando de un dictador asesorado por un consejo de fieles, con un ejército global con mando centralizado y una economía bajo el dominio de la oligarquía financiera anglosajona. Ésa es la tiranía con la que sueñan en Londres y Washington.

* * *

Para terminar, es esencial informarle a usted sobre el muy singular encuentro que tuve con el senador Mark Hanna hace unos cuantos días. Tan trascendental fue la entrevista, que quizá sea el acontecimiento más importante de toda mi estancia en Estados Unidos. He dialogado con varios de los personajes más poderosos de Estados Unidos, cosa que me ha permitido comprobar, personalmente, el tamaño de su avaricia y de su desprecio por los valores cristianos, por no hablar (en algunos casos) de su insolente vulgaridad y supina ignorancia de lo que ocurre en el mundo. Muchos son increíblemente pedestres. Pero jamás había podido conocer en persona al célebre senador Mark Hanna, uno de los hombres más temidos de América y con fama de ser el político más corrupto. Por fin, después de años de solicitarla, me dio una cita y me recibió en

su despacho del Capitolio. Es un hombre cuya salud se nota muy mermada. Asombra que se hable de él como un posible candidato republicano para las elecciones presidenciales de 1904. Él mismo, de forma implícita, lo reconoció cuando dialogábamos: "Tengo muchísimos partidarios por todo el país, amigo mío, y créame que tendría una buena oportunidad de vencer a *Teddy* Roosevelt en las primarias del Partido Republicano, pero veremos si mi salud da para eso". En fin, se trató de una visita destinada a ser breve e irrelevante. La verdad, insistí en pedir la cita porque tenía una enorme curiosidad por conocer a este gran sinvergüenza, *Mark the Shark, el Tiburón,* como le dicen amigos y adversarios. Me platicó sobre "su William" (refiriéndose al malogrado McKinley), la forma como lo ayudó a ser presidente ("un milagro vencer al demagogo Bryan; apenas un par de meses antes de la elección todo parecía perdido") y del gran gobernante que fue ("uno de los mejores presidentes en la historia de este país"). Durante nuestra plática lamentó muchísimo el asesinato de "su mejor amigo" y me insistía, aunque con cierta sorna:

—Es parte de una conspiración mundial, de eso no cabe duda y esto usted lo sabe mejor que nadie, ¿verdad?... ¡Mire qué casualidad! El rey de Italia, el presidente de Francia, el de España... bueno, hasta al káiser quisieron cepillarse, ¿no? Complots, amigo mío, complots por todo el mundo de anarquistas obnubilados, intereses criminales, ¡Qué barbaridad! ¡Cuiden mucho al nuevo papa!... Con este gran complot mundial sólo cabe preguntarse quién sigue.

En fin, comentarios en ese tenor de este gran cínico. Le comenté sobre el próximo fin de mi estancia en América y tras hablarme de algunas trivialidades, y ya en la despedida, me dijo a bocajarro:

—Por cierto, y volviendo al tema de la conspiración, ¿ha averiguado algo de esos protocolos de los que hablaba el policía ruso, aquel... Tchaikovsky... o algo así... soy malo para los nombres extranjeros.

Tras una breve pausa, y le confieso que en ese momento quedé frío, le respondí:

—¿Protocolos? ¿Tchaikovsky?, ¿el músico? No, senador, no sé de qué me habla —y procedí a retirarme mientras él se despedía de mí esbozando una sonrisa irónica.

Como usted sabe, monseñor, uno de los objetivos de mi misión era vigilar a Bruno Arpinati y averiguar lo posible sobre los protocolos de los que me había hablado Rachkovsky en París. Arpinati vivió en Paterson casi todo el año previo al asesinato de Humberto. Era asiduo de las actividades de los círculos anarquistas. Es obvio que algún papel desempeñó en el complot contra el rey de Italia, aunque no pudimos desentrañar cuál en específico. Quizá como un contacto con los judíos o como agente de intereses poderosos europeos. Incluso, no descarto que estuviera en contacto, de alguna manera, con Crispi (su padre natural según ciertas versiones, como usted lo sabe, quien odiaba al rey Humberto). También comprobamos sus constantes viajes a Nueva York, donde se daba un tren de vida que rebasaba por mucho el salario que recibía como supuesto "maestro de idiomas", labor que desempeñaba en una fábrica textil. Estamos seguros, era financiado por alguien, pero no fuimos capaces de establecer por quién: si por algún financiero judío, políticos italianos, sus amigos anarcos franceses o incluso por alguien de Norteamérica. También, quizá, mucho lo apoyó una amante que tuvo en Newark, con quien procreó una hija. Tampoco pudimos averiguar con él nada sobre los protocolos que mencionó Rachkovsky, tema que, sinceramente, empezamos a olvidar. Teníamos muchas limitaciones en nuestras pesquisas sobre Arpinati porque, como ya lo he reportado en numerosas ocasiones, el servicio secreto de Estados Unidos nos prestaba una muy exigua colaboración, cuando no de plano nula, a pesar de que le advertimos sobre la peligrosidad de este agente anarquista.

Tras el asesinato de Humberto, Arpinati desapareció y no se le volvió a ver en Paterson. Lo más probable es que, a estas alturas, haya salido de Estados Unidos escapando de la persecución antiterrorista desatada tras la muerte de McKinley. Ahora bien, la mención de algo tan misterioso como los ultrasecretos protocolos de la reunión sionista de Basilea celebrada en 1897 en boca de un perso-

naje como el abyecto Mark Hanna, enciende todas las luces rojas porque confirma la veracidad de lo dicho por el sagaz director de la Okhrana en París. Se trata de uno de los personajes más poderosos de Estados Unidos, nexo clave entre políticos, empresarios y financieros. Si alguien sabe de las conspiraciones es él, créamelo, monseñor. No dudaría incluso que estuviera involucrado en el asesinato de McKinley, su protegido, pero de quien, se sabía, se distanció en los años previos a su muerte. Y si bien es cierto que Hanna y Roosevelt aparecen hasta la fecha como enconados rivales, muy bien eso puede ser una pantalla. Al final, y se verá, Hanna se unirá a la campaña reeleccionista de Roosevelt en aras de promover su única causa en común: el perro imperialismo.

En resumen, estimo, con toda humildad, que mi experiencia en París y Estados Unidos, así como los conocimientos que he adquirido durante todos estos años podrían ser de mucha utilidad en las tareas de reorganización de nuestro servicio de inteligencia, necesidad vital a estas alturas para la sobrevivencia de la civilización cristiana. También me queda claro tras la entrevista con Hanna, que localizar a los llamados *protocolos* deberá ser uno de nuestros asuntos prioritarios. Para el Vaticano es una necesidad vital no bajar la guardia ante los embates de fuerzas hostiles. Asimismo, mucho celebro que, por instrucciones de Su Santidad, se me solicite colaborar para lograr este propósito con mi amigo y maestro el excelentísimo monseñor Umberto Benigni, hombre tan erudito y políglota como incansable trabajador, enemigo jurado de la masonería, tenaz adversario de la Compañía de Jesús y defensor del papado frente al expolio del que han sido víctima los Estados pontificios por parte del espurio reino de los Saboya. Nadie como él para combatir las perversas influencias y los sabotajes con los que el modernismo procura debilitar a nuestra Santa Madre Iglesia.

Sin más por el momento, y en espera de verlo personalmente pronto en la Santa Sede, le reitero las seguridades de mi incondicional amistad.

Suyo

Giacinto della Giovanna, presbítero

RIVOLI, PIAMONTE

Octubre de 1906

En Piamonte el otoño es formidable. El color de las vides se transforma de un verde profuso a unos dorados y púrpuras asombrosos, y ofrece una vista increíble. Este año de 1906, a pesar de que tuvimos exceso de lluvias en primavera, la vendimia se perfila generosa. Las uvas Moscatel ya se ofrecen en todo su esplendor y coquetería, y pronto comenzará la cosecha de las magníficas Nebbiolo. Amo sus vinos, de aromas y sabores insólitos, de una uva excepcionalmente tardía que se recoge hasta los últimos días de octubre y primeros de noviembre, por eso se llama así, pues la vendimia se realiza cuando las vides reposan inmersas en las bajas nieblas que anuncian el invierno. El otoño también es la temporada de la trufas blancas, raro manjar. Las ferias comienzan a principios de octubre y se extienden durante todos los fines de semana hasta mediados de noviembre. El otoño en Piamonte está lleno de colores, espléndidos granates, naranjas, cobres, amarillos y verdes. La bruma matutina le da al paisaje una cualidad asombrosa, al aire una singular y vigorizante fragancia, y al espíritu una sensación sobrenatural. Nuestra neblina es algo especial. Aquí decimos que vamos a "masticar la niebla" (*masticare la nebbia*) cuando salimos a disfrutarla a las llanuras y a los valles en otoño.

De niño amaba buscar hojas redondas y doradas, tirar de ellas en un alambre y hacer una corona para obsequiarla a alguna amiga o a mi madre. También me divertía cuando salía a recoger setas silvestres, montaba, escalaba o simplemente hacía excursiones so-

litarias en los bosques o a lo largo de las sinuosidades del Po. Más adelante me invitaban a la caza del jabalí, tan común en Piamonte, pero es una actividad que detesto. Con el tiempo comprendí que a los únicos cazadores que me simpatizaban son los que van tras los políticos.

Es un milagro estar de regreso en mi Piamonte después de tantos años. Mi salida de Estados Unidos fue súbita, aunque menos azarosa de lo que, al principio, me temía. Por instrucciones precisas y perentorias de Mark Hanna, cuatro días después del atentado contra McKinley estaba yo a bordo del barco que me regresó a Europa. Sobre el magnicidio del presidente de Estados Unidos pesa un misterio que, creo, jamás llegaré a dilucidar. Llevaba yo poco más de un año viviendo en Nueva York, visitando ocasionalmente círculos anarquistas en Chicago, Boston, Cleveland, Filadelfia y el propio Nueva York, como acordé con el senador Hanna, y presentando reportes orales a Joe Moseley sobre las inocuas actividades de los anarcos. Ya me aburría esa vida y me perturbaba la posibilidad de ser detenido en cualquier momento por la policía a causa de mi relación con los círculos anarquistas de Paterson. Como no pasaba nada y el senador Hanna no mostraba el más mínimo interés en entrevistarse de nuevo conmigo, abandoné mis incursiones al mundo anarquista y me dediqué a la vagancia. El verano de 1901 no salí de Nueva York. Le pedí a Johanna que no me visitara para no exponerla (y no exponerme). De alguna manera sentía que mi vida iba a la deriva. Estaba decidido a regresar a Europa, primero a Londres, donde sería menos arriesgado llegar, y desde ahí averiguar cómo estaban las cosas en París, aunque me atraía más la idea de regresar a Italia. Y fue entonces cuando atentaron contra McKinley en Buffalo... ¡y quién!

Porque quien disparó era un estrambótico personaje que se presentó conmigo en Nueva York tres semanas antes de los hechos. Dijo llamarse Fred Nieman. Me llevó propaganda anarquista, sobre todo ejemplares de la revista *Free Society* de Chicago. A los miembros de la misma yo los había conocido en algún viaje que hice a Cleveland, e incluso me invitaron a participar en las sesiones que

solían llevar a cabo los jueves. Pero lo más intrigante de todo lo que me entregó ese día el raro sujeto fue un documento metido en un sobre donde, según afirmó, se hallaban los secretos de la Gran Conspiración. Porque, según comentó, iba a verme a eso, a platicar de la "conspiración mundial" y a preguntarme cuál era mi papel en ella; y como prueba de que él era de fiar me había llevado aquel texto que, en ese momento, no leí, pero sí tras el ataque contra el presidente. Entonces me enteré, con estupor, que se trataba de *El protocolo Malatesta.* Sí, el documento que le había encargado escribir a Irene Mylonakis para complementar el libro de Joly en la farsa que inventamos sobre las supuestas actas relativas a los acuerdos de la reunión sionista de Basilea.

¿Cómo diablos llegó a manos de León Czolgosz, alias Fred Nieman, *El protocolo Malatesta?* Lo primero que pensé fue lo obvio: no podía ser sino Mark Hanna quien se lo facilitó, y el hecho de que el agresor de McKinley me lo haya entregado días antes de su "hazaña" era prueba inequívoca de que el senador, de alguna manera, era cómplice. Y tendría cierta lógica. Después de todo, Hanna estaba resentido con su amigo por haberlo traicionado. Además, la única persona en Estados Unidos que poseía una copia del dichoso protocolo era, precisamente, Hanna, en virtud de que Maurice Vignancourt se la había enviado. Y habérmelo entregado precisamente a mí el propio magnicida, ¿no sería una especie de "mensaje" que me mandaba el senador? Pero tras reflexionar empecé a sopesar otras posibilidades. En Europa, el principal interesado en el tema, y que también poseía una copia, era Rachkovsky, pues ese policía tenía nexos por todos lados, América incluida. ¿Sería posible que algún agente de la Okhrana infiltrado en alguna de las organizaciones anarquistas que Czolgosz frecuentó, le hubiese dado el documento y platicado de mí? Incluso pudo haber sido alguien de la *Free Society.* Según el magnicida, ellos le habían proporcionado mi dirección. O también pudo haber sido alguna de las amistades cercanas a Emma Goldman, o algún italiano de Paterson. Infiltrados podía haber por todos lados. ¿O acaso tendría que ver algo Della Giovanna quien, según me contó Hanna, radicaba en Estados Uni-

dos? ¿Habría estado involucrado el Vaticano en el intento de matar a McKinley? No podía dormir elucubrando todo tipo de teorías pero, hasta la fecha, me retumba en la cabeza una extraña referencia que hizo Czolgosz, dentro de la inconexa perorata que dijo cuando me fue a ver, sobre un "tiburón", y Hanna es conocido como *Mark the Shark, el Tiburón.*

La noche del atentado contra McKinley no dormí en mi habitación. Era viernes. Por seguridad, pernocté en un hotelucho cercano. Al día siguiente fui a recoger mis cosas y a pagar las cuentas pendientes a *herr* Fritz. Estaba decidido a abandonar el país cuanto antes. Cuando entré en mi habitación vi a Joe Moseley sentado en un sillón, esperando mi regreso. Sí, como aquella vez en el Avalon cuando estaba yo recién llegado a América. ¡Vaya susto que me produjo, desde luego! Lo primero que pensé fue que iba a matarme por encargo de Hanna, pero en lugar de eso me saludó con la afabilidad que lo caracterizaba:

—¡Buenas tardes, Bruno! Es un gusto volver a verlo.

Siempre mantuve una relación muy cordial con Moseley. Nuestras reuniones periódicas eran cálidas. Él tenía una gran curiosidad intelectual y le gustaba hablar conmigo de todo. Incluso, a veces, jugábamos ajedrez con unas bellas piezas de madera que había tallado su padre.

—Estoy muy bien, Joe, pero, como todo el mundo, escandalizado por la tentativa de asesinato que sufrió McKinley.

—Sí, uno más en la cuenta, ¿no? Pero, en fin. En efecto, significa una enorme tragedia para este país, pero esperemos a que el presidente se recupere. Aun así, escuche: usted ya no puede seguir en Estados Unidos ni un minuto más. Por instrucciones del senador aquí tengo su boleto para que el martes se embarque rumbo a Londres. Tiene dos días para efectuar todos sus preparativos y diligencias. El martes muy temprano vendré para acompañarlo al muelle.

Los días siguientes fueron agitados. McKinley estaba herido y, según la prensa, los médicos eran optimistas. Pese a ello, la irritación colectiva por el atentado contra el presidente se podía palpar

en el ambiente. Reinaba en las calles un odio generalizado contra los anarquistas. Incluso se hablaba de organizar una matanza en Paterson como venganza. En medio de esa locura colectiva yo no dejaba de sospechar. ¿Qué tal si, en efecto, Hanna tuvo algo que ver? ¿Moseley o alguno de los guardaespaldas del senador me despacharía al día siguiente? Pero me tranquilicé pensando que, de haberlo querido, Hanna ya se hubiese deshecho de mí. Tal como quedamos, Joe pasó el martes por mí y me embarqué sin ningún contratiempo. Yo ya no estaba en América el sábado 14 de septiembre, día en que William McKinley falleció a causa de una herida gangrenada.

Estuve en Londres un par de meses, donde me enteré por mis viejas amistades que el ambiente en París era propicio para mi eventual regreso, pero no me animaba a viajar a ese destino mientras aún estuviera Rachkovsky por ahí, así que le escribí a mi madre diciéndole que añoraba volver a Piamonte, y como el nuevo gobierno era más benigno e incluso había decretado una amnistía, según supe, consulté con ella si consideraba posible retornar sin problemas. Ya con la autorización materna, preparé maletas y me trasladé hacia mi amada Villa Arpinati, a principios de 1902.

Pase unos años de solaz en mi tierra natal, sencillamente gozando la vida, sin meterme en problemas y hasta disfrutando una fama de anarquista trotamundos que me daba un aire de misterio, sobre todo ante ciertas chicas. Por otro lado, no dejaba de cavilar sobre el magnicidio de Buffalo y sobre Mark Hanna. Ahora Theodor Roosevelt, enconado enemigo del senador, era el presidente. ¿Por qué Hanna querría ayudar a su gran rival a ser presidente del país? No tenía sentido. Un día de febrero de 1904, Mark Hanna murió intempestivamente de tifoidea. Llevaba años con una salud declinante. Había perdido todo lo que aún le quedaba de influencia política, pese a haberse reconciliado, al menos de palabra, con Roosevelt. Vivió un triste ocaso. Quizá resultó cierto aquello que me dijo acerca de su desprecio por la política democrática, que no por el poder. En fin, como tantos líderes turbios de la historia, muchos secretos se habrá llevado a la tumba.

* * *

Hacia el final de 1904 recibí de Alfredo Frassati, importante periodista y editor turinés, una propuesta para trabajar en Londres en su periódico como reportero, cronista parlamentario y comentarista político. Confieso que ya estaba algo aburrido de la vida bucólica y acepté. Una temporada en la capital inglesa no estaría mal. En septiembre de 1904 me instalé en una pensión cómoda pero algo taciturna cerca de Sloane Square y comencé una nueva etapa.

El Imperio británico aún vive en el pináculo de su esplendor, pero hay barruntos de crisis. Hacia el exterior, Gran Bretaña conserva el aspecto de desdeñosa supremacía con la que siempre trata al resto del mundo, esa actitud de "espléndido aislamiento" tan arraigada en los británicos y que, estoy seguro, no los abandonará jamás. Por mucho tiempo el imperio no se preocupó seriamente por enemigos potenciales, no sentía necesidad de contar con aliados y no tenía amigos. Pero la cosas están cambiando. Los negocios siguen bien, aunque la competencia del extranjero desafía la hegemonía inglesa en el comercio exterior al invadir sus mercados tradicionales y tomar la delantera en el desarrollo de nuevas industrias. En el interior también se perciben poderosas tensiones. La vida de las clases altas es un encanto, pero el desempleo, el hambre y la falta de calidad de vida de las masas presionan contra los baluartes del privilegio como una oleada de descontento imposible de ignorar o reprimir. Los estudios de la Sociedad Fabiana evidencian que en el país más rico del mundo un tercio de su población vive en estado de pobreza crónica y es incapaz de satisfacer las necesidades más elementales.

Urge iniciar una temporada de cambios, y para ello se precisa de líderes con más dinamismo, imaginación y sensibilidad social. Los conservadores llevaban ya demasiados años en el poder y se les percibía complacientes, insensibles e ineptos para confrontar los retos del siglo xx. Los liberales esperaban su oportunidad de volver al gobierno con una nueva generación de ambiciosos dirigentes y un programa radical de reformas. Finalmente, el panorama lo comple-

taba la aparición del Partido Laborista como representante de las clases trabajadoras.

Mi irreductible nihilismo no me impide reconocer cualidades intelectuales y personales en ciertos políticos. La calidad de los líderes británicos es, en general, muy superior a la de los de la mediocre República francesa, ya por no hablar de los merolicos que tenemos en Italia o de los prosaicos políticos estadounidenses. Lloyd George posee un carisma impresionante, pero no me agrada su oratoria, demasiado histriónica. Joseph Chamberlain es un patricio de apasionadas convicciones imperiales. Keir Hardie dirige el laborismo con celo de profeta. Herbert Asquith es un intelectual simpático. Henry Campbell-Bannerman, un rico negociante lleno de vitalidad y dueño de una mente brillante. El duque de Devonshire, un aristócrata deliciosamente socarrón. Estuve en el Parlamento el día en que el joven Winston Churchill, estrella ascendente de la política británica, abandonó la bancada conservadora para unirse a la liberal en medio de los insultos de sus ex correligionarios. Debo reconocer que mi favorito es Arthur Balfour. Como primer ministro fue un desastre, pero es encantador, melancólico e intensamente intelectual. Su cáustico sentido del humor se combina con una mente penetrante, escéptica, escrutadora. Su personalidad es distraída, aficionada a la soledad y propicia para las ensoñaciones y los ataques de depresión, que él llama "tormentas nerviosas". Quizás es el mejor cerebro que se ha desperdiciado en la política de nuestro tiempo.

Concluí mi labor periodística en Londres al cubrir las históricas elecciones generales celebradas en enero y febrero de 1906. Los temas principales en la palestra eran la disputa entre proteccionismo versus libre comercio, el impuesto escolar, los resabios de la Guerra de los Bóeres, los crecientes conflictos sociales y lo que la prensa llamaba "la esclavitud china". La gente quería un cambio y lo obtuvo. Los liberales arrollaron en las urnas y alcanzaron la mayoría absoluta con un margen sin precedentes. Los laboristas obtuvieron una importante representación y pudieron organizarse en la Cámara por primera vez como una bancada propia reconocida. Este resul-

tado ha abierto la puerta a lo que, sin duda, será una importante etapa de reformas, pero a mí lo que más me llamó la atención fue la esperpéntica propaganda chauvinista del Partido Liberal, dedicada a difundir espanto entre los trabajadores sobre la posibilidad de que, pronto, el mercado laboral británico se viera inundado por la presencia de miles de trabajadores inmigrantes chinos. Se explotaban sin ningún recato sentimientos de xenofobia y racismo. El miedo al extranjero fue difundido mediante obscenas viñetas que exhibían horribles caras deformadas y amarillas. Como en el caso de Francia con los judíos, en el Reino Unido se escucha el aullido de lo irracional en la política. En esta época de nacionalismos desaforados este fenómeno, tan lamentable, irá *in crescendo*.

* * *

Decidí volver a Piamonte una vez concluido el proceso electoral, pero antes pasé por París para una estancia de tres semanas en abril. Al llegar a mi departamento me esperaba un recado de Irene en el que solicitaba verme de inmediato. "Te tengo noticias increíbles", decía la nota. Comí con ella en un *bistró* de *La rue du Faubourg Saint-Honoré.* Al llegar, y después de las salutaciones de rigor entre dos amigos que llevaban años de no verse, me entregó un libro:

—Mira este libro que me dieron hace unos días mis amigos de la embajada griega —se trataba de un ejemplar elegantemente editado, escrito en ruso.

—Bonito libro, Irene, pero no hablo el idioma. No soy políglota, como tú —mi amiga había residido unos años en Londres, pero no se acostumbró al carácter británico (ni a la comida) y regresó a París en la primera oportunidad. Había engordado un poco, pero mantenía su gran sagacidad y su estupendo sentido del humor.

—El título es *Lo grande en lo pequeño. El Anticristo considerado como una posibilidad política inminente,* y el autor es uno de esos místicos locos, de nombre Sergei Nilus. Ésta es la tercera edición, publicada en diciembre de 1905, y ha sido patrocinada directamente por los Romanov. Nilus es un terrateniente que perdió toda su fortuna cuando vivió en Francia. Regresó a Rusia y lo invadió una ola

mística. Se dedicó a vivir como un peregrino perpetuo y visitó decenas de monasterios. En 1900 publicó la primera edición de esta obra, en la cual describe su tránsito de ser un ateo radical a convertirse en un ferviente cristiano ortodoxo. También repite muchas de las paparruchadas antisemitas y demoniacas que tú ya conoces. Fue objeto de críticas favorables en la prensa conservadora y religiosa rusa, y llamó mucho la atención de la gran duquesa Elizabeta Feodorovna, quien, entre otras cosas, es muy cercana a Piotr Rachkovsky.

—Muy bien, salió el peine —comenté algo aburrido.

—Espera. En esta tercera edición hay un texto añadido bajo el nombre de *Los protocolos de los sabios de Sión,* ya sabes, con los planes de dominación mundial. Y en ella se incluyen, textuales, algunos párrafos del *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu,* de Joly.

—¡Cómo es eso! —exclamé mientras Irene me enseñaba algunos subrayados que había hecho en el libro, tarea inútil, desde luego, porque yo no entiendo el ruso.

—Mira, Bruno, son estos párrafos. Por darte un ejemplo, aquí, en el "Protocolo VI", dice: "Debemos emplear todos los medios de que dispongamos para que la idea del Supergobierno adquiera gran popularidad y presentarlo como el protector y el remunerador de todos los que voluntariamente se nos sometan". Ahora lee el "Diálogo séptimo" de Joly.

Extrajo del bolsillo de su abrigo la destartalada copia del citado *Diálogo en el infierno*… que le había entregado hacía ya ocho años, y lo abrió para leer un párrafo que ella había marcado: "Una vez jefe de gobierno, todos mis edictos, todas mis ordenanzas, tendrían constantemente el mismo fin: desarrollar en forma desmedida la preponderancia del Estado, convertirlo en soberano protector, promotor y remunerador". Y así varios más. Además, en una nota al final del libro Nilus dice que esos protocolos son, nada menos, que un plan estratégico de conquista del mundo para someterlo al yugo de Israel, elaborados y presentados por último al Consejo de

Sabios de Sión, celebrado de manera paralela al Primer Congreso Sionista que se llevó a cabo en Basilea, en agosto de 1897.

—¡Espeluznante! Es justo lo que le dijimos a Maurice. Bueno, pues resulta obvio que Rachkovsky ha vuelto a la carga, ahora con este Nilus como portavoz. Oye, ¿y tiene algo de *El protocolo Malatesta,* de tu autoría?

—Nada en absoluto. El resto del texto de dichos protocolos repite de alguna manera las tonterías satánicas de siempre. De hecho, mucho se parece a aquel mamotreto que mandó hacer Rachkovsky en París bajo el título de *Anarquía y nihilismo* ¿Recuerdas? Y también se inspira bastante en el *Biarritz* de Goedsche. No es difícil colegir: Rachkovsky encargó a uno de sus amanuenses escribir un nuevo texto, el cual incluye partes del panfleto de Joly que le entregó Maurice y se combina con los prejuicios y esoterismos que los Romanov creen a pie juntillas. Como Nilus goza del favor de la corte imperial, ¿qué mejor conducto que él? Y el zar está entusiasmado. Por orden suya en las iglesias ortodoxas se da lectura a partes de los protocolos en los sermones. Y en octubre pasado el periódico derechista *Moscovskaia Vedomosti* los reprodujo íntegros.

—¿Cómo llegó esta cosa a tus manos?

—¡Ah!, porque el zar también dispuso que se obsequiaran copias a las embajadas de los países extranjeros en San Petersburgo. El embajador griego en Rusia le envió un ejemplar a su colega en la embajada de París y el secretario me ha encargado hacerles una traducción al griego. Acuérdate que también me dedico a eso.

—¡Vaya sorpresa! En qué planeta tan loco y absurdo vivimos. Es increíble que una estupidez como esa se esté esparciendo por todo el mundo, porque, amiga, agárrate que yo también te tengo noticias. Días antes del atentado contra McKinley, el magnicida, León Czolgosz, llevó a mi casa una copia de tu texto de *El protocolo Malatesta.*

—¿Qué dices?

—Como lo oyes, y no tengo una idea clara de cómo llegó a sus manos. El tipo era muy incoherente y abrevié la entrevista con él lo más posible, pero sé que Maurice le mandó al senador Mark Hanna

una copia del texto que le vendimos, y me pareció lógico que por ahí se lo hayan entregado al magnicida. Pero también pudo haber sido un agente de la Okhrana en Estados Unidos —y tras engullir una rebanada del pastel que me estaba comiendo, le dije a mi amiga en tono pícaro:— Por cierto, me encantó tu texto de *El protocolo Malatesta.* ¡Eres una diablilla, malvada!

Irene se sonrojó y esbozó una de sus encantadoras sonrisitas.

—¡Vaya, amiga, que ridículo es todo esto! La travesura está tomando dimensiones que no me gustan nada. Tenía razón Macbeth: "La vida es un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no tiene ningún sentido".

—Ni lo digas —externó, y la linda carita de esta impar bribona se ensombreció.

* * *

Volví a Villa Arpinati en abril de 1906. Mi madre se sentía muy delicada de salud y, sintiendo la muerte cercana, me confesó quién era mi padre, información que me dejó estupefacto al principio, y después me provocó risa. De hecho, me da la impresión de que yo soy el único que no sabía sobre esa paternidad. Eso explicaba muchas cosas, como el aire de curiosidad y deferencia con la que, yo percibía, mucha gente me trataba. Maurice Vignancour, Henry Rochefort, Errico Malatesta, Mark Hanna, Arthur Balfour... en fin, tantos. ¡Vaya! Y yo pensaba que su interés se debía a mi singular talento y natural simpatía. Ahora sospecho que era por ser el hijo natural y descarriado de una celebridad mundial.

Este verano doña Cecilia empezó a recuperarse, afortunadamente. También a Turín regresó Mónica d'Mondovi, más bella e interesante que nunca. Ha salido adelante de varias crisis personales que le afectaron estos años. Hacemos planes para pasar una buena temporada en Grecia dentro de algunos meses. Se ha dedicado a estudiar arte y filosofía griegos, además del idioma. Dice que quiere vivir conmigo un periodo de "ataraxia" en la isla de Naxos. También este verano tuve dos entrevistas insólitas. La primera fue, ni más ni menos, con Giacinto della Giovanna. De manera muy respe-

tuosa me solicitó hablar conmigo, y aunque nunca me simpatizó, además de que en Estados Unidos se dedicó a propalar informaciones horribles sobre mí, decidí verlo. Me sentía juguetón, seguro de que mis temores ante policías y espías habían desaparecido. De alguna manera me sentía más protegido desde que me sabía hijo de Francesco Crispi.

—¡Válgame, presbítero! ¿Qué lo trae a la demoniaca casa de un conspirador internacional? —había engordado todos estos años como uno de esos gorrinos con los que aquí en Piamonte buscamos trufas.

—Señor Arpinati, no le quitaré mucho tiempo —y luego de sentarse a la mesa que teníamos en la terraza, me dijo—: Mire, iré el grano: en el fondo usted es un hombre de bien, yo lo sé. Por años he leído sus escritos y reportajes, sé que es sensato e inteligente, también sé que ahora se dedica a otro tipo de vida. Así que le pregunto directamente: ¿qué sabe sobre la Gran Conspiración?

Tras la obligada carcajada, le respondí:

—Pues que es una gran farsa, una ridícula mentira de la que se aprovechan los gobiernos y las policías del mundo para perseguir a disidentes y propalar el odio racial y religioso. Un cuento de los demagogos nacionalistas, curas y políticos inescrupulosos que viven de promover el miedo y la locura.

—¡Vamos, señor Arpinati! ¿Y toda esa cadena de asesinatos y atentados sólo es una casualidad? ¿De verdad cree usted que ignoro la máxima que reza: "En política nada es casual?" —el presbítero levantaba y movía ridículamente su brazo izquierdo mientras hablaba.

—Ese dicho es falaz. En política, en la vida, en todo, el azar juega un papel esencial. Mire, no me va a creer, pero si usted hiciera su trabajo sin las vendas del prejuicio y la doctrina cubriéndole los ojos acabaría por entender que los asesinatos y los atentados han sido, en la mayoría de los casos, obra de muchachos solitarios, pobres marginados que apenas pueden rehuir el hambre. Otros de los terroristas son individuos sobreideologizados y vanidosos que pretenden pasar a la historia, o ingenuos que queriendo hacer un

servicio a la causa anarquista no han hecho sino perjudicarla y jugar el juego de los poderosos. Vea, por ejemplo, lo que paso en Estados Unidos tras la muerte de McKinley. Le dio pretexto al vaquero *Teddy* Roosevelt para decir ante el Congreso que la anarquía "es un crimen contra la raza humana", que toda la humanidad debe unirse contra ella y que debe ser considerada como un oprobio "peor que la trata de esclavos". ¡Hágame el favor! No, amigo, no existe esa Gran Conspiración mundial.

—¡Ja! Ignora que estuve en Estados Unidos y estoy muy, pero muy bien informado de cómo Bresci fue escogido entre sus cófrades para matar a Humberto. Porque usted sabe cómo fue elegido: mediante un sorteo, ¿no es así? Y también debe saber cómo Emma Goldmann le lavó el cerebro a Czolgosz, igual que los anarcos italianos de Zurich a Lucheni. ¿Y qué me dice de Angiolillo? Y, finalmente, usted sabe de los protocolos de los sabios de Sion, los de la junta sionista de Basilea que fueron descubiertos y publicados recientemente en Rusia.

—No, a ver. Lucheni era un muerto de hambre en busca de celebridad; Angiolillo, un solitario vengador, lo mismo que Caserio. Se dice que Bresci formaba parte de una célula que lo ayudá a matar al rey Humberto, pero en todo caso era eso, una célula con un objetivo muy específico: liquidar al rey de Italia como castigo a sus vilezas. Sí, sé que usted estuvo en Estados Unidos, pero me parece que puso poca atención. Entendió mal las motivaciones de los chicos de Paterson y no encontró absolutamente ninguna prueba de la supuesta "conspiración mundial", ¿verdad? Y Czolgosz era un hombre atormentado incapaz de entender a fondo los conceptos de Emma Goldman. ¡Ah!, y finalmente, ¡los protocolos son una paparruchada! —y aquí estuve a punto de decir que, en buena medida, eran un plagio del libro de Joly, pero me abstuve—. Analice este texto tan similar a otros igual de idiotas aparecidos en Europa, como el de Osman Bey o el de Goedsche. Se repiten unos a otros. O con los elaborados en Francia por instrucciones de su amigo Rachkovsky. Todos tienen el común denominador de los prejuicios, el demonismo irracional, las mentiras y las tergiversaciones. Los ju-

díos como los chivos expiatorios, culpables de todos los males de la humanidad. Y esta inmunda estrategia se pondrá cada vez peor. Ya no sólo serán los hijos de Israel los enemigos a modo, sino todas las minorías incómodas a las que los demagogos puedan señalar como culpables —yo cerraba los puños mientras externaba eso.

—Pero, señor Arpinati, si apenas hace unas semanas volvió el terror anarquista. Ahora fue en Madrid, en la boda del rey Alfonso XII con Victoria Eugenia de Battenberg ,el pasado 31 de mayo. Mateo Morral Roca arrojó una espantosa bomba envuelta en un ramo de rosas pálidas desde un cuarto piso al paso del cortejo de los reyes, que volvían de su ceremonia nupcial a través de la Calle de Mayor. Por fortuna sus altezas resultaron ilesas, pero murieron veinticinco inocentes y hubo más de cien heridos. Y otro artefacto, que no llegó a estallar, se encontró al otro lado de la calle. ¿Me va a decir que no fue un complot?

—Pues fíjese que ese atentado es prueba de que se trata de personajes trastornados o incluso excesivamente narcisistas. Ya que usted está tan bien informado, debe saber que Mateo Morral fue a refugiarse tras el crimen con el periodista José Nakens; sí, el mismo que tuvo tratos con Angiolillo antes de la muerte de Cánovas. Entre otras cosas, Nakens dice que Morral empezó a decir incoherencias como afirmar que estaba "por encima de la justicia", que su plan era exclusivamente "empujar el mundo hacia el caos", y haber realizado lo que él llamó su "Gran obra" solo y, siempre de acuerdo con la versión del periodista, el anarquista aclaró: "Quizá no lo crean los imbéciles que siempre suponen complots increíbles detrás de los atentados anarquistas".

—Mmm… No, señor, no me convence. Además, ¿por qué habría yo de creerle al truhan de Nakens. ¡Hubo complot!

—Pues crea lo que quiera, pero aun suponiendo que así fue, ¿de dónde saca usted que es parte de una conspiración mundial judeomasónica? ¿Hay un complot mundial sólo porque los autores se dicen anarquistas? En política los intereses son complejos y disímiles, nunca planos o binarios, eso es algo que ustedes, los devotos de las teorías de conspiración, nunca entienden. ¿De cuántos enemi-

gos no se hicieron Humberto, McKinley, Cánovas, el káiser... —y aquí casi digo "Francesco Crispi", pero me reprimí—. ¡O el papa! Se ofrecen elucubraciones fantásticas para explicar esos atentados y se rehúyen las explicaciones más lógicas y sencillas. ¿A quién conviene más la muerte de Alfonso XIII? ¿A los anarquistas? ¿A los judíos? ¿A los jesuitas? ¿O quizás a los carlistas, cuyo candidato hubiese ascendido al trono de haber muerto el rey? O mejor pensemos lo más obvio: un hombre solo, enfermo, teatral en su desesperación, a quien antes que la bomba en la Calle de Mayor le había estallado otra dentro del cráneo.

Se hizo un breve silencio hasta que el presbítero se levantó pesadamente de su silla y, tras ponerse de vuelta su sombrero, se despidió.

—Bueno, amigo Arpinati, no le quito más su tiempo. Le agradezco mucho haberme recibido, pero yo sigo creyendo en la conspiración.

—Y yo creo que ustedes, como cristianos, obran muy mal al hacerse cómplices del odio racial. ¡Empezó ya el siglo XX, presbítero! Es hora de que los servicios de inteligencia vaticana, si de verdad desean desempeñar un buen trabajo, hagan menos caso a las necedades demoniacas y atiendan más al sentido común y la racionalidad.

* * *

Sostuve la segunda entrevista con un joven individualista radical que se estaba haciendo famoso entre los círculos anarcos del norte de Italia. Massimo Rocca, de veintidós años, nacido en Turín, editor del periódico anarquista *Il Grido della Folla* (*El Grito de las Masas*) —¡vaya nombre para una publicación que exalta el individualismo!—, con sede en Milán, de línea ferozmente individualista (¡!), exaltador de la violencia y el caos. "¡Viva la sagrada dinamita!", era uno de sus gritos de guerra, y promover cualquier acción en beneficio del bienestar individual, su explícito propósito.—Señor Arpinati, un gusto conocerlo personalmente. He leído algunos de sus escritos y siempre he tenido ganas de cambiar impresiones con usted.

—Muchísimas gracias, amigo —a estas alturas yo ya no sabía si la gente me buscaba por mi "interesante pasado" y mis "valiosas" aportaciones ideológicas o por ser hijo de quien soy.—Primero que nada, vengo a invitarlo a colaborar en mi periódico y, de ser posible, impartir algunas conferencias en los círculos que estamos formando.

—De verdad, amigo Rocca, me siento muy honrado pero no puedo aceptar, y lo hago porque no me identifico con la línea ideológica de *Il Grido della Folla.* Soy individualista, en efecto, pero no por eso me creo lo de pertenecer a una "casta de hombres superiores" con el derecho de ejercer dominio sobre la mayoría, ni condeno, como lo hacen ustedes, a los derechos civiles y el humanitarismo. Con todo respeto, me parece que ustedes han maldigerido los escritos de Stirner y Nietzsche.

Con esa postura, mi visitante se exaltó:

—¡Cómo puede decir eso, señor Arpinati! Muy claramente Nietzsche sostiene el concepto de aristocracia dominante, lo que él llama "la voluntad de poder", de considerar que todos los procesos orgánicos se basan en la explotación de los débiles por parte de los fuertes. Lo explica en *Más allá del bien y del mal* cuando afirma que "la propia vida es esencialmente apropiación, ofensa, opresión de lo que es extraño y más débil".

—En efecto, nuestro filósofo escribió eso y otras cosas peores, pero sólo le pido meditar que redactó eso ya al borde de la locura. Lo invito a poner el pensamiento de Nietzsche y de Stirner en sus contextos y evitar tergiversarlos o estirarlos a conveniencia. El superhombre no es dominación sobre los demás, sino sobre uno mismo, y ansía la trascendencia individual... ¡In-di-vi-dual!, amigo Rocca, ¡métaselo en la cabeza! ¿Qué entiende usted por individualista? Para la emancipación individual no se precisa de esclavos. Este reducido grupo de hombres encumbrados del que usted habla posee un deseo de extenderse, de dominarse a sí mismo, de buscar estados cada vez más elevados y abarcadores. Eso es lo que yo entiendo como la nietzscheana "voluntad de poder". Creo en el Nietzsche de *La gaya ciencia,* en aquel sublime aforismo:

> Tan odioso me es seguir a otros como guiarles yo. ¿Obedecer? ¡No! ¿Y gobernar? ¡Jamás! Quien no es temible para sí mismo no atemoriza a nadie, y sólo quien atemoriza puede guiar. ¡Odioso me es ya guiarme a mí mismo! Me gusta, igual que a los animales del bosque y el mar, perderme durante un momento, agazaparme caviloso en un encantador extravío; desde lejos atraerme a mí mismo, por fin, a casa; seducirme a mí hacia mí mismo.

Y brindé con mi interlocutor con una copa del Barolo que estábamos bebiendo.

—Eso es muy bello, sin duda, pero insisto: Nietzsche expone, en su *Genealogía de la moral*, que los conceptos de *bueno* y *malo* fueron designados por la casta noble; los amos se perciben a sí mismos como fuertes, saludables y poderosos, y a los esclavos como débiles, infelices y pobres. El noble los desprecia por ser cobardes, mezquinos, por sólo pensar en la utilidad, por su carácter servil. Y naturalmente el esclavo reaccionará ante esto, percibirá a su amo como malvado, debido al resentimiento que se ha gestado hacia él, puesto que se siente oprimido —mientras hablaba, yo observaba a Rocca, un joven de baja estatura, robusto, sanguíneo, jovial, pelo revuelto, mirada feroz y, al mismo tiempo, inquisitiva.

—Pues sí, pero usted se queda sólo con la primera parte y olvida el resto, donde está la esencia del superhombre. En ese mismo libro, Nietzsche dice que uno de los rasgos que caracterizan al hombre noble es la falta de vanidad, puesto que sólo él mismo puede decirse cuánto vale, por sí mismo piensa positivamente de sí mismo y honra a su persona así como admira a quienes son mejores que él. En cambio el esclavo es vanidoso, puesto que se alegra ante las opiniones positivas de los demás hacia él, incluso si no son ciertas; permite que los demás determinen su valía mediante sus opiniones. Nietzsche recalca el carácter solitario de aquellos hombres que quieren elevarse entre las masas. Para tales personas, la compañía representa un medio, un retraso o un lugar de descanso hasta que puedan alcanzar su objetivo y dominar, pero a sí mismos.

Rocca se me quedaba viendo con mirada extraña. No resistí decirle:

—Y ahora que menciono a las masas, ¿no le parece contradictorio que un periódico tan ferozmente anrcoindividualista se llame *El Grito de las Masas?*

—Ah, porque son las masas las que deben dar lugar a un nuevo sistema social, claro, guiadas por nosotros. No creemos en partidos, ni en parlamentos, ni en escuelas, ni en el altruismo cristiano. ¡Vamos, señor Arpinati!, es ingenuo pensar en el advenimiento del superhombre si no existe el dominio de la plebe por una aristocracia superior. Es la única manera de evitar ser devorados por la moral de los esclavos. Es un mundo en constante lucha, y en ella sólo puede haber vencedores y vencidos. Si queremos evitar que la clase superior sea dominada por la canalla debemos tomar, resueltos, la iniciativa. Por eso atacamos a la democracia, a las iglesias y a todo lo que nos impida ser dominantes. Son los audaces, la irreductible minoría, los que dominan al amorfo colectivo. De nuevo le extiendo una invitación a debatir ideas.

—¿Sabe?, quien esclaviza se esclaviza. El suyo es un anarcoegoísmo lindante en la megalomanía que enfatiza las posibilidades más violentas y autoritarias de Stirner y Nietzsche. En fin, la verdad es que he dejado de frecuentar a los anarquistas desde mi salida de Estados Unidos. De hecho, mi último contacto con ellos fue una conferencia que di en Cleveland a un círculo de *Free Society.* Sólo gané meterme en problemas. Pero, mire, quizá más adelante. Búsqueme el año entrante.

Y así terminó mi charla con Massimo Rocca. Me quedé meditando hasta dónde podrían llegar esos radicales con doctrinas que pronto podrían ser objeto de tergiversación y justificación pseudoideológica para manipular a las masas con posturas que nada tienen que ver con el genuino anarquismo individual, como el nacionalismo exacerbado, el racismo, la explotación de los débiles y los prejuicios pararreligiosos. Podrían llegar a la disolución de las democracias mediocres que tenemos en Europa para dar lugar a totalitarismos execrables.

De esa manera llegó este otoño a la Villa Arpinati en medio del sosiego y la contemplación, pero con una duda que no me deja de

abrumar: ¿cómo y por qué llegó a manos de León Czolgosz *El protocolo Malatesta?*

NUEVA YORK

Agosto de 1901

Es un tedioso y soporífero verano en Nueva York. Bruno Arpinati deambula esa tarde, como lo hace casi a diario a esas horas, por Central Park. Ya ha visitado todos los museos, ha ido a todas las bibliotecas y atacado todos los mejores bares, y los peores también. No le apetecía estar todo el verano en una ciudad que se sofocaba en medio de tanto calor. Lo habían invitado de un círculo anarquista de San Francisco a impartir una conferencia, y aunque le atraía la idea de conocer la costa oeste, lo cierto es que llevaba tiempo añorando volver a Europa, sobre todo a su casa en Rivoli, la Villa Arpinati. Nunca estuvo a gusto en Estados Unidos. También era cierto que desde hacía semanas no cumplía su encomienda de visitar los círculos anarquistas. De todo eso estaba harto. Los últimos habían sido los muchachos de *Free Society,* en Cleveland. Se había divertido en demasía con ellos, era la verdad. Emil Schilling, quien al principio le generó desconfianza por ser tan feo, resultó ser un tipo encantador y los miembros del grupo le parecieron listos y divertidos, en especial una chica, Lisa, admiradora ferviente de Emma Goldman y que lo había ido a visitar a Nueva York. Cometió la imprudencia, entre las botellas de Chianti y *grappa* que abrieron en su honor por ser italiano, de dar a conocer su dirección para que le enviaran propaganda y el periódico que publicaban. Por eso un día Lisa pudo visitarlo de sorpresa. No es que la haya pasado mal con ella, desde luego, pero eso era algo que lo atormentaba. Ahora cualquiera podía averiguar dónde vivía. Tenía que mudarse, y

rápido, o mejor aún, tenía que irse del país; mientras más pronto, mejor. Se había hecho el propósito de volver a Europa antes de que terminara el año.

Eso cavilaba Arpinati mientras paseaba, y también en la posibilidad de asistir a la Gran Exposición Panamericana que con todo boato se celebraba en la cercana ciudad de Buffalo desde mayo. "Vamos, Bruno, dicen que está lo máximo, y de ahí pasamos a Canadá para visitar las cataratas del Niágara", le había dicho Alice, una amiga suya asistenta de ventas en una tienda de modas de la Quinta Avenida. Muy probablemente le haría caso. Pero aborrecía a las multitudes. Quizá más adelante, a finales septiembre, cuando el calor mengua, lo mismo que el flujo de visitantes.

De regreso a su casa notaba que alguien lo esperaba, un joven de veintitrés a veinticuatro años, regular estatura, bien parecido pero con los pómulos salientes y la mirada extraviada. Hablaba con un acento enfático, hueco y estrepitoso. Tenía una poderosa tendencia a desvariar y una sonrisa amarga que expresaba una suerte de ironía sin gracia. Antes de entrar a la pensión Wolfsburg, el tipo lo abordó:

—¿Bruno Arpinati, si no me equivocó?

Arpinati se puso pálido. Ahora sentía, de verdad, el tamaño de su error al darle a conocer su domicilio a los compañeros de *Free Society.* Aun así no se negó. Quizás se trataba de algún mensajero de Hanna.

—A sus órdenes, ¿con quién tengo el gusto?

—Soy Fred Nieman y estoy aquí porque necesito darle una información y unos documentos. Primero que nada, ¿verdad?, le comento que conozco bien a Emil.

—¿Emil? ¿Cuál Emil?

—Schilling, él me dio su dirección.

"Vaya, ya me lo imaginaba; antes de un mes estaré fuera de esta pensión", pensó Bruno.

—Pues mire, estimado amigo, fíjese que vengo de prisa. De hecho, sólo voy a ponerme un traje porque tengo un compromiso per-

sonal y ya voy con retraso, pero si no demora con gusto le recibo la información aquí mismo.

Fred se quedó pensativo con esa extraña mirada perdida que lo caracterizaba. Finalmente le dijo:

—Sí, claro, no me tomará más de un minuto. Mire, soy alumno y amigo de Emma. También soy lector de Errico. Soy convencido anarquista, ¿verdad? Sé, y no necesita negármelo, que el movimiento anarquista mundial ha puesto en marcha un gran plan para provocar la concientización del proletariado con la propaganda por la vía de los hechos. También sé que usted es una pieza clave en estos planes libertarios. Y eso lo sé porque usted había dicho, ¿verdad?, a los compañeros de *Free Sciety,* que su labor en Europa resultó definitiva en la eliminación de Cánovas y su presencia en Paterson ayudó a organizar la ejecución del rey de Italia. Sé lo de Gaetano. Vengo a decirle que estoy listo.

Bruno se quería morir. ¿Pero quién diablos era ese sujeto de traza tan estrambótica y discurrir tan inconexo? Un loco seguramente, pero un loco que sabía dónde vivía y, además, estaba informado sobre la tontería de la conspiración. En definitiva debía retornar pronto a Europa.

—Eh... pues mire, como le comento, no tengo mucho tiempo, pero déjeme sus publicaciones y otro día con gusto platicamos.

De nuevo se hizo un silencio, con esa expresión de Nieman que a Bruno le parecía idiota.

—También he leído a Carlos.

—¿Cuál Carlos?

—Marx.

—Ah, vaya... ¡ja, ja, ja!

Al sujeto le gustaba referirse a las personas por su primer nombre, asumiendo que su interlocutor estaba perfectamente al tanto, de antemano, de qué diablos hablaba.

—No me gusta. Como le digo, soy anarquista. Entre las cosas que le traigo hay un texto sobre Albert.

—¿Cuál Albert?

—Parsons, de Chicago, mártir de Chicago. Ejecutado.

—Ah... Muy bien, camarada, pues deme su material y lo leeré con interés.

—Mire, señor Arpinati, no le quitaré más su tiempo pero sí le digo que estuve en los jueves. Y ahí en los jueves me entrevisté con un judío que lo conoce muy bien a usted. Sí, un judío. Y también conocí a Lisa. Muy linda Lisa, ¿verdad? También lo conoce muy bien a usted. Lo admira. Yo saldría con ella, pero ya no estoy para eso. Bueno, ahí me dieron todo este material. O bueno, casi todo. Pero no es necesario que me niegue nada. Ni le vengo a pedir nada. Sólo le diré que soy de fiar y para demostrárselo en este sobre hay una copia manuscrita con parte de los verdaderos secretos de la gran revolución anarquista que usted conoce muy bien. Sólo vengo a dárselo para que vea que soy de fiar y no estoy loco —y le entregó a Bruno un sobre cerrado y delgado.

—Muy bien, señor Nieman, esto es... interesante... Tanto, que merece una plática más a fondo, pero tendrá que ser en otra oportunidad. Tengo mucha prisa en este momento. Mire, leo su material el fin de semana y por ahí del miércoles entrante nos vemos para comer. Yo invito, faltaba más, y ahí platicamos todo lo que usted quiera.

Otra vez, Nieman quedó como flotando en el limbo por un par de segundos antes de responder:

—Imposible, señor Arpinati, le agradezco mucho, ¿verdad?, pero usted ya no me verá más. Tengo que cumplir una misión. Todo está dentro del plan, ya lo verá. Mañana abandono Nueva York. Quiero tratar de ver a Emma por última vez, o a Alexis. Me despido. Siga con su labor. Habrá también que advertirle al tiburón, ¿no? Y despertar al león. ¡Sí, más bien despertar a León! —y León Czolgosz, alias Fred Nieman, esbozó una mueca pícara al pronunciar esto último—. Por favor, se lo ruego, infórmele a Errico que vine a verlo antes; usted que es su amigo, escríbale y dígale que me conoció antes y que todo va adelante. Me voy. No deje de leer los documentos que aquí le dejo —finalmente, le entregó tres bultos empaquetados con periódicos y libros, además del sobre cerrado.

Una vez en su habitación, Bruno arrumbó con indolencia y sin abrir los paquetes en una esquina y el sobre lo depositó, también sin abrir, dentro de un cajón de su buró. Decidió no abrirlo al suponer que estaría lleno de incoherencias escritas por este enfermo mental. Toda la noche se reprochó haber dado su dirección a los de Cleveland, pero también se le ocurrió una idea. Este loco le serviría para justificar en algo los emolumentos que recibía de Mark Hanna. Al día siguiente dejó una nota dirigida a Joe Moseley en un apartado postal donde sólo si se trataba de una emergencia extrema podía depositar por escrito información:

> Estimado Joe:
>
> Ayer, como a las 7:30 de la noche, me abordó un sujeto raro en la puerta de la pensión. Un loco. Se trata de un buen candidato a perpetrar algún tipo de atentado. Dice llamarse Fred Nieman, ser cercano al grupo de *Free Society* de Cleveland, alumno de Emma Goldman. Cundo quieras nos vemos y te doy más detalles de este señor, al que siento peligroso.
>
> Bruno

No hubo respuesta.

DÍA DEL ATENTADO CONTRA WILLIAM MCKINLEY

6 de septiembre de 1901

Bruno se apresuró para regresar a su pensión. Ahora sí le urgía leer el famoso documento que Nieman le entregó semanas antes. Había sido una negligencia terrible no haberlo hecho antes.

Casi al llegar, dudo de nuevo. "Debería irme directo al embarcadero", pensó, pero finalmente se tranquilizó y entró a su apartamento. Saludó a herr Fritz y le preguntó, fingiendo aplomo:

—¿Nadie me ha buscado, *mein lieber freund?*

—*¡Nein, herr Bruno, alles ruhig*, salvo por ese terrible atentado contra el presidente!

—¡Sí!, ¡qué barbaridad! —exclamó mientras subía con rapidez las escaleras.

Ya en su habitación, abrió precipitadamente el cajón del buró, rompió el sobre y vio que contenía apenas tres páginas de un documento sucio y escrito con una letra casi ilegible, el cual tenía por título: *El protocolo Malatesta.*

EL PROTOCOLO MALATESTA

¿Así que has decidido matar al presidente?

¡Felicidades!

Porque eso es lo más inteligente que podemos hacer con los déspotas, demagogos, corruptos, mentirosos, ególatras, manipuladores, asesinos, explotadores y abusivos líderes políticos: matarlos.

Y mientras más autoritarios, megalómanos y poderosos sean, más rápido conviene deshacerse de ellos.

Pero eso sí, no se te ocurra hacerlo con una pistola, un puñal o la dinamita, porque entonces estarás cortándole una cabeza a la hidra. Los políticos se reproducen como insectos.

A los presidentes se les mata en la cabeza, en tu propia cabeza. Y eso es muy difícil de hacer.

Hoy vivimos una era de incertidumbre. Democracias mediocres, oligarquías abusivas, nacionalismos extremos y odios raciales que proliferan por doquier. Y lo que asoma en el horizonte no es nada bueno.

Las llamadas "democracias" no son sino plutocracias. Las monarquías absolutistas son abrumadoras y ridículas. Las desigualdades y el desamparo de las masas crece y muy pronto lo poderosos nos van a mandar a la guerra en nombre del delirio nacionalista.

Y tras la guerra vendrá lo peor: será la época de los grandes dictadores, los totalitarismos ideológicos, los falsos tribunos del pueblo y así hasta el infinito si es que no te decides a matarlos.

Autócratas en el gobierno de cada vez más naciones. Demagogos que despertarán grandes ilusiones gracias a su capacidad de conectar con los sentimientos de la llamada "nación profunda" y de explotar la irracionalidad para explicar de forma simplista realidades complejas.

Recurrirán a prejuicios, odios y temores, Abusarán de las fobias nacionalistas, de la manipulación informativa, del principio de mayoría y de la estrategia maniquea de culpar de todo mal a la oposición, a los judíos, a los inmigrantes, a los enemigos internos y externos, y a todo tipo de apócrifos villanos. Son encantadores de serpientes, hábiles pescadores en ríos revueltos, pero también aprendices de brujo.

Todo esto sucederá, lamentablemente, con el acuerdo tácito de las masas, de los millones que a lo largo del planeta prefieren ver a tiranos en el gobierno como una supuesta mejor opción frente al miedo, la desigualdad y la inseguridad. ¡Esa maldita obsesión de los humanos de aferrarse a mitos, héroes y divinidades en lugar de transformarse ellos mismos en algo mejor a lo que su propia condición les dicta y marca como destino!

El pueblo ama entregarse a lo irracional, creer en milagros y en los hombres pseudo providenciales que lo adulan y que son tan viejos como la humanidad misma. Por eso es tan arduo matarlos. Las mayorías creen en el látigo, tienen sed de líderes que las tutelen, odian pensar por sí mismas. Tu misión es asesinar ese conformismo, y la única manera es jamás renunciar a la inteligencia.

Porque característica primordial de todo gobernante autoritario es creer en la fuerza de la voluntad personal, y no en la razón, como el gran motor transformador. El voluntarismo consiste en fabricar una imagen ideal de las cosas e investirla de un aura ética. Se cae así en la ilusión de vivir en un mundo "como creo debe ser" y no enfrentarlo como realmente es, con todas sus complejidades.

La fantasía voluntarista anhela superar con su ímpetu a la realidad, por tanto odia la lógica, la racionalidad y las soluciones técnicas. Asegura que las revoluciones sociales han de ser, ante todo, "espirituales". No entiende la política como un diálogo, sino como una lucha entre "leales" y "traidores".

Los tiranos fomentan intensamente un voluntarismo irracional al renunciar a entender de manera objetiva las complicacio-

nes de la vida, con todas sus enrevesadas contradicciones, para facilitar el encumbramiento de promesas simplistas. El carisma, el maniqueísmo y el victimismo sustituyen a la incómoda necesidad de pensar.

El caudillo siempre dice: "Ha llegado la salvación, soy yo". Es el mesías, el esperado, quien no puede llevar a cabo su misión redentora dentro de los lentos y controlados cauces de la institucionalidad democrática.

Caracteriza también a estos "hombres fuertes" la promesa de volver a un "mítico pasado", a una época perdida cuando, supuestamente, todo era mejor y más feliz. Tienen una obsesión por la historia, pero la "Historia" de los demagogos es, en realidad, una fábula narrada en versiones simples y maniqueas. La convierten en una especie de mitología ideada para sustentar la idea del "pueblo" como una "totalidad", encarnación del bien y la virtud, la nación con sus rasgos eternos y definitivos. Fuera de él, nos dicen, se incuba "el mal", la enfermedad que ataca al sano organismo comunitario.

Por eso en sus discursos los llamamientos emocionales dominan siempre sobre los planteamientos racionales. No se trata de hacer pensar a los seguidores, sino de movilizarlos.

En las mendaces demagogias siempre se encuentra un acendrado odio a la inteligencia. Por eso recurren al lenguaje llano, directo y ramplón para engañar mejor al pueblo. Sencillez en el discurso que, muchas veces, se traduce en lenguaje de odio. Sus consecuencias suelen ser fatales.

"Yo soy así", nos dicen. Sostienen posturas polémicas y declaraciones inflamatorias porque hacen caso a los "dictados del corazón". Son "honestos", aunque su "sencillez" implique abiertas agresiones a minorías, opositores y críticos.

También algunos de estos dictadores tendrán la característica de ser tenaces predicadores y "campeones de la moral".

Nada de perseguir incentivos materiales o de procurar fines individuales en un ámbito de libertad, sino buscar la purificación mediante el sacrificio a la comunidad.

Ello, desde luego, va en contra de la naturaleza propia de los seres humanos. Tratar de trasmutar, bajo coacción, a un sujeto en un ser celestial requiere tratamientos brutales y está destinado a fracasar de forma estrepitosa y trágica.

La racionalidad toma al ser humano tal como es y entiende su naturaleza como compleja e irreductible.Pero para las ideologías totalitarias y los dictadores esta complejidad es inconcebible.

A nombre de su presunta "superioridad moral" y mediante las estrecheces de su maniqueísmo, los déspotas destruyen el pluralismo, pontifican y estigmatizan a críticos y adversarios.

La forma de acabar con ellos es no creerles y fomentar la formación de conciencias individuales autónomas con tendencia crítica, capaces de adoptar enfoques racionales, pluralistas y tolerantes ante los retos sociales.

Se mata al déspota cuando no permitimos que nos engañe. La única verdadera forma de anarquía es el individualismo, y cualquier líder con aspiraciones despóticas está en contra del individualismo, porque los individuos son una amenaza. En ellos el miedo a la individualidad es intrínseco. Todas las religiones la odian, todos los dirigentes políticos la detestan porque es lo único que no pueden controlar, lo único que es real. Es gente que simplemente hace lo que quiere y piensa por sí misma. Y eso los atemoriza. Los mata. Nosotros estamos para crear más individuos. Decirle a la gente que no tenga miedo de ser un individuo.

A los poderosos hay que cuestionarlos, criticarlos, evidenciarlos, señalarlos, llamaros constantemente a cuentas. ¡Jamás idealizarlos!

Sobre todo, hay que saber reírnos de ellos.

La risa es su peor veneno.

Rasgo común en los pretendidos "hombres fuertes" es su intolerancia hacia el humor. Por eso el rostro sombrío y la actitud solemne siempre los acompaña. Ante el humor reaccionan de forma violenta. Nada los irrita más que se rían de ellos.

Claro, no porque la risa sea lucha no violenta quiere decir que sea fácil. Por el contrario, el humor requiere un flujo constante de creatividad para ser efectivo. Sin creatividad e ingenio corre el peligro de marchitarse. El humor es el mejor disolvente de la intolerancia, el chauvinismo, y es la herramienta más eficaz para poner bajo cuestionamiento nuestros propios prejuicios.

El humor les es letal porque socava su autoridad, los evidencia como los seres humanos fallidos y mediocres que, en reali-

dad, son. Mina su legitimidad "histórica", borra su supuesta "áurea mítica". Los desnuda, y desnudos no son nada.

El poder es el complemento de los mediocres.

Al final, los dictadores que juegan a ser superhombres providenciales y más tarde sueñan con ser dioses suelen terminar como un grotesco amasijo de futilidad, sordidez y locura.

La forma de matarlos es potenciar tu individualidad.

El infierno está detrás de la utopía colectivista. Ninguna salvación pude ser obligatoria ni ningún orden de justicia y fraternidad puede fundarse sobre el sacrificio de muchos en aras de todos, ni sobre la idea de que la causa social está por encima de los valores individuales.

Las ideologías comunitaristas supuestamente emancipadoras carecen de respuestas a las necesidades que se desprenden de la defensa del individuo.

La batalla es en aras de la defensa irreductible de la libertad individual guiada por la afirmación de que cada personalidad tiene un valor único, insustituible, cuya expansión no debe verse limitada por ninguna frontera externa.

Las diferentes doctrinas religiosas, políticas o económicas han hecho del individuo una pieza más de un engranaje. La mayor parte de la humanidad se conforma con ser determinada por el medio y no se esfuerza en determinarse por sí misma.

El amor por la libertad suscita en los individuos un mayor conocimiento propio. Reivindica al antiautoritarismo en los ámbitos ético, intelectual, artístico, social, económico y personal.

El verdadero anarquista es escéptico por naturaleza, por eso no es militante. Desde el momento en que se afilia pierde su sentido y se convierte en un seguidor más. Es, por encima de todo, un individualista que se concentra solamente en la batalla inmediata de una guerra que nunca termina y jamás se presenta en los mismos términos porque los enemigos cambien constantemente.

Procura forjarse su destino, y el primer paso para hacerlo es desterrar el anhelo de "figurar", de aparentar aquello que no se es para dejar paso al afán de "ser". Es un individuo que vive de manera responsable, independiente y en pugna constante con los artificios con los que la sociedad busca esclavizarlo.

Pero es un individualismo que no debe confundirse con egoísmo a ultranza o como indiferencia radical hacia los temas

que afectan a la humanidad. No se trata de postular un muy particular "estilo de vida" o soñar con una quimera de ermitaños. Se rechaza toda imposición social o ideológica que coarte la potencia individual para garantizar una mecánica social más solvente de individuos cabalmente íntegros, conscientes y solidarios.

Es un anarquismo no apto para negligentes, sino resultado del razonamiento, la observación, el análisis y el desarrollo de la sensibilidad.

No se trata de situar al ego como un centro de dominación anulador de individualidades, sino como un ser pleno que no necesita esclavizar a nadie.

Anarquismo que no espera a que en un futuro incierto el mundo cambie. Asume conciencia de sí mismo como una fuerza transformadora con el valor supremo de la libertad sobre lo utilitario.

Recapacita de forma crítica sobre las cosas del mundo, saca sus propias conclusiones y actúa en consecuencia.

Procura realización y felicidad siempre al aumentar su libertad personal sin perjuicio de nadie.

Funciona como un factor que asista a la eliminación de un sistema de dominación abyecto.

Todas las ideas son cuestionadas y criticadas antes de asumirlas. Se destierran los dogmas. Se ejerce permanentemente el cuestionamiento y la autocrítica.

Sin consagrar ni pontificar, la meta es liberar al individuo de la educación y la sumisión impuestos desde la infancia.

Y el primer cuestionamiento, la inicial autocrítica, nos obliga a plantearnos:

¿Realmente tenemos vocación por la libertad, o nuestras inclinaciones van por un gobierno vertical y suponen un íntimo fervor por el autoritarismo?

¿Somos racionales o preferimos la comodidad de creer en los prodigios del liderazgo carismático?

¿Somos individuos plenos, cuidadosos de nuestras libertades y responsabilidades, o tras la apariencia de "ciudadanía" ocultamos rezagos de viejas servidumbres?

Combatir la irracionalidad con inteligencia, el odio con empatía hacia el otro, la intransigencia con diálogo y el simplismo

conceptual con información real y verificable. Todo eso suena bien.

Pero estos son tiempos oscuros.